

# JUEGO DE REINAS

P A B L O N Ú Ñ E Z

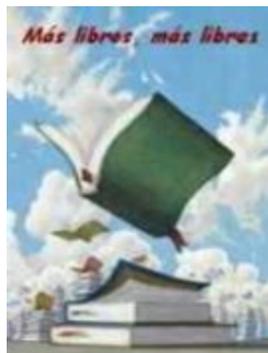
NARRATIVAS HISTÓRICAS



edhasa

# JUEGO DE REINAS

PABLO NÚÑEZ

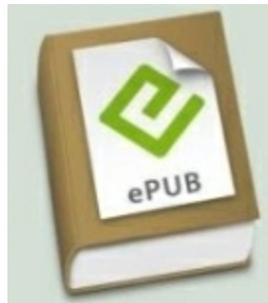


*Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)*



*Escaneo y corrección del doc original:*

PEABODY & LTC



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas  
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de  
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en

**<http://threepress.org/document/epub-validate>**

## Acerca del Autor



Nacido en Lugo en el año 1973. Está casado y tiene dos hijos.

Funcionario de la Xunta de Galicia desde 2002, administración en la que ha ejercido diversos puestos en las Consellerías de Educación y Ordenación Universitaria, Medio Rural, y Presidencia, Administraciones Públicas y Justicia.

Ha colaborado con diversos medios de comunicación, *El Progreso*, *La Voz de Galicia*, *la Cadena SER*, *Galicia Digital*...

Apasionado confeso de las grandes civilizaciones, en especial la romana y la celta, raíces de su Galicia natal.

Con su primera novela, "*Las hijas del César*", fue seleccionado entre los finalistas del Premio Planeta de Novela 2006 (55ª Edición), de la que hasta hoy en día se han publicado seis ediciones, una de ellas en gallego (El Andén 2008).

En 2010 ve la luz su segunda novela: "*Ladrones de historia*" (Alrevès), de la que se han publicado dos ediciones. También se ha comercializado en formato digital, Amazon Kindle.

En mayo de 2017 se publica "*JUEGO DE REINAS*"

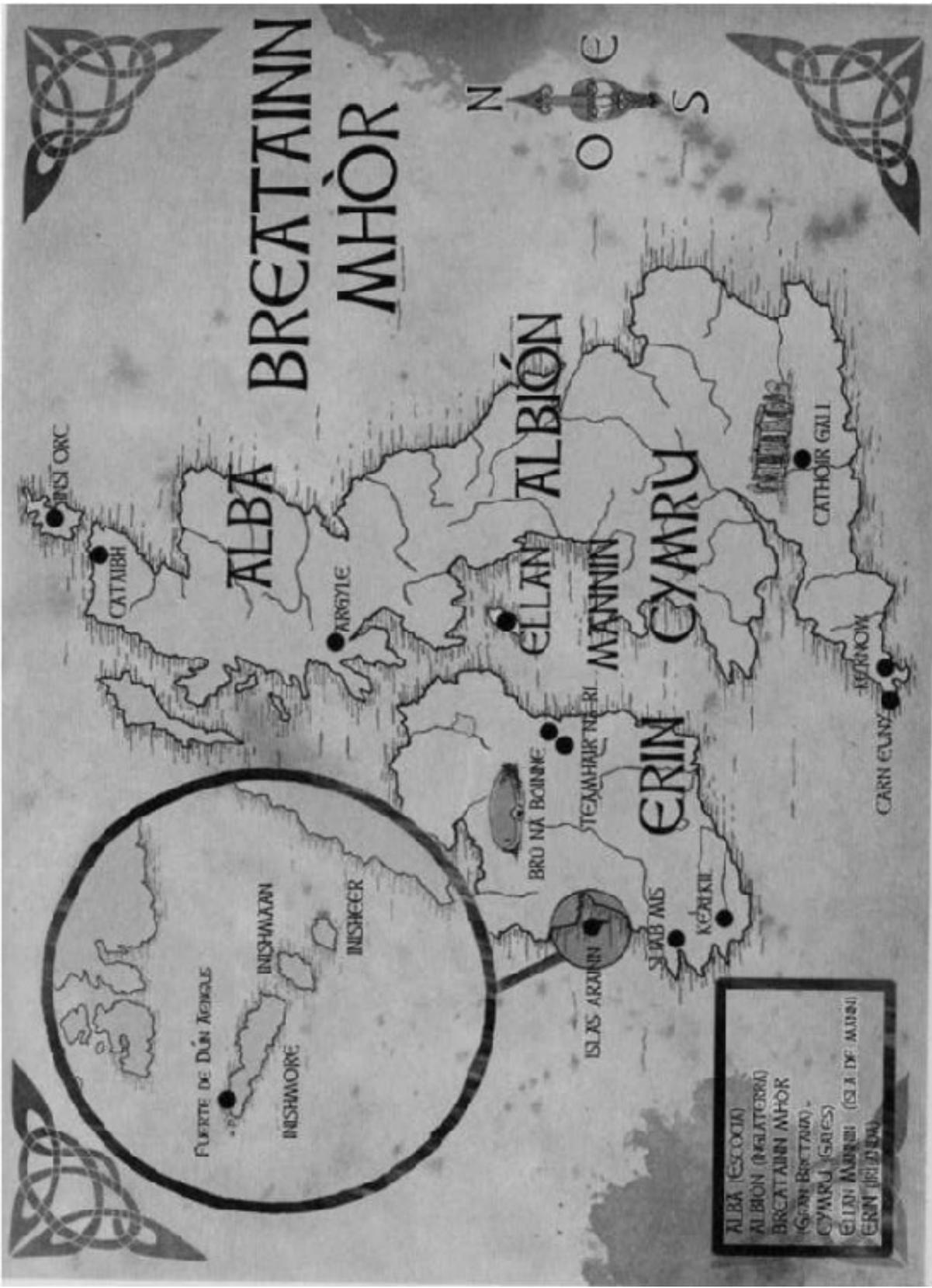
[Web del autor](#)

*A Mari Cruz, Laura y Arturo,  
por atarme las sandalias una vez más,  
por devolverme la sonrisa y por centrarme  
en la diana de vuestro amor.  
Sin vosotros hubiese arrojado las armas al Miño.*

## Resumen

Cuando Tautinkom, rey de Erin, cae destronado por Irvin El Blanco, sus dos hijas se ven obligadas a separarse. Elvia, la montañesa, seguirá a su padre en el destierro a tierras galaicas. Sin embargo, Wen, conocida como la Dama Blanca, quedará cruelmente cautiva en manos del nuevo rey, a quien jurará venganza eterna.

Más allá de la torre de Breoghan, el propio destino y el mar del Norte alejan a quienes nacieron para ser libres, a quienes han de devolverle la libertad a su pueblo. Son tiempos de guerra, de traición, de pasiones..., y las naciones celtas se tambalean. Los caudillos llaman a sus ejércitos a la guerra, mientras que los druidas, aquellos que pueden ver tras las fronteras del futuro, presagian tiempos oscuros. Roble Gris, el más poderoso de ellos, augura lo inevitable. Ambas hermanas han sido predestinadas a encontrarse de nuevo... Y ya nada será lo mismo.



# BREATAINN MHÒR



INISI ORC  
 CATIBH  
 ARGYLE  
 ELLAN  
 MANNIN  
 CATHOIR GALL  
 ERYNOR  
 CARN CUNY  
 ISLAS ARAINN  
 BRU NA BOINNE  
 TEMHAIR NÈ RI  
 SLIAB MIS  
 KEAKII



- ALBA (ESCOZIA)
- ALBION (INGLATERRA)
- BREATAINN MHÒR  
(GRAN BREITANN)
- CYMRU (GALLES)
- ELLAN MANNIN (ISLA DE MANN)
- ERIN (IRLANDA)

# LA GALICIA CELTA



LOS LÍMITES QUE OCUPAN LOS DIFERENTES  
 PUEBLOS CELTAS NO SON EXACTOS SEGUN  
 LA HISTORIOGRAFÍA

## **Año 250 a. C. Cathoir Gall. Stonehenge**

**C**uenta la leyenda que el juego entre dos señores poderosos liará ondear los pendones de victoria del más justo y noble de ellos. Cantan los bardos que la contienda por las Tres Islas no fue ni justa ni noble. Decidieron los dioses que aquel salón del trono fuese el final, y tal vez un principio.

Tras muchas estaciones sembradas de guerra; después de muchas batallas surcando los mares del Norte y escalando cada colina conocida, uno de los contendientes cercó a su enemigo en el mismísimo Cathoir Gall. A la sombra de los gigantes de piedra. Y fueron las rocas azules y sus hermanas mayores testigos mudos de lo que allí ocurrió.

## Las costuras de un pasado

**L**a choza central, la más grande de todas, se hallaba sumida en un silencio sólo quebrado por aquel llanto infantil. En un rincón de la cabaña, de planta cuadrangular y cubierta por una techumbre de ramas y paja, se abrazaban dos niñas de corta edad. Las lágrimas arrasaban sus mejillas.

Una antorcha solitaria era incapaz de iluminar toda la pieza, y parecía, tal vez fuese su verdadera intención, que las tinieblas quisiesen tomar al asalto cada esquina del poblado.

—¡Di a esas mocosas que se callen o por los dioses que soy capaz de matarlas como a ella! —Erguido ante un hombre cabizbajo y arrodillado, señaló primero a las niñas y luego hacia un cuerpo tendido. Irvyn, conocido como El Blanco, el vencedor de la guerra entre pueblos hermanos, humillaba a su enemigo pisándole con su pie derecho la espada. La hoja estaba rota en tres partes.

Su dedo acusador hacía temblar la llama de la tea cada vez que cambiaba de dirección. El caudillo vencido, herido en sus carnes y más en su orgullo, lloraba, pero su garganta no era capaz de extraer una palabra. Sus lágrimas se entremezclaron con la sangre que manaba de un profundo corte bajo el párpado izquierdo. No sabría acertar cuántas heridas tenía, cuántos golpes había recibido en la batalla. Sin fuerzas, vacío, los músculos no respondían a las órdenes que enviaba su mente. Sin abandonar su posición ni despegar las

rodillas del suelo de arena se volvió hacia las niñas, sus hijas, que continuaban sollozando fundidas en un abrazo. Cruzó su mirada con las de ellas, y ambas vieron terror y miedo reflejados en los ojos de su progenitor como si se mirasen en un espejo. Él buscó de nuevo el cuerpo de la que tanto había amado, y lo encontró. La vio.

La reina no volvería a respirar. Su cuerpo, mancillado por dos flechas que le atravesaban el pecho, lucía como un trofeo de caza sobre alfombras de pieles blancas, en posición fetal y a sólo cinco pasos de sus pequeñas.

—Al menos tu esposa tuvo valor. Cayó ante mis arqueros sólo después de atravesar a dos hombres con su daga. ¿La ves, viejo loco? —Irvyn agarró del cabello a su rival—. Ella merece mi respeto, tú no.

—¿Sabes en qué lugar nos encontramos? —gritó. Tautinkom, derrotado y destronado, dejó caer la cabeza sobre el pecho, sin alma—. ¿Lo sabes? —repitió, abriendo los brazos en cruz y mirando hacia el techo—. Cathoir Gall es el centro del mundo; ésta es la sala del rey. Y el sillón de hierro forjado, el trono de las Tres Islas y de todas las naciones celtas. ¡Y yo aquí sólo veo a un rey!

\* \* \*

Las niñas se asustaron y se arrimaron aún más a la pared. La mayor, de cabellos rojizos, trataba de calmar a su hermana pequeña bien acariciándole la cara o arreglándole las rubias trenzas.

—No tengas miedo. Wen está aquí contigo —le susurró al oído.

Sus vestidos, de lino tintado en color escarlata, estaban hechos jirones; sus pieles sucias como si las hubiesen

restregado con ceniza.

\* \* \*

Irvyn caminaba en círculos alrededor de su rival, como una fiera que acecha a su presa, resignada con su destino mortal. Respiraba agitado y sus movimientos eran rápidos y coordinados. Debía tomar una decisión, y tenía que tomarla sin demora. Sabía que en el exterior de la choza se agolpaban cientos de soldados. Muchos de ellos, ebrios de júbilo y victoria, compañeros de sangre de su propio ejército; otros, con el sabor del odio en los labios y la sal del fracaso escociendo en sus heridas abiertas. Ni unos ni otros le importaban. Pero sí le preocupaban los druidas.

—Malditos ancianos... —musitó.

El Consejo de las Tres Islas, una especie de órgano de gobierno de los barbudos, examinaría y juzgaría sus siguientes movimientos. Había ganado la batalla y, por consiguiente, se había ganado el trono en los campos de batalla, de eso nadie albergaría duda alguna. Pero a un nuevo monarca se le suponía un trato justo y consecuente con las tradiciones, y él sólo estaba dispuesto a aplicar un tipo de justicia a Tautinkom.

—Al cuerno con las tradiciones y al cuerno con ellos. ¡Ponte en pie! O, mejor, no lo hagas, así estás bien de altura. ¡Reza a los dioses! —rugió mientras desenvainaba su hoja.

Wen se volvió de espaldas al hombre que amenazaba a su padre con cortarle la cabeza y envolvió a su hermana entre los brazos para que no pudiese ver.

Irvyn separaba las piernas y fijaba sus sandalias con firmeza para asestar un único y definitivo golpe. Un corte limpio enviaría la cabeza de aquel bastardo junto al cadáver

de su esposa. Esbozó una sonrisa cruel.

—¡Padre...! —chilló Elvia, intentando zafarse de su hermana.

¡Aquella mocosa! Su mente se nubló y soltó la hoja. Se miró la mano, temblorosa; culpándola por no obedecerle, se mordió el pulgar con fuerza salvaje hasta que sus dientes arrancaron un trozo de carne en venganza por traicionarlo.

—Maldita sea tu estirpe, Tautinkom —susurró con odio. Lo miró en silencio unos segundos, mientras se atusaba la barba—. Por mis antepasados, que no mereces vivir. Eres una rata que se ha escondido dos veces detrás de las faldas de sus mujeres. ¡Cobarde! Así serás recordado, por tu cobardía, por las agallas de tu mujer y por las de tus hijas, no por las tuyas. Un guerrero sin honor. Un animal sin una pizca de hombría.

Se agachó para mirarlo cara a cara. Tautinkom abrió los ojos justo al recibir la saliva que El Blanco le escupía. Nada hizo, nada dijo, pero ya no apartó la mirada.

—No arrancaré tus entrañas pero sí quiero tu corazón en mis manos. El resto de tus días se convertirán en mi sentencia. Soy el vencedor y te impongo mis condiciones. Te ordeno que no vuelvas a poner un pie en ninguna de mis islas, jamás. Adonde vayas, no es mi problema, ojalá te pudras en la madriguera de una zorra maloliente, pero no pises mi reino de nuevo. Marcha a Bertaèyn, o a las tierras de los galaicos para que te sodomizen los brigantes. Asume tu condena y tu destierro. Sal del salón del trono y busca un barco. Es un regalo. Mi regalo. —Irvyn El Blanco rugió una abominable carcajada—. Mi presente por la prenda de honor que tú me ofreces.

El odio refulgió en la mirada de Tautinkom, pero se mantuvo callado y completamente quieto. «¡Las niñas no, por Taranis!», pensó para sus adentros.

—¡Acercaos, mocosas! —masculló Irvyn con un gesto obsceno—. Y hacedlo rápido, u os juro por el cuerpo de vuestra madre que esta vez le cortaré la cabeza de cuajo a este cobarde.

Las pequeñas, aterrorizadas, se miraron. Wen limpió como pudo la cara de su hermana y la ayudó a alzarse.

—Sé valiente, Elvia —le susurró con cariño.

La pelirroja situó a su hermana al lado derecho de su padre, mientras que ella lo flanqueó por el otro para dejarlo en medio, como si lo protegieran. Instintivamente, ambas posaron una mano sobre los hombros caídos del autor de sus días. Tautinkom se conmovió.

Entonces volvió a tronar la voz de El Blanco, y las crías cayeron en la cuenta de que no era sólo la droga de la victoria lo que embriagaba a aquel gigante que las hacía temblar de miedo; eran jóvenes e inocentes, pero no lo suficiente como para no saber que el alcohol de la cerveza y el hidromiel inundaba sus venas y azoraba sus mejillas.

—Mi prenda es tu sangre, Tautinkom. La sangre de tu sangre, una prenda de honor. Es mi deseo y te exijo a una de tus hijas como rehén, ide por vida!

Se hizo un silencio estremecedor. Ni el guerrero ni sus cachorrillas dijeron una palabra. Mientras él luchaba por contener su ira, ellas derramaban lágrimas en silencio; el orgullo las unía a su progenitor, y junto a él escuchaban su sentencia.

—Y serás tú, hijo de perra. Tú escogerás entre ellas... ¡Elige! ¿Con cuál de las dos te quedas? —Avanzó hacia ellos y extendió la mano para acariciar primero las trencitas doradas de Elvia y luego los cabellos cobrizos de Wen.

Las piernas de la más pequeña, Elvia, temblaban como los saúcos a la merced del viento invernal.

—Padre, no qui-quiero irme..., prefiero morir a dejarte,

no quiero separarme de Wen. Si he de morir como mamá, que así sea. —Tautinkom negaba compulsivamente con la cabeza; su lengua había perdido el recuerdo y la voz no asomó por entre las cuerdas vocales.

—Tu esposa las adiestró bien, no mereces ni su respeto. —Irvyn escupió de nuevo, ahora al suelo—. No eres capaz de tomar una decisión, ¿verdad? —Apretó con fuerza los dientes—. ¿Tu primogénita o la última de tu estirpe? ¡Habla, por los dioses!

—Hermana, padre..., escuchadme. Quiero ser yo... — interrumpió Wen.

El guerrero volvió a negar con la cabeza, la voz ahogada entre sollozos, no pudiendo contener las lágrimas desordenadas que rodaban por sus mejillas.

—No cederá, padre. Marchaos. ¡Marchaos! —repitió Wen alzando la voz—. Yo me quedaré, llévate a Elvia. — Tautinkom miró a su hija, repasó sus manitas, sus ojos, cada cabello de su melena pelirroja. Cerró los ojos un segundo y suspiró, para enseguida ponerse en pie. Como si las heridas no existiesen, como si aquello no estuviese sucediendo. Un mal sueño, eso es lo que estaba viviendo. Por su mente pasaron imágenes de su tienda antes del combate, los besos y el cuerpo ardiente de su esposa, sus hijas durmiendo. El cuerno del oficial llamando a la batalla a todos sus clanes.

Antes de que la criatura pudiese resistirse, agarró a Elvia con fuerza bajo el brazo izquierdo. Le tapó la boca con la otra mano, y sintió enseguida que sus dientes y sus lloros le quemaban la piel. Pero no permitió que se girase a mirar a su hermana. El tampoco volvió la vista hacia Wen. No volvería a verla, como tampoco volvería a pronunciar una palabra hasta que el maldito barco partiese con rumbo a su destierro más cruel. Ni triste, ni dulce. Sus labios quedarían sellados desde que abandonara la que fuera su choza. Cabizbajo y hundido, se abrió paso rápidamente por el sendero embarrado ante el

respeto unánime de miles de guerreros.

Plantada ante la puerta, se secó la humedad que le arrasaba el rostro y lanzó unos últimos besos de mariposa hacia aquel hombre que se alejaba con la niña de las trenzas doradas. ¡Su hermana, su sangre!

El viento se llevó sus besos.

# I

## Profanación

### KEALKIL. SUROESTE DE ERIN. IRLANDA

**L**a tormenta perfecta arrasaba las verdes tierras de Erin. Los relámpagos y su luz espectral encendían entre destellos y sombras el bosque sagrado. Un centenar de robles milenarios se convertían en testigos y cómplices. Un guerrero, aterrorizado y solo, se enfrentaba a la crueldad de su destino.

En otro tiempo, en días menos oscuros, hubiese creído que era invencible, que las flechas no podrían alcanzarlo y que una espada no podría verter su sangre. Pero las heridas no mienten y la sangre no suele atender a razones. Se había agazapado tras un tronco aún humeante. La lluvia, que su cuerpo febril soportaba, le calaba los huesos. Temblaba de frío. Y tenía miedo.

Todo había comenzado al amanecer, con los primeros y tímidos claros que asomaban entre las espirales de nubes negras que nada bueno presagiaban. Había salido con la patrulla, dejando Brú na Bóinne bajo un silencio sólo alterado por los pasos de los centinelas. A lomos de los caballos, sus hombres reían y cantaban; unos pasaron la noche en brazos

de sus esposas, otros entre las piernas de sus amantes. Con él sumaban siete. Los mismos que le acompañaban cada jornada las últimas dos estaciones, los mismos que ya no respiraban ahora. Intentó silenciar los jadeos, pero el esfuerzo de la carrera hasta el tronco le pasaba factura. No conseguía reprimir la tos seca. Se sentía confundido. Si al menos tuviese a su lado a sus compañeros de armas, a sus soldados, pero estaban muertos. Todos.

¡Aquel hijo de perra! Poco después de perder de vista la última línea defensiva de la aldea, uno de sus muchachos había levantado el brazo. Se detuvieron. Un hombre sentado en medio del sendero bebía de un pellejo de piel. Parecía no haber visto al grupo. Se levantó con dificultad, tambaleándose, mientras buscaba algo entre sus ropas. Su aspecto era desgredado y sucio, como un pedigüeno. Sacó un guijarro de pequeño tamaño y se lo mostró a los recién llegados entre tumbo y tumbo. Volvió a beber del pellejo y, sin mediar palabra, les lanzó la piedra. El improvisado proyectil fue a perderse entre el follaje, a más de veinte pasos de ellos.

—Maldito borracho, harías bien en echarte a dormir en algún pajar —dijo el primer jinete avanzando hacia él.

También fue el primero en caer.

Con un rápido movimiento, agarró una espada que ocultaba con su cuerpo, clavada en la tierra. Lo siguiente que vieron fue la cabeza de su compañero rodar lentamente sobre el suelo, como si no quisiese detenerse jamás. El cuerpo desmembrado se desplomó del caballo, que relinchó de pánico. La confusión se convirtió en aliada del desconocido, que hirió rápidamente de muerte a otros dos. Corrió hacia el cuarto, que aún no había reaccionado, y de un enorme salto lo derribó con una patada en la cara. Ya en el suelo fue tarea sencilla rematarlo. Dos contra uno.

—¿Qué quieres, asesino? La bolsa, es eso, ¿verdad?

Buscas oro. —Los dos guerreros trataban de rodearlo, cercándolo en un círculo imaginario. Aun así, se movía con soltura y soltaba veloces estocadas que no llegaban a alcanzarlos. Cambiaban el sentido de giro, pero se revolvía bien; lanzaban sus hojas tanteándolo, pero las detenía todas, y con cada defensa devolvía un par de estocadas muy bien dirigidas. Hasta les había hecho varios cortes leves, a uno en el pecho, al segundo en los brazos y un hombro. Manejaba la espada con una presteza inusual y no tardó en tomar la iniciativa: arremetió contra ellos, provocando que se juntasen para intentar pararlo. Un nuevo paso hacia atrás. Un solo hombre y los tenía totalmente a su merced, los hacía retroceder y cada golpe se volvía más contundente y peligroso. Las heridas se multiplicaban. Saltó de nuevo con fuerza, pero esta vez hizo una rotación completa en el aire, sorprendiéndolos. El filo de su espada, con una precisión inverosímil, seccionó la garganta del primer soldado que encontró e hirió en la cabeza a su compañero. Le había desaparecido la oreja.

—Quedamos tú y yo, Connel. —El aludido no pudo disimular un gesto de desconcierto. Sabía su nombre— Mal capitán eres si has perdido a tus soldados. —¡Y sabía quién era!—. No necesito matarte. Si me acompañas..., podríamos llegar a un acuerdo.

Connel se hartó de parlamentos y decidió vender cara su piel. ¿Un acuerdo? ¿Con el asesino de sus compañeros? Estaba loco. Atacó sin pensárselo dos veces, con lances acertados. Ahora era el desconocido el que se replegaba, cubriéndose de los golpes con su espada. Algo le hizo tropezar. Una rama caída. Trastabilló, y Connel aprovechó para lanzarse contra él con fuerza. Sabía que el otro era más diestro con la espada e intentó inclinar la balanza con un cuerpo a cuerpo. Le espetó un codazo en la cara. Era su momento.

Aprovechando la momentánea conmoción de su rival, el

de Brú na Bóinne echó a correr en busca de un caballo. Montó sobre el primero que apareció en su camino y le clavó los pies. El animal respondió y se lanzó a cabalgar. A punto estuvo su asaltante de echar mano a las riendas, pero Connel, que iba vigilando sus movimientos, consiguió propinarle una patada a tiempo.

—¡Vamos! Llévame lejos... —jaleó.

Se imaginaba que aquel hombre no tardaría en montar otro de los caballos. Si no podía desaparecer como un espectro, al menos sí intentaría sacarle ventaja. No buscó el camino de vuelta a la aldea; quedaría expuesto en campo abierto y desconocía qué armas llevaba. Ante un arco era hombre muerto. Optó por el bosque sagrado, implorando a los dioses que la frondosidad lo ocultase. Conocía cada senda de la arboleda desde niño, y guió al caballo como si montase sobre el mismísimo señor del inframundo. Tras saltar sobre una cerca de piedra caliza, aprovechó un quiebro del animal para echar la vista atrás. ¿Cómo era posible? ¡No podía estar tan cerca! O era un maldito rastreador, o su caballo era capaz de atravesar los troncos de los árboles. «¡Corre, muchacho!» Decidió entonces esquivar los tallos más frondosos, y trató de desandar sus pasos de vez en cuando para desorientarlo. Ya no sentía el acoso tan cerca, había tomado aire y su caballo, un joven ejemplar, mantenía el ritmo como si acabase de iniciar el galope. Recuperó la esperanza. Ni siquiera se acordaba de su oreja mutilada, y eso que sentía un tremendo dolor. El sonido de cascos que antes se aproximaba ahora se diluía. «¡Sigue, sigue!». Echó otro vistazo. Estaba más lejos, sí, había incrementado el trecho que les separaba. «¡Nooo... No puede ser!». Un segundo jinete cabalgaba muy cerca, casi en paralelo a pesar de la espesura, más intensa en aquella zona de matorrales bajos. No perdió el tiempo en pensar de dónde habría salido. Si lo perdía de vista, moriría. ¡Flechas! Un par silbaron muy cerca. El jinete fantasma sí tenía un arco. Más saetas. La

siguiente se ensartó en un castaño que había dejado a un lado a escasos tres pasos. El impacto fue brutal y el astil se hizo pedazos al estrellarse contra el tronco.

—¡Maldición!

No tuvo tanta suerte con la siguiente. Aunque ciertamente la dificultad de que acertasen aumentaba cabalgando, también era verdad que el caballo era un blanco más grande y accesible. El animal recibió el flechazo en la pata derecha, justo por encima del corvejón. Perdió el equilibrio y se desplomó, y Connel se vio arrastrado en la caída. Un nuevo proyectil alcanzó su objetivo: el flanco al descubierto del pobre animal, ya postrado en el suelo. Resoplaba por los ollares; la herida era mortal. El jinete había conseguido zafarse en la caída del enorme peso del animal, que lo hubiese aplastado, y se había lanzado ya a la carrera por el bosque. Caían las primeras gotas y un resplandor cercano atravesó el cielo, anticipando la devastadora caída de un próximo rayo. La tormenta arreció a traición después de amenazar toda la jornada. Connel saltó sobre el árbol recién talado por capricho de la madre naturaleza, y se agachó intentando esconderse. Fue entonces cuando la vio.

Una mujer de largos cabellos cobrizos acompañaba al asesino de sus guerreros. Jamás la había visto. No sabía quiénes eran, pero sí lo que era capaz de hacer aquel hijo de perra, ¡vaya que lo sabía! La miró a ella. Iba armada. Se fijó en su forma de caminar, en su belleza, en la melena que ya recogía el agua de lluvia, dejando un gracioso mechón sobre su rostro. Por un instante, observándola, se sintió seguro. Pero había acudido a refugiarse en el único lugar en el que los dioses no le ofrecerían refugio. En el corazón de su bosque sagrado. ¿Y aquel hombre? Se hizo la pregunta demasiado tarde.

## EL CÍRCULO DE PIEDRAS. KEALKIL. ERIN

Un guerrero se acercó al círculo dibujado por las seis piedras de la edad antigua. La noche había ganado terreno a las luces diurnas, y el hombre se valía de una antorcha para ver por dónde pisaba y no enredarse entre las zarzas. La hierba y los matorrales casi cubrían las piedras más bajas, pero el guerrero podía alcanzar cualquiera de ellas con dos zancadas y media. A pocos pasos del círculo se erguían otras dos rocas de mayor tamaño, quizá más antiguas que sus seis hermanas. A la más alta se la conocía como El Centinela.

Una mujer esperaba impaciente, oculta entre las sombras, detrás de una pequeña colina. La piel de su rostro brillaba bajo el resplandor de la hoguera que se hallaba a sus pies, y el reflejo anaranjado del fuego remarcaba la huella del odio en su mirada. Cuando vio que su compañero se aproximaba, empuñó aún con más fuerza la espada.

—¿Y bien?

—Despejado, ni rastro del druida, tampoco de las sacerdotisas. Lástima, no me importaría pasar mi hoja por la garganta de esas zorras.

—Llegará tu momento, Meriasek. Ahora tengo asuntos más importantes que atender, y a este desgraciado le espera la muerte... —La mujer se giró hacia los caballos. Sobre un precioso ejemplar de capa castaña el supuesto jinete intentaba zafarse de las ataduras que lo maniataban por la espalda—. Ayúdame con él.

Meriasek agarró por las vestiduras al prisionero y, tras tirarlo al suelo, lo arrastró, zarandeándolo, hacia el círculo pétreo que instantes antes él mismo había visitado. La mujer

era ahora la portadora de la antorcha.

\* \* \*

—¡Dejadme libre o lo pagaréis! ¡Por los dioses que no viviréis para contarlo! —gritaba Connel, desesperado.

Esconderse tras el tronco había sido un error; un error de chiquillo que pagaría caro. Con su vida.

—No quiero escuchar otra vez sus bravatas, no se calla ni a golpes. Me causa dolor de cabeza. —Ella misma tiró del saco de lino que le cubría la cabeza. Sangraba como un carnero sacrificado; su compañero le había asestado un buen golpe. Había perdido el conocimiento inmediatamente y no recordaba gran cosa. Frases sueltas, el relinchar nervioso de los animales. Pero sí reconoció el lugar.

—¡Malditos cabreros! Apártate, desgraciado... —Su captor rasgó con una daga un jirón del ropaje y se lo introdujo en la boca. Sus balbuceos incomprensibles y la impotencia le hicieron estallar en lágrimas.

—Así está mejor. —Aquella joven no debía llegar a la veintena de inviernos, pero sin duda era quien estaba al mando. Miró fijamente hacia el cielo sembrado de estrellas y totalmente despejado sin la presencia de nubes curiosas—. Ahí os envió a uno de los vuestros, mis queridos dioses. Me imagino que sabréis recompensar a tan valiente soldado. —Y los dioses, mudos pero siempre presentes, se convertían así en testigos de un crimen atroz que profanaba su sagrada tierra.

—¿Dónde lo quieres?

—En el centro, justo ahí —señaló un lugar—. Sácale la ropa. —Su camarada Meriasek obedeció, y en pocos segundos las prendas de Connel descansaban a los pies de

una de las rocas. Éste, arrodillado, ofrecía el torso desnudo a merced de sus verdugos.

—Yo me encargo.

—Tú mandas, Wen.

## II

### Mensajes

#### TIERRA DE LOS CÁPOROS

**L**a amazona dejaba que su montura llevase un trote pausado. No tenía prisa. Se había despertado con las primeras luces del amanecer y le sobraba tiempo para reconocer el terreno. Lucía los ropajes de un hombre, polainas de piel de cabra y botas del mismo curtido atadas con cintas de cuero. Camisa y chaleco de lana, y un cinturón estrecho del que colgaban una espada y un puñal, todo el conjunto teñido en negro. Se cubría con una capa amplia, también oscura como las sombras, y rematada con una capucha, que sólo dejaba entrever su rostro bajo la escasa luz de un sol que aún no reinaba con intensidad. Sujetaba la capa sobre el hombro derecho con una fíbula dorada. El carcaj de flechas ajustado a la espalda y la caetra, un escudo circular de madera forrada con piel y cuero, bien amarrada a los correajes junto a supreciado arco.

Era la primera vez que visitaba la comarca, por lo que le pareció buena idea tomar ciertas precauciones. Tenía una cita importante y se imaginaba que el hombre en cuestión llegaría acompañado por sus secuaces. Tras dejar atrás un

vasto robledal, no sabría calcular la distancia recorrida desde que se adentró en él, se encontró con una pradera sorprendentemente llana. No había pendientes ni colinas, ni cauces de agua, tampoco árboles o matorrales. Sólo una llanura hermosa y teñida de un verde intenso, salpicada de flores blancas y campanillas violetas. La hierba parecía haber sido cortada con tal destreza, que su visión asemejaba una altura idéntica en cada brote y en cada tallo de flor, lo que embellecía el conjunto. Adentrarse en la pradera casi se convertía en un sacrilegio, por lo que la amazona tiró de las riendas de su montura para continuar a pie. Desmontó y, tras acariciarle las crines, dejó libre al caballo. Éste avanzó unos pasos, ávido de tan apetecible manjar. La mujer comenzó a caminar, dejando deslizar la capucha sobre los hombros, para dar libertad a sus cabellos dorados. Una suave brisa los acariciaba.

Tras un largo paseo, sintió un escalofrío de emoción en la nuca. ¡Allí estaba! El templo de la Diosa Madre, el corazón de las tierras galaicas emergía como un espejismo ocupando el centro de la planicie. Aunque fuese su primer viaje al hogar de Matrona, por supuesto había escuchado innumerables relatos y leyendas. Cualquier descripción anterior desapareció de su mente ante la imagen real que examinaba con atención. Se trataba de un edificio de dos plantas, algo muy poco común para una construcción celta. Más extraño todavía por su carácter sagrado. Sabía que antaño sólo existía la planta inferior, que se había excavado bajo el nivel de la superficie hasta conseguir un espacio cuadrangular casi perfecto. Así, este recinto más bajo contenía la tierra con dobles paredes en tres de sus lados, de unos cuarenta pies de longitud cada uno. Al cuarto, la entrada, se accedía por una rampa de bajada para vencer el desnivel. Los muros sostenían el peso de la bóveda, al tiempo que el piso de la planta alta, por lo que la inferior se convertía en una cripta decorada con pinturas de aves a las que se atribuían poderes

mágicos. En el centro de la cripta, un estanque labrado en piedra rocosa, que recibía directamente la sangre derramada por los animales sacrificados en el piso alto. Una escalera comunicaba ambas estancias, y la mujer era consciente de que allí no sólo se sacrificaba a bueyes y carneros. Pero aquella jornada auguraba un sacrificio bien diferente. Esperaba no equivocarse.

Llevaba un rato observando el exterior del templo, y a pesar de estar tentada en un par de ocasiones, decidió no entrar. Lo haría más tarde. Los hombres que esperaba estarían a punto de llegar, el ruido cercano de los caballos al galope se lo confirmó. Inició el camino de regreso por la campiña, pero con más ligereza.

Nada más alcanzar su caballo, cinco jinetes aparecieron bajo los últimos robles del bosque. Un caudillo, sus ropas lo delataban, y cuatro guardaespaldas. Manteniendo la calma, se quitó el carcaj y el cinturón de las armas y los amarró a la montura. Se volvió para encontrarse con uno de los esbirros del gran señor cara a cara.

—He de registrarte.

—Voy desarmada, pero tú verás —dijo la muchacha, abriendo los brazos en cruz.

—Más te vale —respondió el hombre, desafiante. No tuvo reparo en manosearla en busca de una posible daga que bien sabía que no iba a encontrar. Pero ya que era su obligación, ¿por qué no recrearse? Sus dedos mugrientos apretaron pechos y nalgas, pero ni escuchó una sola queja, ni logró que los ojos ambarinos de la mujer se cruzasen con los suyos.

—Estás limpia, al menos de armas...

Eso se creía él, pensaba la mujer. «Seguro que esto va a ser divertido.» Sonrió.

## CÍRCULO DE PIEDRAS DE KEALKIL. ERIN

**L**a joven arrebató la daga al prisionero. Para sorpresa de Connel, que se había olvidado completamente, todavía colgaba de su cinturón. De poco le hubiese servido. Ella se la mostró a escasa distancia de sus aterrados ojos. Los balbuceos se convirtieron entonces en una súplica inútil, y pronto lo harían en un alarido constante e inhumano, un alarido animal.

—Lo siento, pero has de ser mi mensajero. —Wen comenzó a asestar puñaladas salvajes sobre el cuerpo del hombre, quien, envuelto en un dolor horrible, se retorció y caía sobre la hierba constantemente. Ella, salpicada de sangre, lo agarraba por el cabello y volvía a postrarlo de rodillas. Cuando se cansó, le practicó dos cortes a ambos lados de la garganta con la habilidad de un hechicero. La sangre brotó entonces con más fuerza aún. Se apartó, limpiándose la cara con la manga del vestido. El hombre se convulsionaba en el interior del círculo. Cuando lanzó un último estertor, su cadáver se hallaba totalmente empapado.

—Así muere un perro de Brú na Bóinne, pero aún no he acabado contigo.

—Espera, Wen. Lo ataré en la roca de la derecha, en El Centinela. —Mientras Meriasek colgaba por los brazos el cuerpo, tensando los nudos en torno a la piedra, la muchacha descansaba agachada, justo bajo la sombra del vigía milenario—. Todo tuyo.

\* \* \*

Wen alzó la cabeza del trofeo recién cobrado y, tras

observar un instante aquellos ojos todavía abiertos y fuera de sus órbitas, la dejó caer de nuevo sobre el pecho ensangrentado. Volvió a asir con fuerza la daga para tatuarle en la piel el símbolo de la muerte, su mensaje. Una vez hecho, clavó la hoja hasta el fondo en el corazón de la víctima. A continuación, le atravesó las entrañas de derecha a izquierda, esparciendo sus intestinos por el suelo. Sobre ellos arrojó su arma y, alejándose un par de pasos, contempló la escena.

Meriasek la miraba, pero no sorprendido. Al contrario, el galo sonreía.

—Prepara los caballos, quiero dejarles una sorpresa más.

—¿Qué estará haciendo? Mejor no preguntar.

Al poco, Wen le siguió, dedicando una última mirada de desprecio a la víctima.

—Tus dioses no se lo esperaban, ¿verdad? Esta vez no podrán salvarte, ni con su magia negra ni con la ayuda de los malditos druidas. ¡Hasta nunca, soldado!

La carcajada se extendió por el paraje, como si el sonido fuese capaz de estrellarse en las rocas.

\* \* \*

Aún no despuntaba el alba. Kendrah, caudillo de Brú na Bóinne, ordenó a sus soldados que se detuviesen. Continuó con la sola compañía del anciano druida. Con poca luz todavía, no se adivinaba gran cosa en torno a las piedras sagradas. Ambos prendieron las teas que les ofreció uno de los hombres.

Con sumo cuidado, y la mano libre bien agarrada a sus dagas, se encaminaron hacia El Centinela. El rastro les

guiaba hacia allí.

—¡Por Taranis! —Los dos sintieron un sudor frío, gélido, que surcó la piel de sus rostros.

—Tienes un problema —musitó el druida.

—Lo sé, Aldahir, lo sé.

Kendrah, trastornado, se giró hacia las colinas en busca de luz. Una luz clara, capaz de domar las nieblas que invadían su mente.

—¡Guerreros, a mí la guardia!

\* \* \*

Aldahir Roble Gris, el gran maestro de los druidas, timonel del Consejo de Sabios de Erin y de las Tres Islas, permanecía agachado junto al cuerpo degollado. Su mirada analizaba la escena con rapidez.

Un par de guerreros habían cortado las cuerdas y descolgado a la víctima de la columna pétrea. El charco de sangre era tan grande que difícilmente habían encontrado un lugar cercano seco para postrarlo. Kendrah apretaba los dientes. Se acercó al cadáver y le volteó la cabeza para verle el rostro amparado por la luz de las teas. No le hacía falta reconocerlo, se lo imaginaba. Connel, su mano derecha y amigo de infancia. Al verlo, un murmullo conmovedor se extendió entre los que los rodeaban.

\* \* \*

Aldahir se puso en pie para acercarse a Kendrah, al que todos conocían al norte de la Isla Esmeralda como El Invicto.

Ambos, que ultimaban en Brú na Bóinne los preparativos para la fiesta de la estación oscura, habían acudido al lugar alertados por un bardo. Este se disponía a comenzar sus ensayos diarios, justo cuando dos jinetes se alejaban al galope. La noche anterior el lugarteniente de Kendrah, Connel, había desaparecido en las inmediaciones del Círculo Sagrado. Allí solía orar a los dioses, a los que profesaba una gran devoción. Las patrullas habían encontrado a todos los miembros de su escolta muertos, uno de ellos decapitado. Los caballos permanecían junto a sus jinetes; todos menos uno.

—Me equivoqué, Kendrah.

—¿Qué quieres decir? —respondió el guerrero.

—Que no sólo tú tienes problemas. El asesino pertenece a mi pueblo, no me cabe la menor duda. —Aldahir, aunque hibernés de adopción, era nativo de Alba, en las tierras altas, de donde había partido a edad muy temprana para cumplir con su cita con el destino. Se unió a los druidas de la isla de Ynys Mon para convertirse en uno de ellos, en el más grande de entre todos ellos. Era un chiquillo cuando dejaba tras sus pasos su hogar familiar y su aldea, aquella cuyo nombre quena olvidar y jamás pronunciaba. La choza junto al lago de la niebla eterna; las lágrimas de su madre postrada de rodillas; las súplicas de sus cuatro hermanas, amarradas cual maromas marineras al vestido de la anciana que les había dado la vida. Pero seguía reconociendo las costumbres salvajes de su niñez. Connel había muerto a manos de un norteño de Alba.

Si Kendrah ya estaba desencajado, las advertencias de Roble Gris tornaron la piel de su rostro todavía más pálida. No era capaz de articular algo coherente, Aldahir se dio cuenta y lo agarró por el antebrazo.

—Acércate. Las pruebas están ante nosotros, olvídate de la sangre y de las heridas crueles. No te interesan y te

distraerán. La daga, ¿es de tu amigo?

Kendrah asintió.

—Ensartada en el corazón. Ese mensaje es para ti, han ido a por tu hermano y confidente. Eres el primer guerrero de Brú na Bóinne, uno de los consejeros del rey. Este otro es para mí, la herida marcada con curvas como las de una serpiente. Y una segunda arma clavada en las tripas indica que el asesino acusa de traición a otro celta. Así murieron muchos hombres al norte de Cymru. Y así murió mi propio padre, el autor de mis días, el sueño frío de cada una de mis noches. Has de avisar al rey.

### III

## Sombras y recuerdos

### AL OESTE DE KEALKIL. RUMBO A SLIAB MIS. ERIN

**T**ras dos horas de galope a buen ritmo para evitar en lo posible algún encuentro inconveniente, Wen y Meriasek se habían detenido a descansar junto a un arroyo. Desde allí se divisaban las montañas de Sliab Mis, como una ensoñación entre las nubes grises que atrapaban la línea del horizonte. Mientras Meriasek daba de beber a los caballos, la mujer se refrescó la cara y el cabello, recogiendo agua cristalina con la cuenca de las manos. Una vez sentada en la hierba, echó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos. La calidez del sol le acariciaba el rostro y le secaba la melena, que adquiriría un brillo intenso y luminoso.

Era una mujer bella. Alta y esbelta, de ojos de un azul misterioso e intrigante, semejantes a zafiros sin tallar. Su cabello rojizo era capaz de embrujar a cualquiera. Meriasek la observaba en silencio. La deseaba. Deseaba cada palmo, cada pliegue de aquella piel.

Wen sintió la palma de una mano que acariciaba su

cuello con delicadeza.

—¿Meriasek?

—Dime, Wen.

—Si vuelves a rozarme, o a mirarme como lo estabas haciendo, te mataré. —Tenía muy claro que sólo la tocaría el hombre que ella escogiese. El tono gélido con el que le había amenazado heló al galo, que se encaminó hacia los caballos contrariado y pensativo. Ella quedó descansando sobre la hierba, rodeada por el silencio, sólo quebrado por el serpenteo del arroyo.

\* \* \*

Su hogar... A veces no podía menos que recordarlo. Wen era norteña, pero no de Erin, sino de Alba, de Cataibh, la Aldea Serpiente. Al menos allí había vivido, si podía llamársele así. Cataibh fue su destierro, el más cruel de cuantos pudiesen imaginarse.

Su padre, su hermana... La batalla, cada palabra de Irvyn El Blanco y sus gritos de hiena, la humillación de su padre, la muerte de su madre y cómo había luchado como una loba para protegerlas... Las lágrimas de Elvia, su carita sucia y asustada. Cada lágrima de aquéllas le seguía doliendo por las noches, las de su hermana y las propias. La espada quebrada, los ojos sin vida del guerrero derrotado, la saliva del hijo de perra de Irvyn. Una saliva que luego llegó a conocer demasiado bien.

Maldecía el momento en que se ofreció voluntaria para salvar a su hermana. Ella, botín de guerra y prenda de honor. Maldecía a los dioses por permitirselo. Se maldijo mil veces a sí misma. Maldijo a su progenitor, que se marchó caminando entre las hordas enemigas, con su hermana

pataleando y agitando las trenzas rubias. Maldijo las carcajadas del vencedor desde el interior del salón del trono.

El Blanco se había acercado por la espalda, la había aferrado por el pelo y diluyó con la suya la última imagen de su familia. Desnudo, sostenía un pellejo de vino con la mano diestra. La miró con fiereza. Le propinó un par de manotazos con la zurda y luego bebió del pellejo. El vino le corría por el pecho velludo. Wen se repuso. Sangraba por la nariz, pero intentaba mantener la cabeza erguida, altiva, la mirada clavada en él.

—Atiende, mocosa. Ésta será tu prisión hasta que puedas complacerme en el lecho. —Mientras hablaba, Wen vio como dos mujeres, también desnudas, reclamaban a Irvyn con gestos inequívocos aun incluso para una niña de su edad. Al menos habían retirado el cuerpo de su madre; ¿qué habrían hecho con ella?—. ¿Me estás escuchando?

—Te escucho..., señor... —le costó pronunciar tal palabra, pero al final lo hizo.

—Así me gusta. Saldrás de la cabaña sólo con mis mujeres y jamás abandonarás la aldea. Jamás, ¿está claro?

—Lo está. —Sus mujeres... ¿Llamaba así a aquellas rameritas? La niña comenzó a vislumbrar entonces lo cruel de su destino. Y no se equivocaría. Pasaron las estaciones y las bofetadas se convirtieron en palizas, los golpes en cicatrices, y su cuerpo de niña en el de una mujer. Sabía que aquel borracho no tardaría en convertirla en una furcia más como aquellas que yacían con él noche tras noche, por centenares. Ninguna se negaba a complacerlo y, si alguna dudaba, lo pagaba con la muerte. Cuando la daga de El Blanco se cobraba su ofensa, la cachorrilla pelirroja de Tautinkom limpiaba la sangre del suelo. Ya no sentía miedo. Los puñetazos ya no le dolían. Aceptaba su destino. Obedecía como un perrillo fiel a aquel que mató a su madre y humilló a su padre. Se echaba a dormir en su rincón oyendo jadeos de

lujuria y juramentos irrepetibles, cerrando los ojos para no ver las orgías nocturnas o las barbaries que las precedían. Apretaba los nudillos y pensaba en su hermana. Sabía que Elvia no hubiese aguantado aquel infierno. Habría muerto, estaba convencida. Pero también odiaba a padre por no abrir la boca, por no elegir llevarse a su primogénita. Por dejar que una niña decidiese el futuro de todos ellos. Y también odiaba a su hermana. Sabía muy bien lo que era el odio. Su nuevo señor se lo tatuaba todos los días en la piel a patadas. De hecho, el odio fue su tabla de salvación.

Wen fue testigo de excepción de torturas y asesinatos, de cómo Irvyn imponía su ley con mano de hierro entre sus súbditos. Era el juez que decidía entre la vida y la muerte, entre la paz y la guerra, y siempre desde aquel salón. El centro del mundo de un tirano.

Hasta que llegó el día. La niña en la que asomaban ya rasgos de mujer fue reclamada por el señor. Se acercó a él sin temor. Deseaba matarlo, pero sabía que Irvyn no era estúpido y que conocía perfectamente sus deseos de venganza. Había escuchado las conversaciones de las amantes del rey en muchas ocasiones, y creía saber cómo lograr que un hombre no disfrutase a pesar de tomarla por la fuerza. Era su primera vez. Deseó que fuera su hermana quien estuviera allí, pero era ella quien soportaba a aquel cerdo sobre su cuerpo inmaculado, forzando sus piernas y penetrándola sin descanso, mientras el alcohol del hidromiel la repugnaba hasta provocarle náuseas.

No tardó mucho El Blanco en rendirse, sin sospechar siquiera que aquella niñata pelirroja había impregnado su sexo, y también su boca, con las hierbas que habitualmente utilizaban las rameras para deshacerse pronto de sus clientes. El hombre se echó a un lado, asqueado, y no pudo evitar que su estómago vomitase la comida, el alcohol y el veneno que lo llenaban por dentro. Sintió un creciente picor, después un escozor intenso e implacable. Pero no desconfió

de ella. Sí se recriminó a sí mismo por tomar a una cría virgen que aún no había sido domada.

El pecho de Wen, tendida sobre las mantas, todavía se agitaba, inquieto. Irvyn permanecía sentado a un par de pasos; su daga no descansaba muy lejos. Alargó su mano, pero no fue para buscarla, sino para alcanzar un jarro, del que bebió con premura, tratando de aplacar aquella quemazón que comenzaba a causar dolor.

—Esto me pasa por quedarme con la hija de un cobarde. Tendría que haber salvado a la zorra y matar a sus crías — murmuró mientras apretaba los dientes con rabia—. Mañana te irás. Uno de mis hombres te llevará al Norte y conservarás la vida hasta que vuelva a verte. Ese día terminará tu suerte. ¡Vete! —aulló.

\* \* \*

No durmió, esperando a que amaneciese. Como le había anunciado El Blanco, uno de sus lugartenientes la fue a buscar al alba, sin darle tiempo a recoger los pocos enseres que había preparado durante su vigilia. Al salir de la choza le señaló una yegua de capa negra como el azabache. No la ayudó a montar, tampoco le habló durante el día, ni durante la noche; ni siquiera le tiró las sobras de su comida hasta que llegaron a Cataibh. Tampoco le dio agua. Wen se retorció sobre su montura. Sólo podía saciar la sed cuando la lluvia descargaba su furia sobre ellos. ¡Volvería! Claro que lo haría, y ajustaría cuentas aunque fuese lo último que hiciese en su maldita vida. Y ajustaría cuentas también con su hermana, y hasta con el cobarde de su padre, si los dioses en los que él creía aún le permitían respirar. Cada poro de su piel clamaba venganza. Los haría pagar por aquellos seis inviernos de vida en el mismísimo infierno. Tantos inviernos como había

cumplido cuando Elvia y su padre salieron de Cathoir Gall. La mataría. Ésa era su misión y su razón para vivir. Ella era ahora la única juez, y había sentenciado a Elvia. A muerte.

El poblado que veía en el horizonte tampoco la acogería como un hogar. Allí, en las tierras altas de Alba, no le esperaba nada semejante a una vida, por mucho que se hubiese librado del hijo de perra que primero la secuestró y ahora la desterraba. Cada luna estaría más cerca de saciar su sed. Llegado el día, no se saciaría con agua, sino con sangre.

\* \* \*

Los hombres la llamaban zorra con el desprecio perfilado en los labios. Muchos gozaron de su cuerpo y condenaron su alma, si es que ésta no lo estaba ya. ¿Pero qué podría haber hecho? ¿Enfrentarse sola a una jauría de perros? Claro que no. Ninguno de ellos hubiese demostrado piedad porque no sabían lo que significaba. Sólo sobrevivió. Sobrevivió con doce inviernos a la primera violación en Cataibh. Apenas llevaba unos días allí desde que el soldado de Irvyn El Blanco la abandonara a su suerte, cuando comenzó a sufrir las primeras vejaciones y caprichos de borrachos malolientes. Sintió en carne propia la humillación, la vergüenza y el asco. Se llamaban hombres, guerreros con honor. Eran cerdos, ratas, animales en celo. En Cataibh, su nueva cárcel al norte de Alba, no tenía hierbas que los alejasen de ella. Y si las hubiera encontrado, tampoco hubiera conseguido con ellas evitar su enferma lujuria.

\* \* \*

También sobrevivió a la matanza de Cataibh. Los mercenarios y los creones de Argyle masacraron sin contemplaciones a cientos de hombres, mujeres y niños de su clan adoptivo. Wen aprovechó la sorpresa del ataque y, en medio del desconcierto y el terror, se deslizó con otras mujeres y sus retoños por un túnel en las montañas.

Lágrimas y olor a muerte. El pequeño grupo no se deshizo de aquel inconfundible olor a pesar de alejarse del nido de las serpientes. Sus lágrimas abrieron paso a un enemigo todavía más cruel: el hambre, que Wen tan bien conocía. Aunque consiguieron avanzar en dirección sur con la rapidez suficiente para que los guerreros y sus perros no las capturasen, la precipitada huida las dejó sin provisiones a las pocas jornadas. Los bebés se morían ante la impotencia de sus madres, y ellas mismas optaban a veces por quitarse la vida. Muchas se rindieron arrojándose al vacío, o simplemente esperando su hora en el interior de alguna cueva perdida. Otras vagaron como espíritus durante semanas buscando alguna baya, masticando hierba y bebiendo el agua de lluvia. Cada día que pasaba diluía la triste herencia de Cataibh. Sólo trece mujeres, delgadas como espigas de centeno y enloquecidas por la muerte de sus cachorros, alcanzaron la ribera de un río; ninguna había llegado antes hasta allí y ninguna fue capaz de identificarlo. Pero el cauce se convirtió en difícil frontera para cuerpos sin apenas un hilo de vida. Se miraron entre sí y sin decir una palabra, decidieron que habían dado su último paso. Se detuvieron. Se tumbaron sobre la hierba pese a que la cólera de la tormenta las torturaba con una lluvia fría y cruel. Fue entonces cuando Wen, alertada por un rayo, se puso en pie de un salto. Sus piernas se tambaleaban, las náuseas y la terrible sensación de mareo la mantenían sumida en un estado alucinatorio. Otro rayo. El último había caído muy cerca del grupo, derribando un árbol y provocando un enorme estruendo. Más y más truenos. La muchacha miró a

sus compañeras, pero ninguna abrió los ojos. La lluvia calaba sus ropas y se estrellaba sobre sus rostros escuálidos, pero ninguna pestañeaba ante el tronar de los dioses. Por detrás del roble abatido se cruzó, con unos ojillos curiosos y aterrados, un cervatillo que alzaba su naciente cornamenta. Wen consiguió reunir el hilo de fuerzas que guardaban sus músculos para echar a correr. Fue tan veloz que el animal casi no se había girado para comenzar el trote en dirección opuesta al peligro, cuando la mujer ya se arrojaba sobre él agarrándole la cabeza con el brazo desnudo. Los ojos húmedos del cervatillo suplicaban perdón, pero Wen, carente de compasión, le quebró el cuello.

Una docena de caras sorprendidas la miraban. La pequeña zorra descuartizaba un animal, después de haberlo destripado con un pequeño cuchillo y arrojar sus vísceras. Wen les devolvió la mirada; la sangre surcaba las mejillas de aquélla a la que tanto habían odiado.

—Comed.

No se atrevían a acercarse, pero la muchacha de los cabellos cobrizos les tendió varios trozos de carne sangrienta. El ruido de sus tripas obró por ellas, y se lanzaron a un festín tan inesperado como salvador. Comían como lobas, devoraban la carne cruda sin levantar los ojos y apartaban a codazos a las que osaban echar la mano a su tajada. El agua se estancaba en aquel recodo del cauce como si surcase una ciénaga, pero ni el olor pestilente ni el fango las detuvo, pues tras comer bebieron como fieras salvajes, riendo enloquecidas.

Wen las atravesaba con ojos ígneos y desorbitados; el brillo de sus pupilas reflejaba odio y rencor.

—¡Malditas seáis! No ha llegado vuestra hora a menos que yo os mate aquí mismo. Seguidme, nos vamos a Cymru.

No se escucharon más lamentos ni más llantos. Se limitaron a seguir a la que antes hubiesen negado un sorbo

de agua y ahora les daba de comer. Ella les había devuelto la vida que el dragón de los creones había intentado segar sin contemplaciones. El dragón que les había arrebatado a sus hombres y asesinado a sus hijos entre las llamaradas de sus fauces. Igual que los cateni veneraban a la serpiente, los creones de Argyle adoraban al odiado dragón. Cada clan tenía su animal.

Fueron siete días y seis noches sin luna de lenta y silenciosa marcha hacia el sur. Durante el séptimo crepúsculo brotó un resquicio de luz en el oscuro horizonte. Un relámpago de esperanza.

Tras atravesar un robledal inmenso, surgió entre las tinieblas un pequeño poblado, la respuesta a sus plegarias. Extenuadas y al límite de sus fuerzas, avanzaron como fantasmas hasta el mismo centro del asentamiento. Los nativos salieron de sus hogares a la voz de alarma, para ver cómo trece mujeres cateni en un estado lamentable se derrumbaban a sus pies. Se quedaron atónitos, petrificados, y nadie se atrevía a dar un paso hacia ellas. Sólo una anciana, la bruja Sinéad, reaccionó. Se agachó para acariciar el rostro de una de las mujeres. Aquella chiquilla pálida y demacrada era Wen.

\* \* \*

Sinéad ordenó a gritos a sus vecinos que cobijaran a las recién llegadas, que les proporcionaran mantas y alimento líquido. Ella misma ayudó a la pelirroja a entrar en su cabaña tomándola por un brazo. Le señaló el lecho de paja. Wen se dejó caer sobre el mullido colchón, y desde allí observó, entre intrigada e inquieta, a la anciana. Ajena a su invitada, se puso a remover con un cucharón de madera un enorme caldero humeante, en el que echó un ramito de hojas secas

que colgaban en las vigas de madera. Sinéad no se volvió a mirarla, tan enfrascada estaba en sus extraños movimientos en torno al caldero. Olía bien. Wen se quedó aletargada unos minutos, contemplando el ritmo cadencioso de aquel cucharón movido por unas manos inundadas por las arrugas de la edad. Ajadas, pero experimentadas por una sabiduría desconocida para la joven norteña.

—Bebe.

¡Pero si antes aquel brebaje desprendía un aroma agradable! Wen torció la cara con un gesto de repugnancia y lechazo.

—Sé que tiene un aspecto espantoso, yo misma lo he calado muchas veces. Has de tragarlo rápido. Hazme caso, chiquilla, es justo lo que necesitas.

Tomó aire, tratando de aguantar la respiración, y se lo bebió de un sorbo. Tras parpadear cuatro o cinco veces, se durmió profundamente. Sus sueños no fueron felices. El sudor frío y las endiabladas pesadillas la devolvían al éxodo de la muerte junto a las cateni. No veía, estaba ciega, pero notaba la lluvia torrencial y un viento feroz que azotaba su cuerpo desnudo. No se atrevía a abrir los párpados; la aterraba la sensación de ceguera. Se armó de valor. Allí estaba la vieja bruja. Sinéad, sentada, la observaba desde muy cerca con unos ojillos saltones y vivarachos. Sonreía, mostrando su boca desdentada. La muchacha dio un respingo y se puso en pie. Entonces cayó en la cuenta de que no llevaba vestimenta alguna. Sin pudor alguno, se sentó en el catre de paja.

—Me duele todo el cuerpo, llevo mucho tiempo dormida, ¿verdad?

—Cuatro días con sus cuatro noches.

—¿Con qué me has drogado, anciana?

—Aún no te conozco lo suficiente como para desvelarte

mis secretos. Sígueme.

Wen miró alrededor. Se vistió con varias piezas de ropa que estaban perfectamente dobladas sobre un banco tallado en castaño nudoso. Le sentaban como si fuesen hechas a medida. Camisa entallada hasta el cuello, donde varias tiras hacían que se pudiese ceñir a gusto, pantalón largo al estilo de los hombres sureños y botas de piel de carnero.

—¿Cómo están mis compañeras?

—Creo que no te importa demasiado —le espetó la anciana para ver su reacción.

—Tienes razón, yo estoy viva.

—Me lo temía. —Allí tenía la prueba definitiva, una muestra de la verdadera fortaleza de la chica. El egoísmo convertido en liderazgo puro.

—Pero las saqué del mundo de los muertos, al menos debo saber si han salido adelante.

—Todas. Estuve hablando con ellas mientras descansabas; reconocen que no lo hubiesen logrado sin ti. He dado instrucciones a mi pueblo, no dejaré que os veáis hasta que yo lo ordene, antes quiero saber de qué estás hecha. Quizá seas quien estoy esperando.

Los inviernos que la contemplaban podían haber tornado su experiencia en senilidad o locura, pero Sinéad estaba segura de que no se equivocaba. Aquella muchacha cateni tenía la fuerza necesaria; ella sabría cómo desenterrarla y hacer que floreciese.

—Dime, anciana, ¿quién eres?

—Todo a su debido tiempo, chiquilla, todo a su debido tiempo.

Sinéad reía, fuera de sí. ¡La Dama Blanca! Allí la tenía, tantos inviernos esperándola, y allí estaba, descansando sobre un lecho de paja en su choza.

\* \* \*

Rezaba la leyenda que una mujer llegada desde las tierras de Alba se convertiría en la primera en reinar sobre las naciones celtas. Oculta a los ojos del mundo, Wen debería recibir la formación, la sabiduría y el adiestramiento necesarios para arrebatarse el poder a los clanes del trono y dominar el mundo. Sinéad le procuraría los mejores maestros, la enseñanza de guerreros y druidas, pero se reservaba para sí misma el desvelarle los secretos del universo de las sombras

## IV

### Un aullido humano

#### TEMPLO DE LA DIOSA MADRE. TIERRA DE LOS CÁPOROS

**L**a Diosa Madre fija su mirada impasible sobre aquellos que osan asaltar su santuario cuando el sol se pone, y ella, Matrona, reina en la noche galaica.

\* \* \*

EL intruso portaba una antorcha que movía de lado a lado, proyectando una sombra fantasmagórica sobre las paredes de la cripta. Bajó a la planta inferior por una estrecha escalera. EL único sonido era el crepitar de la llama, que se acrecentaba con el eco. Volvió tras sus pasos sin que sus ojos se tornasen hacia la estatua pétrea y divina.

Una mujer de largos cabellos rubios lo esperaba impaciente en el exterior del templo. El intruso, el caudillo Tarkum, se plantó ante ella. Cuatro guerreros, todavía

permanecían a caballo, la custodiaban a pocos pasos. Entre ellos, el que la había registrado con poca delicadeza y la mano demasiado ambiciosa.

—Podemos entrar. Te sigo —dijo Tarkum a la mujer—. ¡Vosotros, desmontad y seguidnos!

Matrona, la diosa madre de los celtas, muda pero majestuosa, estaba a punto de convertirse en testigo de los que profanaban su sagrada morada.

\* \* \*

La melena, de finos cabellos rubios, bailoteaba graciosa sobre la espalda desnuda de la mujer. Tarkum, poco hábil en las artes amatorias, la empujaba como un potro en celo hundiéndose entre sus piernas. Elvia, así se llamaba, sentía en su interior el calor abrasador del miembro erecto y potente, pero, lejos de amedrentarse por la violencia de su amante, disfrutaba de ello. Lo alentaba agarrando sus glúteos con las manos, y lo atraía hacia sí. Sentía sus músculos, su fortaleza. Respiraba acompasando su ritmo con el del guerrero, y sus jadeos se extendían por toda la bóveda.

A menos de una docena de pasos, los guerreros contemplaban la escena, tan excitados como corroídos por la envidia. Tras obedecer la orden de su señor y escoltar a la pareja hasta la cripta, se habían sentado entre dos columnas, en las que antiguos habitantes habían representado, con carbón vegetal, un águila y un halcón.

No perdían detalle y maldecían en silencio, pero la pareja, a solas en el estanque central, los ignoraba, y seguía entregándose a la lujuria. Los cuatro se enfurecían y la sangre caliente inundaba sus cerebros desmadrados y

lascivos. Ninguno de ellos se atrevió siquiera a mover los labios. Una palabra, un movimiento, y su señor apartaría de un manotazo a aquella perra rubia y segaría sus vidas sin contemplaciones. Lo conocían desde niño y lo conocían bien. Sabían de lo que Tarkum era capaz.

Esta vez, la envidia, la excitación y la ley del silencio eran sus compañeros de juego; tal vez luego podrían desfogarse con alguna mujer en Ártabra. O eso, o la lastimera masturbación en una cuadra de ovejas.

\* \* \*

Elvia sí los veía. De vez en cuando los miraba de soslayo por si alguno abandonaba el lugar que le correspondía, el de perro mudo y fiel.

El ártabro se sofocaba tratando de acelerar sus penetraciones, y la mujer decidió tomar las riendas. Y, de paso, dar descanso a sus nalgas, ya heridas y sangrantes por la aridez de la roca que asentaba el estanque.

—Déjame a mí —le susurró mordiéndole el lóbulo de la oreja, para luego besarlo en el cuello muy lentamente.

Tarkum bramó un gruñido de protesta. Pero los ojos ambarinos de Elvia lo sedujeron de nuevo, y su mano diestra arrastró a la suya, y a él, hasta verse postrado sobre las piedras milenarias. Alguien, probablemente uno de los hombres de Tarkum, había esparcido previamente sobre ellas hierba mullida, en un intento de acomodar una especie de lecho. Aun así, la dureza de la roca labrada hacía insuficiente la previsión.

La montañesa, así la llamaban los ártabros porque sabían de su procedencia desde las montañas del este, más allá del río Navia, permanecía aún en pie, con las piernas separadas

por la cintura de su amante. Desnuda sobre él, y ante los mirones cada vez más excitados, se recogió el pelo, sujetándolo con una tira de cuero. Se inclinó para buscar un contacto más íntimo con el cuerpo masculino, y comenzó un sensual recorrido con los labios, que acercaba y retiraba a conciencia atrapando de vez en cuando el inferior de Tarkum, envolviéndolo con besos húmedos y provocadores. Cuando él intensificaba el beso, ella marcaba una mínima distancia entre sus bocas y empujaba su cabeza de nuevo contra la piedra y la hierba. Cuando él intentaba incorporarse, ella se lo impedía con las piernas y sus movimientos de pelvis. Tarkum se retorció nervioso, encendido. Ahora la lengua de Elvia abría un camino en su pecho, iba de un pezón a otro, mordiéndoselos con delicadeza. Aumentaba su deseo, su desesperación. Jadeaban. La lengua, traviesa, continuó la ruta calculada, el ombligo, la parte interna de los muslos. Y el sexo varonil, firme y pétreo como el risco de las rocas, recibió los labios húmedos y calientes, la boca experta e insaciable. El jadeo de Tarkum se convirtió en un suave aullido que aumentaba cada vez que la mujer arrastraba ambas manos por su pecho. «Aggg...» Volvieron a conectar sus bocas y Elvia, con soltura, buscó la penetración. La encontró al instante. El miembro le llegó hasta las entrañas. Él empujaba, pero la chica se lo impedía, y negaba con el balanceo de su dedo índice, que llevaba desde su boca a la de Tarkum, intercambiando sabores y fluidos. Tenía el mando, el control. Comenzó a mover la cintura y la pelvis lentamente, con suavidad, notando como el miembro que ella manejaba a su antojo la acariciaba por dentro. La lubricaba, la estimulaba. Incrementaba el ritmo a su conveniencia y, cuando veía que el jadeo, ya casi único, subía de tono, volvía a tirar de la rienda moviendo ligeramente las caderas y buscando penetraciones más lentas. Así hasta que, arrancando la tira con la que antes había sujetado su melena rubia, y tras llevar las manos del guerrero hacia sus senos firmes y excitados, decidió comenzar una frenética

cabalgada. Tarkum cerró los ojos tratando de controlar lo incontrolable, de conseguir no ser domado como un potro, pero sentía que su cuerpo estaba a punto de sufrir el estallido de un volcán. Ella no tenía piedad, se inclinaba una y otra vez para besarlos y morder sus labios y el cuello, pero seguía sosteniendo un movimiento cada vez más vertiginoso. «Mmmmm.» Elvia también aumentaba la cadencia de sus propios jadeos, sentía calor en las mejillas y se sabía ruborizada. Su sexo ardía como las hogueras del Samhain, y estaba dispuesta a no dejar morir ni las llamas ni el fuego. Movi6 su cabellera dorada sobre Tarkum, que trataba en vano de atraparle el pelo con los dientes. No podía utilizar las manos porque ella las manejaba a su antojo y gusto, ahora sobre sus senos de pezones excitados, ahora sobre las nalgas que habían soportado la roca labrada. La fuerza de la montañesa impedía que se moviese. El gran guerrero se sentía indefenso, presa de una diosa que lo llevaba allá a donde ella quería. La resistencia resultaba infructuosa y él disfrutaba como jamás lo había hecho. «Ammm...» Elvia inició una última y diabólica serie de movimientos y llevó sus labios hasta los de su amante. El estallido fue único, rítmico pero pausado. «Aggg...» Lento.

Exhaustos, abrazados sobre la hierba húmeda y fría, sus pechos continuaban ventilando como tambores de guerra, y sus pieles comenzaban a heredar el remojo del suelo galaico. La mujer, aún a horcajadas sobre Tarkum, recordó entonces que no estaban solos. Miró hacia los soldados, perdidamente excitados y ya casi fuera de sí, y esbozó una sonrisa. Uno de ellos hubiese jurado sobre la tumba de su padre que les guiñaba un ojo. «Perra montañesa», murmuró, cuidándose de que ni siquiera sus compañeros descifrasen sus palabras. No se había equivocado. Elvia volvió a guiñarle el ojo y no se conformó con ello. Se regocijaba entre sonrisas señalándolo con el brazo izquierdo extendido y provocando su ira. Como si quisiese atraerlo hacia sí llamándolo con los dedos, con los

que primero le hacía un inequívoco gesto y luego introducía en la boca picara y granuja. Uno a uno.

«¡Maldita seas!»

\* \* \*

La estatua de Matrona, protectora de sus vástagos ante el espíritu maligno, creadora de vida y divinidad de la madre naturaleza y su tesoro máspreciado, la fertilidad, se sumía de nuevo en la oscuridad y el silencio. Las llamas de la antorcha se alejaban tras los pasos de la mujer, la última en abandonar el lugar, y la diosa descansaba por fin en su santuario. No lo liaría en paz. Su casa había sido mancillada por la lujuria de la carne y la avaricia de los mortales.

\* \* \*

Desde la loma más cercana al templo de la Diosa Madre, Elvia despedía con la mirada a Tarkum. Su posición le permitía dominar la planicie que acogía al edificio sagrado, del que sólo se divisaba el exterior de la planta alta y también el robledal por el que antes habían aparecido los guerreros, y que ahora volvía a resguardarlos bajo su manto frondoso. A su espalda, al menos un centenar de rocas sembraban la superficie alargada de la loma, que se erigía en un promontorio privilegiado.

El señor de los ártabros y de los albiones galaicos cabalgaba montado en un bayo enorme, el caballo más grande que la montañesa había visto hasta entonces. «Hacen buena pareja», pensó. No cabía duda de la fortaleza de Tarkum; ella misma la había sentido sobre su piel. A pesar

de las pocas expectativas que Elvia albergaba, sí había sabido hacerla vibrar. Con algo de ayuda, eso sí. Sonreía.

El ártabro se volvió para despedirse con un gesto hosco, un movimiento ligero de cabeza, antes de enfilear la senda que se adentraba en el robledal. Ella agitó la mano izquierda. Desapareció, seguido de sus cuatro compañeros, mecido por el viento, que canturreaba viejas leyendas mientras agitaba con suavidad las ramas de los robles.

Las hojas lobuladas seguían cayendo en busca del nuevo año celta, formando remolinos en suspensión desde que abandonaban su cuna entre los brazos de cada árbol centenario hasta que se posaban sobre el manto de ocres, amarillos y rojos casi imposibles. Un piso vegetal de belleza insuperable. El bosque honraba las tierras de los galaicos con los últimos coletazos otoñales, que ya auguraban heladas y nieves.

Había sido un otoño corto e inusualmente cálido, pero intenso para Elvia. Aún con la mano en alto, se miró la parte interna del antebrazo, allí donde llevaba tatuada la marca maldita, aquélla que la obligaría a escoger entre los tronos de la gloria o el camino a la perdición. Incluso en el primero de los supuestos, poco probable, ella la consideraba una maldición desde niña. Apenas recordaba cuándo se la había tatuado su padre, pero no olvidaba su significado y la misión que la diosa Navia, la dama de los valles, le había encomendado de por vida. El objetivo que regiría su devenir hasta que la guadaña segase su último suspiro de vida. Navia, señora del agua y los ríos, la misma que prestaba su nombre al cauce que hería las montañas galaicas con un brutal hachazo entre sus entrañas. Tan terrible herida, que el brazo ejecutor de la diosa había convertido valles y suaves colinas en salvajes cañones y cumbres de impresionante altitud.

Se aproximó a una piedra de entre las más grandes que

componían aquel campo de rocas. Encogió el brazo tatuado, el izquierdo, para tener en el mismo plano de visión tatuaje y granito. Sobre la losa, un grabado idéntico, cincelado por algún desconocido artista o hechicero tal vez miles de inviernos antes de que Tautinkom marcara el brazo de su hija pequeña. La silueta de un ciervo atrapado justo en el centro de un laberinto de espirales. Elvia se agachó y acarició la figura, igual que hacía cada noche con su propia piel, con su ciervo astado y condenado a prisión perpetua.

—Tautinkom, hiciste un buen trabajo. —Recordó a su padre y elevó una mirada hacia las estrellas, que ya lucían sobre el cielo que dominaba el territorio de los cáporos. Pero al instante se irguió para cubrir su brazo y terminar de vestirse. Se sabía en peligro.

Casi podía olerlos, sentirlos. Habían abandonado ya la pradera que rodeaba el templo, pero aún estaban demasiado cerca. Elvia y el propio bosque escucharon el grito, sin duda nacido de la garganta de Tarkum.

—¡Zooooorra!

Mantuvo la calma y aguardó justo hasta que los ártabros, con su caudillo al frente, asomaron de nuevo por la misma senda por la que antes se habían adentrado en el robledal. Cabalgaban como bestias rabiosas, y en realidad lo eran. Elvia escogió una flecha de abedul de entre las que colmaban el carcaj. La acercó a la llama, que ya languidecía, esperando a que prendiese lo suficiente, y tensó el arco. El silbido quebró el silencio y la luz iluminó a la amazona y a su montura. Los jinetes se detuvieron cuando Tarkum levantó una mano. Elvia apremió a su caballo, que se irguió sobre las patas traseras, y el ártabro pudo ver como aquella hija de perra sujetaba con una mano una talega de tela. «¡La bolsa!» En un suspiro la flecha en llamas se estrelló en el mismo lugar que hasta entonces ocupaba Elvia, pero ella ya se había esfumado entre las tinieblas de la noche.

Los secuaces del señor de los ártabros y los albiones se disponían a iniciar la persecución, pero Tarkum los detuvo.

—Dejadla, jamás la alcanzaremos de noche. Y entre las rocas no lograremos un rastro fiable.

—Pero, señor... —balbuceó uno de ellos.

—¡Silencio! Volvemos a casa. —El ártabro lanzó una última mirada asesina hacia el campo de piedras. Tenía que reconocer que la montañesa lo había engañado como a un chiquillo. ¿Y acaso no se había comportado como tal?—. Me lo merezco —masculló entre dientes. Que le aprovechara la bolsa y que pudiese vivir lo suficiente para hacerle pagar la afrenta antes de enviarla al más allá. Entonces no se dejaría seducir. La degollaría como a una liebre.

\* \* \*

El caballo de Elvia trotaba tranquilamente después de la galopada inicial. Ella le acariciaba las crines. Se había imaginado que Tarkum no la perseguiría. Alzó la vista y buscó entre las estrellas. «¡Hacia el oeste, hace tiempo que no veo el mar!», sonrió. Hacia el mar del Norte, en su día testigo del viaje más triste que recordaba la historia de las naciones celtas.

Cabalgando en busca de su destino, Elvia buscó con el corazón entre las tinieblas de su memoria. Y encontró el dolor. El salón real de Cathoir Gall, la sonrisa de Wen y sus cabellos de fuego, los brazos cariñosos de su madre, en los que a ambas les gustaba dormirse al calor de la lumbre, los mordiscos y patadas que había propinado a su padre tras el acto de valentía de su hermana mayor. ¡La habían abandonado! Muchas noches soñaba despierta con retornar a su lado, que Wen le enlazaba las trenzas al amanecer. Otras,

que estaba muerta, que Irvyn El Blanco la habría arrojado a la cueva más lúgubre del lugar, a la más profunda, para herir de nuevo a su enemigo ya derrotado y condenado a la muerte en vida propia del cobarde.

—iTautinkom! ¡Padre...! —suspiró. Acudían a su mente los días con sus noches, llenos de fantasmas, de aquel viaje de exilio y tristeza infinita. Y lo recordaba todo, cada detalle, cada ola y ráfaga de viento, porque no había sido capaz de dormir durante toda la travesía. El silencio culpable del rey deshonorado. El vacío de una niña demasiado pequeña que había perdido a su madre y a su hermana en una sola mañana. La inocencia que la llevaba una y otra vez a intentar consolar a un hombre que jamás hallaría el consuelo. La bravura del mar norteño y su llegada a la tierra de las tribus galaicas. Su destino, su destierro.

El amor de su hija menor era lo que le quedaba; un fragmento de orgullo. Un orgullo herido de muerte pero todavía vivo. Aún derrotado y humillado, había nacido rey y lo sería hasta el fin de sus días. Un rey sin corona, un hombre desterrado con la venganza tallada en las venas.

## **PUENTE SOBRE EL EMBARCADERO SUR. ARDÓBRICA**

**U**n jinete acababa de atravesar el puesto de guardia y, ya a pie, caminaba sobre los tablones corroídos por el salitre. El mar golpeaba con ferocidad los pequeños barcos de pesca. Y las olas, casi replegando la marea, bamboleaban con insistencia el frágil puente que unía el embarcadero con el puesto.

El hombre, ataviado con las prendas propias de un

hechicero, mantenía el equilibrio a duras penas. Fue entonces cuando oyó el ulular lastimero de un ave rapaz. Se atusó la barba y se detuvo a contemplar con el único ojo que conservaba la inmensidad del acantilado que protegía y fortificaba la bahía. Su puño agarró el cayado labrado con la rama de la encina mágica, y los dedos notaron la rudeza de la madera a medio pulir. Sentía el hormigueo habitual. Perdía sensibilidad como siempre que apretaba el cayado con fuerza. La yegua se movió nerviosa a su espalda; un segundo jinete se aproximaba al trote. No se molestó en volverse y su mirada seguía perdida entre las sombras de la muralla natural del acantilado.

—¿Ocurre algo, Ojo Derecho? —Así era conocido Crevan, aunque nadie tuviese idea de cómo había perdido el ojo. Los rumores se limitaban a simples especulaciones y chismes, lo que aumentaba el misterio en torno a su persona.

—Aún no lo sé, muchacho. Aún no lo sé. Pero nada de lo que está por llegar nos libraré de la muerte —respondió.

\* \* \*

El centinela, inquieto y asustado por estas palabras, retornó al puesto de guardia. Ató las bridas del caballo a un madero, y buscó de nuevo al druida con la mirada. No se había movido. Quieto, miraba al firmamento como si buscara algo entre las nubes de la tormenta que estaba a punto de arribar a la costa. Como si escuchase.

—¿Qué te ha dicho el viejo? —Los hombres a su cargo también observaban sorprendidos a Crevan.

—Nada —mintió.

—Pero hablabas con él...

El comandante, incómodo con la insistencia del guardia

imberbe que pretendía interrogarlo, frunció el ceño. La enorme cicatriz que le rasgaba la frente se hizo más y más grande ante los ojos del muchacho.

—He dicho que nada. Escúchame, voy a darte el consejo que te daría la desgraciada que te arrojó a este mundo al parirte. Cuando veas a ese brácaro hacer cosas extrañas como lo ves ahora, busca una piedra y afila tu espada. Y, ahora, ilárgate!

El comandante se cruzó de brazos y, por delante de sus hombres y de las barreras de acceso al puente, siguió observando a Crevan. Cuando, al cabo de un buen rato, Ojo Derecho volvió en sí y retornó sobre sus pasos, acercó su cabeza a la de la yegua mientras la acariciaba. Su semblante permanecía serio, sus ojos extraviados. Había recibido un mensaje, los dioses le habían hablado con claridad. Sabía lo que se esperaba de él, y sabía a quién debía buscar. El destino estaba a punto de cruzarse con ellos. Y no precisamente por azar.

Entonces, el druida montó iniciando un frenético galope hacia las entrañas de Ardóbrica. Alzando su cayado en dirección a las primeras chozas, como si fuese a cargar contra ellas. Desapareció en la penumbra, y el veterano guerrero del cuerpo de guardia hubiese jurado por el dios Esus que, a pesar de la oscuridad reinante, un gran pájaro, tal vez un halcón, sobrevolaba al jinete. Meneó la cabeza un par de veces, se quitó el casco repujado en plata y se volvió hacia sus muchachos.

—¿Ya has afilado la espada?

\* \* \*

Las nubes más negras que Crevan había visto desde su

niñez en las tierras brácaras, comenzaban a descargar intensas cortinas de agua sobre Ardóbrica. Su halcón buscó refugio en el saliente de un tejado y batió con firmeza las alas para secarse las plumas. Se trataba de una cabaña de salazón.

—Quédate ahí —bramó el druida, que con el capote y el resto de sus ropas totalmente empapadas, se ajustó sobre la cabeza un gorro picudo que en nada le protegía del agua de lluvia. El ave le devolvió la mirada con ojos altivos, orgullosos. Ojo Derecho demoró el paso para poder distinguir un sonido, algo que se entremezclaba con el señor del trueno y el chapotear insaciable del aguacero. Una voz, ¡un grito! El siguiente relámpago iluminó una choza pequeña y casi derruida en sus paredes exteriores. Más voces.

Cada poro de su piel se estremecía. La sangre fluía por sus venas a gran velocidad. ¡Un aullido humano, un grito de mujer!

# V

## El druida del sol naciente

### BRÚ NA BÓINNE. ERIN

**M**ientras Kendrah entregaba el cuerpo de Connel a su familia y organizaba la partida de emisarios a Teamhair na Rí, la colina de los Reyes, Aldahir Roble Gris descansaba en su cabaña. Incapaz de dormir por las brumas que le perturbaban la mente desde el incidente de Kealkil, su mirada vagaba buscando respuestas en cada rincón de la estancia. Escudriñaba en vano buscando algo que no estuviese en su lugar, pero todo estaba donde tenía que estar, como siempre. Esbozó una ligera sonrisa.

—¿Qué te preocupa, Aldahir?

El druida se volvió. Allí estaba ella, la responsable de que imperase el orden en una choza atestada de pócimas balsámicas y tarros de tierra cocida con esencias de lila, cáñamo o avena; ramilletes con hojas de roble y encina, de manzano, o de naranjos del sur de Iberia; inciensos de violeta, artemisa y belladona. Cuencos y más cuencos para las mezclas y los cuchillos de sacrificio perfectamente alineados sobre la mesa de trabajo. Sin Nunn, el caos se hubiese adueñado hacía tiempo del mundo de Roble Gris.

Aunque Nunn era casi veinte inviernos más joven, se había convertido en su compañera siendo apenas una niña. Se escapó del hogar de sus padres para saciar su curiosidad por el druida recién llegado de Ynys Mon. Ni los castigos paternos ni las habladurías de las comadres de Brú na Bóinne, fueron suficientes para alejar a Aldahir de su alocada cabeza. Los primeros encuentros, apasionados, fruto de la más desenfundada lujuria, dieron paso a un romance sincero y tierno que desde el primer instante quedó guardado en el corazón de la chiquilla. Nunn se había hecho mujer a su lado, había estudiado sus métodos científicos, y había adquirido del mejor de los maestros conocimientos sobre flora y fauna, astrología y medicina. Los secretos de todos los elixires y bálsamos, y claro está, magia, sortilegios y adivinaciones. Le había visto impartir justicia y aconsejar a reyes; también iniciar a nuevos discípulos o quitar la vida a hombres o mujeres a los que antes había arrancado de las entrañas de la muerte. Comprendía el rol del Gran Druida y jamás interfería. Se mantendría a dos pasos, siempre a su sombra. Ni siquiera le molestaba que de vez en cuando yaciese con otras mujeres. Toda hembra se sentía atraída por aquel hechicero que poseía más poder que los reyes de Erin. Ella misma fue seducida por su aura mágica, por su autoridad y energía. Por su supremacía en esos momentos en los que se decide si un ser vivo, incluso humano, sigue respirando o deja de hacerlo para siempre. Conocía sus virtudes, pero también sus defectos. Sabía que era un amante insaciable, y que la promiscuidad en el sexo le hacía sucumbir a los encantos de las jóvenes de todo clan que visitase; pero siempre volvía a ella, era su cuerpo el que calentaba el de Aldahir durante el invierno. Ella era la única que conocía sus gustos y preferencias, la que sabía provocarlo y excitarlo aunque el cansancio, la enfermedad o las heridas del combate se adueñasen de sus huesos o de su espíritu.

Era un hombre atractivo. Lo seguía siendo a pesar de que

los inviernos fuesen tornando al cachorro rubio de Ynys Mon en el roble gris del presente. Fuerte, musculoso y viril. Muy viril, Nunn podía dar fe de ello. No sabía qué habrían hallado él y el jefe Kendrah en Kealkil, pero sí cómo hacer que se olvidase de todo, al menos por un rato.

Nunn lo recibió con un beso largo, lento y húmedo. Yacían, desnudos como era su costumbre, cubiertos por una gruesa manta de pieles de armiño, recibiendo directamente el calor de la lumbre que noche y día permanecía ardiente en el centro de la estancia. El beso consiguió la reacción inmediata, y la mano diestra de la mujer se encontró un miembro erecto y dispuesto. Mordió los labios de Aldahir sin dejar de jugar con sus dedos sobre la piel tersa del sexo varonil. Movimientos constantes y experimentados, pausados. Los músculos del druida aumentaban la tensión mientras los labios de Nunn, y su mano, seguían sin ofrecer tregua. La mujer supo mantener el ritmo, y mientras besos y mordiscos cómplices mantenían sus bocas unidas, ella envolvía el falo con dulzura pero con firmeza, buscando que la piel se deslizase entre las yemas de sus dedos. Ella seguía igual. La excitación de Roble Gris aumentaba. Buscó sus manos y las llevó hacia sus senos, generosos y tersos. Los dedos masculinos encontraron las aureolas amplias y los pezones dispuestos, anhelantes. La creciente calentura del druida anunciaba el apogeo casi inmediato, y la mujer lo atrajo sobre sí para recibir sobre su vientre y pechos el calor del orgasmo. Aldahir estalló en un suspiro contenido. Nunn se masajeó los senos. El druida la besó de nuevo, era su momento. Recorrió con sus labios el cuello, los pezones, el vientre ya maduro que había conocido virgen. Le separó las piernas y llevó su propia boca y su lengua hacia el mismo centro de la hoguera femenina, que lo aguardaba, que lo deseaba. Con la lengua le masajeó los labios sexuales, y la reacción con suspiros y jadeos no se hizo esperar. Nunn sentía ardor, deseo y humedad; ella misma se llevaba una

mano a los senos y la otra hacia su clítoris, donde competía con Aldahir para buscar un espacio. Él le besaba los dedos, proseguía con sus movimientos de lengua, volvía a los dedos. No llevaba el compás medido que ella había seguido antes. Él era más salvaje, más impulsivo, trocaba un sosiego insuperablemente pausado con la aceleración más vertiginosa. Y ella se retorció de placer. No pudo contenerse más. Tampoco lo intentó. Dejó que los labios y la lengua del druida saboreasen su miel como un osezno goloso.

Aldahir se incorporó y se sentó sobre las pieles mesándose la barba, pensativo. La mujer se abrazó sobre su espalda y le acarició la melena, jugando a trenzarle los cabellos grisáceos.

—Sigues en otro lugar, Roble Gris. ¿Es tan grave?

—Lo es. Me temo que esta noche no podré seguir disfrutando de tus placeres, Nunn. Necesito pensar.

—Te conozco bien, ¿recuerdas? —Lo besó en la mejilla—. Ve a tomar el aire, pasea por Brú na Bóinne o acércate al túmulo. Si lo haces, enciende una tea ante los restos de mi padre, ¿lo harás?

—Descuida. No me esperes despierta. No volveré hasta después del almuerzo.

—Bien. —Volvió a besarlo para entonces tumbarse de nuevo y echarse la manta de armiño sobre la piel desnuda.

Aldahir se vistió con rapidez la túnica y el capote, atizó la lumbre de la hoguera y volvió a mirar a Nunn. No dijo nada. Sus miradas lo dijeron todo. Tantas y tantas noches de confidencias, y tantos silencios cantados a dúo. La mujer sabía que el druida se sentía atormentado desde su regreso de Kealkil. No sabía por qué, pero Roble Gris no era hombre de asustarse con facilidad. Los malos presagios la hicieron temblar; el vello de los brazos se le erizó y un escalofrío intenso le recorrió la espalda.

Aldahir Roble Gris, el gran guía del consejo de druidas de las Tres Islas, guiñó un ojo a su compañera, se caló la capucha y abandonó la cabaña. Cerró la puerta tras de sí para adentrarse en el viento. La hojarasca que volaba en suspensión lo rodeó. Extendió la mano izquierda, una hoja de roble se posó sobre la palma. Una hoja seca y amarillenta. Muerta.

\* \* \*

Roble Gris caminaba con pasos largos. Había atravesado la aldea y sólo se detectaba movimiento ante un par de las seis docenas de cabañas. Caía el sol. Los hombres de Kendrah preparaban el viaje de su jefe, lo que dio idea al druida de la inminencia de la partida. Los vecinos del malogrado Connel acudían a velar su cadáver y acompañar a la familia. Según había escuchado, sus seres cercanos preferían un funeral que respetase el rito del barquero y no el enterramiento, más común en los últimos inviernos. Con seguridad lo llamarían al amanecer, pero ya se haría cargo de ello entonces. Necesitaba poner en orden sus ideas, y para ello precisaba soledad.

Salvo aquellas dos chozas, el resto de Brú na Bóinne permanecía desierto. Como desierta se encontró la explanada del gran túmulo del sol naciente. Se detuvo ante la entrada oeste. Un guerrero, ataviado con ropajes de color pajizo rematados por una coraza de oro pulido, en apariencia muy pesada, inclinó la cabeza a su paso. Aldahir conocía a aquel muchacho desde que gateaba con los pies descalzos por la aldea. Siempre había soñado con ser uno de los guardias del túmulo, un guerrero del sol. Y allí estaba. Erguido, orgulloso, inclinando la cabeza ante el druida más grande que el mundo había visto jamás, portando en su mano diestra una réplica

de la lanza de Lugh, dios del sol y de la luz, de la tierra, las artes y los oficios. Aquella que sólo aplacaba su fuego salvaje cuando era bañada con sangre humana.

Rematada por una sola punta bien afilada, se le atribuían tres, e incluso cinco puntas, capaces de rugir y lanzar fuego sobre el enemigo. Se hablaba de seis lanzas más, incluso. El afortunado heredero del arma original sería invencible, ya que, además, la lanza retornaría a manos de su propietario incluso tras alcanzar sus objetivos y atravesar todo el campo de batalla. Su fuerza, junto con la onda y el arco también propiedad de Lugh, era destructora. Fábulas, cuentos para niños, como los llamaba Roble Gris. Leyendas creadas para aumentar la ignorancia de quienes ya de por sí preferían lo fantástico a la razón o el conocimiento. Ilusos fáciles de manejar. Y eso sí le convenía de vez en cuando. Aldahir saludó al muchacho con una sonrisa. Probablemente Owen, ése era su nombre, desconocía las propiedades mágicas del arma original, así como su fama como símbolo fálico. Lo que no le hubiese venido mal por los rumores que corrían sobre el muchacho, al parecer, poco afortunado en amores.

Roble Gris caminó por el corredor oeste, en dirección a la gran cámara en forma de cruz del túmulo. Siempre accedía al santuario por el mismo sitio, aquél desde donde los espíritus celtas contemplaban cada tarde como el padre de los astros se retiraba para gozar los favores de sus múltiples amantes fugaces. Sabía que todos, o casi todos los visitantes, tanto locales como peregrinos, o incluso los nobles de sangre real, solían entrar por el corredor este, el que recibía los primeros rayos diurnos. Pero él, siempre rebelde, prefería la protección gemela de los veintidós pilares que custodiaban el pasillo de entrada, que para el resto de los mortales era de salida. Por algo serían veintidós y no uno menos los centinelas milenarios. Por algo el sol incidía entre los veintiuno del este en el solsticio de invierno, y tras inundar con su luz pura y sanadora la cámara, se atenuaba por su camino más

occidental. El del número par y más perfecto.

Se adentró en la cámara. Todo el recinto, cámara y ambas galerías, se iluminaban noche y día con antorchas que se distanciaban entre sí siete pasos exactos. Cada noche y cada día, salvo cuando el sol habitaba entre los mortales. Aldahir Roble Gris recordó su primera vez. Guardaba memoria de cada instante que había vivido allí desde que llegó de Ynys Mon. Su primer solsticio invernal en Brú na Bóinne, su prueba de fuego. La jornada en la que se ganó los favores de los druidas más veteranos de Isla Esmeralda, los que debían decidir si el aspirante, enviado por el Gran Consejo, era el líder esperado y merecía continuar su aprendizaje. De no serlo, o de no haber convencido a los ancianos, Aldahir hubiese trocado su condición de aspirante por la de almuerzo para los lobos, tras ser despellejado vivo.

Esbozó una sonrisa mientras acariciaba con ambas manos la bandeja de piedra situada en el centro de la cámara. Únicamente se usaba en las grandes ceremonias. Como en aquel día hacía tanto tiempo; rostros incrédulos y bocas abiertas fueron testigos de excepción de su gran demostración. Mientras el primer y tímido rayo de luz asomaba por el pasillo que hoy custodiaba Owen, Aldahir había sido capaz de arrancar el corazón a un cervatillo con sus propias manos sin que brotase una sola gota de sangre del animal. Tras abrirse paso entre druidas y nobles, plantado justo en el punto de confluencia entre los dos corredores, había alzado el corazón, que todavía latía, hacia la cúpula del túmulo. El sol lo iluminaba con tal intensidad que lo hacía casi transparente ante los ojos de todos. Aldahir se había quedado allí, de pie, quieto, hasta que el rey de los astros abandonó el lugar sagrado por el oeste. El enviado de la casa real de Teamhair na Rí se arrodilló sin atreverse a alzar la mirada, golpeando con la palma de su mano derecha sobre el suelo, gesto que imitaron todos los asistentes. Llegó entonces el eco, que envolvió el lugar para mayor realce del

rito oficiado por el aprendiz. Fue en aquel lugar y de aquella manera. Desde entonces el pueblo comenzó a forjar la leyenda de Roble Gris.

Recursos o trucos de hombres de ciencia, así los llamaba él, desterrando, como con las leyendas, cualquier creencia o superstición mágica. Un correcto uso de las hierbas que él mismo mascaba o bebía en infusión para las ensoñaciones. La mezcla adecuada para paralizar el riego sanguíneo de la cría de ciervo. Todo para postrar a sus pies al emisario del rey, y con él a los ancianos. Su verdadero objetivo eran ellos, pues ellos decidían si merecía el honor o la muerte. Aldahir sólo les facilitó la tarea.

Habían caído muchas hojas desde entonces, pero el recuerdo aún le erizaba la piel, y más aún cuando algo nublaba su mente. La niebla no le dejaba ver el bosque y necesitaba ver, quizá tanto como respirar. Sabía cómo, o al menos cómo intentarlo. Miró alrededor. No era la primera vez que se encontraba a alguien agazapado entre las sombras de la estancia. Estaba solo, inmensamente solo. La soledad se convertiría en su mejor aliada y, tal vez así, comenzaba a temerlo, en la aliada de las tierras de Erin. Se sentó justo al lado del gran plato ritual, inmóvil en su pétrea y cóncava grandeza, y rebuscó al tacto en el interior de su saquito de piel. Extrajo un pequeño recipiente de barro, no más grande que medio de sus dedos pulgares. Lo protegía un tapón de madera oscura y nudosa, sobre cuya cara superior se había tallado una diminuta hoja de roble tintada de color rojo, como rojo era el líquido que el sabio ya vertía en su boca, apresurándose a tragarlo para evitar el fuerte y desagradable sabor. Cualquiera hubiese pensado que bebía sangre, no sólo por su coloración, sino por su reconocible acuosidad. Era una de las pócimas más secretas de Roble Gris; elaboraba la mezcla él mismo, gota a gota. Uno de los pocos hombres vivos sobre las tierras emergidas del mar que aún conocía las proporciones exactas de cáñamo, hongos y beleño como para

conseguir el efecto deseado sin reunirse con sus antepasados antes de tiempo. Una dosis poco mayor que la que ya le provocaba espasmos en el estómago, podría matar a una docena de hombres con tres cucharadas de sopa de conejo.

Se retorció de dolor y se agarraba la tripa, consciente de que cada vez el efecto le resultaba más dañino para sus órganos internos. En especial para los riñones y el hígado, que recientemente le habían ocasionado más de un susto. Debía moderar su consumo o el líquido acabaría por envenenar su sangre y roerle las entrañas. Pero la ocasión y su gravedad lo merecían, por lo que también era consciente del riesgo que asumía voluntariamente. Siempre lo pensaba bien antes de cada ocasión.

El dolor cesó. Aldahir se echó hacia atrás apoyando la cabeza sobre el borde de la bandeja de piedra. Se acarició la melena gris y peinó los cabellos, que con las contracciones le habían cubierto ojos y rostro. Se sentía bien. Sus pupilas se dilataban con rapidez. Abrió los párpados. La córnea se mostró entonces en blanco, tras desaparecer el iris bajo la parte superior de la cuenca. Un calor intenso, abrasador, le invadía la parte frontal del cráneo y Aldahir comenzaba a caminar por la peligrosa senda del trance. Su cuerpo permanecía inmóvil, pero su cerebro registraba una sucesión brutal de imágenes. La mezcla de visiones de un pasado real y de un futuro incierto aparecían y se esfumaban sin aparente orden de continuidad. La mente del vidente trabajaba a gran velocidad y dos de las imágenes se repetían con insistencia, el rostro ensangrentado de una mujer desconocida y... ¡la muerte!

Cientos, miles de celtas de todas las islas, incluso de más allá de los mares, yacían sobre llanuras yermas y en llamas. El fuego lo consumía todo, los cuerpos de los soldados, la piel de la mujer... ¡Aquella mujer! Incluso una hoguera ceremonial en la que sus vecinos depositaban un cadáver. ¿Connel? Nunn colocaba monedas sobre los ojos sin vida.

Nunn lo miraba fijamente... ¡A él! ¡Roble Gris predecía su propia muerte!

—¡Aldahir!

Kendrah se volvió hacia Owen, con quien había entrado en el túmulo a la carrera.

—¡Acércame aquel jarro con agua, rápido! —ordenó el jefe del clan—. Y ve a buscar a Nunn, ella sabrá qué hacer. ¡Corre, por Teutates!

El imberbe guerrero del sol voló para dejar atrás los veintiún pilares y ya enfilaba la explanada. Mientras, Kendrah arrojaba agua sobre el rostro del sabio sin contemplaciones.

—Despierta, amigo. Despierta. ¡Vamossss!

El guerrero agarraba a Aldahir por los cabellos y le movía la cabeza con violencia de un lado a otro, como si fuese un muñeco. El druida, aún pálido como un espectro del inframundo, recuperaba la consciencia con lentitud. Sus ojos buscaban al hombre que gritaba algo que no era capaz de descifrar, su oído aún no distinguía entre las palabras y una sensación similar al eco lejano de una caracola de mar. Poco a poco, ese suave murmullo se tornó en el martilleo de un herrero sobre el yunque, constante y tan cruel que amenazaba con hacerle estallar el cerebro. Agarró una mano de Kendrah para detenerlo y le señaló el jarro. El otro comprendió, y tras recoger el recipiente del suelo, fue a rellenarlo en una de las pilas que recogían agua de lluvia desde el tejado exterior de la cúpula. A su regreso lo esperaban dos manos con las palmas imitando la forma de un cuenco. Kendrah inclinó la vasija de barro para que el agua se deslizase despacio. El destinatario la recibió sintiendo la frialdad del líquido.

—Más —balbuceó.

Esta vez bebió con rapidez y pidió repetir. Una horrible sequedad le infligía gran dolor en la garganta.

—¿Te encuentras mejor?

No obtuvo respuesta.

Aldahir aprovechó el siguiente chorro de agua para refrescarse el rostro y la nuca. Sus movimientos eran lentos, calculados.

—Acércate, Kendrah. Me costará hablar durante un buen rato —susurró en un tono de voz muy bajo, separando las palabras—. ¿Has llamado a Nunn?

—Sí, he enviado al muchacho, no tardará en llegar.

—Bien hecho, pero tú no debes esperarla. No te preocupes por mí, ella me ayudará. Has de partir de inmediato hacia Teamhair na Rí. Cuéntale a Angus Hal lo sucedido en Kealkil y pídele un favor en mi nombre. —Aldahir aspiró con fuerza, aún mareado.

—¿Un favor a Angus Hal? —Kendrah conocía muy bien al rey y sabía que no era hombre de concesiones.

—Sé lo que piensas, pero créeme, no nos rechazará. Dile que Roble Gris quiere que convoque al Consejo de las Tres Islas.

El gesto del caudillo de Brú na Bóinne se trastocó; el asombro le dejó la boca abierta en un gesto casi cómico. Jamás se había convocado al Gran Consejo durante el reinado de Angus Hal, y tenía dudas incluso de si había sucedido en tiempos del monarca anterior. Nada bueno auguraban las palabras del druida.

Kendrah oyó entonces que Owen y la mujer se acercaban por su espalda, dio un breve apretón de ánimo en el hombro a Roble Gris, se irguió y abandonó la cámara central sin siquiera despedirse al cruzarse con ellos. Al guardia le pareció extraña tal actitud, pero en cuanto el jefe del clan desaparecía por el corredor se olvidó de él.

—¿Puedes moverte? —preguntaba Nunn al druida.

—Tengo paralizado el lado izquierdo. Owen te ayudará a levantarme.

Nunn sabía que esta vez su compañero había traspasado la línea y que sus efectos tardarían más en desaparecer. Aldahir ya no era un adolescente, y su corazón y su mente no aguantaban la misma presión que antaño. Guardó silencio y evitó mirarlo a los ojos mientras el muchacho lo incorporaba. No le hacía falta preguntar. Si había arriesgado su vida de aquel modo, un peligro fuera de lo común se cernía sobre ellos.

Aldahir echó un último vistazo al plato sagrado y rogó en silencio que la paloma mensajera lograra llegar a tiempo a su destino. Insistió en salir por la galería oeste. La suya.

## VI

### Dar vida a la muerte

#### ARDÓBRICA

**N**ada más entrar, Crevan Ojo Derecho reconoció el olor a sangre. Y a muerte.

Los gritos, cada vez más profundos y desesperados, rasgaban la atmósfera pestilente de la cabaña. Crevan se despojó con rapidez del capote y del sombrero picudo, ambos empapados por el aguacero, y los posó con suavidad sobre un banco de madera labrado en castaño en una sola pieza. Se sentó, mientras se frotaba las manos de cara a la lumbre y contemplaba la escena. Varias mujeres con los brazos ensangrentados se afanaban en torno a una joven que se desgañitaba de dolor. Estaba pariendo, y era evidente que el parto no iba como tendría que ir. En un rincón, allá donde reinaban las sombras que conquistaban el territorio a la poca luz de las llamas, se escondía un hombre. Sentado, su mirada se perdía entre lo que sostenía entre sus brazos.

Un pequeño cuerpo inmóvil, sin vida. Al nuevo grito, Crevan se levantó como un resorte y se acercó a la parturienta.

—Apartaos —ordenó una anciana, sin duda la comadrona más experimentada. Señaló a Crevan el problema y fijó sus ojos en los del brujo. Como en un arroyo de aguas cristalinas, en ellos vio miedo. Terror.

La muchacha era muy joven, no más de quince veranos, rubia, de un rubio tan claro que sus cabellos parecían hilillos de escarcha. Cerraba los párpados y apretaba los puños. Se esforzaba en vencer el dolor que la estaba devorando como una fiera sedienta de sangre. La comadrona buscó las manos de Ojo Derecho y las guió hasta las piernas de la joven. Una segunda criatura, con medio cuerpo fuera de su madre y ya sin savia vital, permanecía enroscada en el cordón umbilical. La causa de su muerte y probablemente de la de su gemelo.

—No consigo sacarlo —dijo la vieja.

—Yo te ayudaré. Y, vosotras..., traed telas con agua limpia. ¡Y, por los dioses, lavaos brazos y manos aunque tengáis que meterlos en aquel caldero hirviendo! ¡Ya! —El resto de mujeres, un total de cuatro además de la anciana que acompañaba al druida, se sorprendieron, pero obedecieron con diligencia.

—Sabes que morirá.

—¡Calla!

\* \* \*

En el exterior de la choza, el halcón se mantenía en guardia, resguardado de la impresionante tormenta que se cebaba con Ardóbrica. El animal gañía lastimeramente con un sonido semejante al gorjeo de una tórtola. Gemía quizá porque intuía lo que se había encontrado su señor. De repente giró su cabeza emplumada e interrumpió su gañido, mientras su mirada penetraba el horizonte negro y profundo

más allá de la aldea. Un relámpago iluminó entonces el paraje: un jinete se acercaba azotado por la lluvia y el viento. Se detuvo, y tras desmontar rápidamente, desapareció tras una choza. El ave extendió las alas para desperezarse y vencer el entumecimiento; demasiada lluvia para llevar a cabo un reconocimiento que apenas le hubiese llevado media docena de aleteos. Prefirió aguardar y mantenerse avizor por si fuese necesario alertar al druida. Inmóvil, sus ojos se mantenían clavados en aquella choza de las afueras de Ardóbrica.

\* \* \*

La amazona, pues no se trataba de un hombre, totalmente ajena a lo que ocurría unas cabañas más allá, entró a la carrera con su montura de la mano en una vieja barraca con fuerte olor a pescado ahumado. El antiguo portón de entrada había desaparecido. Por el intenso olor no cabía duda sobre el pasado uso del lugar, ahora abandonado a tal fin, pues no encontró pez alguno colgado de los innumerables ganchos corroídos. Ni róbalo ni sardinas; tampoco atunes de los que traían los pescadores del mar Celta, pero el hedor seguía incrustado en las piedras. Elvia se apresuró a despojar a su caballo de los correajes y de las mantas y cueros que sujetaban la montura, tan chorreantes como su propia ropa. Buscó paja seca para el animal, y una vez lo acarició un par de veces en el hocico blanquecino, se volvió para desvestirse. Estaba calada hasta los huesos. Encontró algunos leños y ramas de los que en su día sirvieron a los ahumadores, hizo un pequeño montón y prendió un fuego. Por fortuna la techumbre no dejaba pasar ni una gota de lluvia y el interior de la pieza se hallaba seco. Desnuda y aún temblando, comenzó a caminar en torno a las llamas, que ya comenzaban a crepitar. Tenía que entrar en

calor. «Me hubiese venido bien Tarkum», pensó. Se sentó sobre unas redes y posó suavemente sobre el suelo de arena la saca del señor de los ártabros y los albiones. Con precisión y suavidad cortó las costuras con el filo de su puñal, las telas cayeron y la luz de la hoguera iluminó el tesoro.

La montañesa sonreía. ¡Allí estaba! El carnero alado de los cáporos, una joya labrada en oro de la mejor calidad, obra sin duda del más hábil maestro orfebre de cuantas generaciones habían conocido aquellas tierras. Más pequeño que el puño cerrado de Elvia, pero pesado y macizo, brillaba como el astro rey y se reflejaba en los ojos color ámbar de la mujer. Ojos que, sin embargo, no mostraban codicia alguna por el valor de aquella obra de arte en miniatura. Cualquiera oribe o noble de Brigantia le pagaría un buen puñado de monedas o barras de plata fundida, tal vez oro en polvo, por semejante pieza. Nada menos que el mítico carnero con alas protagonista de tantas y tantas leyendas cantadas de abuelos a nietos al calor de la lumbre.

El fuego, el elemento eterno, hacía resplandecer tanto el metal áureo de la joya como la piel desnuda y ahora cálida de la hija de Tautinkom, señor de las montañas que se extendían entre los astures y los zoelas. El rey maldito y derrotado en Breatainn Mhòr, la Gran Isla, heredero de la dinastía de la mismísima Navia, protectora de los ríos y sus valles, diosa de otros sacros y de las cumbres cubiertas de nieve. Origen, madre y raíz del pueblo adoptivo de Elvia y su padre tras su destierro y exilio.

\* \* \*

Ojo Derecho y la vieja comadrona se afanaban en extraer el cuerpecito del segundo vástago sin vida de aquella joven, que también caminaba al borde del precipicio. El druida la

miraba. Ella seguía chillando, incansable, con los párpados cosidos a las cuencas de los ojos. Sus gritos se fundían con los truenos bramados por la tormenta, pero su fortaleza femenina, la única capaz de soportar aquel infierno, menguaba por momentos. Al fin lograron dar libertad al pequeño que, como su gemelo, tampoco tendría oportunidad de ver la luz. La anciana lo limpió como pudo. Ni una sola de las telas que tenían a mano se había librado de las salpicaduras y los cuajos sanguinolentos. El hombre del rincón, desencajado y sin más lágrimas que derramar, preso ya de la desesperación y de la locura que jamás retorna, recibía en su regazo al segundo de los que hubiesen sido sus cachorros.

Crevan, siempre guía del espíritu y lo sobrenatural entre los suyos, sentía que su ánimo se derrumbaba tras lo visto y vivido en las últimas malditas horas. Sentado de nuevo sobre un banco que bien parecía el de un carnicero o un cirujano de batalla, alzó la vista. La parturienta, tan joven y bella a pesar de la tez marcada por el terrible dolor, comenzaba a despedirse de ellos y del mundo que la rodeaba.

—¡Volved! —reclamó de repente el druida—. Hay un tercero.

\* \* \*

Elvia regresó del ensueño en que estaba sumida al oír un grito salvaje. La tormenta amainaba, por lo que sus pesadillas no se debían al trueno o al aullido del lobo. Se había quedado dormida sobre los redotes de pesca, sin ropa alguna, sin que nada cubriese el cuerpo lozano y anhelante de calor. Ya no temblaba de frío, pero su corazón latía agitado. También su caballo parecía tremendamente nervioso; se movía entre las paredes curvas de la barraca y

detenía su cabezota a medio palmo de las piedras, como si quisiese entender qué pasaba. Entre relinchos se volvía una y otra vez hacia su amazona. Un nuevo grito.

\* \* \*

La muchacha se retorció de nuevo entre atroces dolores. Esta vez la comadrona decidió no dejar actuar al druida, que se limitaba a reponer los paños con agua caliente y a sujetar la mano a la muchacha.

—Empuja. Por todos los dioses que esta noche traerás a un niño al mundo, ¡empuja!

Pocas fuerzas guardaba ella para obedecer, y Crevan le hizo mascar varios pétalos de amapola que extrajo de su zurrón. La amapola, de efectos anestésicos de por sí, podía adquirir propiedades similares a los somníferos herbáceos si un druida era lo bastante hábil con ella. Ojo Derecho lo era, el mejor, y su propia ciencia aumentaba el poder del remedio natural.

—¿Qué le has hecho? Ni siquiera llora, ¿siente dolor?

El druida se acercó a la partera, pues aunque la joven se hallaba en un estado de relajación eventual y profunda, sí podía escucharlos. Y no convenía que lo oyese.

—No siente dolor, pero jamás volverá a sentirlo, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo. Pero no te creas infalible, hechicero. Ella no hubiera llegado a ver el alba aunque no le hicieses tragar tus hierbas.

Si la escena no hubiera sido tan enloquecedora como dramática, Crevan hubiese sonreído. Le gustaba aquella anciana. Volvió a agarrar las manos inocentes. La muchacha

se había portado como una auténtica mujer. Tras casi una jornada entera de parto con dos hijos muertos ante sus ojos, todavía fue capaz de parir un varón sano que la partera mostraba orgullosa a los presentes. El recién nacido aún goteaba los líquidos corporales de su madre, que lo miraba con ojos perdidos, carentes de toda emoción. El druida le apretaba la muñeca y contaba en silencio. Casi no tenía pulso, la perdería en breve.

El hombre que hasta entonces había permanecido agazapado entre las sombras, se acercó entonces a ellos con sus otros dos hijos aún entre los brazos. Era un auténtico gigante, casi siete pies de altura y el torso propio de un dios. La cabellera le caía hasta la cintura, trenzada con dos lazos de tela tejida dibujando cuadradillos azules y blancos. Cada brazo, fuerte como la rama de un cedro, sujetaba a los infantes como si se tratase de dos plumas de gorrión. Los posó sobre una mesita cercana al lecho de su esposa, que ni siquiera se movió. Se acercó para besarla.

—¡Matadlo!

Las mujeres, espantadas, se echaron las manos a la cara. Crevan Ojo Derecho dio un paso al frente, interponiéndose entre un padre sumido en la enajenación y su hijo, que berreaba como un jabato reclamando su leche.

—¿No me habéis escuchado? Matadlo o seré yo quien lo haga. Ese niño está maldito. No lo reconozco como hijo, los dioses han despreciado mi hogar. ¡Matadlo! —gritó.

—Los dioses... —intentó replicar el druida.

—¡Apártate, hechicero! Es mi obligación.

Crevan salió volando como un pajarillo después de que el hombre lo agarrase y lo lanzase contra la puerta. Se llevó un fuerte golpe en la cabeza y, aunque no llegó a perder el conocimiento, sí manaba sangre de su frente y de su pómulo izquierdo.

La puerta se abrió entonces con violencia, amenazando con salir despedida. Bien a punto estuvo de rematar al druida, que logró zafarse por poco de un tremendo golpe. Un encapuchado de ropajes oscuros se plantó ante el gigante y, sin mediar palabra, le ensartó una espada en pleno corazón. Herido de muerte, el hombre se postró de rodillas para inmediatamente caer al suelo como un saco de harina, levantando una enorme polvareda. Todos clavaron la mirada en el recién llegado.

\* \* \*

Al oír los gritos, Elvia se había vuelto a vestir con rapidez para dirigirse hacia ellos. Había estado escudriñando entre las piedras separadas de la pared lateral, la más derrumbada, y, cuando vio lo que estaba a punto de hacer el hombre al que acababa de arrebatarse la vida, se había decidido a intervenir. Y ya estaba hecho.

Con aparente tranquilidad, se acercó a la joven que yacía en el camastro. Respiraba, aparentemente en paz. Mientras le acariciaba el rostro como si de una hermana se tratase, dejó oír su voz por primera vez en la estancia:

—¿Vivirá?

La comadrona dudó y buscó la aprobación del druida. Éste le respondió con un gesto de asentimiento.

—Me gustaría decir otra cosa, pero me temo que le faltaría al respeto a la chiquilla y a los propios dioses. No sé ni cómo ha llegado hasta aquí —respondió la mujer.

Bajo la atenta y sorprendida mirada de todos los que allí había, la montañesa alzó suavemente la cabeza de la muchacha y, sin vacilar, le hizo un ligero corte en la garganta. Apenas derramó sangre.

Elvia se puso en pie y miró a cada uno de ellos mientras limpiaba la hoja del puñal en las mangas de su camisola, que luego se remangó. Una de las mujeres se había desmayado. Las demás agacharon la cabeza. El druida le mantuvo la mirada. Entonces ella volvió a cubrirse con el capuchón y se dispuso a abandonar la choza con grandes zancadas hacia la salida. Las botas de piel hacían temblar el suelo a su paso. Ojo Derecho, aún débil tras el golpe recibido, trató de frenarla, pero ella lo esquivó con facilidad. Salió y respiró profundamente.

El aire era frío y húmedo, los pulmones dolían con cada inspiración. Lanzó un par de silbidos y su caballo, hasta entonces escondido tras un horno para cereales, apareció a su encuentro.

\* \* \*

—Mi señora...

Elvia se volvió. El druida avanzaba hacia ella.

—Eres digna heredera de Tautinkom.

La sorprendió, aunque intentó no demostrarlo. Entonces el hombre silbó a su vez. Se oyeron un par de gañidos y el inconfundible aleteo de un ave que, al momento, los sobrevoló. La envergadura del halcón era imponente, pensó Elvia mientras el ave se posaba sobre un leño cercano a su señor, apretando la madera con unas garras no menos impresionantes.

—¿Nos conocemos, anciano? —inquirió Elvia.

—No me recuerdas. Eras muy niña —respondió Crevan ante la mirada penetrante de la montañesa—. Pero yo a ti sí te conozco. Era amigo de tu padre, mi señora.

—No me llames así nunca más. No soy noble, y tampoco te conozco. ¿Quién eres?

—Por los dioses que eres noble, hija de Tautinkom, quien un día fue mi señor. Mi nombre es Crevan. Cuando llegaste de viaje desde Breatainn Mhòr entré al servicio de tu padre en las montañas.

—Crevan... Recuerdo que cazabas con él... A mí me criaron con los otros niños de la aldea, pero tú y los otros hombres lo acompañabais a menudo. ¿Fuiste su consejero?

—Así es, lo fui. Intenté que olvidase, pero no fui capaz de conseguir ni el olvido ni la paz que ansiaba su corazón. Tu padre arrastraba una carga demasiado pesada, lo sucedido en Cathoir Gall cegó para siempre sus sentimientos y hasta su razón. Se sentía condenado y arrastró su condena hasta la muerte. Aun así, sí conseguimos otros triunfos. Él los consiguió.

—No comprendo...

—Ningún hombre sobre la faz de la tierra hubiese sido capaz de superarlo. Y tu padre no era un dios. Era un guerrero derrotado, un hombre herido de muerte, pero ni la guerra ni El Blanco fueron capaces de arrebatarse el orgullo de un rey. Mil veces estuvo a punto de arrojar las armas y quitarse la vida. Yo no lo hubiese culpado. Y mil veces se levantó del suelo para renacer de sus cenizas. Allí estabas tú, con tus trenzas doradas y tu sonrisa triste, para recordarle lo que quedaba atrás, pero también para que jamás olvidase la última misión que había de cumplir. La que sabía que no podría conquistar, pues ésa era la herencia que necesitaba dejarte a ti. Tú eres...

La montañesa lo interrumpió. El ámbar de sus ojos se había tornado oscuro y fiero. Le disgustaba reconocerlo, pero se sentía insegura ante aquel hombre que quizá sabía demasiado. Quizá...

—Aún no sé si eres un loco o algo todavía peor, pero hemos de hablar. Y más vale que tus palabras sean sabias y no hieran el recuerdo de mi familia, o acabaré contigo como lo he hecho con esa mujer y su esposo ahí dentro.

—No lo dudo, Elvia. Hablaremos, pero no aquí ni ahora. —Ojo Derecho alargó sus palabras con una pausa bien medida, consciente de que estaba incomodando a la mujer. No podía culparla por ello—. Le serví con fidelidad hasta que los maestros de mi orden me reclamaron desde Ardóbrica. ¿Tuvo un buen morir?

—Te mentiría si te digo que no se fue atormentado y con la derrota en sus ojos.

—Me lo imaginaba. —Crevan se calló para no provocarla de nuevo, pero no se podía esperar otra muerte para un rey sin corona, un hombre que había perdido su honor, a su reina y a una hija en un solo día. Aunque lo ocurrido se remontase en el tiempo a muchos inviernos atrás, Tautinkom había arrastrado sus miserias hasta el final. Pero allí estaba ahora su otra hija. Todavía había esperanza. Una oportunidad. Tal vez la última.

—Dime, ¿cómo me has reconocido? He cambiado bastante desde entonces. Y tú también lo has hecho... —afirmó Elvia señalando el ojo lisiado del druida.

—Cierto, los inviernos no me han dado tregua —respondió, sin que pareciese importarle lo más mínimo la evidente alusión a su aspecto físico—. Sin embargo, tú te has convertido en una de las mujeres más bellas que he visto jamás.

La montañesa lo miró extrañada.

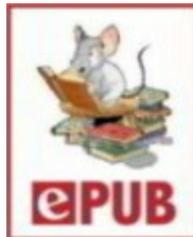
—No te preocupes, no asalto a jovencitas. Te reconocí por lo que escondes en el brazo izquierdo; lo dejaste al descubierto un momento al limpiar la sangre. —Elvia se acariciaba la piel tatuada mientras el druida seguía hablando

—: ¿Sabes qué significa? —No la dejó responder—: Sí, ya sé que la has visto por ahí, en las rocas y tallada en la puerta de alguna que otra cabaña, pero no me refiero a eso. El símbolo, ¿sabes lo que es?

—Mi padre ordenó que me lo tatuasen.

—Fui yo quien lo hizo. —Aquel hombre era un baúl de sorpresas—. Tú eres la cervatilla. Algún día necesitarás salir de ese laberinto y darás gracias por el regalo de Tautinkom, te lo aseguro. Pero ése es otro cantar y no puedo cambiar tu destino. Ahora es más importante lo que te ha traído hasta aquí. Si estás en Ardóbrica será porque ya has recuperado el tesoro de los cáporos, ¿no es cierto?

La sorpresa de Elvia se tornó en estupor.



## VII

### Una reina y el rey de Erin

#### MONTAÑAS DE SLIAB MIS. AL OESTE DE ERIN

**M**erriasek cabalgaba el primero por el escarpado otero. Tras él marchaba Wen, que ahora montaba al castaño en el que habían trasladado a Connel desde Brú na Bóinne hasta el Círculo de Piedras. La joven oteó el horizonte hasta donde alcanzaba su vista. Árboles por millares, el bosque inmenso y la montaña sin fin. Sliab Mis, las cumbres sagradas que habían vivido la batalla entre los milesianos y los legendarios Tuatha dé Danann. Wen sonrió.

El galo echó la mano a la espalda buscando la funda de piel de gamo. Sus dedos notaron la suavidad de las plumas y sacó una flecha.

—Déjame a mí. —La pelirroja espoleó al caballo para alcanzar a su compañero, que ya le tendía un arco largo y una saeta coronada por pluma de oca tintada en verde y púrpura. Aún sobre su montura, se alzó y tensó el arco; las crines vibraron y la flecha silbó al atravesar el aire. El tronco de un imponente arce blanco de unos ochenta pies de altura

recibió el certero y brutal impacto. No era su primera vez. Tampoco lo era lo que ambos contemplaron de inmediato. Un niño desmadejado pero ágil surgió de entre la maleza y, sin mirar siquiera a los recién llegados, trepó por el tronco valiéndose de las manos y de sus pies desnudos. Una vez allí, partió el astil de la flecha, lo sujetó con fuerza entre los dientes y descendió con la misma presteza. En un suspiro ya no se apreciaba ni rastro de él.

—Es rápido —susurró Meriasek.

La norteña no respondió, y se limitó a acariciar al caballo que, inteligente, volvió a emprender el trote lento al que le obligaba el empinado y pedregoso sendero, casi invisible entre los matorrales de monte bajo. El inconfundible y dulce trinar de un petirrojo acompañó un buen rato a los viajeros. Un graznido apagó de repente su canto; la amazona acarició la empuñadura de su espada, pero no detuvo su marcha.

—Tranquila, es el chico.

—Lo sé, Meriasek. Canta bastante mejor que tú. ¡Arkilooo! —gritó. Con el sigilo de una serpiente, el muchacho se interpuso en su camino agarrando al castaño por la brida. Vestía pantalones y blusa de lana con mangas, y llevaba afeitada la cabeza. Sin mediar palabra entregó a Wen el astil de la flecha y ella se lo lanzó a su compañero—. Aprende de él, sabe tener los ojos abiertos y la boca cerrada. Y tú, pequeño, vuelve a tu madriguera y alerta a los demás, creemos que no nos siguen, pero quiero asegurarme, ¡corre! —ordenó.

Arkilo no se hizo de rogar, y salió brincando sobre las zarzas como el ciervo huye de las fieras de los bosques profundos.

Reemprendieron el camino. Sliab Mis, la magia hecha montaña.

\* \* \*

Sobre una gran piel de oso pardo cubierta con pétalos de flores amarillas y violáceas, dos mujeres de indudable procedencia alba y un galo se debatían en una bacanal orgiástica de sexo sin límites.

Pero ambas mujeres sabían muy bien cómo zafarse de un amante que las frecuentaba con demasiada asiduidad. Ambas conocían también el motivo del incremento de sus visitas. Meriasek veía en ellas un consuelo al rechazo constante de Wen a su ego masculino, una luna detrás de otra. Ambas actuaron al unísono para librarse de él lo más rápido posible. La que permanecía postrada se volvió atrayéndolo sobre sí. Él perdió la cabeza entre sus enormes senos, mucho más generosos que los de la otra muchacha, que comenzó a lamerle la espalda muy lentamente. Meriasek resoplaba, pero estaba atrapado. Ya no intentó alargar el momento y su orgasmo las inundó con una cantidad de semen más propia de un toro semental. Se sentó sobre las pieles con las piernas cruzadas, sin siquiera molestarse en volver los ojos hacia ellas. Se habían tumbado en posición fetal, abrazadas, las dos con los ojos cerrados. Las despreciaba.

Se vistió con las mismas ropas con las que había viajado con Wen desde Kealkil y abandonó la cabaña sin despedirse. Sólo entonces, sin la presencia de aquel animal en celo, las mujeres abrieron los ojos y volvieron a ver las sombras que jugueteaban graciosas sobre las paredes al recibir la luz de la lumbre. Sabían que él las odiaba por no ser quien quería que fuesen, porque ninguna de ellas era Wen. Wen, aquélla que las había llevado consigo desde Alba, aquélla a la que debían la vida. El desprecio era recíproco. Aquel cerdo las poseía como a una puta cualquiera y lo hacía cuando le venía en gana. Las buscaba cada vez que la jefa del clan lo humillaba, cada vez que discutía con ella o cada vez que, simplemente,

quería desahogarse. Atemorizadas por lo que pudiera hacerles en un ataque de ira o ebrio hasta las trancas con las uvas del norte de Erin, vivían con miedo. Lo habían visto matar en más de una ocasión. Wen las vengaría, pero de qué les serviría la venganza o la muerte del galo una vez condenadas al inframundo. A ellas, que ya habían pasado por el infierno del éxodo entre Cataibh, la Aldea Serpiente, y Cymru.

La más joven, de nombre Cinnia, acarició el rostro aún acalorado de su amiga.

—No se lo permitiré más, Kayley, te lo juro. Busquemos a Wen.

—Escúchame. No lo hagas, es cosa nuestra, le daremos su merecido, no la necesitamos, ¿me has entendido? — Kayley se limpiaba con furia con un paño de tela hilada; no quería el rastro del galo sobre su cuerpo.

—Sí, pero...

\* \* \*

Meriasek se había sentado sobre la hierba a pocos pasos de la choza. Bebía vino de un pellejo de piel y sabía que tendría una resaca tremenda, pero al menos le serviría para olvidar. Ni siquiera desfogándose con aquellas dos furcias conseguía que no le estallase la cabeza. «Maldita seas, Wen», musitó para sí.

Por un instante sintió un escalofrío en la nuca, el mismo que lo recorría al entrar en combate o cuando acechaba al enemigo para darle muerte. Acarició suavemente la empuñadura de la daga y simuló la caída del pellejo para mirar a su espalda. Allí no había nadie. «Es el vino, maldito sea. Tendré que beber más.» Sonrió para sí mismo.

Volvió a sentarse agitando con furia el pellejo, le quedaban unas últimas gotas. Y entonces apareció ella.

\* \* \*

Wen aprovechaba la calidez tímida del sol para pasear por Sliab Mis. Como era habitual cuando estaba en casa, la acompañaba un perro de gran tamaño, un animal que asustaba a cuantos se cruzasen con él por sus enormes dientes, siempre visibles. Oisin, así lo había bautizado su dueña, correteaba alrededor de ella amenazando con hacerla tropezar. Oisin comenzó a ladrar al pasar ante Meriasek, que alzó la daga a modo de saludo. Wen no se molestó en responder. Sabía que lo necesitaba, y que era uno de los mejores en su trabajo. Por eso aguantaba sus rarezas y caprichos, siempre que se mantuviese sobrio cuando le encomendase una misión y que la obedeciese como lo hacía Oisin. El can volvió a ladrar.

—Allá va la Dama Blanca con ese perro sarnoso lamiéndole el trasero. Altiva y distante, mirando por encima del hombro a todo cuanto gusano deje vivir en su reino de víboras —murmuró Meriasek. Escupió sobre la hierba. La odiaba. Tanto como la deseaba.

Wen caminaba con la melena cubierta por un capuchón níveo que acababa en una larga capa. Un par de mechones, rojos como las llamas, se escapaban bajo la tela. Los centinelas caminaban por el muro que se extendía ante su vista, el primero de los cinco que rodeaban la aldea.

\* \* \*

Había llegado allí, a lo que ahora era su casa, tras la propuesta de Sinéad. Le había costado mucho abandonarla en su aldea de Cymru. Sola, ciega y moribunda. Así lo había querido la vieja. No quiso que Wen la viese morir, y «su niña» la había obedecido. Por ella, y por tantos otros recuerdos que afloraban en sus días de gloria y sus noches solitarias, no había derramado una sola lágrima. Cuando le llegó el anuncio de que la bruja se había quitado la vida con uno de sus brebajes secretos, no se sorprendió en absoluto. O no tan secretos. Durante los inviernos que la pelirroja vivió con Sinéad, su aprendizaje fue continuo e intenso. La anciana trató de transmitirle todo cuanto conocimiento poseía. Las pócimas, también. Y Wen había sido una buena alumna. Ya no era la niña timorata abandonada por Tautinkom y su hermana en Cathoir Gall. Tampoco la ramera en la que la habían convertido los hombres de la Aldea Serpiente. Seguía teniendo cuentas pendientes, muchas, pero Sinéad le había encomendado una misión. Le había desvelado su destino.

La anciana creía con fe ciega en que su niña pelirroja era la reencarnación de la mismísima Dama Blanca, la diosa que las naciones celtas llevaban esperando desde que los reyes se mataban por el trono de las Tres Islas. Según la leyenda, sólo la mujer más fuerte, una hembra y no un varón, sería capaz de destruir a todos los monarcas podridos por la ambición del oro. La Dama Blanca uniría a los pueblos con mano de hierro y justicia, y reinaría sobre todos ellos. Ése era su destino y, fuese un cuento de viejas o simplemente la locura senil de Sinéad, Wen llevaba clavado en su corazón el puñal de la venganza. Se había aferrado a los delirios de la bruja, a sus augurios. Unos y otros le convenían. Su padre, el cobarde que le había otorgado la vida para luego desterrarla, había podido ser rey. Irvyn El Blanco, que la condenó al abismo y al destierro, lo seguía siendo. Si matarlos era su misión, reinarse era su derecho.

\* \* \*

Cymru estaba demasiado cerca del poder de Cathoir Gall y de los espías de Irvyn. Sinéad provenía de Erin y, cuando su enfermedad se volvió irreversible, convenció a Wen para que se exiliase en la Isla Esmeralda. Al menos hasta que adquiriera mayor fortaleza, y quizás aliados de los que servirse. Corría el rumor de que los reyes de Erin disputarían la corona a Irvyn El Blanco, y tal disputa convenía a sus intereses.

Se hizo acompañar por las cateni que habían huido con ella, las que le debían la vida y entregarían su sangre con una sola mirada, las que le habían ayudado a reconstruir Sliab Mis. Seis de ellas ya habían muerto. De las trece de Cataibh quedaban siete, incluyendo a la pelirroja. Recordó cómo habían encontrado aquel lugar, casi derruido por el paso de las estaciones y la dejadez de los que malvivían dentro de sus muros. Descendientes de la estirpe que combatió a los pies de Sliab Mis cuando milesianos y tuathas forjaron la historia de Erin en una batalla de leyenda. Héroe de antaño, despojos después de la gloria. A Wen no le resultó difícil recuperar su casta guerrera. La joven no dudó en enfrentarse a espada con aquellos caudillos panzudos y ebrios. Los habitantes del lugar vieron cómo aquella mujer de cabellos cobrizos pasaba a cuchillo a sus jefes ante sus ojos. Hombro con hombro con las extranjeras, cargaron piedras, talaron árboles, volvieron a levantar todo aquello que se había derrumbado. Wen les prometió la gloria y el esplendor que sus antepasados tuvieron y luego dilapidaron. La creyeron entonces, y ahora la adoraban como a una reina, como a una diosa.

Pero Sliab Mis todavía no era más que una maraña de chozas pequeñas para ganado y almacenes, y cabañas de mayor tamaño para las familias. Distribuidas a ambos lados

de callejas empedradas, tan angostas que apenas facilitaban el paso de dos personas al tiempo, no se seguía un patrón, se construía según la necesidad y el espacio. De ahí que las propias callejas no se alineasen en cuadrícula, y ni siquiera en segmentos más o menos rectos como en otros poblados. Muy al contrario, se asemejaba a una sucesión de semicírculos concéntricos en los que unos angostillos sucedían a otros. Pudiese parecer que en un lugar así debiera reinar el caos más absoluto, pero sus habitantes se desenvolvían como la araña en su red. Así lo quería la Dama Blanca. Cada hombre y cada mujer de Sliab Mis conocía su función. Como las abejas: las obreras, las recolectoras y, por supuesto, las guerreras. O ella misma, la reina. Y nada, nada de zánganos.

Su colmena estaba en orden. Wen, alertada por los pasos de un centinela; se volvió. Siempre que tenía ante sí aquel paisaje fundido en verdes y azules sus recuerdos volaban hacia Alba. Como si pudiese usar las magias prohibidas y convertirse en águila, salvando con su vuelo real la distancia que la separaba de las tierras de su niñez. Las montañas, tan parecidas a las de las tierras altas, y aquella tonalidad en verde de las campiñas y los bosques, convertían casi en mellizas a las dos comarcas celtas. Incluso encontraba semejanzas con Cymru y, a pesar de no haber puesto jamás un pie en territorios como Kernow, la mítica isla de Ellan Mannin o Bertaèyn, estaba convencida de que si existía un dios, a la fuerza tuvo que crear todas las naciones a semejanza de Alba. Hasta las de más allá de los avernos marinos, aquéllas de las que procedían los hijos de Mil, aquéllas en las que vivían los salvajes galaicos cáporos, los albiones o los astures. Wen sonrió. Seguramente los nativos de los lugares por los que navegaba soñando despierta pensarían lo mismo. Trocarían Alba por su propia tierra natal como molde original, como la horma de un dios en el que la pelirroja no creía.

Sí, algo o alguien había creado el mundo que conocía. Pero nadie la convencería de que un dios adorado por sus hazañas en batalla, o por sus artes amatorias, se había sacado aire, fuego y rocas de la manga del blusón. Ni siquiera la convencían las tríadas, por mucho que los grandes Teutates, Esus y Taranis fuesen capaces de hacer un tercio de las proezas que les asociaban los druidas. Quizás hombres o mujeres se habían creado a sí mismos, o la mujer al hombre, lo que tendría más sentido. Tal vez los ancianos barbudos a los que tanto odiaba hallasen la solución después de una larga borrachera. O tal vez lo hicieran en el futuro civilizaciones más avanzadas.

Pero, ¿dónde estaba el gran dios de los celtas cuando su padre la abandonó entre las garras de Irvyn El Blanco? ¿Dónde cuando la violaban en Cataibh? ¿Dónde cuando se escondieron mientras las trece huían de los asesinos de Argyle?

Wen sólo conocía dos verdades. En las montañas de Sliab Mis no se asentaría ninguna divinidad a la que antes no diese su permiso, y allí no reinaba nadie que no fuese ella. Del resto de Erin y del resto de las grandes islas ya se discutiría en el futuro. Su mensaje ya había sido enviado.

## **TEAMHAIR NA RÍ. COLINA DE TARA. ERIN**

Kendrah caminaba flanqueado por media docena de guardaespaldas, que previamente se habían preocupado de desarmarlo y revisar sus ropas hasta la última costura. No lo esperaban, pero lo conocían muy bien. No cometerían el error de presentarlo ante su señor sin asegurarse de que no

supondría peligro para él. El caudillo de Brú na Bóinne había hecho el viaje sin compañía. Si hubiera ido acompañado de su escolta habitual los habrían parado en cualquier camino para indagar su destino. Sólo había podido acelerar la cabalgada a su antojo y sin llamar la atención hasta alcanzar los muros del corazón de la Isla Esmeralda.

Teamhair na Rí bien podía considerarse la capital de Erin, pues era la propia colina de los Reyes, el lugar escogido por éstos para situar su corte. Allí eran coronados desde que los primeros ancestros habitaron la isla. Un lugar mágico y espiritual para los druidas y centro de poder para los monarcas; fuente de numerosas leyendas, que ningún celta en su sano juicio osaría poner en duda, pues allí mismo se abría una de las puertas de entrada al más allá. Sus enclaves más conocidos, la Piedra del Destino o el Montículo de los Rehenes formaban parte de la poderosa historia de Erin y sus valerosos guerreros. Hasta los infantes más inocentes creían desde sus primeros pasos que los grandes dioses habían degustado lechón asado en la Sala del Banquete.

Y allí estaba el gran hombre, Angus Hal, dueño y señor de todas las tierras de Erin hasta que alguna espada le atravesase la garganta. Solo, pero vigilado a una prudente distancia por sus hombres, que rodeaban el lugar por completo sin dejar espacios accesibles entre un guardia y el siguiente. Uno de ellos, mostrando un exceso de celo, detuvo al cortejo que conducía a Kendrah. Se acercó al norteño, lo rodeó dando pasos cortos y lo miró de arriba abajo y por encima del hombro, con arrogancia. Kendrah no pestañeó.

—Adelante, y... —interrumpió su frase— ya sabes que tengo a mis arqueros apuntando a tu corazón. El de Brú na Bóinne caminó por un sendero embarrado hasta llegar a la enorme roca que coronaba la loma. No sin dificultades y algún que otro resbalón, alcanzó el alto justo cuando el aire se inundaba con una extraña música. La estampa era digna de las canciones de un bardo. La silueta del rey, rodeada por

completo por la luz del atardecer, parecía emerger de entre los rojísimos rayos del sol. Angus Hal, el rey, tocaba un instrumento que el recién llegado no fue capaz de reconocer. Lo apoyaba sobre un hombro y, mientras presionaba un extraño bolsón bajo el brazo derecho, movía sus dedos en torno a una especie de flauta que soplaba con los labios. La música, profunda y melancólica, emocionó a Kendrah que, sorprendido, se sintió extrañamente triste. Se detuvo a unos pasos. Sintió un temblor, su cuerpo se estremecía totalmente embriagado por la melodía que Angus Hal interpretaba sin apenas mover un músculo.

—¿Te gusta, Kendrah? —inquirió el rey, que aún le daba la espalda.

—No sabría qué responder, es la primera vez que escucho algo similar. Tampoco sabía que fueses músico. ¿Qué es? —señaló el instrumento.

—No lo sé, me lo trajeron desde la Galia. Su música es maravillosa, dulce y al tiempo desgarradora. Este instrumento conquistará el mundo.

—Lo dudo si eres tú quien lo toca. Ni el peor de los bardos te imitaría, casi me haces llorar.

—Cuida tus palabras, Kendrah. Podría hacer que te arrancasen los testículos para que se los coman mis cerdos. Un simple chasquido y estarías muerto. Se darían un buen festín.

—Tus esbirros no llegarían antes de que yo te matase a ti. ¿Y las flechas...? Quizás hiriesen al rey, tus soldados no tensarían el arco.

—Vas desarmado.

—¿Estás seguro?

—Maldito norteño —Angus Hal se rio—. Siempre has de quedarte con la última palabra.

El rey se adelantó un par de pasos para abrazar a Kendrah.

—Viejo bribón, ¿ahora tocas como un bardo con esa cosa tan extraña? —Kendrah le susurró al oído.

Las risotadas de Angus Hal resonaron en el silencio de la noche. El sol ya había caído del todo por el Oeste.

—¿Traes malas noticias, verdad?

—Aciertas.

## VIII

### La caza

#### BOSQUE DE BRATH. BRIGANTIA

**S**e acercaban. Las piedras y las agujas caídas de los pinos se le clavaban en los pies descalzos y doloridos, pero no miraba hacia atrás. Tenía miedo, temblaba, pero corría como nunca lo había hecho.

Los caballos resoplaban por el esfuerzo máximo que les exigían sus jinetes, que trataban de guiarlos entre la espesura, evitando los árboles y buscando estrechos senderos de tierra labrados por el pie del hombre y poco habituados al paso de las monturas. Conseguía evitar que le diesen caza serpenteando entre las zarzas para que sus perseguidores no consiguiesen seguir el rastro con claridad. De vez en cuando, uno de los jinetes lanzaba una flecha. Hasta entonces, todas habían pasado silbando a corta distancia de la mujer, que proseguía su huida, como un corzo acorralado por una manada de lobos. Y el lobo estaba hambriento, afilaba sus colmillos y olía ya la sangre y el sudor; la tenía al alcance de su boca pero no conseguía morderla. Una última flecha del carcaj del arquero. Detuvo a su yegua para centrar el blanco y soltó con furia la

envenenada saeta, que inició una travesía casi imposible entre monturas, jinetes y troncos heridos por las últimas heladas. En su última oportunidad, el arquero encontró la diana.

—¡Sí! —gritó con fiereza el guerrero ártabro. Sus compañeros lo jalearon sin interrumpir la cabalgada.

El astil de madera le atravesaba el hombro y sobresalía por el seno derecho, por donde la punta ensangrentada había sajado la piel de la mujer. El dolor la consumía. Pero ella, con los dientes apretados y los ojos llorosos clavados en el lejano azul del mar, no detenía su frenética carrera. No se molestó en partir el astil. Ello supondría detenerse y poner en riesgo el tesoro, aquello que protegía con su vida, envuelto en tela, sujetándolo con fuerza contra el vientre. Sus fuerzas se agotaban. No sentía nada; sólo escuchaba las olas que rugían contra las rocas, y los gritos de aquellos guerreros que, tratando de intimidarla, rompían el silencio del bosque. Pero ella seguía volando sobre tojos cortantes como los filos de un cuchillo.

De pronto dejó de oír las amenazas de los jinetes, el trote de las bestias y su propio jadeo. Dejaba atrás la primera línea del bosque y entraba entonces en un llano que aventuraba la costa. Allí era un blanco fácil. El mar lucía salvaje y las olas batían sin cesar. Aquélla era la violencia hermosa de su mar. La espuma blanca entre las rocas que, impasibles, resistían el brío de la naturaleza. Se dio la vuelta.

Los jinetes azuzaban a sus caballos, y las bestias, agotadas, hacían un último esfuerzo, resoplando por sus enormes orificios nasales, cubiertos de espumarajos. El guerrero a la cabeza tiró de las cinchas de su caballo, que relinchó y se detuvo en seco. A un gesto, seis hombres desmontaron y se acercaron a ella mientras desenvainaban las espadas.

—De ahí no escaparás, ¡entregámelo! —gritó el cabecilla.

La mujer, inmóvil y de espaldas al acantilado que se precipitaba sobre los riscos, los miraba con ojos suplicantes. Rompió su quietud para apartarse los cabellos enmarañados sobre los ojos con la mano izquierda. Con la misma mano, pues con la otra seguía sujetando el paquete contra el pecho, estiró lo que quedaba de su vestido blanco, ahora sucio, ensangrentado y desgarrado en jirones hasta las rodillas, donde también tenía heridas abiertas.

—¿Me harás daño? —Su voz, dulce y casi inaudible entre los bramidos del oleaje, reflejaba terror. Buscó la mirada de aquel hombre, un tipo enjuto y rudo que simulaba una sonrisa en una boca fiera y prácticamente desdentada.

—No. Te lo prometo, mujer. Arrodíllate, déjalo en el suelo con cuidado, y todo habrá terminado. —Tan sólo los separaban cuatro o cinco pasos, casi podía descargarle un mandoble de espada. Un paso más...—. Tranquila, confía en mí.

Todo sucedió con rapidez. Cuando parecía que se iba a postrar de rodillas, se giró y, tomándolos por sorpresa, cerró los ojos y se arrojó al vacío. Sintió la resistencia del aire, el frío, y le pareció un viaje lento, tranquilo, una eternidad. Un primer golpe, luego otro, y finalmente abrió los ojos mientras se sentía como una muñeca de trapo zarandeada por el viento. Vio aquel azul...

—¡Noooooooo... ! —Los seis hombres se abalanzaron hacia el borde del acantilado. Uno de ellos se tumbó con cuidado para otear el fondo del precipicio rocoso, mientras otro camarada se sentaba sobre sus piernas, sujetándolo.

—No la veo —gritó—. Esperad... ¡Ahora sí! El cuerpo se ha quedado entre dos rocas, allá; el vestido se confunde con la espuma de las malditas olas.

—¿A qué distancia calculas?

—Demasiada, nos llevará días sacarla de ahí, maldita

sea. Seguro que además lo ha dejado caer; no lo encontraremos ni borrachos. ¿Quién era esa mujer? ¿Alguien lo sabe?

—Tarkum dijo que los ancianos la preparaban para convertirla en druida. Dicen que es muy poderosa.

—Pues ya ves dónde ha terminado sus días; si hubiera tenido tanto poder se nos habría esfumado en el bosque. Aun así, cometimos el error de no atraparla en su choza.

—Tienes razón, pero ni una palabra a Tarkum o tendremos problemas. Buscad cuerdas, intentaremos encontrar esa cosa, al menos hasta que él venga y lo dé por perdido.

Los hombres, aún sin envainar las espadas, hablaban en murmullos entre sí, formando un corro.

—¿Qué es lo que buscamos, alguien lo sabe?

Se miraban los unos a los otros.

—Creo que una joya, algo de plata, pero no estoy muy seguro. Se lo habrá tragado el mar.

Uno de los ártabros fue a buscar a los caballos y, tras amarrarlos al tronco de un castaño, comenzó a bajar las sogas que transportaban junto a las armas sobre la grupa.

—No servirán, necesitaremos maromas más fuertes. Alguno de nosotros ha de partir a Brigantia en busca de ayuda, —dijo, y se volvió para soltar a su yegua.

—Iré yo. Id anudando lo que tenemos y regresaré en cuanto pueda.

—No dejes que te sigan. Tú solo, ¿de acuerdo?

Respondió con un gesto de conformidad y clavó los talones en la grupa de la yegua, que respondió al instante y empezó a trotar hacia el bosque por el que habían llegado. El animal, apremiado por el hombre, pasó del trote inicial al galope para casi volar sobre la senda de tierra. Su jinete,

satisfecho, se limitó a agarrarse a las crines. Parecía que montase a la hija de la mismísima Epona, y se lo premiaba acariciándole las orejas.

Los rayos del sol, que ya languidecía, no penetraban entre las fantasmagóricas sombras del bosque. Si no fuese un soldado de Ártabra y el caballo no lo llevase ya al galope, no se hubiese atrevido a aventurarse por aquella senda sin apenas luz. La luna reinaba en la noche, pero el ártabro jamás volvería a verla.

## ARDÓBRICA

**E**l druida examinaba el objeto y lo envolvía con mimo entre sus manos callosas, mientras la hija de Tautinkom lo alumbraba con una antorcha. El oro brillaba, igual que el ámbar de los ojos de Elvia, en parte fascinada y en parte confusa. La figurilla se reflejaba en ella como el espejo del lago.

—Era cierto. No lo fundieron. Era cierto —repetía Crevan Ojo Derecho.

Generación tras generación se había contado que tras perder la batalla contra las tribus del Sur, los caudillos cáporos habían decidido destruir todo objeto de poder que venerasen, todo aquello que fuese de valor y pudiese ser usado por el enemigo. Los bardos cantaban que sólo la pieza que la montañesa había arrebatado a Tarkum habría sido indultada del fuego del herrero, pero eran muchas las leyendas que circulaban sobre el carnero alado. Muchos creían que lo habían destruido a martillazos sobre el yunque.

Aparte de ser una pieza bonita, no tenía nada de especial. Al menos nada que no compartiese con las demás

que sí se destruyeron. Y su poder había quedado en entredicho si los dioses no fueron capaces de evitar la derrota más cruel de su existencia.

—La primera vez que oí hablar de él, fue de los labios de tu abuela. A ella le debes tu nombre.

Elvia asintió con la cabeza.

—Recitaba un poema bellísimo, todos los que estaban allí lo conocían, pero yo llevaba poco tiempo con tu padre. La anciana Elvia entonaba en la lengua de sus antepasados de la Gran Isla, y el resto la acompañaba coreando los mismos versos.

—Conozco el poema, la abuela creía que esto aún existía —señaló la figura—. Estaba en lo cierto. —Pensó en ella, la madre de su padre, la única que no lo había repudiado después de su derrota ante Irvyn; la única que los acompañó al destierro. Muchas veces se había preguntado por qué jamás volvió a pronunciar el nombre de Wen, de quien decía que se había quedado en las islas velando el espíritu de su madre...

—Claro que estaba en lo cierto, y sabía que los albiones lo habían robado. Sospechaba que el canalla de Tarkum tendría que estar involucrado. Por eso te envié en su busca.

—Sabes parte del cuento, anciano. Pero atas cabos demasiado rápido, ¿no crees? Me ordenó encontrar a Tarkum, pero jamás me habló de ti.

—No hacía falta. Sabía que te cruzarías conmigo y sabía que lo harías aquí.

Elvia frunció el ceño.

—Será mejor que me expliques qué quieres decir, y que lo hagas rápido. Comienzo a preguntarme si no haría bien en cortarte la garganta.

—Primero piensas que te seduzco y ahora que soy un

ladrón. No hemos empezado bien, niña.

Si lo de «mi señora» no le gustaba, que la llamase «niña» colmaba el vaso de su paciencia, pero permaneció en silencio escuchando a Ojo Derecho.

—Tu primera misión era recuperar el carnero con alas. Pero no es la única. Te encomendó más encargos, ¿no es cierto? Tu abuela te envió a Brigantia. Desde donde vienes no hay ruta que no pase por Ardóbrica. Hace muchas lunas que te espero. Y sí, antes de que lo preguntes, tu abuela y yo nos pusimos de acuerdo: te necesitábamos. Ella propuso que fueras tú antes de que yo lo hiciese; sólo podía confiar en la sangre de su sangre.

—Muy propio de ella. Me habló de una mujer, Aisling, debo encontrarla y enseñarle la escultura para que me lleve hasta Kalen. ¿Te suenan estos nombres?

—Conozco a ambos. Aisling es druida, en mi opinión una de las mentes más brillantes que ha parido esta tierra; pasará a la historia de los pueblos *keltoi*. Cuando la nombramos aspirante, muchos dudaron; luego se rindieron a la evidencia. Kalen era su mentor: él la trajo al Consejo, y he de reconocer que la muchacha nos dio una lección de humildad. Sus conocimientos eran abrumadores, los recelos se esfumaron inmediatamente, nadie fue capaz de oponerse a que recibiese formación. Nos fuimos turnando para ser sus maestros, yo mismo la tuve en Ardóbrica una buena temporada. —Elvia notó como el druida hablaba entre gestos nerviosos, cada vez más convencida de que Aisling era, o había sido, su amante—. Kalen nos dirige; no es el más anciano, pero sí de los más sabios; «el hombre que posee las claves», así se le conoce. Ellos nos ayudarán, no hay tiempo que perder. ¿Nos vamos?

Elvia dudó un instante.

—Sea, a Brigantia. Pero antes he de hacer algo. Aguarda aquí y no se te ocurra entrar en la choza mientras yo

permanezca dentro.

\* \* \*

En el interior, la partera y sus compañeras se esmeraban en limpiar todo resto de sangre. Entre el triple alumbramiento y la intervención de aquella mujer rubia, más se asemejaba aquello a un matadero de ganado que a una morada familiar. Las más jóvenes, algunas todavía lloriqueando, colocaban el cadáver del hombre junto al de la que había sido su esposa. Los velarían juntos. En el regazo les colocaron a sus retoños nonatos, cuatro almas perdidas en un mismo lecho.

El único afortunado de los pequeños mamaba del pecho de una mujer corpulenta, que lo arropaba para protegerlo del frío en el mismo rincón donde poco antes se había refugiado su malogrado progenitor.

Cuando la puerta se abrió y la montañesa entró como una exhalación, la anciana le espetó una mirada amenazadora.

—Hice lo que tenía que hacer, vosotras no os hubieseis atrevido —les escupió.

Nadie respondió.

—El niño. Tú, mujer, ¿puedes amamantarlo? Necesitará una nodriza, o seguirá los pasos de sus hermanos, ¿qué me dices?

La aludida no respondió, limitándose a asentir amedrentada.

—Así me gusta. En esta bolsa... —hablaba mientras se la ofrecía a la vieja—, hay oro suficiente para que lo cuidéis hasta que vuelva a por él. Ay de vosotras si se muere de una

pulmonía o se cae de una silla. No tendré piedad.

Todas la miraban sin saber qué decir, sin saber siquiera si moverse o no. Sus pies permanecían clavados en el suelo arenoso.

—Protegedlo con vuestra vida. Volveré.

La comadrona se armó de valor para romper el hielo y se acercó a Elvia, que ya se había calado la capucha para abandonar la estancia.

—No pude salvar a esos niños, pero por los dioses que éste no se me escapará. Ve en paz, aunque dejes atrás a la muerte. Rogaré a Navia cada noche para que te proteja, montañesa.

Elvia la miró.

—Ahórrate tus plegarias, mujer. La señora de los valles tiene asuntos más importantes que atender. No perderá su tiempo conmigo, te lo aseguro.

\* \* \*

Crevan Ojo Derecho aguardaba montado a caballo. Nada preguntó; tampoco hubiese obtenido respuesta. Esperó a que Elvia ajustase las cintas que sujetaban las armas y sus escasas pertenencias. Entre ellas, una piel enrollada de color blanco. El druida no consiguió adivinar a qué animal pertenecía.

—Nos vamos, hechicero. Llama a esa gallina desplumada que tienes por amigo.

El halcón respondió al silbido y siguió a jinete y amazona planeando sobre sus cabezas. De vez en cuando, aproximaba intencionadamente su vuelo sobre el capuchón de Elvia, demostrándole que ella tampoco le gustaba. Ojo Derecho

sonreía.

## TEAMHAIR NA RÍ

**H**acía calor en la cabaña del Angus Hal, mucho calor. Y la visión que Kendrah tenía ante sí no mejoraba la temperatura. La vivienda del rey era amplia, e impresionaba por las enormes vigas de madera que tejían el armazón bajo el techo. De planta en círculo perfecto y sin apertura alguna excepto la puerta, se había construido con muros de piedra de doble ancho que el resto de chozas de Teamhair na Rí. El gran salón central acogía tres hogueras que dibujaban los vértices imaginarios de un triángulo. En el mismo centro, una mesa de madera de castaño. Angus Hal había rechazado la ostentación del trono de sus antepasados y éste se guardaba con otros trastos en una estancia contigua a la principal. Su trono era la mesa, donde podía hablar, comer y beber con quien se presentase en su hogar, de igual a igual. Alrededor, formando un semicírculo, se agrupaban las habitaciones, hasta seis, con poco más que el espacio justo para dormir y colocar los enseres personales. Allí dormían el señor de Erin, un par de centinelas de confianza que se turnaban en las guardias, y alguna mujer que ayudaba en las labores domésticas. Angus Hal no tenía familia. La pieza más grande era la del propio rey, y aunque tenía una especie de cortinas de pieles colgadas desde las vigas, siempre permanecía abierta. De ahí que Kendrah podía hablarle mientras éste permanecía tumbado en su jergón con los ojos cerrados, desnudo y boca abajo, con la cabeza ladeada hacia el de Brú na Bóinne. No estaban solos.

Una joven se acercó con una humeante vasija de arcilla. La dejó a un lado del catre y, sin mediar palabra ni sentirse

intimidada por la presencia y la mirada del forastero, se quitó la ropa y se sentó sobre el trasero de Angus Hal. Alcanzó una pieza de tela y la empapó en el agua caliente que contenía la vasija, y con ella comenzó a frotar la espalda al hombre, que al notarlo emitió un sonido similar al ronroneo de un gato.

—Cuéntame, amigo mío. Te escucho.

Kendrah le relató todo lo ocurrido en Kealkil y la petición de Aldahir Roble Gris, tratando de no omitir ningún detalle importante. La escena que contemplaba desde su incómodo banco de madera le dificultaba seguir el hilo del discurso. Cada vez notaba más la dureza del asiento, y se revolvía en él como si quemase. La muchacha, completamente ajena a la conversación, buscó un segundo trapo. Cuando se sintió satisfecha con el resultado lo arrojó dentro de la vasija. Paseó entonces su dedo índice por la piel curtida por el tiempo y la guerra; recorrió cada pliegue, cada cicatriz, para luego recostarse con suma delicadeza sobre el torso del guerrero, abrazándolo con su suave y adolescente cuerpo femenino. Sus pechos y su pelvis comenzaron a masajear a un Angus cada vez más tenso y excitado, aunque atento todavía a las palabras del norteño. De repente, buscó el miembro del rey entre las mantas. El brazo más alejado de la vista de Kendrah desapareció durante un buen rato, pero éste podía imaginarse cada movimiento por las reacciones de su amigo. Casi las sentía en su propio cuerpo. Si antes la silla quemaba, ahora sentía bajo las calzas un calor excitado. La muchacha no cesó en su empeño y el rey se revolvía como una fiera enjaulada. No le fue difícil al norteño anticipar la eyaculación. Angus Hal se volteó mientras ella cedía en su presión, con lo que ambos cuerpos quedaron frente a frente. La mujer lo besó en los labios y apoyó la cabeza sobre su pecho, como si buscara acomodo para dormir.

\* \* \*

—El Consejo de las Tres Islas. ¿Roble Gris quiere que convoque al Consejo de las Tres Islas? —preguntó al fin Angus Hal.

—Así es.

—Si lo convoca un druida veterano de la primera casta el tema no tendría trascendencia política, pero si lo convocamos nosotros la cosa cambia.

—Te comprendo y me hago cargo. También él. Somos conscientes de que cada vez que acudes a Ellan Mannin hay muchas posibilidades de que se declare una guerra.

—Y aun así me lo pide. Pues sí que le han preocupado las adivinaciones. Porque lo vio en uno de sus rituales, ¿no? ¿Te lo contó?

—No. Me urgió a que marchara, y yo no pregunté más.

—¿Para qué ibas a hacerlo? —negó el rey con la cabeza al tiempo que se mesaba la barba.

—Confío en él, y sé que tú también lo haces. Aldahir hablará cuando tenga que hacerlo.

—Hablas bien, lobezno. Serías un buen rey si algún día me matasen, por lo que no creo que llegues a serlo jamás... —Soltó una risotada—. Decidiremos qué hacer por la mañana después de almorzar. Tengo que hablar unas cosillas con mi ayudante Sile. Sile, saluda a mi invitado. —La joven ni se movió—. Date una vuelta por Teamhair na Rí, Kendrah, mis hombres no te molestarán. O quédate aquí si te apetece. Como prefieras.

Fue ahora el de Brú na Bóinne el que sonrió.

—Pasad buena noche —dijo. Recogió el capote y las armas y se encaminó hacia la salida de la gran choza. Los guardias apenas se inmutaron al verlo salir.

\* \* \*

Las nubes cubrían el cielo y, aunque no amenazaba lluvia, la oscuridad reinaba sobre la capital. La negrura apenas resultaba quebrada por alguna fogata a medio apagar, o por las teas que custodiaban los almacenes o desfilaban por las murallas en manos de algún centinela. El tamaño del poblado era al menos cuatro veces mayor que Brú na Bóinne, con unas construcciones menos antiguas; el diseño de callejas y cruces vislumbraba una estructura estudiada, una mejor planificación que la de cualquier otro gran poblado con el que pudiese compararse. Era evidente para el viajero que el lugar respiraba nobleza por los cuatro costados, y que su ubicación no se había escogido al azar: allí vivían los reyes y reinas de Erin, al menos así había sido para la última docena de dinastías. Al doblar la tercera choza por el camino principal apareció ante el norteño la figura de una mujer que, casi a tientas, intentaba no tropezar con nada. Portaba un cántaro de gran tamaño. Kendrah, distraído en sus pensamientos, apenas le prestó atención cuando pasó junto a él.

—¿Kendrah? —La mujer se detuvo.

—¡Eileen! No me lo puedo creer... —La miró sorprendido.

Eileen temblaba. No logró sostener el cántaro, que se hizo añicos contra el suelo empedrado; su contenido, probablemente vino por su color, se esparció entre ambos. Sin pensárselo, ella avanzó dos pasos hasta acariciar el rostro asombrado de Kendrah y lo besó en los labios. El norteño notó al instante su humedad y calidez, e interiormente volvió al pasado. Sus labios la correspondieron.

## IX

### El secreto de Aisling

#### BOSQUE DE BRATH. BRIGANTIA

**Y**egua y jinete se alarmaron al oír el primer aullido de lobo. Con la yegua aún a galope, el guerrero se giró y buscó entre las sombras. ¡Allí estaban! Corrían como las bestias que eran, al menos media docena por cada flanco, con la lengua fuera y ojos asesinos clavados en el botín. Y los dientes, aquellos malditos y afilados dientes.

El golpe fue muy violento. Tan concentrado se hallaba en seguir los pasos de la manada que no vio la rama de encina y, aunque no logró descabalarlo, el impacto le reventó los labios y sentía como los trozos de dientes se agolpaban en su boca. Los escupió y se echó al pómulo la mano que no utilizaba para guiar. El dolor era muy intenso; se había destrozado la cara, pensó al tocársela. Ya no miraba, pero no le hacía falta, la manada se había agrupado en un único grupo que lo perseguía acortando la distancia. Sentía su olor pestilente, su aliento mojado y el jadeo incesante que de vez en cuando se interrumpía con un estremecedor aullido. La yegua aumentaba su nerviosismo, aunque no ralentizaba la marcha. Eran veloces, demasiado.

Se detuvo en seco. En medio de la senda, a sólo unos pasos, un lobo enorme de pelaje blanco como la nieve enseñaba la dentadura fiera y amenazante. Gruñía como un perro rabioso aguardando la aparición de la manada. Resultaba evidente que el macho dominante estaba al mando. El ártabro, bastante aturdido y mareado, agarró la espada por la empuñadura. No le dio tiempo. El lobo, tras una corta carrera, brincó con agilidad sobre la montura y se llevó consigo al jinete por los aires. Ambos, presa y cazador, mordieron el polvo del camino en un buen topetazo. La manada hizo su labor, mientras el gran lobo inmovilizaba al hombre aprisionándolo por el cuello con los dientes, hasta seccionarle la yugular y romperle la tráquea, haciéndola crujir. Sus camaradas obtuvieron entonces el premio que llevaban oliendo desde el principio de la persecución. Desataron toda su furia con dentelladas y tirones salvajes que arrancaban sin piedad la carne del ya cadáver, en una improvisada cena, convirtiendo la escena en una bacanal de vísceras y miembros desgarrados. Poco tardarían en dejar un único rastro de huesos roídos... En ese momento, una loba joven de ojos dorados levantó las orejas. Algo notaba. Aulló dejando ver sus colmillos teñidos de sangre, pero su señal de aviso no llegó a tiempo. Fue la primera en caer bajo el filo helado de una espada.

\* \* \*

Elvia y Ojo Derecho repartían golpes certeros sin desmontar. El druida, menos diestro con las armas, observaba de reojo cómo la montañesa se deshacía con rapidez de las bestias sorprendidas. Ni siquiera intentaron cercarla valiéndose de la fuerza del grupo, como era su costumbre. Ocho lobos yacían acompañando a su víctima. El jefe de la manada, con tres enormes heridas abiertas, era el

único que aún respiraba. Lo hacía con dificultad. Elvia desmontó y se arrodilló junto al animal, que la observaba suplicante, como un cachorro recién nacido a su madre. La mujer irguió la mirada hacia el cielo, que no veía pero adivinaba sobre la oscuridad de la arboleda.

Mientras murmuraba algo que el druida no fue capaz de descifrar, agarró la cabeza del lobo con ambas manos, la giró con suavidad y todo terminó para el rey del bosque de Brath.

Crevan la ayudó a incorporarse.

—¿Le hablabas al lobo?

—No, pedía permiso para arrebatarse la vida.

—Hubiera muerto de todas formas.

—Lo sé, yo sólo lo he ayudado a llegar a la luz.

Desconcertado por las palabras de Elvia, Ojo Derecho decidió no perder más tiempo. Cuando irrumpieron en la desigual lucha entre la manada y el guiñapo de carne, se había percatado de que la yegua del hombre se marchaba por el mismo camino. Aun de noche, no resultaría complicado seguir su rastro, pues a buen seguro volvería al lugar de partida, a un lugar conocido.

—Monta y sígueme, Elvia. El ártabro llevaba demasiada prisa, y no sólo para huir de las fieras. Aisling vive muy cerca de aquí. Quiero asegurarme de que todo está en orden. ¡Vamos! —la apremió.

Crevan mantenía a su caballo al paso, y de vez en cuando tiraba de las riendas para detenerlo. Una rama rota, una huella, un montoncito de hojas que no ocupaban el lugar que deberían... Escudriñaba como rastreador en busca de cualquier indicio que le permitiese desandar la ruta del guerrero atrapado por las fieras. Conocía bien la zona y sabía que dejaba atrás la cabaña de la druidesa Aisling. La senda, ahora más ancha, los dirigía hacia el mar. Apuró el paso, preocupado, pero no se detuvo: un poco más adelante había

distinguido lo que sin duda eran jirones de tela entre las zarzas del bosque bajo. Un mal augurio atravesó su mente como un frío cuchillo.

## TEAMHAIR NA RÍ

**E**ileen, desnuda y sofocada de placer, acariciaba el pecho sudoroso del señor de Brú na Bóinne. Él, todavía excitado, buscaba con la lengua sus pezones.

—No puedo, Kendrah. Me estarán echando de menos.

—Vamos, Eileen. Acabas de hacerme el amor, no me dejes pasar la noche solo en lugar extraño. Bésame.

Fue un beso largo y caliente.

—No estás en lugar extraño —se zafó al fin ella—. Los hombres de Angus Hal te protegen. Y hasta el último de ellos sabe ya que acabo de acostarme contigo.

Eileen había arrastrado a Kendrah hasta un establo cercano. El guerrero no se resistió a la que había sido su primer amor, la primera mujer que lo hizo hombre. Y la amó de nuevo, en silencio, sin palabras, sin recuerdos. Sólo el latir de sus corazones al unísono, dos cuerpos que se seguían comprendiendo a la perfección como cuando eran adolescentes.

—Tu primo no se enfadará, no te preocupes. Sus soldados me vigilan, no me protegen —continuó él. La mujer compartía lazos de sangre con el rey, al ser sus madres mellizas.

—No es Angus Hal quien me preocupa.

—Entonces, quédate.

—No puedo... No debo... —Eileen trataba de zafarse de la mano del norteño, que la agarraba por la cintura. Adoraba aquella mano, los ojos de Kendrah, su cuerpo. Le gustaba cómo la acariciaba, cómo la miraba, cómo la amaba. Casi lo había olvidado. Una lágrima la traicionó.

—Dime, ¿sigues casada?

Ella asintió.

—Ahora te comprendo... —Kendrah suspiró, preocupado—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Te hubiese importado?

—No.

—Entonces acerté, al menos contigo. Sigo conociéndote bien a pesar de los inviernos que han pasado. Pero he hecho daño a alguien a quien quiero, alguien que confía en mí, lo he traicionado.

—No lo sabe, no le dolerá.

—A mí, sí.

—¿Te arrepientes? Hace un rato no lo parecía, sé lo que sentías.

—Déjalo, ya está hecho. Arrastraré mi culpa yo sola, Kendrah de Brú na Bóinne. Dime, ¿por qué has vuelto? —Eileen volvía a vestirse pero seguía mirándolo de frente—. ¿Por qué te has cruzado en mi vida de nuevo?

—Soy jefe de clan, Eileen. Tengo asuntos que tratar con Angus Hal, asuntos de importancia. Este viaje no ha sido un capricho y te juro que no esperaba encontrarte; no te busqué.

—Lo sé. He sido injusta, porque fui yo la que me he lanzado a tus brazos. Y tú, ¿sigues con aquella mujer con la que me engañaste? No me mientas, Kendrah, te lo suplico. —Lo miraba como una chiquilla, con una mueca dulce en los labios y la cabeza ladeada.

—Es mi esposa —admitió, consciente de que si se lo ocultaba ella se daría cuenta al momento.

—Entonces ambos somos traidores. Triste consuelo. —Ya estaba completamente vestida y se recogía el pelo con una cinta—. ¿Te quedarás?

—Al menos hasta que el rey me necesite en Teamhair na Rí. Tal vez tengamos que partir pronto; será una misión peligrosa. No quieres verme, ¿verdad? Mientras esté aquí... —Kendrah se levantó, aún desnudo, y alargó su brazo. Ella retrocedió sin darle la espalda. Había madurado, pero seguía siendo el mismo hombre que la había vuelto loca. Primero fue el deseo por el que todas suspiraban, luego el sexo con el juguete que les había arrebatado a las demás, y al fin su barca se hundió en el naufragio del amor infiel. El tiempo arranca las hojas caducas, pero un corazón acuchillado jamás olvida.

—¿Si quiero verte...? Kendrah, no entiendes nada, sigo... Sigo queriéndote, maldita sea.

—¡Eileen!

El grito llegó demasiado tarde. Los tablones que hacían las veces de verja de la cabaña cayeron sobre ella.

Kendrah dio un par de pasos hacia el exterior de la choza, pero un soldado lo detuvo, poniéndole la mano en el pecho. Lo miraba con desaprobación y negaba con la cabeza. Kendrah, frustrado, le agarró el brazo con fuerza y se volvió para buscar su ropa.

—¿Qué sabrás tú, condenado perro? Ni siquiera te habría nacido la barba cuando yo ya amaba a esa mujer. —No obtuvo respuesta. Se tumbó sobre la paja y se mordió el puño izquierdo con rabia—. Eileen...

## BOSQUE DE BRATH. BRIGANTIA

**E**lvia serpenteó sobre un pequeño túmulo cubierto de musgo; lo hizo con sumo cuidado para no llamar la atención de los cinco hombres que estaban junto al acantilado. No era mujer supersticiosa, así que no le dio importancia a tumbarse sobre lugar sagrado, probablemente la que fuera última morada de un nativo. Los hombres, que por sus ropas eran sin duda del mismo clan ártabro que la víctima de los lobos, se afanaban en alinear varias cuerdas sobre la roca desnuda. Tomaban medidas, o al menos eso le pareció a la montañesa, que sintió a Ojo Derecho acercarse por su espalda. El druida farfullaba entre dientes, probablemente orando a cuantos dioses conocía por acompañar a la mujer sobre la última morada de un hermano celta.

—Ya he alejado a los caballos, no los oirán —susurró—. ¿Cuántos son?

—Sólo veo a esos cinco, pero quizás haya alguien descolgado por las peñas. Voy a acercarme un poco más. — Hizo un gesto al druida y éste comprendió. Aguardaría a que ella lo llamase. Siendo dos contra cinco, en el caso de no ser bien recibidos convendría guardarse una pieza en el tablero. La muchacha sabía lo que hacía, pero ellos tenían mayoría y las de ganar.

Elvia posó el capote sobre el túmulo y se remangó para moverse con más libertad. Desenvainó la espada y pasó un dedo por el filo para luego devolver la hoja a su vaina; entonces recogió el arco y las flechas y salió a campo abierto. Con su mano izquierda agarraba el mango, y con la diestra tensaba la cuerda, en la que ya había acomodado una saeta, para que el vientre del arma alcanzase una fuerza de compresión media. Y, paso a paso, se encaminó hacia ellos.

Los ártabros, que habían descuidado la vigilancia esperando sólo la vuelta de su camarada, la miraron con pasmo. Les distanciaban sólo una veintena de pasos.

—¿Quién es?

—Una amiga de la palomita que quiso volar hace un rato, seguro. Matémosla y luego le haces las preguntas. — Recogieron sus espadas, y uno de ellos, un hacha de combate. Ya no tenían flechas.

Elvia no lo dudó. Hasta entonces había avanzado con precaución porque no sabía cómo reaccionarían, pero sus movimientos ahora eran claros. Dos de los ártabros echaron a correr hacia ella. Fueron los primeros en caer, atravesados a la altura del corazón por dos flechas certeras y rápidas. El siguiente recibió el dardo en una pierna, y cayó al suelo mientras sentía el crujir del hueso. Inmovilizado, con el fémur roto, el dolor lo devoraba; inútilmente intentaba arrancar el astil de la flecha.

Quedaban dos, ya muy cerca. La distancia la condenaba al cuerpo a cuerpo. Se soltó el carcaj, que dejó caer al suelo, y lanzó el arco con tal puntería que éste acabó estrellando su lomo en el rostro del más próximo. El joven se tambaleó, aún con la falcata en alto. Se lanzó a por ellos antes de que la rodeasen, para sorprenderlos. El primero se llevó un buen tajo en el estómago, y el segundo, de baja estatura pero muy fornido, estrelló su falcata contra la espada de la montañesa, que anticipó el golpe y de paso le propinó un puñetazo. Se volvió con rapidez para no dejar la espalda descubierta al que había herido primero, que ya la amenazaba con su hoja. No fue difícil desarmarlo: un giro de muñeca, un paso hacia delante, un preciso puntazo en la garganta y hombre muerto. El otro ártabro se incorporaba ya, tratando de frenar la sangre que le manaba de la nariz rota con la tela de la manga. Decidió ser más prudente; aquella mujer no era una granjera, era una zorra que había

despachado a sus compañeros sin mayor complicación. Alargó el brazo con el que empuñaba la falcata y comenzó a intercambiar lances con ella. De vez en cuando embestía y la hacía retroceder un par de pasos, pero Elvia sabía de su ventaja. Su hoja, más alargada que cualquier falcata, le permitía mantener a su oponente a la distancia deseada. Esperó pacientemente a que el ártabro dejase descubierto algún punto débil y, en un abrir y cerrar de ojos, postró una rodilla al suelo y le ensartó la hoja hasta el fondo por el flanco izquierdo. Se levantó, aún empuñando la espada, y quedó cara a cara con el guerrero que, ya sin fuerzas, dejaba caer la falcata y escupía coágulos de sangre. Podía oler su aliento, su miedo a morir. Tiró con fuerza de la hoja hacia abajo y se apartó. El hombre cayó como un muñeco, pero ella ni siquiera bajó la mirada. Enloquecida por la adrenalina del combate, dirigió la mirada con rapidez hacia el único ártabro que permanecía con vida, aquel al que había detenido con un flechazo en la pierna. Herido y ciego de dolor, intentaba acercarse a los caballos apoyándose en una jabalina. La espada de Elvia, hábilmente lanzada a ras de suelo, como si quisiese peinar la escasa hierba del lugar, lo detuvo en seco. Le sajó con furia ambas piernas sobre los gemelos, tronzando al tiempo la madera de la lanza. Acababa de desplomarse sobre el suelo boca arriba cuando una daga corta ya le apretaba la nuez.

—Habla y seré rápida, de lo contrario acabarás maldiciendo a tu madre.

El guerrero, sin apenas fuerzas y visiblemente afectado en su respiración, asintió con la cabeza.

—Buscamos a Aisling. ¿Os habéis tropezado con ella?

Volvió a asentir y, con dificultad, separando una de las manos de la herida, señaló hacia el acantilado. La montañesa no hizo más preguntas y echó a correr en la dirección señalada, haciendo caso omiso a los gritos del hombre. El

druida se unió a ella.

—¡Se tiró al mar, maldita zorra... ! ¡Y tú acabarás... igual! —gritó el ártabro. Sus amenazas, entremezcladas con alaridos de dolor, ya no llegaban a la mujer y a Crevan, que se habían postrado sobre las rocas para mirar hacia el abismo vapuleado por las olas.

—¡Allí! —gritó Elvia—. Con las cuerdas que tenían ellos y la que llevo yo en la grupa será suficiente. ¿Me ayudas, hechicero?

Crevan seguía tendido, observando. El cuerpo de Aisling seguía encajado entre dos peñascos a los que la marea alta estaba a punto de alcanzar. Pero su mirada buscaba algo más. Algo que probablemente ya descansaba en el fondo del océano, o en los riscos de los siguientes acantilados, entre los cientos que dibujaban el litoral entre Ardóbrica y Brigantia. Quizá ya no mereciera la pena...

—¿Me ayudas, o te vas a dormir ahí? —Elvia regresaba ya anudando el extremo libre de su propia soga; había abrazado la otra punta al tronco del árbol más cercano. Aguantaría.

—No bajaré, Elvia.

—Claro que no, lo haré yo. No pienso dejarla ahí abajo. Cuando te dé la señal, haz que los caballos tiren en aquella dirección. Vamos a intentar subir el cadáver.

El druida no intentó disuadirla. Elvia ya se descolgaba por las primeras rocas, tras haberse asegurado bien la cuerda en torno a la cintura. Aun así, se resbalaba con el agua salina que se estampaba contra las piedras, y ahora contra sus piernas y por su espalda, con una fiereza gélida que le traspasaba la ropa. Pese a su precaución, de vez en cuando trastabillaba por la violencia de los golpes de mar, y las manos comenzaban a sangrarle por la fuerza con que se agarraba a las rocas. Avanzaba con lentitud. Ya no eran

gotas aisladas, sino las propias olas, que además de mojarla la zarandeaban, provocando que perdiese la estabilidad y se golpease peligrosamente contra las piedras. Al cabo de unos minutos interminables, al fin sus sandalias se posaron en la grieta en la que se había encajado el cuerpo de la malograda druidesa. Se desató con cuidado e, inclinándose sobre ella, la volteó. Pesaba poco. En un primer vistazo, aparte del sinfín de magulladuras y heridas abiertas de terrible aspecto, lo más espeluznante era el golpe en el cráneo, del que sobresalían los sesos. Pero, al fijarse más, Elvia se percató de la extraña posición de los brazos. Permanecían agarrados al cuerpo, como si apretase algo contra el regazo, lo que se le antojó sorprendente, casi imposible tras una caída libre como la que había sufrido. ¿Qué escondía? Intentó moverle los brazos, sin éxito. No lo dudó. Usando toda su fuerza fracturó los huesos, que crujieron haciendo callar el estruendo del mar. El secreto de Aisling quedó libre. «¡Vaya!», pensó la montañesa, agarrando el pesado objeto con ambas manos. «Fue esto lo que te llevó a la muerte, ¿verdad, Aisling?» Admiró la pieza, un torques, pero muy grueso y al menos tres veces más pesado que un collar normal. Sin duda de oro y con un labrado excepcional. Lo alzó para contemplarlo mejor; a través de él veía el mar, cada vez más y más enfurecido, como si no le gustase lo que ocurría a pocas brazas de sus dominios.

Y entonces ocurrió. Elvia sintió un primer sudor frío que se adueñaba de sus manos, luego un calambre que aumentaba lento pero constante... y, de pronto, una especie de descarga muy intensa, como si la hubiese alcanzado un rayo. Confusa, abrió los dedos y soltó el torques, que, después de chocar con un sordo sonido metálico contra las rocallas desprendidas, se sumergió con rapidez en el agua. Aún aturdida, en un movimiento instintivo, se precipitó tras la joya, con tanta celeridad que resbaló y cayó estrepitosamente al mar, que a pesar de besar las rocas

tenía la profundidad suficiente como para hundir con rapidez a su nueva visitante. Sentía como la ropa se empapaba y pesaba cada vez más, el frío la devoraba y no era capaz de alcanzar nada a lo que agarrarse. Agitó los brazos, pero sólo encontró la resistencia del mar. Tocó el fondo, lo aferró con los dedos y se impulsó con las piernas. El aire se le agotaba en los pulmones. No encontraba fuerzas para dar más brazadas. Ya al límite, salió a la superficie con el brazo derecho por delante. El torques de Aisling volvió a ver la luz.

Inhaló oxígeno con toda la fuerza de sus pulmones. Se aferró a la roca y se impulsó como pudo para salir del mar con rapidez. Resoplando y tiritando, ató el cuerpo de la druidesa y tiró de la cuerda para que Crevan comenzase a subirla. Al poco, el bulto comenzó a tomar altura hasta que desapareció de su vista. Jadeaba. Por el esfuerzo, por el miedo y por el frío. Volvía a tener el torques en las manos y, aunque desconfiada por si volvía a descargar aquella fuerza mágica y seguramente maligna sobre ella, se lo colocó en el cuello. La cuerda volvió a caer.

—¿Pero qué haces? Quítatelo ahora mismo —le espetó el druida al verla.

—¡Maldito hechicero! Esto, sea lo que sea, casi me cuesta la vida. Y ahora tendrías a dos mujeres muertas. A saber lo que harías con nosotras —le respondió irritada la montañesa mientras le arrojaba el torques a los pies—. Viejo loco...

—¿No sabes...? —Ojo Derecho interrumpió su pregunta al ver cómo la muchacha, que temblaba calada hasta los huesos, se quitaba sin remilgos la ropa mojada. Estaba a tres pasos de él, desnuda y mirándole con un gesto de evidente enfado. Senos firmes y perfectos en los que el frío había hecho reaccionar a los pezones, vientre plano y cintura estrecha, unas larguísimas piernas que evidenciaban que hacía ejercicio a menudo y el vello del sexo mojado, quizás anhelante de una humedad bien diferente y mucho más

placentera. Elvia se volvió justo cuando el hombre comenzaba a sentir la excitación en sus carnes; ella sonrió al ver la expresión del druida. Alcanzó una manta para secarse y la ropa de repuesto que siempre llevaba en su zurrón.

—¿No sabes lo que es, verdad? —insistió Crevan, esforzándose por recuperar el tono y borrar cuanto antes la imagen de su cabeza.

—Ni falta que hace. De todas formas me lo vas a decir tú...

—¡Insensata! —El grito anuló el rugido del mar y el aullido del viento tormentoso. Elvia palideció—. No es momento para ironías y tampoco para chanzas; comprendo tu enfado, pero has de saber que este collar es una joya única. La herencia de un pasado capaz de resolver nuestro futuro. Por protegerlo, esa mujer que yace ahí tendida perdió la vida, como la perdieron docenas de mujeres y de hombres durante generaciones. No manchemos la memoria de Aisling, la conozco casi desde que nació, como a ti. Si la situación fuese la opuesta y tú te hubieses despeñado por el acantilado, ella te honraría y los bardos cantarían tu muerte hasta que desapareciera el último celta de la faz de la tierra.

—Discúlpame, Ojo Derecho. —Elvia se había vestido y por primera vez se mostraba arrepentida sinceramente.

—Está bien —farfulló el otro—. Pero no vuelvas a fallarme. Pregunta antes de decir bravuconadas, o no serás más que una mala imitación de Tarkum.

—No lo haré, no te fallaré. Dime, Crevan, ¿de quién es? —Tienes ante ti el torques de Miled.

Si antes había palidecido, ahora Elvia lo miraba con la boca abierta. ¡Miled, de la estirpe de Breoghan!

# X

## La furia y el látigo

### SLIAB MIS. OESTE DE ERIN

**L**as antorchas se apagaban a medida que Wen desandaba los pasos en dirección a su morada. Siguiendo sus órdenes, únicamente los centinelas de los muros podían mantener vivas las llamas con la llegada de las tinieblas nocturnas, y sólo en el caso de que algún peligro acechase el poblado. Así no podían ser vistos más allá de las montañas. Sus órdenes se respetaban a rajatabla.

Oisin comenzó a ladrar con fiereza. Parecía muy nervioso; la miraba y ladeaba la cabeza sin parar hacia la cabaña de Kayley, como si quisiese arrastrarla hacia allí. Sólo una persona podía enfurecer a Oisin de tal modo.

—iMeriasek! ¿Pero qué haces?

Cuando Wen escuchó los gritos de la acalorada discusión, entró dando una patada a la puerta. Dentro, el galo amenazaba con una daga a Cinnia, que temblaba, en pie de espaldas a la pared, tratando de no respirar, tan cerca tenía el filo de su garganta. Tragar saliva se había convertido en un imposible.

—Wen, esta zorra...

—¡Calla, malnacido! Y suelta esa daga antes de que viertas una gota de sangre o te degolló aquí mismo.

El hombre dudaba. Su evidente estado de embriaguez hacía peligrar la integridad de la víctima, él se tambaleaba pero la hoja no se movía ni medio dedo. Kayley, sangrando por boca y nariz, trataba de levantarse. El perro se acercó y, tras servirle de apoyo para ponerse en pie, le lamió la herida. Un rastro de sangre quedó en su hocico. Se volvió hacia el galo gruñendo.

—¡Maldito animal del inframundo! —Bajó la mano con la que hasta ese momento amenazaba a Cinnia para azuzar a Oisin con la daga. Esta vez, sin embargo, se encontró con la espada de Wen, quien con un rápido movimiento interpuso su hoja en el aire, desarmando a Meriasek. El lance le provocó un pequeño corte en la muñeca derecha, pero no se atrevió a alzar la voz de nuevo.

—Va a ser complicado que estés vivo por la mañana, Meriasek. ¿Qué has hecho esta vez? —El hombre se mantuvo en silencio—. Cinnia, acércate; acercaos las dos. ¿Estáis bien?

—Gracias, Wen. No ha sido nada —respondió Kayley mientras se presionaba las fosas nasales con los dedos intentando taponar la hemorragia.

Cinnia la miró sorprendida.

—¿Cómo que no ha sido nada? —le replicó a Kayley.

—¡No aguanto más! —gritó la más joven—. Estoy harta de hacer lo que le plazca a este cerdo, sea o no tu lugarteniente. No lo soporto, y no somos furcias; si las quiere que las pague, si lo aceptan, pero que las busque fuera de Sliab Mis. —La ira le impidió contenerse y, tras escupir a Meriasek en la cara, le propinó una sonora bofetada.

—Meriasek, arrodíllate.

—Wen...

—¡Arrodíllate! —Todo Sliab Mis debía haber oído su orden, así que el hombre obedeció. Wen miró a las dos jóvenes—. ¿Desde cuándo?

Ahora fue Kayley la que habló.

—Desde el primer día, desde que lo trajiste, Wen. Desde entonces —hizo una pausa—, Cinnia quería contártelo, yo se lo impedí y ahora me arrepiento. Pensaba matarlo yo misma, clavarle un puñal en el vientre o llenarle la jarra de vino con veneno...

Meriasek mantenía la cabeza mirando al suelo, pero sonreía.

—No hubiese sido tan estúpido —murmuró.

— ... o cortarle el falo y los testículos y arrojárselos a los perros —acabó Kayley. Oisin aulló como si fuese un lobezno. Al oírlo, el semblante del guerrero palideció, ya no era capaz de esbozar ni media sonrisa.

—Ya basta. Todos ante mi choza y tú, Meriasek, camina delante de nosotras.

\* \* \*

El cortejo nocturno sorprendió a los habitantes de Sliab Mis, que a su paso salían de las cabañas, cuidándose de no encender las teas. Sólo Wen portaba una, por lo que un ambiente espectral se apoderó enseguida del espíritu de la montaña celta. Muchos se sumaron a la inesperada procesión, incluso algunos niños de corta edad acompañados por sus madres. Oisin escoltaba al reo sin dejar más de un paso de distancia; sus colmillos continuaban a la vista, preparados y amenazantes. Wen se detuvo, entregó la

antorcha a una niña que no le llegaba a la cintura y se volvió hacia Meriasek para agarrarlo por el pelo y postrarlo de rodillas. Con el puñal le rasgó la camisola, dejando su espalda al aire. Ni el viento se atrevía a violar el estremecedor silencio. La señora de Sliab Mis desapareció unos instantes dentro de su morada, sabiéndose observada por cientos de ojos.

El restallido quebró entonces el silencio de la noche. Meriasek gritó como jamás lo había hecho en su vida. La silueta de Wen, con las piernas separadas para poder forzar un giro de cintura, se dibujaba sobre la sombra de una llama lánguida. Empuñaba un látigo trenzado en cuero.

—¡Ahhhhh... ! —Meriasek aulló. Un segundo latigazo. Y un tercero. La mujer había desatado su furia. Flanqueada a ambos lados por Cinnia y Kayley, descargaba el látigo sobre él cada vez más rápido. Meriasek se había sobrepuesto a la sorpresa del primer golpe, que sí había arrancado un grito de dolor, pero a partir de entonces aguantaba cada latigazo apretando los dientes y cerrando los ojos con fuerza. No se le volvió a escuchar un lamento.

Nadie hablaba, nadie se atrevía a mover una pestaña; sólo se oían los restallidos del látigo, azuzado por la mano ejecutora de la pelirroja. La Dama Blanca hacía justicia a su manera y, mientras tanto, ningún hombre o mujer de la montaña osaría alzar la voz. La espalda del reo sangraba y las heridas se abrían más con cada nuevo castigo, pero él continuaba sin quejarse. Y ella, enfurecida porque no lloraba como un chiquillo, incrementó el ritmo del látigo hasta no notar el brazo. Maldijo en voz baja para que nadie adivinase su juramento y lo arrojó sobre el dorso maltrecho del galo. Wen jadeaba de cansancio cuando se volvió hacia las dos mujeres y les habló aparte, ocultando su conversación a los demás.

\* \* \*

—Con esto será suficiente por el momento. Sé que debería matarlo, pero lo necesito, y mañana mismo partirá conmigo hacia Teamhair na Rí. Tenéis mi palabra de que jamás volveréis a verlo. Jamás, ¿de acuerdo?

Ambas asintieron en silencio. No pisaría de nuevo Sliab Mis. Kayley hubiera preferido verlo destripado y ahorcado bajo el sol, pero no dudaba de Wen. Había escrito su futuro sobre un pergamino que lo convertía en un sentenciado a muerte.

—Cinnia...

—Dime, Wen.

—Cura sus heridas, haz lo que puedas. No os hará nada. Iré a recogerlo al amanecer.

Wen se atusó el pelo cobrizo con las manos y entró en su choza, dejando la puerta abierta. Oisín, solícito a su silbido, fue tras ella, no sin antes regalar un último ladrido al galo, sobre quien ya había orinado en los pantalones un par de veces.

Meriasek las miraba con los dientes apretados, lleno de rabia y cólera.

# XI

## El faro del fin de la tierra

### BRIGANTIA

**Y**a estaban cerca de la capital de la nación de Breoghan, y Elvia apreciaba diferencias más que notables con cualquier otro asentamiento celta. Patrullas por todos los caminos de acceso y centinelas apostados entre los árboles, que se comunicaban entre sí con indescifrables señales de cuerno. Campos inmensos dedicados a la agricultura, rebaños de ganado en pastizales perfectamente delimitados con vallados de troncos. Docenas de mujeres y hombres que arreaban a los caballos, araban la tierra, partían leña o agrupaban a las vacas con ayuda de perros. A su alrededor, carros con hierba y cereales o con cestas de fruta. Galaicos de todas las tribus y clanes entraban y salían de la mítica ciudad que ya tenían a sus pies.

La montañesa y Crevan Ojo Derecho se habían detenido en un promontorio desde el que se divisaba el verdadero esplendor de Brigantia, desde los sembrados de labranza hasta las murallas que fortificaban las cabañas y las calles. El enjambre humano de una ciudad increíble, que lindaba con el verde azulado de un mar dominado por el faro más

legendario del mundo. El druida sonrió ante el gesto impresionado de Elvia.

Continuaron entonces su camino. A su lado, cientos de abejas seguían con sus labores en un enjambre. Nadie parecía percatarse de que los forasteros traían consigo algo fuera de lo común, un tercer caballo en el que cabalgaba, sin vida, el cadáver de una mujer. Quizá muchos reconociesen a la druidesa Aisling, pues habían decidido no cubrir la, pero ni uno solo alzó la vista. A Elvia esto le llamó la atención. Lo que en cualquier otro lugar hubiese supuesto una revolución inmediata, allí no causaba ni la mínima reacción. Sin embargo, sí reconocían al druida, algunas mujeres hacían leves gestos con la mano a modo de saludo a su paso, y varios guerreros apartaron a los caminantes para abrirles camino hacia la muralla. Pese al capote, las vestimentas propias de un miembro de la primera casta no pasaban desapercibidas. Entonces la montañesa comprendió. Lo que se le había antojado indiferencia de los lugareños era en realidad una muestra de respeto hacia la fallecida. No podría asegurar si habían reconocido a Aisling o no, pero sí que sus cabezas gachas eran una muestra de respeto y temor, superstición y oraciones silenciosas.

\* \* \*

Siete soldados se hallaban apostados tras una barrera de troncos, justo entre dos torres de la muralla. Al menos desde su posición, Elvia no lograba distinguir algún otro lugar de entrada a la ciudad. Un guerrero había saltado ágilmente sobre los maderos para recibirlos, mientras que, desde los adarves, al menos una docena de flechas ya habían fijado su blanco. Los arqueros apenas se dejaban ver entre las piedras de los muros superiores.

—¡Alto! ¿Quién vive? —gritó el guerrero adelantado.

—Kalen en Brigantia y reina Breoghan entre los justos — respondió el druida.

—Puedes pasar, Crevan de los brácaros. Sed bienvenidos. «El que posee las claves» te espera en la torre. Y la mujer, ¿va armada?

—Va y seguirá yendo armada, yo me hago responsable de ella.

—La druidesa, Crevan... ¿Murió en combate?

Lo sabía, se dijo Elvia. Sí habían reconocido a Aisling, al menos los componentes de la guardia.

—Siento decirte que no, soldado. La asesinaron.

—Si sabes quiénes fueron, la vengaremos. Son hombres muertos en cuanto Kalen lo ordene. ¿Ya has descubierto al responsable?

—No —mintió el druida. «En Brigantia nada es lo que parece y nadie es quien dice ser», pensó. Esbozar siquiera la sospecha de que los hombres del acantilado eran compatriotas de Tarkum no significaría más que problemas. Y de los graves. Allí vivían muchos ártabros y albiones, algunos partidarios del Gran Toro Tarkum, y con seguridad muchos pertenecientes a su propio clan y familia.

—¡Apartad la barrera! —El guerrero se hizo a un lado al dar la orden. Al pasar junto a él sobre su montura, la montañesa tuvo tiempo de cruzar su mirada con él. No le gustó aquella especie de examen a la que la sometían.

—¿Quién es la nueva furcia del viejo? Nunca la había visto por allí —oyó Elvia que preguntaba el soldado.

—Ni idea —le contestó uno de los centinelas.

\* \* \*

Elvia apremió a su caballo para trotar al paso y ponerse junto al druida.

—No te ha creído. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto. No te alejes demasiado; a mí ya me conocen y me toman por un loco más, aunque respetan mi rango por la cuenta que les trae. Pero te aseguro que ahora mismo hay cientos de ojos clavados en ti. Procuremos que sean lo único que claven.

—«El que posee las claves»... ¿Así llamáis a Kalen? Comienzo a pensar que me has metido en un nido de lunáticos, la verdad.

—Calla, no seas necia. Cada pared de estas chozas oye y ve para su señor. Hazme caso y con el tiempo lo entenderás.

La mujer optó por no discutir con él y se limitó a seguirlo por las callejas empedradas. Si la vista desde el promontorio ya le había resultado majestuosa, el paseo a caballo por el corazón de Brigantia consiguió sobrecoger a Elvia. Tautinkom le había hablado mil veces de la capital, pero nada se asemejaba a la realidad. Recordaba que de niña, cuando la felicidad aún la rodeaba en la Gran Isla, Wen y ella abrían mucho los ojos cuando escuchaban narraciones acerca de la torre del faro, de la inmensidad de la ciudad o de las batallas entre barcos mar adentro. Con los años, siempre pensó que su padre exageraba premeditadamente las leyendas, que adornaba a menudo con música de bardos, para que la hija que le quedaba conociese las proezas de sus antepasados o las invasiones de Erin. Sin embargo, tras cruzar la fortificación y atravesar media docena de calles, arrepentida, ya imploraba en silencio perdón al autor de sus días. Era como soñar despierta. Había visitado castros y poblados grandiosos, tal vez diez veces más grandes que los de las montañas. Tan sólo dos noches atrás, Ardóbrica le había parecido enorme, ¡inmensa! Si la impresión que la atenazaba

se lo hubiese permitido, se reiría de sí misma por ilusa. La sucesión de edificaciones ocupaba tal extensión que los empedrados formaban cruces de cuatro calles, con cabañas ovales al estilo de las montañas y también otras de paredes más rectas y plano rectangular. Algunas de ellas tenían dos pisos de alzado, como si se tratase de torres de vigía diseñadas para ser habitadas. Debían de estar levantadas sobre robustas columnas de piedra y vigas de castaño para aguantar semejante peso. Entre las casas y los alpendres, almacenes o cuadras, se distinguían zonas aparte. Allí no se aprovechaba el calor de los animales en torno al hogar como en los castros menores, y las bestias se agrupaban en sus propias dependencias. Sin duda, grandes grupos de cabañas habían sido proyectados para congregar a los habitantes de la ciudad según sus oficios. Vio alfareros, curtidores, carpinteros, forjadores, tejedoras... Y también franjas ajardinadas con la hierba recién cortada, en las que los más pequeños jugaban con espadas de madera o muñecos de trapo entre robles y flores cultivadas.

Según avanzaban hacia la costa, se encontraban con las cabañas más nobles, de mayor amplitud y custodiadas en su mayoría por hombres armados. Si bien la actividad era menor que en los barrios populares, también allí se agrupaban muchos miembros del clan: hombres con vestimentas de finos bordados, mujeres ataviadas con joyas doradas y torques, y el personal de servicio que entraba y salía con cántaros o cestas con frutas o pescados. Resultaba evidente la separación de clases, y aunque hacía tiempo que no reinaba un monarca, la nobleza quería mantener su posición en la particular corte de los brigantes. Todos los clanes tenían allí a sus embajadores, siempre vigilantes por si Kalen reclamaba candidatos al trono. El sistema parecía funcionar bien, y los diferenciaba de sus hermanos de las islas del Gran Norte, siempre enzarzados en intrigas y luchas de poder. Mientras soplasen vientos de paz, el todopoderoso

Kalen, druida supremo y miembro por derecho de la primera casta, ejercía la regencia y era realmente quien reinaba y dirigía los designios de toda la nación de Breoghan. Por ello, cada jefe de clan protegía sus intereses manteniendo morada y gente de confianza en Brigantia, y no escatimaba en gastos para competir con sus posibles rivales. Los guardias de las vías nobles también reconocieron a Crevan Ojo Derecho; unos golpeaban su caetra con la falcata o la lanza a modo de saludo, otros se daban un par de golpecitos bajo el hombro izquierdo. El druida respondía inclinando ligeramente la cabeza en señal de gratitud. Ya junto al mar, un ensanche para los pescadores abría un espacio amplio hacia los embarcaderos y las defensas de la línea de costa. Los muchos barcos amarrados prácticamente no dejaban ver el agua entre casco y casco en cientos de brazas desde tierra firme. Allí el ajeteo también era evidente; docenas de hombres, mujeres e incluso niños extendían y reparaban redes y nasas. Marineros que bajaban la pesca de sus barcas, cadenas humanas para acercar las cajas repletas hacia las cabañas de faena, de estructura completamente diferente a cualquier otro edificio que Elvia hubiese visto hasta entonces. Lo más curioso era que estaban abiertas por su pared frontal para recibir la carga y llevarla directamente a unas mesas, tras las que se afanaban varios hombres en la limpieza y preparación del pescado, bien para su consumo fresco, bien para su posterior ahumado, alimento fundamental durante los meses de invierno en los que la flota no pudiese faenar en un mar tan salvaje y bravo como el galaico. Precisamente el humo que salía de las chozas destinadas a ese fin escondía la joya de Brigantia.

Una especie de bruma artificial, provocada por los pescaderos que azuzaban las hogueras, se mezclaba con la niebla costera que poco a poco acompañaba a las olas que se batían con el repliegue de la marea. Entonces oyeron los primeros gritos que sorprendieron a la forastera. Crevan ya

los había escuchado en anteriores visitas a la ciudad: los capataces ordenaban el cese de actividad ante la inminente retirada del sol. A su alrededor, incluso entre sus propios caballos, varias mujeres echaron a correr con calderos de agua. Elvia las siguió con la mirada. Entraban en las cabañas y arrojaban el agua sobre las brasas, para luego pisotearlas. Elvia entendió el procedimiento. La luz del día se desvanecía y el humo tendría que desaparecer hasta el alba. Comenzaba el reinado del señor de Brigantia, el faro del fin de la tierra.

Todo quedó en silencio, sólo interrumpido por el trotar y el resoplido de los caballos y la voz de alguno de los centinelas que hacían ronda por la playa o los embarcaderos. Todo había enmudecido al tiempo, como respondiendo a una orden o a una señal. Elvia detuvo a su montura y miró hacia arriba.

La torre del rey Breoghan. El faro que guiaba a los navegantes llegados desde tierras lejanas en busca de Erin y las Grandes Islas, el protector de Brigantia y las tierras galaicas. Se sintió sobrecogida, pequeña; no sabría calcular cuántos pies de altura tendría, pero le pareció magnífica y hermosa. La emoción le erizó la piel; se hallaba a los pies de la historia de su pueblo. Crevan, que ya había descabalgado, se volvió hacia ella. Al instante se percató de que la montañesa, como le ocurría a tantos compatriotas e incluso a muchos extranjeros que peregrinaban hacia el fin de la tierra celta, había caído en el mismo embrujo que él mismo había sentido cuando era un zagal. Decidió no molestarla y dejar que viviese aquel momento único e inolvidable. Mientras, los fareros comenzaban sus preparativos. No tardaría en brotar la luz mágica, la que habría de proteger de las rocas traicioneras de Brigantia a cualquier barco, la última huella de tierra firme que divisarían los tripulantes antes de enfrentarse al inmenso averno marino.

De espaldas a los recién llegados, un hombre supervisaba las maniobras. Los fareros prendieron con teas la leña

apilada. La primera llama comenzó a buscar las ramas secas con timidez, sin prisa, como si formase parte de un ritual. Lo era, pensó Elvia. La misma ceremonia a la que asistieron Ith y Bile, dos de los diez hijos de Breoghan, justo después de que el primero de ellos divisase entre la niebla el verde de las costas de Erin. La misma llama ante la que ambos hermanos se conjuraron para iniciar aquella expedición que traería de vuelta el cadáver de Ith. La misma luz que acogió el juramento de Miled, antes de que su propia expedición partiese para vengar a su tío y conquistar el reino de los Tuatha dé Danann. Allí se forjó la leyenda. En la torre del fin de la tierra había nacido el mito que veneraban todos los recién nacidos de todos los pueblos galaicos.

Ojo Derecho y su acompañante se habían acercado al hombre. Lo veían de espaldas, de cara al fuego, con las manos tras la cintura y los dedos entrelazados. Vestía una túnica larga de color claro con ciertos bordados en las bocamangas que la montañesa no fue capaz de distinguir. Conforme las llamas aumentaban, la luz la cegaba, y Elvia sólo distinguía el contorno de la figura, que parecía aumentar de tamaño. Crevan avanzó un paso más.

—Buena noche, Kalen de Brigantia.

El aludido se volvió hacia aquella voz que conocía muy bien. Una primera mirada y lo supo. A Elvia se le quebró la respiración. Aquel hombre le causaría problemas.

## XII

### Los amantes y la muerte

#### BRÚ NA BOINNE

**D**esde su incidente en el túmulo del sol naciente, Aldahir Roble Gris se encontraba enfermo. No conseguía recuperar la movilidad del costado izquierdo, sufría palpitaciones varias veces al día y se pasaba las noches en vela, envuelto en un estado febril que lo agotaba física y mentalmente. Había adelgazado mucho y Nunn no era capaz de disimular su preocupación. Aparte de los problemas físicos, era consciente de que la mente de Roble Gris trabajaba sin descanso.

Por fortuna, el joven Owen los visitaba con frecuencia. En cuanto sus turnos de guardia en el túmulo se lo permitían, corría hacia la cabaña del druida, que aquellos días se había convertido en su casa. Ayudaba a Nunn en todo cuanto podía; le cambiaba a Aldahir los paños fríos, lo aseaba en su lecho, le daba de comer los caldos con la cuchara y hasta dormía sobre un montón de paja del lado que no ocupaba ella. Sólo había una tarea que Nunn jamás encomendaba al chico. Cuando le suministraba algún medicamento o pócima lo hacía en persona, y el joven debía tornar la vista para no

mirar. Intrigado pero complaciente, lo hacía sin preguntar nada. Había nacido para ser guerrero, pero aun así era curioso. ¿Qué contendrían aquellas bolsitas y frascos de vidrio? No comprendía como la amante de Aldahir distinguía entre semejante cantidad de envases y envoltorios diferentes; tal vez, incluso participara en su elaboración.

Pero no sólo llamaba la atención del joven la laboriosidad de Nunn. Aunque ella era mucho más joven que el druida, lo doblaba en edad, pero Owen no conseguía evitar mirarla de reojo siempre que podía. Cada vez que ella se inclinaba y mostraba su generoso escote, él se imaginaba poniéndole las manos sobre sus pechos para empezar a buscar el camino hasta su más hondo secreto. En esos momentos, Owen la poseía, o era poseído por ella, qué más daba. El sueño siempre lo abofeteaba del mismo modo. Despertaba a la realidad cuando ella salía de la cabaña mientras Aldahir seesteaba. Ella regresaba siempre con algún canasto de hortalizas, y él habría de conformarse de nuevo con comérsela con la imaginación y aguardar la siguiente salida o la complicidad de la noche para darse un desahogo.

Nunn se había dado cuenta, pero, lejos de sentirse molesta, le divertía. Al menos se distraía de la preocupación y del cuidado de Roble Gris. Hasta reconocía para sí misma que, sin malicia, lo provocaba un poquito. Nada reprochable había en ello, era simplemente un juego inocente, pero su inocente seducción a Owen la ayudó a superar unos días con sus noches que hubiesen podido ser más difíciles. Tan inofensiva distracción la mantenía fuerte y capaz de brindar a Roble Gris el mimo que necesitaba. El no se lo hubiera reprochado. Pero, quizá, los dioses no estuviesen tan contentos con su comportamiento...

Una mañana más, como tantas otras, tras dar el relevo al siguiente guardián del templo de Brú na Bóinne, Owen tomó el camino hacia la choza. No esperaba que alguien se cruzase en su camino. Y en su vida.

\* \* \*

Nunn estaba intranquila, el muchacho se retrasaba. ¿Se habría alargado la guardia? Aldahir había conseguido conciliar el sueño durante la noche y todavía dormitaba. Y ella, nerviosa, abría una y otra vez la puerta, esperando ver la atractiva silueta del joven avanzando por el sendero. Pero nada. Tal vez Owen se había cansado de sus juegos; tal vez había conocido a una muchacha lozana y virgen... «¡Maldito seas, mocosos!», suspiró mientras se sentaba al lado del druida, muerta de celos. Un par de golpecitos en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Saltó de un respingo. Se había aprendido de memoria el sonido de los nudillos del muchacho.

\* \* \*

—¡Owen!

Nada más abrir el portón su sonrisa se tornó en terror. El muchacho, encorvado sobre el abdomen y los ojos medio cerrados, la miraba sin conseguir articular palabra pese a sus evidentes esfuerzos. De su boca manaba sangre a borbotones. Aquellos labios ya habían pronunciado sus últimas sílabas. Le tendió el brazo derecho, con el que se había estado sujetando el vientre, y fue entonces cuando Nunn vio que tenía clavada una daga. Owen abrió lentamente y con gran esfuerzo el puño, y mostró la palma, sucia y ensangrentada. ¡Dos monedas! Nunn no llegó a recogerlas de la mano del muchacho, quien, tras cerrar para siempre los ojos, se derrumbó ante ella con estrépito. Una de las monedas rodó hacia el interior de la cabaña; la otra quedó

atrapada entre dos de las plantas que Nunn cultivaba en macetas de arcilla. Nunn temblaba. Su mano se convulsionaba, pero, tras dudar, recogió la moneda. Se sentía mareada. No quiso volver a mirar el cuerpo de Owen. Entró de nuevo en la choza sin cerrar ni preocuparse por el cadáver que quedaba a sus espaldas.

\* \* \*

Aldahir Roble Gris, de pie ante el lecho, clavaba sus ojos en la segunda moneda. Nunn sentía que el corazón se le salía del pecho.

—Nunn, tienes la otra, ¿verdad?

\* \* \*

Una mujer se agazapaba tras un carro de arrastre para bueyes. Sin llamar la atención, no perdía detalle de lo que pasaba a su alrededor: varios lugareños retiraban el cuerpo de un guerrero asesinado. Uno de ellos hizo el gesto de entrar en la choza, pero, o se asustó o cambió de idea, pues se dio la vuelta, meneando la cabeza mientras se alejaba a grandes zancadas. Por fortuna, en dirección opuesta a donde ella estaba. Pese a lo sucedido, no quedó nadie de guardia frente a la cabaña. La mujer sintió un ruido a su espalda, pero no se alteró. Sabría reconocer al galo hasta en el fondo del mar.

—Lo has hecho bien, Meriasek.

## TEAMHAIR NA RÍ

Las lanzas y los remates plateados de los escudos brillaban bajo el sol, haciendo gala al rey de Erin. Angus Hal, ataviado con sus ropas de batalla, acababa de montar sobre un caballo bayo, ayudado por uno de sus guardaespaldas. Su figura imponía, Kendrah tenía que reconocerlo.

En formación y en completo silencio, cuatro millares de guerreros de Teamhair na Rí dejaban un pasillo central ante Hal; los colores propios de cada clan ondeaban en las picas a modo de estandartes bajo un viento intenso. Amenazaba lluvia.

—iMooonten! —bramó uno de los capitanes de la guardia real.

Un tambor comenzó a acompañar el paso del caballo del rey, que movía la cabeza con una grada especial, como si le gustase el sonido de tambor. Tanto la caballería, ya montada, como la infantería, aguardaron pacientemente hasta que recorrió el largo pasillo. Entonces, como siempre, Angus Hal se colocó el primero al frente de sus tropas. A un gesto suyo, Kendrah montó y se colocó a su lado.

—Buena mañana para partir a la guerra, ¿no te parece?

—Lo que creo es que eres un maldito exhibicionista, y aún no sabes si habrá guerra o no. Sólo te pedí que convocases un consejo, no que alzases el pendón de tu ejército.

—Jajaja... —sonó la risotada de Angus—. Tienes agallas, Kendrah. No me hace falta escuchar al consejo de las Tres Islas para saber lo que decidirán. Lo entenderás cuando, además de tener valor, tengas también experiencia. Ahora, déjame. Ocupa tu lugar al final de la columna, alguien podría

molestarse si un norteño cabalga al frente —bromeó de nuevo.

El de Brú na Bóinne tiró de las riendas y buscó un lugar justo por delante de la infantería, mientras recibía con resignación abucheos e insultos. Había sido advertido de los planes del rey poco después de la marcha de Eileen, cuando aún rumiaba su frustración. Angus Hal había tomado la decisión sin esperar al alba, aun incumpliendo la palabra dada cuando le transmitió el mensaje y la petición de Roble Gris. Probablemente tenía razón y el viaje que comenzaban desencadenaría en una guerra; si fuera cierto, Kendrah necesitaba pensar con rapidez cómo defender los intereses de su clan. Era consciente de que un momento de confusión podía provocar una catástrofe, y no estaba dispuesto a dejarse arrastrar por el huracán de Angus Hal aunque fuese el único forastero en su columna. Estaba solo y rodeado por cuatro mil lobos hambrientos, pero debía avisar a los suyos. Roble Gris necesitaba saber lo que sucedía, tenía que saber si las tropas habían partido hacia Brú na Bóinne. Si Angus Hal recogía a Aldahir sobre la marcha, el druida no tendría margen de maniobra. Eso era exactamente lo que pretendía el rey... ¿Cómo podía él impedirlo?

—Pareces incómodo, norteño. —La voz se le antojó extraña. El jinete que cabalgaba por delante se había girado levemente hacia él. Iba encapuchado—. Acompáñame.

Kendrah dudó por un momento, pero le pudo la curiosidad. Una vez alcanzaron la frondosidad del arbolado y se hallaron fuera de las miradas de los guerreros, el jinete se volvió hacia Kendrah con rapidez. Este intentó desenvainar el puñal.

Demasiado tarde. Sin tiempo de reaccionar, cayó al suelo. Sintió un agudo dolor en las costillas y, antes de que pudiese intentar cualquier movimiento, la punta fría de una falcata enfilaba su garganta.

—No recordaba que fuese tan fácil desmontarte.

Kendrah entonces sí reconoció la voz, pero la falcata no le dejaba hablar.

—No te muevas, te juro que no te arrepentirás. Cierra los ojos —le ordenó Eileen. Él obedeció.

Sintió liberada su garganta, pero la hoja del arma empezó a recorrer su cuerpo, primero brazos y piernas, luego el pecho, más lentamente y sin pausa. Al final sintió la presión en el pantalón de piel, justo sobre su pene.

—Eil...

—¡Calla! Nadie te ha dicho que pudieras hablar. —Eileen le propinó una tremenda bofetada y lo obligó a colocarse el antebrazo sobre los ojos.

Algo suave le rodeó las muñecas. Ella apretó con fuerza hasta que lo dejó maniatado. No podía mover los brazos. Estaba a su merced.

Tras una leve caricia en los párpados, algo le cubrió la cabeza. Un saco, tal vez. Entonces sí abrió los ojos, pero sólo vio oscuridad. Notó frío. Lo estaba desnudando. Sus uñas le recorrían el pecho, y de repente, sin mediar palabra, se las clavó con fuerza como si fuese una fiera. Kendrah consiguió no gritar. Una lengua caliente recorría las heridas que habían causado las uñas. Olvidó el dolor inicial. Al poco, la lengua atrajo a los dientes, que cercaron su cuello indefenso, al principio con mordiscos cortos y delicados, luego más intensos. Eileen jugueteaba con Kendrah, que cada vez más excitado empezaba a tener problemas para respirar bajo el saco. Intentaba inútilmente zafarse de las ataduras. Eileen se subió a horcajadas sobre él. La buscaba, pero ella se movía como una serpiente evitando que la penetrase. Ella volvió a usar los dientes y le atrapó el labio inferior susurrándole:

—Te gusta, ¿verdad? —Lo mordió sin avisar, arrancando un hilillo de sangre que Kendrah saboreó con tanta sorpresa

como placer. Con fiereza, Eileen le sujetó entonces la garganta con la mano izquierda e introdujo su miembro con la diestra en su interior. El hombre la dejó hacer. Ella se movía consciente de su poder; le permitía varias penetraciones, ahora suaves, ahora más violentas y de pronto lo dejaba libre. Cuando lo notaba más alterado le daba un respiro y cambiaba de nuevo el ritmo. Él, a punto de volverse loco de placer, embriagado por una mezcla de sumisión y rebeldía, anhelaba ya un mínimo de libertad. Cuando el jadeo de Kendrah alcanzaba un punto irreversible, la mujer le retiró el saco, buscó el miembro y recogió la cosecha entre sus senos. El hombre se sintió liberado. El canto de los pájaros del bosque y el alboroto del ejército, que se alejaba rápidamente, se interpusieron a los latidos y caricias. Unas gotas heladas de lluvia comenzaron a caer contra sus cuerpos. Hacía frío, pero no se movieron. Las nubes, poco respetuosas con los amantes, aumentaron su descarga.

—Vístete, Kendrah. De poco servirás al rey si enfermas de pulmonía.

—¿Y con qué quieres que lo haga? —rio el norteño—. Tu falcata no ha tenido piedad. —Señaló a un lado, a la ropa hecha trizas.

—Nunca confiaste en mi buen sentido de la organización. Ahí tienes ropa nueva, te irá bien de talla, y cuando lleguemos a Brú na Bóinne podrás buscar entre tus cosas.

—Eileen, deberíamos hablar, ¿no te parece?

—¿De qué, Kendrah? ¿De qué quieres que hablemos?

—Podrías contarme qué haces aquí, o por qué abandonas a tu esposo. ¿Lo haces por mí?

—Sigues siendo un presuntuoso. No lo abandono, y menos por ti. Las mujeres de Teamhair na Rí combatimos, ¿lo recuerdas? Tal vez las muchachitas con las que te

acuestas ahora te hayan hecho olvidar lo que es una guerrera sureña.

—No es eso...

—Y lo de mi esposo... —le interrumpió—, no es exactamente mi esposo, pero lloré toda la noche por el arrepentimiento. Hoy ya no lo haré.

—¿Quién es, Eileen? ¿De qué hablas?

—Angus Hal. —Kendrah, petrificado en una postura estúpida, se quedó estupefacto—. El rey es mi amante, y sí, ya sé que somos primos. Adiós, Kendrah, luego nos vemos.

## XIII

### Sombras

#### AL NORTE DE TEAMHAIR NA RÍ

**L**os oficiales del rey apremiaban a la infantería, que a duras penas aguantaba el ritmo que habían impuesto los jinetes. Angus Hal estaba impaciente por llegar a Brú na Bóinne. Su fama de buen estratega le precedía y su mente maquinaba sin descanso. Confiaba en que el Consejo de las Tres Islas, que con toda seguridad se celebraría en Ellan Mannin, le daría plenos poderes. La seria misiva de Roble Gris anunciaba gravedad y problemas. En el anterior viaje a la isla de la Orilla del Agua, y habían caído muchos inviernos desde entonces, el rey de Erin había jurado que sólo volvería si lo hacía para reclamar un trono que unificase a todas las naciones celtas. No contó con posible competencia, pero allí conoció a Irvyn de Kernow, al que llamaban El Blanco, señor de Albion y Cathoir Gall, con vastas posesiones en Cymru y las Tierras Altas de Alba. Irvyn se vio fascinado con la idea de unificar los reinos, y si podía extenderlo a Bertaèyn y a las tierras del fin del mundo, mejor que mejor..., pero, claro, con él mismo al timón, y prescindiendo de Hal. Para la gente de El Blanco, Erin era sólo un jardín verde y grande en el que

reclutar aliados cuando algún clan se rebelaba, o un buen lugar para combatir si se aburrían por falta de enemigos de renombre.

Los bardos aún cantaban las discusiones y amenazas entre Angus Hal y El Blanco. Rara era una Lugnasad o fiesta de Beltaine en la que no se narrase como toda una hazaña la pelea a puñetazo limpio en la que ambos nobles se habían enzarzado en Ellan Mannin. Eso sí, el maestro bardo cambiaba bastante las tornas según perteneciese a uno u otro clan, por lo que la identidad del vencedor navegaba de una orilla hacia la contraria con cierta facilidad. Sin embargo, los bardos sí se hubiesen puesto de acuerdo en lo poco honorable de la contienda. Ambos estaban borrachos hasta el tuétano, y lo único épico que hicieron fue aguantar media jornada dándose golpes y cayendo continuamente al suelo embarrado. Mientras uno se levantaba jaleado por sus partidarios, quienes, igual de borrachos, habían cruzado apuestas, el otro cantaba y se bebía otra jarra de hidromiel o cerveza. Cortes en la cara, alguna que otra costilla hecha polvo y varias piezas de menos en sus dentaduras. Nada más. Pero de ahí se habían llevado el orgullo dañado y el juramento de que la siguiente sería a muerte, y al menos Angus Hal no pensaba faltar a su palabra. Si lo hacía Irvyn, allá él cuando fuese llamado a la Tierra de los Muertos. Precisamente por ello, Angus pedía a los dioses una oportunidad para ayudar a El Blanco a traspasar el umbral.

El rey de Erin era plenamente consciente de que Roble Gris no se arriesgaría a convocar un consejo sin que algo muy grave se estuviese fraguando, pero en realidad no lo estaba convocando él, sino que había solicitado a un noble que lo hiciese, lo que inclinaba la balanza ante los ojos de todos. Fuese lo que fuese lo que había hecho Irvyn, el Consejo de las Tres Islas iba a darle la espalda de la mano de su Gran Guía. Plato de buen gusto para Hal. Su oportunidad de reinar sobre todas las naciones había llegado. El Blanco

jamás sospecharía que Erin pudiese invadir Kernow. Y Erin se lo haría pagar muy caro.

\* \* \*

El caballo de Kendrah trotaba tras el ejército guiado únicamente por su instinto animal. La mente del guerrero se debatía en un océano de dudas. Se había saltado las comidas y no conseguía conciliar el sueño. Los soldados que tras salir de Teamhair na Rí se reían o lo insultaban no encontraban ahora en su rostro ni miradas ni gestos, sólo un semblante serio que delataba su ausencia. Nadie se atrevía a importunarlo. El encuentro con Eileen había apuñalado su interior. Seguía pellizcándose y mordiéndose los puños para asegurarse de que no había sido un sueño ni el resultado de la magia negra de una hechicera. No comprendía, no la entendía. Su antigua amante, que ahora lo era de Angus Hal, al que además le unían lazos de sangre, acompañaba a la tropa. Todos podían ver cómo se acercaba al rey con asiduidad para regalarle una caricia o un beso. Las mismas manos y los mismos labios que lo habían seducido y amado a él, se divertían ahora con el rey. Eileen lo provocaba. Y él la odiaba.

Aparte de confuso, se sentía estúpido. Malditos sureños. El mismo había visto a Angus yaciendo con otra mujer. Y él mismo, que tenía esposa, aceptaba una aventura con cualquier mujer que le guiñase un ojo; no era quién para juzgarlos. Aun así, nervioso, perdido y débil, le dolía. Echaba de menos su piel, su cuerpo, y también la pasión desenfrenada y hasta salvaje con la que lo había poseído. Todavía le escocían las muñecas allí donde había apretado las ataduras. Quería volver a verla, pero divagaba sobre la posibilidad de que Eileen lo hubiera preparado todo para

humillarlo; para reírse de su antiguo amor en la cara y de la forma más cruel.

Alzó la vista y miró en derredor. Cabalgaban hacia su hogar. Kendrah cerró el puño derecho hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos. Debía mantener la calma y cumplir con su obligación. Sus emociones le podían hacer caer a un pozo en el que no sólo él sucumbiría ahogado. Tenía que advertir a Aldahir y a todo Brú na Bóinne de lo que se avecinaba. El ejército real no era el enemigo, pero sí el inicio de una serie de problemas que podía arrastrar a su gente. O a la victoria o al abismo. Y ni siquiera se lo imaginaban, nadie sospechaba nada de lo que tenían ya tan sólo a media jornada de camino. Cambiarían sus vidas para siempre.

Oro. Esa era la solución, como siempre. Esperó su momento, estudió a sus compañeros de viaje y encontró lo que buscaba. La paloma ya emprendía el vuelo y velozmente llegaría al corazón de Brú na Bóinne mucho antes que el ejército. Había logrado evitar sospechas retirándose unos minutos con la excusa de dar un respiro a sus necesidades. Kendrah, ya centrado y despierto, estudiaba cuanto le rodeaba. Nadie parecía echar de menos a su compañero.

\* \* \*

El jinete, un soldado muy joven y con aspecto desgarrado, acariciaba la bolsa. Lo que el extranjero le había entregado bien le pagaría ropas nuevas y armas, y evitaría nuevas chanzas de los miembros de su compañía. No estaba traicionando a los suyos. No buscaban problemas en Brú na Bóinne; su única misión era informar a aquel maldito hechicero de la intención de Angus Hal de embarcar a sus levadas más al norte de lo que pudiese sospechar su enemigo.

Subirían en cualquier madero que pudiese navegar hacia Kernow, lejos de los espías que sin duda Irvyn El Blanco tenía comprados en todos los puertos próximos a Ahaglaslim, el mayor enclave costero del sur, desde donde podrían poner sobre aviso a su señor en Carn Euny y propiciar así que éste organizase la defensa de la costa de la segunda de las grandes islas.

Allí, sobre las tierras en las que sus antepasados habían vertido su sangre, el mensajero enviado por Kendrah podría ganarse la gloria y burlar a la muerte. Y, si los dioses lo traían de vuelta al verde de Erin, el oro de su bolsa le financiaría una buena juerga. Sonreía al pensarlo.

## BRÚ NA BÓINNE

**M**ientras Meriasek dormía, Wen acechaba entre dos troncos. El galo había perforado un orificio en la madera, y a través de él lograban ver sin ser vistos ni llamar la atención. Se turnaban para vigilar la cabaña de Aldahir. Ahora Wen tenía la vista fija en su objetivo, nada ni nadie que entrase o saliese por la puerta del druida se le escaparía. El galo roncaba; jamás había conocido a un hombre que roncase como él. Resoplaba como un dragón y su aliento desprendía a menudo aromas poco agradables. Si no lo hubiese visto sangrar más de una vez, creería que la cerveza y el vino corrían por sus venas.

Habían viajado desde Sliab Mis envueltos en un silencio funerario. Meriasek no olvidaba los latigazos y, más que las heridas abiertas, le dolía su orgullo humillado. La pelirroja lo conocía bien y sabía que jamás la perdonaría, pero también ponía la mano en el fuego porque no se atrevería a desobedecer sus órdenes. Y, menos aún, a intentar vengarse

cuando le diese la espalda. No era tan distinto de Oisin, al que echaba de menos como siempre que partía de la montaña sagrada. Con la diferencia de que el primero era también su amigo y Meriasek solamente un perro. El destino del galo ya estaba escrito, y Wen era su dueña y juez del momento y el lugar en el que trazaría el punto y final. Pero ahora tenía asuntos más urgentes.

—Meriasek, despierta.

\* \* \*

Nunn invitó a pasar al guerrero sureño. Parecía inofensivo y no era más que un crío. De alguna forma le recordó a Owen, a quien lloraba a escondidas por las noches. Entró desarmado y se puso a hablar con Roble Gris. Nunn los observaba por el rabillo del ojo mientras preparaba caldo. Aldahir mejoraba poco a poco, pero a fuerza de drogas y más drogas que a buen seguro acabarían dañando más aún su salud. Lo habían hablado, pero en vano. Para él las naciones celtas, el Consejo de las Tres Islas y hasta los dioses se anteponian a su integridad física. Asumía los riesgos que tomaba, igual que lo había hecho en el túmulo sacro de Brú na Bóinne. ¡El honor, el maldito y estúpido honor de Roble Gris! Parecía resignado a utilizar las monedas de Owen para pagar a los guardianes del más allá. Estaba llamando a la muerte, pero no la temía. Caminaba hacia ella con la cabeza bien alta y siendo perfectamente consciente de que no hacía sino acelerar el final. Se lo había explicado a su amante y amiga con frialdad y todo lujo de detalles; cada vez necesitaría más cantidad y con menor tiempo entre toma y toma. Nunn había chillado, llorado, le había pegado hasta perder las fuerzas, pero al final tuvo que rendirse a la evidencia. Sólo él, el gran mago de Alba, era capaz de

impedir una guerra que ya amenazaba con el toque de carga de los cuernos de batalla. Eso parecía anunciar aquel soldado del rey. Aldahir estaba firmemente convencido de su papel, y ella accedió al fin a ser cómplice de su sacrificio. O de su suicidio. «Te necesito, Nunn, te necesito», le había repetido una y otra vez. Y ella accedió. Desde entonces lo auxiliaba preparando una gran cantidad de dosis, que habrían de bastarle para llegar a Ellan Mannin y regresar a la aldea. Eso si no erraba en sus cálculos; por primera vez desde que lo conocía, Aldahir no estaba seguro. No sabía cómo prever qué espacio de tiempo transcurriría hasta la siguiente toma, ni tampoco qué síntomas se agravarían, y no tenía fuerzas como para someterse a otro trance alucinatorio que le mostrase los secretos de su futuro con una nueva adivinación. Nunn seguía llenando frasquitos con la fórmula, pero ya no tenía más. No encontraba más malditos frascos por ninguna parte, ni a quien pudiese fabricarlos en tan poco tiempo. Bastarían, su corazón le decía que bastarían.

\* \* \*

—Ve a por él, Meriasek —ordenó Wen cuando vio salir al sureño—. Espera. Mejor déjame a mí. Vigila, y acude en mi ayuda si ves que tengo problemas. ¿De acuerdo?

—Pero, Wen...

—¡Te he preguntado que si estabas de acuerdo! No te atrevas a discutir mis órdenes. Juegas con fuego, galo. Si agotas mi paciencia te mato, ¿me has entendido ahora?

Meriasek bajó la cabeza.

—Así me gusta. Espera aquí y procura no hacer ruido. No quiero ahuyentar a mi presa.

\* \* \*

El sureño canturreaba. Su misión había concluido y podía regresar con el ejército. Nadie se habría percatado de su ausencia y se incorporaría a la columna como si nunca la hubiese abandonado. A cambio, el viejo le había llenado más la bolsa. Se sentía el hombre más afortunado del mundo. Se sorprendió al ver que la cuerda con la que había atado a su yegua a un castaño se había soltado.

—Buena chica, bonita... —Acarició el lomo del animal y entonces se dio cuenta de que la cuerda había sido cortada.

—¿Buscas esto? —Wen le mostraba la daga con la que la había cortado—. Ni lo intentes, no lo conseguirías —lo amenazó al ver que el muchacho buscaba su espada.

—¿Qué quieres?

—Escucha, muchacho, yo haré las preguntas. ¿Hablarás?

—¡Mi señora, por Ogmios... ! —Un primer tajo de la daga lo hirió en la cara.

«Muy apropiado. El dios de la elocuencia. Le hará falta para cantar como un mirlo», pensó la pelirroja. «Ni el mismísimo Ogmios será capaz de salvarlo cuando acabe con él.»

## XIV

### El hombre que posee las claves

#### BRIGANTIA. A LOS PIES DE LA TORRE DE BREOGHAN

Cuando lo tuvo cerca aún la impresionó más. Se había acercado con toda parsimonia; sin prisas y con los brazos todavía cruzados tras la espalda, como si nada pudiese alterarlo. Ciertamente, imponía.

—¿Cómo estás, viejo amigo?

—Vengo a tu casa y no traigo buenas noticias. —Crevan presuponía que ya estaba al corriente de la muerte de su pupila, nada que ocurriese en la comarca se le escapaba..., y precisamente no habían pasado desapercibidos trasportando el cadáver de Aisling.

Los ojos color ámbar de la montañesa lo miraban fijamente. Era joven, poco mayor que ella, aunque siempre había imaginado que fuera un anciano. Alto, apuesto, de ojos azules penetrantes y cabello rubio muy corto, algo no demasiado común entre los galaicos, siempre orgullosos de sus largas melenas. Su barba, en la que ya asomaba alguna que otra cana, también lucía recortada. Cuidaba su imagen,

era evidente. Llamó también su atención que portase espada; los druidas no solían llevar armas, o al menos no las mostraban, pero Kalen la llevaba colgada del cinturón de piel que ceñía su túnica de color claro.

—Bienvenida, Elvia. No te preocupes por esto —le dijo mientras posaba una mano sobre la empuñadura de la espada—. Si supieses cuántos hombres quieren matarme, lo entenderías.

—Gracias, Kalen. —A punto estuvo de balbucear como una mocosa al oír su voz dulzona—. Me hubiese gustado conocerte en otras circunstancias... —«Debo parecer estúpida», pensó Elvia al acabar la frase.

—Aisling estuvo en Brigantia hace varias lunas, y entonces me confesó que la acechaba la muerte. No se equivocó. —Se mantuvo impertérrito, pese a que los que se hallaban a su alrededor lo miraron asombrado—. Pero ella, siempre sabia y siempre leal, te ha enviado a ti, hija de Tautinkom. ¿Traes contigo aquello que le costó la vida a mi niña?

Elvia no sabía qué pensar ni qué decir. Pasó del asombro al desconcierto. Aisling esperaba su muerte. La había enviado a ella... ¡Por los dioses, si no la conocía! Sólo había rescatado su cadáver. Por supuesto Kalen sabía de la existencia del torques de Miled, y que ella lo había recuperado, pensó. Buscó fuerzas para mover los labios.

—Lo traigo.

—Como ha de ser —asintió el otro, complacido—. Amigo Crevan, has cumplido con tu obligación y con mi encargo; te lo agradezco, pero más será la gratitud con la que te honrará la historia.

Ojo Derecho inclinó la cabeza. La montañesa le preguntaba con la mirada, pero él ya no podía ofrecerle las respuestas que necesitaba. Kalen se encargaría de

despejarlas. A su debido tiempo.

—Y ahora, discúlpanos. Elvia y yo debemos hablar de nuestro futuro. Te haré llamar.

Sin más explicación, Kalen de Brigantia pasó entre ambos con gesto serio y se alejó con ligereza, dando la espalda a la torre. Crevan la apremió para que lo siguiese, y Elvia casi tuvo que echar a correr para alcanzarlo. Prefirió marchar por detrás de él, que caminaba de nuevo con las manos cruzadas en la espalda; en ningún momento se volvió para asegurarse de que lo seguía. Sabía que ya pisaba sus huellas.

Ella mantenía el paso mientras se interrogaba a sí misma. Dudaba si no estarían todos locos, si realmente aquel hombre era el que poseía las claves o si, por el contrario, era el señor de los enigmas. Tal vez se equivocaron con semejante título, ya de por sí pretencioso.

\* \* \*

—Habrás de venir conmigo, Elvia. Has oído hablar de Erin, ¿verdad? Sé que a estas alturas crees que estoy perturbado, y no te culpo; yo lo pensaría en tu lugar.

Sus primeras palabras resonaron en los oídos de Elvia tras dar vueltas y vueltas por cada rincón de Brigantia. ¿Erin? ¿Habrían llegado ya a la Isla Esmeralda gracias a algún extraño conjuro? Elvia no sabía si llorar o reír, pero las piernas le temblaban como el tallo de un junco a merced del viento.

Tras una nueva procesión silenciosa llegaron a la choza del druida. La montañesa se sentía vigilada permanentemente por los ojos azulados y misteriosos de Kalen. No sólo la observaba; la examinaba, analizaba cada

uno de sus movimientos. De repente, Kalen se dio media vuelta y traspasó las cortinas de piel que estaban clavadas desde las vigas. Era una cabaña muy pequeña, apenas un par de bancos en torno al hogar y un camastro entre el hueco que dejaban las pieles. Ni mesa, ni pociones mágicas, ni siquiera un lugar para cocinar. Era evidente que el druida sólo utilizaba el lugar para el descanso. No era el hogar que hubiese imaginado para un líder, para el hechicero que gobernaba la ciudad más grande que había conocido la historia de los galaicos. «Pues si la gobierna desde aquí...», pensó Elvia. Sí había diferentes armas: espadas, el arco con su correspondiente carcaj, un par de jabalinas de combate. Un druida guerrero. No pudo evitar echar una ojeada por la abertura. Estaba desnudo.

Suspiró para sus adentros. Era un hombre corpulento, pero no lucía unos músculos exagerados. Un buen trasero, eso sí, y bien dotado. No había dejado de mirarlo cuando salió de nuevo, ataviado ya con una camisola abierta por el pecho y un pantalón confeccionado en una extraña tela tintada con cuadros azules y blancos.

—¿Nos sentamos? —preguntó, ofreciendo a su invitada una banqueta tallada en una sola pieza. Removió las brasas con un barrote para avivar el fuego—. ¿Te apetece beber vino?

—No tengo sed.

—Mejor, tendría que enviar a alguien a buscarlo, a mí no me gusta demasiado. Sentí la pérdida de tu padre, ¿lo echas de menos?

—Gracias, lo he superado. Tautinkom te apreciaba, aunque he de reconocer que no me habló muchas veces de ti.

—Mejor así.

«¿Qué querrá decir?», pensó Elvia.

—¿Los traes, verdad? Sé que los llevas contigo.

No sólo esperaba el torques de Miled... Sabía que había arrebatado a Tarkum la pieza de los cáporos. Ojo Derecho no le habría enviado mensaje alguno a menos que fuese capaz de convertir a su halcón en paloma mensajera. Elvia recogió el bolsón que antes había dejado en el suelo y se lo entregó al druida. Este, con los ojos cerrados, metió el brazo y, tras unos segundos eternos, extrajo ambas joyas. Las posó sobre sus rodillas con cuidado.

—La historia viva de nuestros antepasados..., de los grandes reyes. Su herencia.

La voz de Kalen no fue más que un susurro y la montañesa se dio cuenta de que aquél del que contaban que era casi un dios se había emocionado. Flaqueaba. Al menos aquello había apartado el azul infinito de su mirada de ella. Ya más tranquila, se fijó en sus manos. Las tenía menudas, no mucho más grandes que las suyas; los dedos delgados acariciaban una y otra vez las joyas, como si quisiese pulirlas o darles brillo.

—¿Sabes lo que contienen? —Kalen la miró. Ella le devolvió un gesto de sorpresa—. No sabes lo que se esconde aquí... En su interior... No tienes ni idea, ¿verdad?

Elvia negó con un gesto, pero no encontró coraje para responder.

—Por los dioses, ¿a quién me envía Ojo Derecho? —El druida percibió la perplejidad de la montañesa.

—Lo siento, he sido injusto con mis palabras. Los designios te han situado en el centro de un huracán, y tú no eres la culpable, sino una víctima. Una pieza más en el tablero. —Calló un instante—. He de serte sincero y al tiempo me veo obligado a pedirte un sacrificio. Y, mirándote ahora a los ojos, sé que también seré injusto...

—Habla sin rodeos, Kalen. ¿Qué necesitas de mí? —se

atrevió a decir Elvia, viendo que algo lo atormentaba y lo hacía dudar.

—Voy a enviarte a un lugar en el que verás dolor y sufrimiento, un lugar en el que las guadañas de la guerra pasarán a un palmo de tu cuello. Si vas, no podrás volver, no podrás huir. —Kalen volvió a guardar silencio y la miró fijamente. Elvia notó un escalofrío—. Voy a enviarte en busca de tu muerte.

## XV

### Tortura

#### BRÚ NA BÓINNE

**E**l sureño tenía miedo. Sus ojos suplicaban clemencia y su mente parecía luchar contra su corazón.

—Habla, soldado, y tu sufrimiento habrá terminado.

La mujer pelirroja le susurraba al oído. Con dulzura, pausadamente, como si fuese su amante y no quien lo estaba torturando. Sentía dolor, y aun así su voz le parecía dulce. Serena y sensual. Le habían atado las muñecas a los tobillos, y en tal posición permanecía de rodillas ante Wen. Y ante su daga.

—Nooo... Noo, no... —suplicaba el joven guerrero. Con cada corte, Meriasek le encajaba un palo entre los dientes para que no pudiese gritar. No convenía que los lugareños sospechasen que había alguien a tan sólo tres cabañas de la de Roble Gris. El muchacho mordía el palo con tanta fuerza, que le sangraban los labios y encías y ya le habían saltado varias piezas de la dentadura. Wen sabía muy bien dónde herirlo para controlar su dolor. Los antebrazos, la cara, el cuello, los gemelos... Sentía las punzadas del filo de la daga

por todo su cuerpo. El sureño se estremecía, temblaba entre lágrimas.

—Dime lo que quiero saber, muchacho. Lo harás, ¿verdad? Cuéntamelo todo y esto terminará, te doy mi palabra. —Wen calló entonces. Él asintió con rápidos gestos de cabeza, aún con el trozo de madera entre dientes.

—Dale un sorbo de agua de tu pellejo, Meriasek. —El galo obedeció mientras la pelirroja se sentaba delante del joven en un cepo de cortar leña. Wen cortó un jirón de tela de la manga de su propia camisa y clavó el puñal con fuerza en el cepo, justo entre sus piernas. Se giró hasta quedarse justo frente al guerrero y fijó en él sus ojos azules. El joven se estremeció. Notó un escalofrío cuando ella lo sorprendió limpiándole la sangre del rostro con calma, casi con dulzura.

—Habla.

—Me envía Kendrah de Brú na Bóinne. Marchamos con el ejército del rey desde hace dos jornadas. Estarán a punto de llegar, quizá mañana... —El sureño no podía apartar la mirada del pellejo de agua que tenía Meriasek. El galo, consciente de ello, bebía constantemente, dejando que el agua chorrease por su pechera.

—¿Y a qué vienen? ¿Lo sabes?

—A reco..., a recoger al druida, los esperan en... en Ellan Mannin. —Le costó acabar la frase, pues el dolor le atenazaba la garganta.

¡Ellan Mannin! Eso sólo podía significar... Elvia pensaba con rapidez.

—¿Han convocado al Gran Consejo, verdad?

—Lo desconozco, te lo juro... No sé a qué vamos allí... ¡Te lo juro! —repitió, agachando la cabeza.

¿Qué tramaban Angus Hal y Roble Gris? Wen se sentía desconcertada. Se exprimía la mente una y otra vez

buscando explicaciones y respuestas. Bien sabía que no las encontraría y, si algo odiaba además de a su hermana y a su padre, era sentirse perdida. Eso, en realidad, la enfurecía. Muchísimo. Y su furia la pagaría alguien.

Meriasek sonreía mientras miraba al joven arrodillado. Wen arrancó la daga del madero y se levantó de forma violenta, impulsiva. El cepo que hasta entonces le servía de silla rodó por el suelo. El imberbe soldado cerró los ojos, pero levantó la cabeza, intentando vencer el pánico y mostrar una dignidad que estaba muy lejos de sentir. Entonces notó que unos dedos fríos se posaban sobre su nuca. La presión del pinchazo se apoderó de su sien. Wen era consciente de que un último movimiento preciso de su mano atravesaría el cráneo con un leve crujir de huesos. No era la primera vez.

## A MEDIA JORNADA DE DISTANCIA

**K**endrah estaba cada vez más nervioso. Su emisario había quedado en darle el parte a su regreso, antes del reinado de la luna. Algo no iba bien.

Las levas del rey se habían detenido para pasar la noche, dejando el último tramo hasta Brú na Bóinne para la mañana siguiente. Docenas de hogueras inundaban la oscuridad del bosque, mientras la infantería buscaba el mejor sitio para echar una cabezada y los jinetes se ocupaban de los caballos. Para un guerrero celta su montura era casi un hermano, un compañero con el que acudir en busca de la muerte sin siquiera pensarlo. Los cepillaban del polvo del camino, secaban su sudor y les procuraban algo de comida antes de buscarla para sí mismos. En lugar privilegiado del improvisado campamento, se habían dispuesto un par de tiendas de piel curtida para alojar a Angus Hal, y otra media

docena para sus lugartenientes y comandantes.

Kendrah se recostó al raso lo más cerca que pudo. Hacía frío y se cubrió con el mantón de lana de oveja que siempre llevaba entre sus pertrechos. «Maldito chiquillo... Como se haya perdido le arrancaré la piel a tiras», pensó. Todo cuanto veía a su alrededor, el silencio casi sagrado del campamento, sólo quebrado por el relinchar de los animales y el ronquido de los soldados, el ir y venir de los centinelas, el *nerviosismo* de los novatos... todo le resultaba familiar. Pero la inquietud no le dejaría pegar ojo, de eso estaba bien seguro. Repasaba mentalmente cada uno de los accesos a Brú na Bóinne, los conocía como la palma de su mano. Ni un risco escarpado o alimañas salvajes, ni un vado profundo en el río, ni siquiera sería capaz de confundirse de camino en la oscuridad. Pensó si Aldahir lo habría hecho esperar para acompañarlo hasta el campamento regio. No era probable. Roble Gris pretendería primero que Angus Hal acudiese en su busca, que detuviese la marcha ante su casa para reclamar ayuda. Entonces no tendría importancia que fuese el propio druida quien hubiera dado el aviso previo. El rey se vería obligado a humillarse ante él, a reconocer su autoridad. Y aquél era un dulce demasiado goloso. Podía haber retenido al muchacho hasta la llegada del ejército, pero descartó esa idea, pues así le delataría a él en cuanto pisasen la aldea. «Por los dioses», *rezongó* para sí, «tengo que templar mis nervios». Tenía que estar a la altura de un jefe de clan de su alcurnia. Y por los dioses que lo estaría.

Miró hacia la tienda. Reflejadas por la luz de las antorchas, varias sombras jugueteaban en el interior. Al principio cuatro o cinco, luego sólo dos. Una era sin duda la silueta de Hal, la segunda la de una mujer. Se fueron acercando y no tardaron en fundirse en una. Kendrah se dio cuenta de que docenas de ojos estaban clavados en las sombras. Hasta los miembros de la guardia se volvían hacia la tienda en lugar de mantener la vista al frente. No era difícil

imaginar lo que iba a ocurrir. Se distinguían perfectamente las manos del gran hombre recorriendo el cuerpo de la mujer. Se oyó algún que otro silbido. «¡Eileen!», el grito se le escapó. Tenía que ser Eileen quien se acostaba con su primo el rey. La lascivia de aquella mujer lo sacaba de sus casillas. Apretó los puños y continuó con la mirada fija en la escena iluminada por las teas.

De repente, Kendrah oyó un ruido sordo a su espalda. Intentó alargar el brazo para alcanzar su espada. Tarde, pero sí pudo zafarse del cuerpo que se le venía encima.

## BRÚ NA BÓINNE

**L**a puerta cedió sin oponer resistencia, y el desconocido irrumpió como un huracán en la choza. Aldahir Roble Gris dormitaba; los dolores volvían a incrementarse y había doblado la ingesta de droga. A su lado, Nunn sí dormía profundamente. Sin embargo, el crujir de las tablas la hizo despertarse alarmada. La hoja de una espada apuntaba directamente al pecho del druida. El hombre que la blandía lo miraba con la muerte retratada en su rostro turbio y fantasmal.

—No te muevas, viejo...

Pero fue Nunn la que se movió.

Todavía aletargada y desnuda, se levantó del jergón como un relámpago y, agarrando el cayado del druida, se abalanzó hacia el hombre. No llegó a rozarlo. Una mujer, que hasta entonces había pasado inadvertida, se hallaba plantada donde antes estuvo la puerta. Un rápido movimiento de mano, y antes de que nadie pudiese parpadear, un objeto silbante atravesó la estancia. El impacto fue feroz. La falcata

de Wen se hundió en el vientre de la norteña, cuyo cuerpo cayó a varios pasos de distancia.

Aldahir sintió un frío latigazo en el corazón, pero no la miró. Estaba muerta. Aunque aún pudiese oír cómo boqueaba buscando un aire que no encontraba, ya no podía hacer nada por ella. Nada. Con una calma que sorprendió a Wen, volvió la vista hacia ella y por primera vez sus ojos se cruzaron. El druida sabía que el miedo es un arma poderosa para quien sabe utilizarla, y no iba a permitir que aquella mujer le inspirara nada más que hastío.

—Poco te importaba tu amante, Roble Gris —le espetó Wen, que se había acercado hasta situarse frente a él. Era joven y hermosa, lucía melena larga, de cabellos cobrizos despeinados y salvajes. Tenía la cara salpicada de gotas de sangre. ¡Era ella! La desconocida de la profecía. Aldahir jamás fallaba en sus augurios y, ahora, allí estaba, mirándolo con una media sonrisa deslizándose entre sus labios. Comenzó a encajar piezas con rapidez, esforzándose por mantener una calma fingida pero calculada, con el propósito de desorientarla. Con un vistazo de reojo a la falcata que atravesaba las entrañas de Nunn, supo que se hallaba ante la asesina de Connel. Se detuvo brevemente en los ojos de Nunn, carentes ya de luz. Una mano helada le arañó el alma. Recordó la profecía revelada en el túmulo sagrado. Una muchacha con el rostro ensangrentado. Nunn en la pira, posándole sobre los párpados las monedas para el barquero. Sin embargo, su compañera ya no respiraba, así que aquello debía tener otro significado. No había caído hasta ese momento. Volvería desde el más allá, desde el inframundo, para acompañarle en su muerte. Y no sólo se trataría de la suya. En aquel tablero la vida de cientos y cientos de compatriotas estaba en juego. El tercer pilar de su adivinación: sangre y fuego.

—¿Qué quieres, mujer? ¿Qué es lo que buscas aquí? — Aldahir habló de manera pausada.

—Eres extraño, druida. Pero eso ya lo sabía. —Wen seguía sorprendida con la actitud de su rehén. No veía en él cobardía. Muy al contrario, parecía desafiarla con cada gesto.

—Estás a punto de emprender un viaje. Ya que tu amante no lo hará, creo que necesitarás a alguien que te acompañe. ¿No es así?

## CAMPAMENTO DEL REY

ero qué...?

-¿P Se encontraron al rey arrodillado, con las piernas de Eileen enlazadas en su cintura. Fue ella la primera que los vio entrar, a pesar de su extraña postura, pues Angus Hal mantenía hasta entonces los ojos cerrados, ciego de placer.

Los guardaespaldas del rey, más que acompañar, perseguían a Kendrah y al muchacho. No habían conseguido detener al norteño.

—Debería ordenar que os arrancasen la cabeza, podrían haberme matado —reprochó Hal a sus hombres.

No hubiese resultado difícil, pensaba el de Brú na Bóinne. Aprovechando que todos miraban la tienda con excitación, había traspasado su línea de guardia con rapidez y facilidad. Y cargando con el peso de un hombre, nada menos. Si llevase un arco, o sencillamente un puñal, lo hubiese alcanzado antes de que tuviese ocasión de apartar a Eileen. El rey no hubiera tenido ni la más mínima oportunidad. Él moriría también, estaba claro, pero el objetivo habría caído.

—No seas duro con ellos, Angus. Ha sido culpa mía. —De poco serviría su petición si al rey se le antojaba un castigo ejemplar. Eileen, en contra de lo que hubiera previsto

Kendrah, se cubría el cuerpo desnudo. Sin embargo, no le evitó la mirada.

—Explícate, Kendrah. Y de paso dime qué le has hecho a ese guerrero. Es de los míos y no tenías derecho a herirlo sin mi consentimiento. —Mientras hablaba, el norteño había ayudado al muchacho a sentarse. Sus quejidos eran ahora más leves, pero no acabaron de desaparecer. Debía tener fracturadas varias costillas y la nariz, aparte de los cortes que le había hecho Wen al torturarlo. Tras su inesperada irrupción en el campamento, y el desmayo que había sufrido al encontrar al de Brú na Bóinne, Kendrah no lo dudó: el rey tenía que escuchar su historia de inmediato. Se lo cargó sobre los hombros y arremetió contra el cuerpo de guardia como un toro embravecido. Ni el mismísimo Taranis lo hubiese detenido.

—No he sido yo. Lo han torturado y ya ves que no es obra de un granjero. No me explico cómo ha conseguido regresar desde Brú na Bóinne en este estado.

Angus Hal se acercó a ellos vestido únicamente con sus polainas de lana. Miró con calma los horribles cortes y laceraciones que salpicaban el cuerpo del joven.

—¿Quién te ha hecho esto, soldado?

—La Dama Blanca, señor —respondió agachando la cabeza, avergonzado.

—¿La Dama Blanca?

—Así me dijo que se llamaba, pensé que me atravesaría la cabeza con su maldito cuchillo, pensé... —Se echó a llorar.

—Tranquilo, chico. Ya estás en casa. —Angus Hal, con un gesto que sorprendió tanto a Kendrah como a Eileen, atrajo la testa del guerrero hacia su pecho, como un padre consolando a su hijo— ¿Qué quiere esa mujer? ¿Te lo dijo?

—Te envía un mensaje, mi señor. Quiere verte, sin soldados, sin armas. Te esperará en la cabaña del druida.

—¿En la de Roble Gris? —El muchacho asintió ante la pregunta del Rey.

—Me advirtió de que no lo dejara salir hasta que llegases, y de que habrás de aceptar sus condiciones.

—¿Te ha dicho algo más? —preguntó de nuevo Hal.

—Eso es todo, mi señor. —Las muecas de dolor desencajaban el rostro del joven mientras hablaba.

—Está bien, has de descansar. ¡Soldados! Retíradlo y buscad a alguien que lo cure. Y ahora abandonad todos la tienda. ¿Eileen? Acompáñalos. —Hizo un gesto a Kendrah— ¿Tú sabías algo de todo esto?

—Ni idea —respondió éste mientras seguía con atención los pasos de la mujer—. Estoy tan desconcertado como tú y, antes de que preguntes, no, Aldahir no tiene nada que ver con esto. Nada —recalcó.

—No hace falta ni que me lo digas. Pero entonces, dime, amigo, ¿qué hacemos?

## XVI

### Y el mar se tragó a los hombres

#### BRIGANTIA

**L**as primeras luces del alba comenzaban a iluminar la ciudad de Breoghan. Elvia se desperezaba, sentía mucho calor. Las pieles que la habían cubierto hasta entonces la habían hecho sudar, y el bochorno que provenía del hogar tampoco ayudaba. Pero se cuidó de no destaparse. Estaba desnuda en el lecho de Kalen; bajo las mantas de Kalen, pero sin Kalen. El druida había insistido en cederle su jergón y, a pesar de su primera negativa, aceptó, pues era imposible discutir con él y mucho menos convencerlo. Se dio la vuelta para buscarlo. Todavía dormía, ronroneando como un gato, tendido sobre el suelo cerca del fuego. Sin ropa y sin nada que le cubriese.

Apartó las pieles y se colocó de medio lado para verlo mejor. El pecho masculino inspiraba y soltaba aire con regularidad matemática, y los movimientos eran leves, casi imperceptibles. Cerró los ojos al sentir cómo el deseo recorría su cuerpo.

Iba a dejar volar la imaginación cuando el hombre estiró los brazos y, con el movimiento, derribó una copa. El

*estruendo* del tintineo sorprendió a Elvia, que entreabrió los párpados y vio al druida incorporándose aún somnoliento. La montañesa siguió con la mirada los movimientos de Kalen, que estiraba su cuerpo dibujando en el aire unas extrañas cabriolas con los brazos. Luego se agachó, contorsionando su cuerpo, y Elvia hubiera jurado que oía cómo le crujían los huesos. Entonces se aseó con el agua que contenía un gran barreño de barro cocido, que a buen seguro estaría helada, y se vistió con ropas muy similares a las de la pasada jornada. Pantalón claro y, sobre éste, una túnica de talle largo de idéntico color. Un tono crema, aunque anoche le había parecido blancuzco y, eso sí, con un enigmático bordado en el extremo de cada manga. Caminaba sobre la arena del suelo con agilidad y los pies descalzos.

La mujer se decidió a actuar. Cambió la postura exagerando su gesto para que el druida la oyese; al hacerlo provocó que la manta de pieles se le deslizase hacia las piernas. Aquello lo atraería. Sintió que los pasos se acercaban. No pudo evitar una media sonrisa picara a pesar de fingir estar dormida. No se oía nada. Sabía que la estaba mirando. Volvía a sentirse excitada y estaba preparada para averiguar si el gran hombre lo era en todos los sentidos. Jugaba con ella. Alargaba su ataque y a Elvia le divertía sentirlo cerca.

Tras unos instantes, Kalen se movió. Había permanecido quieto, sentado, observándola, recorriendo su desnudez. Pero no se abalanzó sobre la mujer, como ella deseaba. O casi suplicaba.

Elvia escuchaba como la rondaba, percibía cada ruido, pero todavía no rozaba su piel. Tal vez ya se había deshecho de las prendas con las que acababa de vestirse, e iba a acostarse junto a ella. Esperaba que lo hiciese pronto, porque su corazón amenazaba con escapársele de pecho.

Pasó de la impaciencia a la incredulidad. Los sonidos le

resultaban extraños, pasos que se alejaban del camastro, algún objeto de madera arrastrado, un par de ecos metálicos... ¿Pero qué estaba haciendo? Fue entonces cuando notó una corriente de brisa fría y un temblor le estremeció el vientre. Abrió los ojos. ¡El druida se había marchado!

## MURALLA EXTERIOR DE BRIGANTIA

**M**ás allá del muro, las cabañas de los pastores permanecían envueltas por la intensa niebla del alba. Desde allí apenas se veía el resplandor del faro, de modo que los guardias de la muralla no advirtieron la llegada del grupo. Una docena de hombres, que se habían preocupado por dejar a sus caballos en el bosque para que no los delataran, caminaban con sigilo hacia la primera choza. Un soldado de enorme estatura marchaba en vanguardia; abrió el portón y dio paso a sus compañeros. Entró el último, no sin dificultad, ya que tuvo que agacharse para no partirse el cráneo con el marco, y sólo después de haber echado un vistazo a las defensas de la ciudad.

—No soltéis las cabras, y nada de encender fuego. — Tarkum, el Gran Toro, señor de los ártabros y los albiones, daba las órdenes. Cuidaba el tono de su voz, que casi no se escuchaba entre los balidos de las ovejas, sorprendidas por la irrupción de tan extraños pastores.

Formaron un corrillo en el centro de la pieza y el jefe de clan tomó de nuevo la palabra:

—No quiero errores. Me quedaré con Renacuajo... —El gigantón, al que así llamaban, se acercó a él—, y vosotros contaréis en Brigantia con la ayuda habitual. Traédmelos. A

los dos. Pero traédmelos vivos.

No hizo falta que les ordenase partir. Con una última seña apuntando a la ciudad, los hombres recogieron las armas y comenzaron a adentrarse entre los últimos coletazos de neblina. Los fareros ya habían apagado las hogueras de la torre y el sol despuntaba. Los primeros destellos les dañaban los ojos, pero ellos caminaban sin pausa hacia las murallas.

—¿Quién va?

No hubo problemas. Sabían qué responder y a quién sobornar con la correspondiente bolsa de oro. Ya estaban dentro.

—Dividámonos, nos reuniremos en cuanto alguno de nosotros los localice.

Las hienas partieron hambrientas. Hasta los jadeos que provocaba su marcha acelerada denotaban la ansiedad, el deseo voraz de hincar los dientes sobre la carne. Y esta vez rastreaban carne humana.

## MORADA DE KALEN DE BRIGANTIA

**L**a montañesa se incorporó incrédula. En aquella pared de piedra, a su derecha, se abría ahora un pequeño hueco que juraría por los dioses no estaba allí la noche anterior. Una especie de dosel ondeaba a su alrededor impulsado suavemente por la brisa. Elvia reconoció el aroma marino. Ahora comprendía los sonidos desconocidos. Kalen había dejado al descubierto la abertura, que a primera vista le había pasado desapercibida, pues se hallaba escondida tras una alacena de unos cuatro pies de altura, que resguardaba por completo su secreto una vez encajada en su lugar. Probablemente guardase allí su ropa, o más pieles de abrigo

para el invierno.

Una nueva bocanada de viento le hizo sentir frío. No se lo pensó más, se cubrió con las pieles de corzo del catre y se encaminó al hueco para asomar la cabeza. El aire le agitó los cabellos rubios, ya despeinados.

—¡Dioses! —Si se hubiese visto en un espejo, no podría evitar reírse de sí misma por la mueca, en parte pasmada, en parte fascinada, que se le había tallado en el rostro.

Su anfitrión, sentando sobre una losa y con los hombros encogidos, mantenía la mirada perdida en la distancia. En un primer momento ni se percató de que Elvia se colocaba a su lado.

Estaban sobre una especie de balcón adosado a la cabaña, asentado sobre vigas de madera y pilastras de piedra para vencer el desnivel. La montañesa suspiró. La bahía de Brigantia con su pétreo centinela y el mismísimo océano se rendían a sus pies. Pensó, ensimismada, que cielo, tierra y mar se abrazaban. La voz quebrada de Kalen, que ni siquiera se volvió para mirarla, interrumpió su ensoñación.

—Aquel día maldito también amaneció soleado, como hoy. Pero los dioses ya habían decidido castigarnos de una forma cruel y salvaje, y las nubes se lo tragaron todo... —Se tomó un meditado respiro, como si buscara fuerzas para continuar—. Un centenar de grandes barcos sembraban entonces la bahía, y docenas de bateles más pequeños iban y venían llevando provisiones y guerreros. Yo era todavía un niño, pero lo vi todo. —Las lágrimas estaban a punto de aparecer en sus ojos—. Nadie los vio llegar.

La mujer quiso preguntar, pero no tuvo el valor de hacerlo, pues las palabras de Kalen se adentraban en las llanuras de una terrible tristeza. Le posó una mano sobre el hombro, y él, sin siquiera pensarlo, la acarició y la apretó con fuerza.

—El comandante de la expedición supervisaba los últimos trabajos de los estibadores, y el olor..., aquel olor..., ya se había apoderado de todos nosotros. A mi edad no era capaz de identificarlo, jamás había olido algo así hasta aquel día. Con el tiempo supe que se trataba de resina y que el enemigo había impregnado con ella el casco de las naves. Las flechas en llamas silbaron. Partían de todas partes, desde la playa, tras el faro, incluso desde la propia ciudad. Los arqueros fueron certeros. Demasiado. Y a medida que iban alcanzando sus objetivos la flota sufrió la ira de las lenguas de fuego, que enseguida envolvieron a los barcos, convirtiéndolos en hogueras flotantes. Ninguno se escapó de los flechazos y todo sucedió con una rapidez increíble. Hasta el agua del mar ardía, te lo aseguro. Las columnas de humo se inclinaban hacia nosotros, y recuerdo cómo mi madre trataba de cubrirme los ojos y la cara, pero me resistí. Debí hacerle caso... Recuerdo también los gritos, desgarrados, espectrales, más propios de bestias del bosque que de hombres. Muchos marineros se arrojaron al mar y desaparecieron junto a las naves, mientras las llamas alcanzaban más y más pies de altura. Algunos capitanes intentaron virar sus proas para alejarse de la costa y de aquel infierno, pero las maniobras resultaron muy lentas y las órdenes llegaron muy tarde. Las tripulaciones no se esperaban algo así; de hecho, la mayoría ni siquiera estaban todavía a bordo. Los gritos...

El druida, que aún asía la mano de su invitada, la sorprendió tirando suavemente de su brazo para sentarla sobre sus rodillas. No la miraba, seguía hundiendo sus ojos y sus recuerdos sobre las olas. Elvia sintió primero sus manos en la cintura y luego un dedo que le recorría la piel de la espalda. La manta cayó al suelo y sintió un estremecimiento.

—Cerca de tres mil hombres murieron ahogados o abrasados. Otros tantos sufrieron graves quemaduras que terminaron con sus vidas antes de que el sol se pusiera. La

luz de la torre guiaba a los que intentaban rescatar a los heridos, y los pocos que sobrevivieron arrastraron cicatrices de por vida. Algunos se volvieron locos, otros se suicidaron. —Kalen hundió su cabeza en la espalda de la montañesa. Lloraba—. Nadie consiguió dormir durante varias lunas. Los recién nacidos berreaban desconsolados sin que las madres lograsen contener su llanto, como si fuesen capaces de comprender que acaban de quedarse huérfanos. A la mañana siguiente aún humeaban los esqueletos de madera de las embarcaciones, mientras las olas nos entregaban cuerpos y nosotros se los devolvíamos al mar sobre balsas que improvisábamos rápidamente. Los dioses se los llevaron, y el averno marino se cobró su tributo con las fauces bien abiertas, devorándolos sin piedad alguna. —Kalen guardó silencio un buen rato. Ya no sollozaba y Elvia no sabía qué hacer.

El gran hombre, el guía que todos los galaicos admiraban, se había derrumbado ante ella abrumado por su pasado. Y, en semejante situación, se hallaba nada menos que sentada sobre él, sintiendo una erección galopante. Se giró y le abrazó la cintura con las piernas, acariciando su cabello con las manos, ofreciéndole los pechos tersos y dispuestos. Frente a frente, mirándose sin hablar. Justo antes de salir a aquel balcón estaba dispuesta a acostarse con él. Tal vez ahora lograrse hacerle olvidar.

No se lo pensó más. Sin dejar de jugar con los dedos en su pelo, fue acercando los labios a su boca muy lentamente. Notó cómo su corazón se aceleraba a la par que el miembro del hombre, que ahora sentía por delante rozándola sensualmente, se endurecía aún más. Sus labios rozaron a los de Kalen.

—¿No lo comprendes, Elvia? Nuestra gente no completó su misión... —No se lo podía creer, estaba a punto de morderlo—. Ni siquiera salieron del puerto, de esta bahía. —Kalen salvó la leve resistencia de la mujer y se levantó, aún

abrazado a ella, para enseguida posarla suavemente sobre la misma losa en la que había estado sentado hasta entonces. Se acercó al borde del balcón y abrió los brazos, como si quisiese abarcar todo el horizonte—. Aquí se consumó la traición que antes se había fraguado en las Islas del Norte. Allá de donde tú vienes, Elvia, hija de Tautinkom.

Al escuchar la última alusión, la montañesa pegó un salto y se olvidó de todo, de la historia que acababa de escuchar e incluso de que seguía sin ropa alguna.

—Explícate, druida. —Su voz sonó grave y exigente.

—Los soldados de la guardia de Brigantia capturaron a una docena de enemigos infiltrados en sus propias filas. Al resto le dieron muerte sin espera de juicio. Nadie se lo reprochó, como tampoco nadie se opuso a que los prisioneros fuesen sometidos a tortura. Los caudillos necesitaban conocer lo sucedido, y aquellos desgraciados intentaron resistirse. Los primeros torturados aguantaron hasta la muerte, pero los pocos que fueron quedando vivos cayeron poco a poco en la red de los verdugos... Claudicaron y revelaron los detalles de su misión. Fue en Erin donde Irvyn El Blanco reclutó a los mejores asesinos, y sucedió justo tras la derrota de tu padre en Cathoir Gall.

A Kalen no le hizo falta ver la expresión de la montañesa para darse cuenta de que la rabia y los recuerdos se adueñaban de ella.

—En cuanto dejasteis atrás Albion, El Blanco lo tuvo claro. No podía consentir que a Tautinkom se le ocurriese volver. Jamás... —recalcó tanto el «jamás», que las piernas de Elvia temblaron—. Sus espías os persiguieron hasta aquí. Y, aunque tu padre jugó bien su suerte y logró desaparecer del mapa ante sus narices, sabían que controlando la ciudad evitarían una expedición de contraataque. No lograron dar con vuestra guarida en las montañas. De hacerlo estarías muerta hace tiempo. Pero Irvyn siguió enviando sicarios a

Brigantia, conocedor de que éste es el único puerto galaico capaz de organizar una flota. Nadie, y menos su peor enemigo, por mucho que hubiese huido vencido y humillado, amenazaría su férreo reinado sobre las Tres Islas. Una de sus hijas como rehén no le parecía suficiente seguro.

—¿Wen...?

—Sí... Tu hermana —le respondió—. Irvyn no es un hombre de honor y por tanto no confiaba en la palabra de Tautinkom, simplemente porque él no la hubiese mantenido. Sus hombres fueron entrando en la ciudad, poco a poco mezclándose con nosotros, viviendo en vuestras casas. Los más veteranos llevaban más de siete inviernos asentados entre los nativos sin llamar la atención ni levantar sospecha alguna...

—Espera —Elvia interrumpió el relato—. Mi padre nunca autorizó la expedición de la que hablas, dejó bien claro que sus tiempos habían tocado a su fin. Su única ambición era aguardar el viaje de la muerte en la montaña. Tampoco se planteó el rescate de Wen. Afrontó que la había perdido, igual que había perdido la guerra. Y tú lo sabes.

—Es cierto, lo sé. Pero ahora tú has de entender que aquella derrota dejó huellas profundas en todas las tribus galaicas. Los jefes de clan querían suturar la herida a toda costa, y decidieron actuar pese a las negativas que traían los mensajeros de Tautinkom. La gran torre fue testigo de ello. Así, en uno de sus cónclaves, los jefes decidieron hacer sonar el cuerno de la venganza, pero...

—Pero los espías de Irvyn estaban al acecho.

—Así es. El resto ya te lo he contado. —Kalen volvió a perder la mirada en el horizonte.

Elvia se quedó callada, pensando, aferrándose fuerte a las pieles de corzo con ambas manos. Buscaba respuestas en aquella bahía de Brigantia, que recorría de Norte a Sur con la

mirada, aunque sabía que ni el océano ni la tierra de los galaicos contestarían a sus súplicas. Tal vez los dioses la ayudaran, si hubiese creído más en ellos. Ahora ya era tarde.

—Escúchame, druida. Te juro que sufrirás el mayor interrogatorio al que te hayas enfrentado jamás. Y sabré si me mientes, puedes estar seguro de ello, pero hoy no quiero que abras la boca si no es para que respondas a una única pregunta.

Kalen se volvió hacia la montañesa. Sus ojos color ámbar le devolvieron una mirada cargada de confianza y fiereza. La mujer ya no se amilanaba ante el señor de Brigantia.

—Ella vive, ¿verdad? —hizo una breve pausa, la voz se le quebraba—. ¿Mi hermana está viva?

Kalen asintió brevemente con la cabeza.

## XVII

### Las tres muertes

#### BRÚ NA BÓINNE. ERIN

**W**en intentaba evitar la sonrisa de satisfacción que la ocasión merecía. El rey había accedido a su petición. Angus Hal caminaba hacia ella acompañado por el caudillo de Brú na Bóinne, precisamente lo que había previsto tras hablar con el druida. El semblante del rey hablaba por sí solo; mostraba un enojo que se tornó en rabia al ver por primera vez a la Dama Blanca. Aquella maldita mujer lo esperaba con los brazos cruzados, como si fuese a regañarlo porque llegaba tarde. Sola. Ni soldados, ni Aldahir la acompañaban, y allí estaba, plantada ante la cabaña de Roble Gris sin manifestar la más mínima preocupación. Era consciente de que docenas de arqueros ocultos la tenían en su punto de mira, pero ella no se inmutaba. Permanecía inmóvil, altiva, vestida como un guerrero, con la falcata en el cinturón y un arco a un par de pasos. Los rayos del sol le trenzaban los cabellos cobrizos y sus reflejos llamaron la atención de los dos celtas, que seguían avanzando hacia ella.

—Bienvenidos.

Se detuvieron frente a ella. Kendrah la examinaba de

arriba abajo. Intentaba buscar entre sus recuerdos, pues sabía que la conocía de algo, que alguien le había hablado de ella...

—¿Y bien? —preguntó Angus Hal, casi en un murmullo. Kendrah lo miró, sorprendido por no oír su tono, habitualmente más atronador.

—Sígueme, entremos en la choza. Tu esbirro puede seguirnos, no me molestará. Roble Gris nos espera.

—Si me has hecho venir hasta aquí y crees que voy a entrar contigo, estás loca. —Ahora sí, su voz recuperó el vigor habitual.

—Si crees que voy a esperar a que tus flechas envenenadas comiencen a volar, eres idiota y no mereces ser rey.

Sin esperar respuesta, Wen les dio la espalda y dio unos pasos hasta alcanzar la puerta, que dejó abierta. Hal y Kendrah se miraron el uno al otro, incrédulos.

—Yo entraré primero, es mi poblado —dijo al fin Kendrah.

—Ni hablar. —El rey lo detuvo tomándolo del brazo.

## **CIUDAD DE BRIGANTIA**

**C**revan Ojo Derecho se revolvía inquieto en su lecho. Las pesadillas de su vigilia nocturna se convertían en una angustia a la que estaba poco acostumbrado. Se sentía irritado, como siempre que algo escapaba a su control. Escuchó el gañido de su halcón, fuera; a buen seguro vigilaba desde la techumbre de la choza. Entre sus virtudes, Crevan contaba con la adivinación y, aunque las imágenes no

llegaban a su mente con la claridad que hubiera deseado, sí eran suficiente para instalar el temor en sus huesos. La tormenta traía problemas a las tierras galaicas, y esta vez no recibía mensajes. No encontraba señales como las que sí recibió sobre el embarcadero de Ardóbrica, justo antes del suicidio de Aisling. Entonces supo que su deber era acudir en busca de la hija de Tautinkom. Ahora se hallaba perdido. Elvia estaba en Brigantia y era «la elegida». Entonces, ¿a quién acudir? «A no ser...», murmuró para sí mismo, «... a no ser que sea ella la que está en peligro...». No pudo contener un gemido.

El halcón se había contagiado. Saltaba sobre la paja enlazada del tejado, y su amo veía cómo caían ramitas en el suelo de la choza. Entonces, escuchó un primer sonido silbante, seguido por un segundo seco y sonoro, acompañado del crujir de la techumbre. El halcón, sin vida y atravesado por una flecha, cayó justo a los pies del druida. No llegó ni a juntar las pestañas de su ojo sano. Notó que su cuerpo se elevaba mientras una tela cubría su cabeza. Distinguió tres o cuatro voces; quizá fueran más hombres si alguno mantenía silencio. Se movían con rapidez. Intentó gritar, sin darse cuenta de que lo habían amordazado. Al poco empezó a costarle respirar, y comenzó a exhalar un aliento cada vez más caliente. Todo esfuerzo por oponer resistencia le resultaba inútil. Uno de los hombres lo cogió bruscamente y se lo cargó al hombro. Un hombre fuerte, sin duda. Ni una parada, ni un instante de descanso en su caminar. A pesar de sentirse asfixiado y de los jadeos de su portador, identificó los ecos sonoros del amanecer brigantino. Un grupo de mujeres charlando, una discusión entre niños, el chirriar de las carretas o los chillidos de un arriero. «Pero, ¿no nos ven? ¿Nadie se da cuenta de que me están secuestrando?»

Estaba empapado. Un torrente de sudor le caía sobre los ojos. No aguantaría mucho más. El aire se le agotaba y sus pulmones ventilaban con demasiada rapidez. De repente, la

carrera se interrumpió.

—Salid. Y no se os ocurra volver, ¡por los dioses!, o de lo contrario no respondo ni de mis actos... —La voz desconocida se fue quedando atrás, convirtiéndose en un rumor. Sin embargo, la cadencia de las pisadas se había multiplicado, por lo que dedujo que más hombres se iban uniendo al grupo.

—Rápido, Renacuajo. Abre esa puerta de una vez.

—Si hicieseis más ruido se os escucharía desde el averno. ¡Silencio, insensatos! —clamó una segunda voz—. ¿Y la zorra? No se os habrá escapado, ¿verdad?

—No estaba con él, Tarkum. La buscamos... —«¡Tarkum! ¡Maldito ártabro hijo de perra!», pensó Crevan—, pero estaba solo en la cabaña. Ni rastro de la mujer.

—¡No es eso lo que te he preguntado! Os dije que los quería a los dos, ¡a los dos! —Tarkum bramó sin importarle que oyesen sus gritos de furia desde la torre de la ciudad—. ¡Debería despellejarte aquí mismo!

—Mi señor..., he sobornado a uno de tus confidentes habituales y sospechamos que se esconde con el otro hechicero. Kalen la protege en su madriguera de la costa.

Tarkum, el Gran Toro, apretaba los dientes y se lamentaba de su propia estupidez. Tenía que haberlo previsto. Si ella estaba en Brigantia era porque Kalen y Ojo Derecho la habían atraído hacia allí. Su efecto sorpresa se había esfumado. La ausencia de Crevan no pasaría inadvertida, y no se fiaba de nadie que se vendiese por una bolsa de oro. Si aceptaban la suya, bien aceptarían otro acto seguido. Sus informadores cantarían como pajarillos. Esta vez tendría que ser más audaz, y acompañar bien la audacia con una dosis adecuada de ambición. Y ésta sí le sobraba.

—Quitadle la caperuza y la mordaza.

Renacuajo obedeció de inmediato. El suyo fue el primer

rostro que vio Crevan. Eso sí, cuatro cabezas por encima de la suya, aún a pesar de estar de pie.

—Buenos días, Ojo Derecho.

—Tarkum... —El druida devolvió el saludo exagerando deliberadamente un gesto de indignación—. Veo que haces honor a tu fama. Se dice que no eres muy hospitalario.

—Vamos, no te quejes. Mis muchachos te han buscado el mejor establo de cabras de toda la comarca. —Los guerreros rieron la gracia con grandes carcajadas—. Un lugar a la altura del segundo hechicero galaico, según dicen de ti todas las furcias que conozco. Porque el más sabio, ya sabes... —el ártabro hizo una pausa—, es ese otro que se acuesta con la mujer que estoy buscando.

—Buscas a Elvia, ¿no es así? Ni siquiera sabes su nombre, sólo que es hija de Tautinkom.

—Es lo único que necesito saber.

—Eres demasiado simple, mocoso. Esperaba que tu amo hubiese buscado un aliado más inteligente esta vez.

No hizo falta orden alguna. Renacuajo dio un paso al frente y propinó al druida un puñetazo en las costillas que lo obligó a arrodillarse ante Tarkum.

—¿Mi amo? —preguntó el caudillo con desprecio, lejos de sentirse ofendido.

—Irvyn El Blanco. Ése es el nombre de quien me envía a perros tan mal adiestrados.

—No me provoques, anciano. No me provoques...

—Veo que la chica no fingía cuando me habló de vuestro encuentro. A pesar de que no confió en un guerrero de verdad, al menos El Blanco fue capaz de enviar a un amante avezado —continuó provocando Ojo Derecho—. Recuérdalo, mocoso, por si acaso te la encuentras de nuevo y vuelve a follarte otra vez.

El gigantón ya avanzaba de nuevo hacia Ojo Derecho, pero esta vez su jefe lo detuvo con una seña. El revés de Tarkum resonó en la cabaña. Sangrando, con el labio partido, Crevan rebuscaba en la boca con la lengua trozos de diente. Uno a uno se los fue escupiendo a Tarkum en plena cara. Lo hizo con calma, lentamente, mientras lo miraba desafiante a los ojos. La respuesta vino de forma violenta. El siguiente golpe se lo asestó con la rodilla. El druida hizo un esfuerzo por mantener la consciencia.

—Esto es lo que te va. Pegar a las mujeres y a los que ya están de rodillas e indefensos —consiguió escupir entre un aullido de dolor—. ¿Es ése el talento que paga tu amo? Valiente monarca tendrán las Tres Islas...

—Si me conocieses...

—¡Silencio, no he terminado de hablar! Quizá no te haya enseñado eso la zorra que te parió. —La reacción de Ojo Derecho dejó helado a Tarkum—. Yo a ti claro que te conozco: eres el mismo matón que cuando eras un chiquillo; eres un jefe de clan sin honor y sin escrúpulos, al que sólo obedecen perros famélicos como éstos. —Crevan fue señalando a los hombres, uno a uno, asesinándolos con la mirada—. Pero tú no tienes ni idea de qué va este juego; ni tú ni Irvyn. Te arrastras detrás de la montañesa como una víbora y no le llegas ni a la suela de las sandalias. Te duele que una mujer se ría de ti, y eso es lo que hace Elvia contigo cada noche. El tesoro que ansia tu amo no se mide en cuencos de oro, pero, si él no lo sabe, ¿cómo lo vas a saber tú, que ladras desde las cuerdas de ovejas?

El rostro de Tarkum se había ido enrojeciendo con cada frase. Ardía de furia y sentía cómo los ojos de sus hombres se clavaban en él.

—No eres digno de tu estirpe. Deberías dar gracias a Esus, señor de la noche, por dejar morir a tu padre y evitarle la vergüenza de verte ahora.

Los ártabros seguían con atención, boquiabiertos, el discurso de aquel loco que no hacía otra cosa que agravar el fin de sus días. De eso estaban convencidos, más aún al observar la reacción de su jefe, que le dejaba hablar, algo que jamás había consentido antes a ningún hombre sobre la tierra. Se equivocaban. Crevan Ojo Derecho, consciente de lo que se avecinaba, había decidido hacer un último sacrificio por aquélla a la que todos los pueblos celtas estaban aguardando. Rogaba al más allá que el espíritu de su hermano halcón llevase hasta Elvia su último aliento de esperanza.

—Eres un cobarde y te maldigo. A ti y a tus bastardos, si es que alguna mujer tiene el valor de llevarlos en su vientre —dijo al fin, silabeando con desprecio.

Durante unos segundos que parecieron eternos, todos guardaron silencio.

—¿Ya has terminado? —Tarkum habló entonces con serenidad, ante la sorpresa de los suyos. Se había ido templando conforme la sarta de alusiones y ofensas del druida aumentaba—. Porque, si lo has hecho, sólo te diré una cosa antes de enviarte al inframundo.

Renacuajo comenzó a sonreír. Ahora sí iba a comenzar la diversión. Su jefe retomó la palabra tras una meditada pausa, dando tiempo a que Ojo Derecho se irguiese para escuchar su sentencia. Y, como único juez, habló:

—Soy el señor de los ártabros y los albiones, no tengo amos y jamás los tendré. Si Irvyn El Blanco hace negocios conmigo es porque le conviene. Y, cuando no me convenga a mí, lo mataré, igual que haré contigo antes de que bale otra maldita oveja más.

Cuando hubo pronunciado su veredicto, el juez se dispuso a convertirse en verdugo. Sin prisa alguna, se despojó de la camisa, dejando su torso desnudo.

—Muchachos, sujetadlo —dijo, dando un paso ante sus compañeros, de forma que quedara claro, si alguien aún dudaba, quién mandaba. Quería verlo lo más cerca posible.

Crevan no movió un solo músculo. Había nacido libre y moriría bajo el martirio, pero la libertad de su espíritu ya enviaba el mensaje a los dioses. No tardaría en volar junto a su halcón sobre las tierras de los brácaros. Ya estaba ansioso por regresar a su cuna.

—Adelante, Gran Toro. Haz lo que tengas que hacer.

—Desafiante hasta el final, así me gusta. Lástima que tus sermones de charlatán no vayan a ser cantados por los bardos. Una muerte como la tuya inspiraría melodías legendarias. Y pasarás por ella tres veces, ya que tanto nombras a los dioses.

Hasta sus hombres se amedrentaron: Tarkum iba a ejecutar al desgraciado brácaro bajo la ley de Las Tres Muertes. Aplacaría a los señores de la noche. Teutates, Taranis y Esos sonreirían después de mucho tiempo, pues nadie se había atrevido a impartir tal justicia.

Ahora sí, Crevan Ojo Derecho bajó la mirada. Su cuerpo recibiría un tormento inimaginable, pero las heridas de su carne jamás traspasarían su mente o su corazón. Ni el más cruel de los verdugos sería capaz de arrancarle un quejido. Se había preparado para aquel momento durante toda una vida. No defraudaría a sus maestros. Inspiró con fuerza, llenando sus pulmones de aire por última vez, y luego expiró lentamente, como si al hacerlo pudiese repasar uno a uno cada momento de su vida. Entonces, contuvo la respiración. Su mente volaba batiendo las alas con brío.

Tarkum se acercó un poco más y, tras dar una palmada de aprobación a Renacuajo, agarró por los cabellos a Crevan. Lo arrastró por el suelo con violencia y, sin compasión, hundió su cabeza en una cercana pila tallada en piedra en la que solían beber los animales. Mantuvo la mano firme para

impedir que se resistiese, pero no halló ninguna oposición. Cuando decidió que había pasado el tiempo suficiente, tiró de él con fuerza y dejó caer el cuerpo inerte sobre un montón de excrementos de oveja. Su primera ofrenda había sido para el dios Taranis.

Para el siguiente sacrificio necesitaba una cuerda, que no tardó en encontrar entre los aperos de uno de sus hombres. Después de comprobar su resistencia, la lanzó por encima de una de las vigas de castaño que soportaban el peso del ruinoso tejado. La ató entonces con nudo doble en torno al cuello del druida y la tensó fuertemente, obligando a trabajar su musculatura. Soltó un bufido debido al esfuerzo, manteniendo el cuerpo en el aire. Crevan no se movió, inconsciente aún. Soltó el cabo, relajando entonces sus músculos, y el ajusticiado cayó de nuevo al suelo. Esta vez con gran estrépito, lo que asustó al rebaño de ovejas, que no dejaba de balar desde hacía un buen rato.

—¡Va de camino uno de los tuyos, Esus, señor de los bosques! ¡Recíbelo como tú sabes! —Se volvió a sus soldados —: Marchaos.

Sin rechistar, éstos recogieron sus armas. Tarkum los siguió, arrastrando ahora a Ojo Derecho mediante la soga con la que lo había ahorcado. Se detuvo justo en la entrada de la choza, donde dejó su carga. Renacuajo ya había prendido un fuego y le tendía una antorcha. Un suspiro después la hoguera la formaban la choza, el cadáver del hechicero y el rebaño de ovejas. La mezcla de olores resultaba insoportable; los hombres se tapaban la boca y la nariz, y los balidos de las ovejas, aterrorizadas, parecían proceder del mismísimo inframundo. A pesar de que el sol ya ocupaba su posición del mediodía, el resplandor del fuego inundó la línea del horizonte. La figura del caudillo ártabro, todavía desnudo de cintura para arriba, se perfilaba desde la posición que ocupaban sus guerreros.

—¡Dioses! ¡Soy Tarkum, aquí me tenéis! —gritó a los siete vientos. Completaba así el triple obsequio a las deidades que tanto despreciaba. Teutates ya recibía la luz de las llamas sagradas que todavía purificaban la carne humana.

—Turno para la zorra montañesa. ¡A por ella! —Como una jauría poseída por el ansia de sangre, sus hombres echaron a correr hacia las murallas de Brigantia. Habían afilado los dientes. Una vez más.

## XVIII

### El baile de las coronas

#### BRÚ NA BÓINNE. ERIN

**S**i el rey y Kendrah pensaban que su sorpresa disminuiría en cuanto viesen a Roble Gris, se equivocaban.

Angus Hal fue el primero en pisar la morada de Aldahir. Lo hizo con pasos doblemente medidos y agarrando con fuerza la empuñadura de su espada, que ya llevaba a medio desenfundar. Su escolta ni siquiera se lo pensó, y portaba la falcata desnuda en la mano izquierda. Más los descolocó lo que vieron y escucharon entonces:

—Aquí no os harán falta las armas. Estáis a salvo en mi hogar, como siempre. —El Gran Druida estaba tranquilamente sentado en un banco, junto a la mujer pelirroja. No los separaban ni dos palmos. Por detrás de ellos, un hombre se hallaba tumbado sobre el lecho, en apariencia tranquilo, como si la llegada de los visitantes no fuese con él. El cadáver de Nunn le hacía las veces de macabra alfombra.

—¿Pero qué...?

—Tranquilo, Kendrah. Lo hecho, hecho está —replicó el

anciano ante la reacción del caudillo de Brú na Bóinne—. Nunn está a punto de llegar a un lugar menos peligroso que éste para los tiempos que han de llegar. Sentaos.

La voz del druida sonaba tranquila, como era habitual caí él, pero ambos hombres lo conocían bien y notaron de inmediato las secuelas físicas que arrastraba. Kendrah se dio cuenta entonces de que, con la urgencia de los viajes y los últimos acontecimientos, se le había pasado por alto informar a Hal de lo ocurrido en el túmulo sagrado. Estaba claro que Aldahir había pagado un alto precio; las consecuencias eran evidentes. Lo que no entendían era cómo había llegado la mujer hasta allí. Tampoco sabían qué había ocurrido en la choza, aunque el cuerpo sin vida les ofrecía alguna que otra idea al respecto. Y lo más importante: ¿qué escondía el viejo tras aquella falsa tranquilidad? Aldahir los miraba mientras permanecía sentado tranquilamente al lado de la que probablemente era responsable de la muerte de su amante. Tenía que haber sido ella o aquel guerrero recostado. O dormido, porque o estaban muy equivocados o, por todos los dioses, que escuchaban sus ronquidos.

Roble Gris observaba sus semblantes y se imaginaba cada uno de sus pensamientos. Muchas cosas habían cambiado desde el amanecer. Todo, en definitiva. La Dama Blanca le había desvelado un secreto, le había abierto un camino inesperado e inimaginable para él hasta ese momento. Y aquellos dos hombres estaban a punto de recibir una terrible puñalada de realidad.

—Creo que ha llegado el momento de que seáis presentados formalmente. Wen, éste es tu rey, coronado bajo el nombre de Angus Hal, señor de todas las tierras de Erin. Ya habrás oído hablar de él. El muchacho es Kendrah el *Invicto*, el jefe del clan de nuestro poblado. Así que, realmente, no eres mi invitada, sino la suya.

Los aludidos se cruzaron una mirada, atónitos, como si

fuesen ellos los afectados por las drogas de Aldahir. Kendrah no se sentía precisamente como un anfitrión. Hal se debatía entre matarla primero a ella por su osadía y vengarse después de los de Brú na Bóinne, o comenzar directamente con ellos por consentir semejante befa en su cara. En cambio, Wen mantenía el autocontrol; medía perfectamente sus gestos y sus silencios hasta que decidió interrumpirlos, justo en el momento que consideró el más idóneo, cuando más nerviosos e incómodos estaban los recién llegados.

—Es un verdadero placer compartir mi tiempo con tan noble compañía, os lo aseguro. No puedo negar que mi llegada a la casa del Gran Druida ha sido un tanto brusca; confío en que Roble Gris sepa comprenderme y disculparme.

«¿Un tanto brusca? Pero qué dice esta majadera...», se sorprendió a sí mismo pensando Angus Hal.

—Comenzaré por ti, Kendrah de Brú na Bóinne — continuó ella—. No te conozco, pero algo tendrás para haber llegado a ser caudillo a tu edad. Y no de cualquier poblado de Erin, nada menos que jefe de clan aquí, un lugar sagrado para las naciones celtas. Aunque yo en tu lugar me cambiaría el nombre: «Invicto» es demasiado pretencioso para alguien que ha combatido tan poco; e insuficiente a la vez para un noble que no quiera dedicarse sólo a mediar en peleas entre furcias y borrachos.

—Dices que no me conoces y sin embargo me juzgas — rezongó el guerrero.

—Aldahir me ha dado amablemente una lección acelerada. Con lo que sé ya es suficiente.

Kendrah dirigió al druida una mirada de súplica que exigía explicaciones, pero se encontró con un par de ojos inexpresivos.

—Sin embargo, la fama precede a Angus Hal. En Alba eres todo un héroe, y de niña ya escuchaba las canciones

que le dedicaban los bardos de mi padre. El mismo te alababa como a un príncipe valiente, aunque por entonces no recaía sobre ti todo el peso del reino.

—¿Conocí a tu padre?

—Desde luego que sí. Me contó que pudiste decidir el curso de la guerra, que El Blanco hubiese fracasado de haber intervenido los guerreros de Erin en la batalla de Cathoir Gall.

—Puedes apostar por ello, mujer. Yo mismo habría sepultado al maldito Irvyn bajo los gigantes azules. O lo hubiese colgado de los dinteles del círculo mágico hasta que los cuervos picoteasen sus ojos. Pero fracasé. Las tormentas marinas ralentizaron la marcha de mis barcos y no logré llegar a tiempo a la llamada de Tautinkom. Él hizo sonar el cuerno, y yo... Yo fracasé —repitió con tristeza.

Hal se llevó las manos a las sienes, en un gesto que llamó la atención de Kendrah y de Roble Gris. Parecía realmente afectado, a punto del llanto. Wen, consciente también de ello, lo dejó hundirse en sus recuerdos.

—Yo no sería rey de Erin, pero él sí lo sería de las Tres Islas. Hubiésemos cambiado el curso de la historia —se lamentó.

—Tal vez tengas razón. O tal vez Irvyn El Blanco os hubiese derrotado a los dos, evitando así que todas las coronas bailasen como lo hicieron. ¿Y tú qué hiciste entonces? No, no te molestes, yo te lo diré —le espetó la mujer con convicción, obligándolo a cerrar sus labios—. Desde entonces perdiste tu honor, dejaste que Tautinkom se marchase más allá del mar Celta y no hiciste nada por salvar a sus hijas. ¡Nada! —gritó entonces Wen—. Las condenaste a la muerte y al olvido de su pueblo. Sí, es cierto, desde entonces te peleas con Irvyn de vez en cuando, e incluso lo retaste en Ellan Mannin. Allí te diriges ahora, ¿verdad?

—¿Quién te lo ha dicho? —murmuró Angus Hal sorprendido.

—Cada piedra de Erin tiene oídos y escucha, y cada piedra de Erin sabe a qué mujer ha de susurrar sus secretos.

Roble Gris se sobrecogió al oír las últimas palabras de Wen. ¿Acaso la Dama Blanca se había instruido como druida? Hasta ese momento, Aldahir había mantenido la mirada perdida, pero ahora clavó sus ojos en ella, que seguía azuzando al rey con su discurso.

—Eras un héroe y te has convertido en un cobarde. Por las noches, después de emborracharte y follar como un cerdo, intentas convencerte a ti mismo de que eres el rey. Y te lo crees. Crees que tienes derecho a reclamar el trono de las Tres Islas, ahora que tu arrepentimiento se ha ahogado con los inviernos entre hidromiel y mujeres de coño fácil. Al menos se cuenta que eres un buen amante..., pero eso ya lo comprobaré en otro momento.

Los cuatro hombres se revolvieron. Incluso el galo Meriasek, que despertó de su húmedo sueño a las palabras de Wen. Sólo le faltaba que aquella zorra, que lo llevaba evitando y humillando toda la vida, se acostase ahora con un rey de mierda. Si lo hacía lo mataría, o los mataría a ambos.

—Por eso vas a Ellan Mannin, a convocar al Gran Consejo para declararle la guerra a Irvyn —continuó ella, impasible—. Te sientes fuerte con todo un ejército reptando detrás de tu caballo, escoltándote. Por eso planeabas detenerte aquí, en Brú na Bóinne, para tener de tu lado al guía de todos los druidas y de todas las islas —hizo una breve pausa, calculando sus palabras—. Pues voy a darte una mala noticia: tu sueño se ha terminado. ¡Olvídalo!

Al unísono, Hal y el de Brú na Bóinne se pusieron en pie, haciendo caer hacia atrás el banco de madera, y desenfundaron sus armas. Ella no se inmutó. Sí lo hizo Meriasek, que inmediatamente los apuntó con dos saetas

tensadas en la cuerda de su arco, que sujetaba de medio lado. No era la primera vez que alcanzaba a dos hombres a superior distancia con un solo tiro.

—¡Sentaos de inmediato! —ordenó el druida.

Dudaron, y en esta ocasión no obedecieron. El discurso de la muchacha de cabellos cobrizos había adquirido tintes de amenaza. No les parecía prudente fiarse de ella o del asesino que la escoltaba.

—No es necesario, Roble Gris. Pueden permanecer ahí tiosos como menhires, si eso les reconforta. ¡Valientes guerreros ha parido Erin! —se burló Wen, con una media sonrisa.

—¡Ya basta, mujer! Has colmado mi paciencia —fue Angus Hal quien alzó la voz, airado—. ¿Qué pretendes con este juego absurdo?

La joven seguía sentada junto a Aldahir, con los nervios templados y la voz calma:

—Vengo a reclamar lo que es mío, como lo reclamaré en su día ante el maldito Irvyn El Blanco —retomó la palabra con un tono suave, intentando rebajar la tensión—. Soy Wen, la hija mayor de Tautinkom. Y por los dioses que tengo más derecho que tú a sentarme en ese trono.

## **CABAÑA DE KALEN. BRIGANTIA**

os vamos, Elvia.

**-N** La montañesa se desperezaba frotándose los ojos. Había dormido de nuevo en la morada del druida, pero esta vez no aceptó dormir en su lecho, pese a su insistencia. Habían intercambiado las posiciones, y ella había decidido

dormir en el suelo, como él la noche anterior, al calor de la hoguera. Se había arropado bien, pues no halló ganas para volver a provocarlo; de poco le había servido el día anterior, aparte del tremendo enfado y desconcierto que la consumían. Tras haber oído sus confesiones, había dejado solo a Kalen mirando a la bahía. Mientras, ella se había vestido y comenzó a dar cortos paseos por el interior de la choza. Se sentía una gata encerrada. Si algo odiaba era no comprender algo, y ahora no entendía las razones. Se hallaba perdida, sin saber qué hacer, y se sorprendió pensando cuál hubiese sido el proceder de su padre. Decidió que los fantasmas del pasado no iban a acudir a su rescate y, furiosa consigo misma, intentó calmarse. «Si mi hermana sigue viva, ¿por qué me lo han ocultado hasta ahora?», reflexionó. Tenía derecho a saberlo. En cuanto viese a Crevan pensaba patearle el trasero, vaya si lo haría. «¡Maldito tuerto hechicero!»

Kalen entró en la choza pasado ya el mediodía. Se acercó a ella, intentando arrancarle una palabra. Y sólo logró una: «¡No!», había bramado Elvia con gesto amenazador. Después de rechazar las tres comidas que le ofrecieron los asistentes de Kalen, ella se había limitado a aguantar con paciencia infinita la mirada fija de su compañero. Tampoco él comió ni bebió, y tampoco abandonó la choza. Permaneció tranquilo, mirándola, sentado sobre su catre, en el que acabó por dormirse, lo que la irritó todavía más. Se tumbó aún vestida y se tapó con las pieles hasta la altura de las cejas. La Torre de Breoghan ya volvía a reinar sobre sus dominios. Se hubiese jugado la garganta a que no cerraría los ojos, pero la hubiese perdido. El cansancio, en menor grado físico que mental, la hizo entregarse a los sueños con un único rostro en su imaginación: Wen, su hermana. Había dormido plácidamente hasta que la despertó la voz de Kalen:

—Nos vamos, Elvia.

—Ya te he oído, no hace falta que lo repitas. Pero no pienso moverme de aquí como no tengas una buena razón

para ello, y ya conozco las maravillosas vistas de tu guarida de comadreja.

—Vienen a matarte. ¿Te parece razón suficiente?

Si no lo era, al menos sí parecía persuasivo.

—Escúchame con atención, Elvia: no te hubiese alarmado si no fuese cierto. Sé que estás indignada y enfadada conmigo, pero no es momento para caprichos infantiles.

—No tientes a la suerte, Kalen.

—El tiempo apremia y marca sus pasos en contra nuestra. Si no vienes por las buenas, lo harás por las malas. —Al tiempo que decía estas palabras, entraron en la cabaña dos guerreros con cara de pocos amigos. Kalen no la amenazaba en falso—. Tus ropas y armas ya están sobre tu caballo. —«Muy hábil», pensó ella, «no va a permitir que me resista»—. No es necesario que te cambies, la ropa con la que has dormido servirá para hoy. Sorprendida, la montañesa cedió. No porque no se viese capaz de reducir a aquellos hombres en una lucha abierta, sino porque el semblante de Kalen era el mismo reflejo de un espectro nocturno. Parecía realmente atemorizado por algo desconocido.

Nada más salir al exterior, Elvia se dio cuenta de que, efectivamente, algo no iba bien. Docenas de soldados armados hasta los dientes custodiaban la cabaña; algunos blandían las espadas o mantenían el arco en alto, como si esperasen un ataque inminente. Su caballo relinchó al verla, lo que inquietó a las demás monturas.

—Montad —ordenó Kalen.

Ella, el druida y seis jinetes más salieron a galope tendido por las calles de Brigantia. Dos de ellos cayeron de inmediato, bajo las primeras saetas. Elvia tuvo el tiempo justo de cubrirse la cabeza con la caetra, que recibió tres impactos. Otro hombre fue abatido poco después desde la

muralla, justo cuando alcanzaban la entrada sur. Una lanza atravesó el aire en busca de su pecho. Entonces oyeron gritos que provenían desde el adarve, donde sin duda se libraba una batalla encarnizada, pero no volvieron la vista atrás. Elvia se colgó la caetra a la espalda, tal y como se enseñaba a los guerreros para que se protegieran de posibles sorpresas por la retaguardia. Bien le hubiese venido a los hombres de Kalen tal conocimiento del combate a campo abierto, pues otros dos se desplomaron cuando cayó sobre ellos una segunda lluvia de flechas traicioneras.

Consiguieron alcanzar campo abierto, pero todavía no estaban a salvo. Los tres supervivientes pudieron oír el inconfundible galope de caballos. Los perseguían.

—Hacia la ensenada —ordenó el druida.

El único guerrero que permanecía a su lado se colocó en vanguardia e impuso un frenético ritmo a su yegua zaina. Elvia estaba intentando calcular la distancia recorrida, cuando el hombre tiró de las bridas y detuvo la marcha. Desmontó con habilidad y corrió hacia un otero, deslizándose como una culebra. Desde su posición podría divisar toda la ensenada. El enemigo tardaría un poco en alcanzarlos.

—Despejado. Bajad con cuidado, la niebla ha rociado lo suficiente el sendero y, si no guiáis bien a los caballos, os partiréis el cráneo.

Aún no había terminado de hablar y ya caminaba hacia su montura. Descolgó sus armas y quitó la manta sobre la que cabalgaba. Tras propinarle una palmada en los cuartos traseros para que saliese trotando hacia el bosque, se volvió hacia ellos.

—Mi viaje termina aquí, Kalen —dijo, mientras se golpeaba con el puño en el pecho.

El señor de Brigantia no le respondió, sino que se limitó a darle una palmada en el hombro. Se despidieron con la

mirada.

—¿Me prestas tu carcaj, mi señora? Creo que no te lo devolveré, pero te doy mi palabra de que sabré aprovechar cada Hecha.

La montañesa dudó un instante.

—¿Te quedas? Están demasiado cerca y...

—Y un soldado ha de hacer aquello para lo que ha nacido. Esta es mi posición ahora —dijo al fin, agachando la mirada para no cruzarla con la de ella.

Era un suicidio. Los tres lo sabían. Lo masacrarían en cuanto consiguiesen desarmarlo. Y aun así se sacrificaba para que ellos pudieran ganar un tiempo precioso. Vital. Kalen comenzó el descenso mientras ella le dedicaba una última mirada agradecida. El brigante ya clavaba las flechas en la tierra, cada una a medio palmo de las que la flanqueaban. Desenfundó la espada, y también la clavó a su diestra y, con el arco en las manos, se quedó de pie, inmóvil, esperando a que el enemigo atravesase la línea del horizonte.

Su montura seguía a la del druida con dificultad. Sin duda hombre y bestia habían descendido por allí en más ocasiones. Quizás en peores condiciones. Docenas de árboles de media altura que la montañesa no supo reconocer se esparcían a ambos lados de la senda. Kalen tomó terreno de ventaja, y fue entonces cuando pudo ver el fondo de la ensenada sobre las copas picudas. Un embarcadero y una nave amarrada por cabos los esperaban.

## XIX

### El centro del tablero

#### ENSENADA DEL PEQUEÑO ARENAL. SUR DE BRIGANTIA

**L**os guerreros se aproximaron con precaución. El druida les había tendido un sinfín de trampas en la ciudad y Tarkum no podía permitirse perder más hombres en escaramuzas con los brigantinos. Un par de flechas silbaron en busca de la cabeza del caudillo ártabro.

—¡Es un solo hombre!

—Esperemos que no tenga cien flechas: lo hace mejor que vosotros —contestó, pensando que ya había abatido a tres de los suyos—. Ese soldado conseguirá su objetivo si no nos deshacemos de él enseguida; sólo pretende retrasarnos. Se sabe perdido. ¡Rápido! Movámonos para distraerlo y bajad por cualquier lugar que encontréis. ¡El barco no debe partir!

Aunque el brigante vendió cara su piel, la aplastante superioridad numérica se impuso con facilidad. Se había llevado por delante al menos a una docena de enemigos, pero lograron vaciarle los carcajs jugando al gato y al ratón entre los matorrales de monte bajo. Un guerrero enorme se

le acercó de repente. Intentó frenarlo con un par de golpes de su falcata, pero él se protegía muy bien tras su caetra y buscaba el enfrentamiento directo. Nada pudo hacer ante tal empuje. Apenas podía moverse, el peso del hombre y la dureza de la caetra lo inmovilizaron sin darle opciones. Pero sí sintió que algo afilado penetraba en su abdomen. Un alarido de dolor dejó paso a un espasmo. Se retorció como un gazapo entre los colmillos de un zorro.

—Bien hecho, Renacuajo. No perdamos más la maldita mañana. ¡Al embarcadero! —ordenó Tarkum.

Obedecieron mientras pasaban uno a uno junto al guerrero ya muerto para hundir los puñales en su cuerpo, para luego lanzarse sendero abajo como salvajes, siguiendo a su caudillo. Alguien comenzó a aullar un grito de guerra. Los demás acompañaron el coro.

\* \* \*

La montañesa se dio la vuelta al oír aquel vocerío infernal. Ya habrían vencido la posición del soldado e intentaban atemorizarles. No traían caballos. Un momento después, pudo distinguir a varios de ellos avanzando con saltos más propios de las cabras. Ni siquiera iban por la senda de la ladera que habían utilizado ellos. Aparecían por todas partes.

—¡Elvia, salta a bordo!

Ella obedeció y el señor de Brigantia descargó un hachazo sobre la maroma, sajándola de cuajo. La nave quedó así en libertad, impulsada por las olas de bajamar.

—¡A los remos!

No tardaron en tomar una distancia suficiente. Los soldados enemigos ya pisaban la playa de arenas blancas,

algunos corrían sobre los tablones del embarcadero.

—Son demasiados, Kalen.

—No son ellos los que deben preocuparte... —comentó éste, mientras lanzas y flechas se perdían en el mar, lejos de la diana humana—, sino aquellos dos. —Le señaló entonces hacia proa. Dos hombres nadaban hacia un islote que se alzaba entre las aguas de la ensenada como un vigía rocoso. El oleaje era manso y, encaramándose a la roca sin dificultad, buscaron una situación en la que mantenerse ocultos a los navegantes. El barco se aproximaba a ellos, enfilando la salida a mar abierto para dejar el islote por la derecha. Entonces aparecieron. Casi no les dio tiempo a reaccionar, cuando sus flechas volaban ya con la trayectoria adecuada. Estaban desnudos. Probablemente su ropa empapada descansaba al sol de mediodía sobre la piedra ardiente.

—¡Escudos! —gritó una voz femenina.

Los ojos ambarinos de Elvia no consiguieron identificar a la mujer que dio la alarma. Un manto de caetras se extendió sobre la cubierta. Oyó los impactos, incluso vio como un par de puntas atravesaban la madera con la que Kalen trataba de protegerla. Aquellos malnacidos habían identificado a su presa. Sintió rabia y dolor.

—¡Elvia!

Mucho dolor.

—¡Juntadlas másiiLa han herido!

Se miró la pierna izquierda. Parte de una flecha sobresalía un palmo por encima de la rodilla. Se había roto. Le pareció que pronunciaban su nombre justo antes de desvanecerse.

\* \* \*

Tres jornadas se evaporaron entre las tinieblas de su inconsciencia, y tres más habrían de evaporarse antes de que recobrase totalmente el conocimiento. Ese tercer crepúsculo fue el peor de todos. Los delirios se mezclaban con sudores fríos y las palpitaciones se volvieron tan constantes que llegaron a preocupar a Kalen. La montañesa llevaba un buen rato murmurando sin cesar frases sin sentido. Sólo de vez en cuando su mente hallaba la lucidez precisa.

—Te has olvidado a Ojo Derecho.

—No, pero está muerto.

—¿Muerto?

—Así es.

—Juro venganza... —Y con este juramento selló sus labios hasta el amanecer del sexto día de navegación. Sólo entonces el dolor cedió paso a la calma y una exigua paz acarició su cuerpo herido y cansado. El druida se quedó dormido a su lado, contagiado por la tranquilidad que transmitía y acunado por el suave cabeceo de la embarcación galaica. El mar del Norte, el mar Celta, arrullaba sus sueños.

## **CABAÑA DE ALDAHIR ROBLE GRIS. BRÚ NA BÓINNE. ERIN**

**L**os ojos de Angus Hal ya no preguntaban, sino que imploraban exasperados.

—¿Dice la verdad?

—La dice. La Dama Blanca es hija de Tautinkom. Tan cierto como que los dioses crearon las Tres Islas y las

naciones del mundo conocido.

—Dimos por muertas a las niñas y una de ellas vivió entre nosotros... —La voz de Hal reflejaba fielmente sus sentimientos.

—Entre vosotros, no. El Blanco me condenó a una vida que no desearías a tu más odiado bastardo. Pero ésa es una cuenta que he de ajustar yo, y la ajustaré en cuanto lo tenga a mis pies.

—Todos pensaron que te había asesinado.

—Créeme, yo misma lo deseé cientos de noches, pero no fue tan sencillo. Hay maneras de vivir mil veces más crueles que la muerte.

—¿Qué te hizo?

—No necesitas saber los detalles —Wen zanjó la discusión.

Kendrah tomó el relevo del interrogatorio.

—¿Y en qué posición se supone que nos deja tu aparición? —los interrumpió Kendrah.

—Creo que la posición del tablero está muy clara, aunque ésta no sea muy conveniente para vosotros dos. —Wen miró a uno y después al otro—. Las normas las marco yo, las piedras las muevo yo.

Por si no les había quedado claro, la pelirroja golpeó con ambos puños el madero que les servía de asiento a ella y a Aldahir. Un sonido sordo se extendió entre las paredes como un mazo.

—Y yo voy a mover la primera pieza de este juego.

La miraron expectantes.

—No vamos a Ellan Mannin. Quizás en otra ocasión puedas volver a la Isla de la Orilla del Agua. Y quizás entonces pueda yo conocerla.

—¿Pero el Consejo...? —replicó Angus Hal, asumiendo que Roble Gris no lo apoyaría esta vez.

—Aquí tienes al guía del órgano supremo de los druidas. Consideraremos que el Gran Consejo está al corriente de mis intenciones, si él consiente. ¿Qué opinas, Aldahir?

—Consiento. Yo me encargaré de explicárselo a mis compañeros. A su debido tiempo.

—¿Lo veis? Ningún problema. Ahora haré yo las preguntas. Actuaremos con rapidez. A mi modo. —Dirigió una dura mirada a Kendrah—: Tras acudir a Ellan Mannin, ¿en qué lugar pensabas embarcar a tus tropas?

—Lo ideal sería hacerlo en un puerto grande, tal vez Ahaglaslim, al sur..., pero quiero evitar que Irvyn se pueda anticipar a mis movimientos.

—Continúa —asintió Wen.

—He enviado compradores hacia el norte. Probablemente ya nos esperen con los remos sobre el mar. Si lográramos el factor sorpresa, me plantaría ante sus narices en Carn Euny, en la capital de su queridísima Kernow. Eso le dolerá, y no rehusará la batalla. Lo conozco demasiado bien.

—Igual que él a ti..., pero estoy de acuerdo. Si hay batalla mejor en la puerta de su casa. Quizá me seas de utilidad después de todo. Toda una sorpresa. —La ironía se deslizaba entre sus labios, pero Wen se cuidaba de no sonreír. No quería provocarlos de nuevo. No ahora.

—¿Y tú qué harás? —intervino Kendrah, dándole un respiro al rey.

—Acompañaros, por supuesto —replicó ella.

Era de suponer, pensaba el de Brú na Bóinne. Habían claudicado. Estaban tan aturdidos, que no encontraban argumentos para rebatir las exigencias de aquella mujer de la que al amanecer ni siquiera sabían de su existencia.

¿Cómo oponerse? Si Roble Gris no se oponía a su derecho de sangre, pues como tal lo había reconocido ante dos testigos de excepción, ellos tampoco podrían. Ambos sabían de la seriedad y celo del druida sobre cualquier asunto referente al trono. Y, si le daba alas a aquella pelirroja, a pesar de que hubiese preferido no hacerlo, era porque creía ciegamente en sus palabras.

Aldahir se sentía vacío, atormentado. Sus visiones... Lo que le había sido revelado en el túmulo sagrado parecía derrumbarse como un castillo de arena. Tal vez el futuro le reservase una misión diferente en esta ocasión. O simplemente estaba cometiendo un error devastador para la corona, pensó. Buscó a Nunn con la mirada, intentando que Wen no se percatase. En su cuerpo sin aliento halló una respuesta. Nunn había creído en su poder desde que era una chiquilla, y no se había equivocado jamás. Ni tan siquiera ahora, desde más allá de la muerte. Aldahir recordó entonces cada detalle de su visión, cada imagen, y decidió cambiar su enfoque. Su error había sido de cálculo.

Inspiró con fuerza, aliviado. Ahora podía regresar al centro del tablero, aunque debía ser consciente de que sus movimientos habrían de aguardar su turno.

—Me uniré a tus soldados, pero estaré lo bastante cerca de ti —continuaba Wen, mientras tanto—. No desveles mi identidad. Por el momento. Pero avisa a tus guardaespaldas. No quiero contratiempos y será desagradable para los dos si he de eliminarlos sin necesidad. Y no dudaré en hacerlo. Puedes inventarte cualquier excusa. Estarán acostumbrados a que se le acerquen todas las zorras del reino. Una más no llamará la atención. Y, sobre todo... —hizo una pausa hasta estar segura de tener toda su atención—, sobre todo, no me traiciones. Si se te ocurre hacerlo, si caes en la tentación, no encontrarás espadas suficientes en tu ejército. Ningún hombre o bestia impedirá que te arranque el corazón con mis propias manos.

Tres de los hombres que la estaban escuchando presintieron que Wen era muy capaz de cumplir su amenaza. Y el cuarto, el silencioso galo Meriasek, podría apostar su vida por ello sin miedo alguno a perder la apuesta.

—Hay algo más que conviene aclarar entre tú y yo, Angus Hal. Mi guerra no es contigo. A partir de esta noche nuestro enemigo es el mismo. Mi objetivo no es destronarlo. Es matarlo. ¿Estás de acuerdo?

Hal casi sintió piedad de Irvyn El Blanco. Casi. Su rival desde la infancia, el hombre al que había aprendido a odiar y a temer durante toda una vida, estaría en esos momentos tan tranquilo entre las piernas de una furcia. Podía imaginárselo ajeno a todo, sin sospechar lo que se le venía encima. Ya no le quedaba duda alguna de que aquella loba de cabellos cobrizos devoraría a Irvyn sin contemplaciones. Pero eso sólo si él lo consentía. Una cosa era que el majadero de Aldahir le hiciese plegarse ante la razón, y otra muy diferente que, llegado el momento, le cediese la presa a Wen. Pensaba cobrársela él mismo en persona, fuese quien fuese aquella maldita Dama Blanca. El rey de Erin meditaba en silencio.

—Está bien, tienes en mí a un aliado —masculló al fin entre dientes, en un tono casi imperceptible.

—Así me gusta —concedió ella.

Arrogancia no le faltaba. Iluso sería quien la acusara de ello.

## XX

### Singladuras

#### MAR DEL NORTE. AL ESTE DE BRIGANTIA

**H**acía seis noches que habían dejado atrás la luz mágica de la torre. Desde la ensenada, el barco había seguido la línea de costa sin adentrarse en las rías galaicas. No tardaron en navegar frente a la capital, manteniendo siempre una prudente distancia. Kalen suponía que en algún momento los perseguirían. Jugaba con la ventaja que habían tomado al zarpar, pero aun así no se fiaba. Sabía que Tarkum regresaría a Brigantia burlado y confuso, pero no demoraría su siguiente paso. Fletaría varias naves para lanzarlas al mar en todas direcciones, pero en cuanto su mente serenase la furia inicial, adivinaría su destino sin dificultad. Era evidente a donde los conducían los vientos.

Al druida le gustaba estudiar al enemigo, ponerse en su piel. Jamás lo menospreciaba. Un error así le costaría el pellejo. Tarkum, aparte de heredar por cuna el señorío sobre ártabros y albiones, se había convertido en un guerrero poderoso. Tenía contactos, oro y coraje. Tres cualidades que, junto con la astucia que ya demostrara en su juventud, lo convertían en un rival a su altura. Y Kalen no rechazaría tal

duelo. Muy al contrario, deseaba enfrentarse a él. Era cuestión de tiempo.

\* \* \*

El océano mecía el cuero del casco de la embarcación suavemente cuando Elvia recuperó la consciencia. Sintió un suave bamboleo. Trató de incorporarse, pero notó un ligero mareo, y un dolor intenso aunque soportable en la pierna izquierda, que le hizo empezar a recordar. Se llevó ambas manos hacia la rodilla, desde donde una venda le envolvía el muslo. Intentó mover la pierna buscando una reacción del músculo y se sintió aliviada. Quien la hubiese curado había logrado extraer toda la flecha. Lo contrario hubiera resultado peligroso; las astillas podían sajar la piel y los tendones, aparte de incrustarse en cualquier hueso cercano. Un hábil cirujano, sin duda.

Sin embargo, no pudo levantarse por completo. Aquella cámara independiente no alcanzaba su altura. Dio unos primeros pasos agachando la cabeza y con paso firme, aguantando el dolor. Recibió una bocanada de aire puro que la espabiló: el inconfundible aroma del salitre marino. Todo un regalo para sus pulmones, anegados por la atmósfera enfermiza que dejaba a su espalda. Amanecía. Los rayos del sol arrancaban destellos en la enorme vela de piel curtida que el viento del noreste henchía con fuerza. Fue entonces cuando se dio cuenta de la velocidad con la que surcaban las olas. Navegaban a favor del viento. Tardó unos segundos en situarse, y entonces vio que se hallaba en la parte de popa. Una muchacha gobernaba la espadilla. Era la única persona que vio sobre cubierta. Su saludo no fue correspondido. La muchacha, que le pareció más joven que ella, hundía su mirada intensa en la infinita línea del horizonte oceánico.

La cubierta tendría unos quince pies, quizá más. Bajo la sombra del mástil de roble, se sucedían varias tiendas similares a la suya. Las habían dispuesto a izquierda y derecha, pegadas a ambas bordas, en el lugar que hubiesen ocupado los remos de estar desplegados. De esta forma quedaba un estrecho pasillo en el centro que facilitaba el manejo de los aparejos de navegación. Barriles, remos, velas de repuesto, algunas de cuero, como la que inflaba ahora el viento, y otras de lino, más apropiadas para la brisa suave. Todo guardaba una alineación perfecta, casi podría afirmar que obsesiva. De repente, oyó risas y voces, pero no vio a nadie.

Se apoyó sobre la borda. Era muy niña cuando hizo su anterior viaje marítimo acompañando a su padre al destierro. Pero recordaba aquella nave, que había sido su prisión, y la de Tautinkom, una jaula sobre las olas. Se parecía bastante a aquélla... Construida con listones de madera de roble, cáñamo y mimbre, la habían revestido con pieles de buey cosidas a mano, que las rederas tejían con las mismas tiras de cuero con que se remataban las redes de pesca. Luego se aplicaban sucesivas capas de sebos y grasas animales, que al secarse impermeabilizaban el casco. La silueta se elevaba en popa y proa, rematando su armazón de madera con las cabezas talladas de un cuervo en la trasera y de un lobo al frente. Los dientes de la bestia parecían desafiar a las tormentas y a los mismísimos dioses marinos. El ave destacaba por sus grandes ojos, en clara desproporción con respecto a su cráneo y al pico. El cuervo se erigía en vigilante fiel. «Tras la estela del barco se hunden los malos augurios», pensó. Los tripulantes podían navegar tranquilos, al menos con respecto a las supersticiones marineras.

Elvia escuchó más risas, esta vez entre susurros. Provenían del más cercano de los improvisados camarotes y se decidió a asomar la cabeza. La calma habitual del ámbar que reinaba en sus ojos se trocó en curiosidad. Abrió la boca,

asombrada, pero nadie se percató de su presencia. Dos mujeres jóvenes, las dueñas del regocijo que había llamado su atención, se amaban. Desnudas, se repartían besos lentos y húmedos y caricias cargadas de pasión desenfrenada. Ambos cuerpos parecían entenderse a la perfección. El jadeo tomó el relevo a la risa picara. Sus movimientos resultaban tan rápidos que a Elvia le costaba distinguir cuál de las dos llevaba la iniciativa. Nunca había estado con una mujer. Se sentía como una ladrona, una intrusa, pero la curiosidad la podía. Elvia acalló un suspiro cuando ellas llegaron al orgasmo. Fue entonces cuando la montañesa hizo su propio descubrimiento. Fue entonces cuando lo vio.

Entre las sombras, recostado sobre una de las costillas de mimbre del armazón del barco, con la mirada perdida, la fisgona espiaba en silencio. «¿Qué hace aquí el druida?», se preguntó Elvia asombrada. La norteña olvidó que estaba espiando a las dos mujeres y pasó de la excitación al enfado sin encontrar una razón. Kalen las estaba mirando. ¡A ellas! No le correspondía a ella juzgarlo, y sin embargo lo hacía. Se notó ruborizada. Había intentado seducirlo en Brigantia y él la había rechazado. «Estúpida», se dijo. Las amantes seguían ajenas a las miradas cruzadas entre Kalen y la montañesa. Elvia se debatía entre los reproches a sí misma y las preguntas que quería pronunciar. El galaico permanecía indiferente. Ni se movía, lo que la indignaba más. Decidió retirarse. Allá ellos, que lo disfrutasen ya que podían.

Aún no había vuelto sobre sus pasos cuando la voz de la capitana tronó en el aire:

—¡No tengo viento, os necesito! ¡Despertaos!

\* \* \*

La mujer gritaba las órdenes acompañándolas con

extraños silbidos, que fueron obedecidos con una inmediatez increíble. Elvia se situó a su izquierda, tratando de no interrumpir la frenética actividad desencadenada en el barco en cuestión de un suspiro.

—¡Tú, sujeta la espadilla! Y mantén el rumbo hacia allí, fíjate en el mástil y mantén siempre el timón para que ambos tracen una línea recta. Al menos hasta que terminemos las maniobras y te diga otra cosa... —la mujer le señaló un punto en el horizonte con el brazo extendido—. Y no se te ocurra desviarte, ¿entendido?

Elvia asintió y se aferró al timón. Las mujeres se movían a gran velocidad; cada tripulante conocía su labor, el puesto que debía ocupar y en qué orden le correspondía hacerlo. Desplegaron los cabos al tiempo que enrollaban las maromas más gruesas, arriaron la vela de cuero e izaron su sustitua de lino. El druida participaba en los trabajos como uno más, y con ligereza, por lo que resultaba evidente que no era la primera vez que estaba en una situación similar. Sólo dejaron las dos velas más grandes, aquellas situadas en los extremos de la nave. La de proa era de mayores dimensiones que la de popa. Casi todos se dirigían hacia popa portando armas, cajas de provisiones o haciendo rodar toneles de agua. Fueron acomodando allí lo que antes ocupaba la cubierta, dejando ésta totalmente despejada para que los asientos de los remeros quedasen libres. Los remos ya sobresalían sobre las barandas de madera de roble, enfilados hacia el cielo, evitando que alguno pudiese caer al mar por accidente. Dos mujeres por remo; diez remeros a babor, diez a estribor.

—Espérame aquí —le dijo la capitana mientras se dirigía hacia el druida caminando entre las dos bancadas. Elvia aprovechó para hacer un rápido recuento. Parecía un enjambre de abejas. Entre la joven que tripulaba la embarcación, ella misma y las remeros, porque eran todas remeros, contaba veintidós mujeres a bordo. ¡Y un solo

hombre!

—Vaya canalla... —rezongó en voz baja.

Toda una colmena para un solo zángano. Faltaba saber si tenían abeja reina o lo eran todas.

—Cuando quieras, Kalen. El viento no empuja y la navegación se hará más lenta. Nos retrasaremos más con el lino desplegado.

—Calculo que el viento se mantendrá en calma hasta el ocaso. Luego volverás a gobernarlo en condiciones. Para entonces soplará con fuerza. —El druida examinaba las nubes que dejaban a babor— Tienes razón, nos vendrá bien desentumecer los músculos.

—Ya lo habéis oído, guerreras. ¡Remos al agua!

Las palas de madera cayeron a un tiempo al mar. Comenzaron a bogar, lento al principio, constante después.

—Quédate a mi lado y aprende —le espetó la capitana a la montañesa. Ésta se hizo a un lado y le entregó el mando de la espadilla. No le volvió a hablar, sólo sonreía al mirarla. Elvia se sentía incómoda, pero no se movió ni medio paso de allí. Observó a su alrededor la cubierta mientras su muda compañera manejaba el timón. El funcionamiento de la maquinaria humana era perfecto, acompasado. Ni siquiera les hacía falta escuchar una voz o un tamboril que les marcara el ritmo. Lo hacían por instinto, compenetradas. Los remos se incrustaban en las olas justo en el mismo instante. Impulsaban y recogían, y de vuelta al agua. Incansablemente.

De vez en cuando, alguna de ellas pedía agua al druida, y él acudía solícito a la petición, portando un caldero de madera y un cucharón. Se la servía con su propia mano, acercándoles el cucharón a los labios. Una vez más rompió los esquemas de la montañesa. Cuando comenzaba a pensar que aquel hombre era el mayor sinvergüenza del mundo

celta y que utilizaba a las mujeres como a esclavas a su antojo, aquel sencillo gesto la dejó boquiabierta. Y, de repente, sin mediar palabra, se despojó de la túnica, quedando vestido únicamente por el pantaloncillo de gasa que llevaba debajo, hizo una seña a una de las muchachas, que se irguió para cederle su puesto, y comenzó a remar.

Los músculos de Kalen se marcaban en su espalda mojada, cuya piel sudorosa adquiría un curioso brillo bajo el sol justiciero. A partir de ese momento, todas las chicas se fueron turnando, y la que descansaba tomaba el relevo de una de sus compañeras. Eso sí, en distinta posición a la que había ocupado en la ocasión anterior. Elvia sonrió. Hasta aquello había sido ensayado hasta la saciedad. Esperó pacientemente hasta que finalizó una ronda completa, y entonces se acercó a la remera a la que le tocaba volver al banco. La detuvo, apartándola suavemente con el brazo, y se sentó en su lugar, justo al lado del druida. Por una vez, fue ella quien logró sorprenderlo.

—¿Molesto?

—Muy al contrario, nos vienes muy bien. Pero me temo que la falta de costumbre te hará sufrir. Es comprensible, nadie te lo reprochará —le guiñó un ojo a la montañesa.

—No abandonaré —replicó ella, intentando mantener el ritmo. Apretó los dientes. Sentía la presión en la herida cada vez que encogía las piernas para luego tensar la espalda e imprimir movimiento al remo. «Soportable», gimió para sí misma. Debía remar en sincronización con Kalen, su compañero, y a su vez con el resto de las mujeres. Si uno fallaba, fallaban todos.

—Lo harás —insistió él.

—Te crees que lo sabes todo, ¿verdad? Que poseas las claves y te manejes bien con la magia negra y tus trucos de hechicero, no te desvelaré mis secretos. No me conoces, Kalen de Brigantia. —Elvia le devolvió el guiño, con lo que

provocó alguna risa tímida entre las demás mujeres.

—Eso ya lo veremos. Cuando no sientas esa pierna o te sangren las manos, abandonarás.

—Rema y calla, maldito brujo. Nos harás perder el compás y no creo que quieras llegar tarde a tu cita con los dioses. —De nuevo risas ocultas, que esta vez se multiplicaron, sin respeto al druida.

La embarcación galaica navegaba a una velocidad aceptable, teniendo en cuenta que lo hacía sólo impulsada por la fuerza humana. La calma del océano les favorecía y la quilla conseguía abrir las olas como si el dios del averno les mostrase el camino. Elvia resistía sin dar muestra alguna de debilidad. Ni siquiera la vigilancia intensiva de Kalen lograba ponerla nerviosa. Aun así, la pierna le dolía cada vez más. El sol apretaba con fuerza en sus últimos coletazos de la jornada, dificultando el esfuerzo de la tripulación. Comenzaba a notarse una ligera brisa y la vela de lino ya recogía alguna que otra racha de viento. La montañesa suspiró con alivio. El aire la ayudaba. La resistencia que recibía el madero era sensiblemente menor y ello se transmitía a sus manos, que aflojaron el ritmo. No tardaron en ser guiados únicamente por los vientos del suroeste, mientras la capitana se debatía entre izar o no de nuevo la vela de cuero. Decidió esperar a que entrase la noche.

—¡Alzad los remos! Podéis descansar. Y, por los dioses, no los dejéis estorbando en mi cubierta como siempre.

Elvia sonrió al oírla mientras esperaba su turno para beber. Aquella mujer había nacido para mandar. Hasta el propio Kalen reconocía su autoridad y se comportaba como un marinero más. Una muchacha repartía piezas de fruta y varias hogazas de pan, que recogía del interior de una cesta de mimbre. El esfuerzo había llamado al hambre y la montañesa devoró su ración. Su estómago aún estaba vacío. Necesitaba comer algo más o no aguantaría otro envite igual,

por mucho que quisiese mantener el duelo con el único hombre a bordo. Un aroma irresistible acudió a su rescate. Un par de guerreras calentaban un guiso en un caldero de cobre. No las había visto prender el fuego y no sabía de dónde habían sacado aquel caldero. Se fijó en que la débil llama del fuego jugueteaba con un pequeño montón de ramitas, colocadas sobre lo que parecían losas de pizarra y rodeadas por cantos redondeados, para que el calor del fuego no pusiese en peligro al barco.

—Gracias —suspiró cuando le ofrecieron un cuenco lleno y otro trozo de pan.

Un caldo de carne de venado y verduras cocinadas que no supo identificar. A falta de cuchara, se ayudó con pan hasta que al fin sorbió el líquido restante. Estaba realmente sabroso.

\* \* \*

Cuando acabó, se dio cuenta de que era la única que había cenado sola. El resto había formado corros dispersados por la cubierta. Kalen, como era de esperar, estaba rodeado de muchachas que lo miraban con adoración. Elvia se hizo la promesa de no perder más el tiempo con las aventuras amorosas de Kalen. O al menos de intentarlo. Miró hacia el mar para ahuyentar sus pensamientos. Y el mar la apartó de su enésimo arrebató de niñerías de la jornada.

Las olas del océano norteño la sedujeron. Batían las unas contra las otras, como hermanas, con fuerza pero libres. Llenaban de hermosura salvaje todo el horizonte verdoso que rodeaba a la nave, y sin embargo parecían envolverla con el abrazo amoroso de una madre. El sol caía ya, entregado, exhausto. Había impuesto su ley desde el amanecer y el cansancio parecía hacer mella hasta en él. Se retiraba

enrojecido y hermoso, perdiéndose lentamente entre las olas como si el océano quisiera engullirlo para siempre. Elvia se rindió ante el paisaje. Un extraño silencio lo envolvía todo, el barco, su tripulación e incluso el océano, que parecía rendir pleitesía al astro que desaparecía lentamente bajo la superficie. Durante un eterno instante que la montañesa no supo cuantificar, cualquier sonido reconocible desapareció. Ni el rugido del mar, ni el empuje del viento. Nada. Comenzaba el reinado del satélite terrestre. La luna, fiel a su cita, se dispuso a embrujar a los hombres. Como cada noche. Como cada vez que lograba ganar la partida a la diosa de las tormentas y sus odiosas nubes, las únicas capaces de ocultar su belleza sin par. La montañesa se hallaba inclinada sobre la borda de babor, reposando los codos sobre la baranda y el mentón en la palma de las manos abiertas. Se sentía, al fin, relajada. Pero fue un espejismo. Los sonidos la sobresaltaron de nuevo. Primero el crujido del mimbres y el cáñamo que reforzaban la estructura de roble de la nave, luego el impacto de las olas, el soplo del aire de costado... Y al fin una voz.

—Bonita noche, ¿verdad, Elvia? Hacía tiempo que no veía lucir aquellas estrellas con tal intensidad.

El druida se había acercado por la espalda sin que lo oyese. Desde luego estaba desubicada; en tierra firme lo habría intuido. Kalen señalaba hacia la constelación del Arquero.

—Parece como si te esperasen.

—¿A mí? —rezongó, enojada por darle la razón interiormente a Kalen. El brillo de las estrellas era extraordinario.

—¿A quién, si no? Ahora tú eres el faro que has de guiarlas. A las estrellas y a nosotros.

«Otra vez», se dijo Elvia. «Y vuelta a los juegos de palabras y a las intrigas...»

—Creo que te debo un par de explicaciones. En Brigantia querías hacerme algunas preguntas. Ha llegado el momento.

En eso también tenía razón. Antes de que abandonasen la ciudad del fin de la tierra, antes de que matasen a Ojo Derecho, aún no sabía cómo, antes de que la hiriesen... Demasiados «antes de», demasiadas preguntas. Era el momento.

Viajaba en un barco que atravesaba el averno al que todas las generaciones celtas habían temido. Lo hacía en compañía de veintiuna mujeres y un solo hombre, y empezaba a tener claro que sus primeras apreciaciones no eran equivocadas. O era un loco o estaba en camino de serlo. Sabía que navegaba en busca de su muerte y que su destino los aguardaba en algún punto desconocido de Erin.

## XXI

### Batalla inminente

#### ERIN. AL NORTE DE BRÚ NA BÓINNE

**E**l rey marchaba en cabeza, como siempre que su ejército cabalgaba contra el enemigo. Como siempre que el calor de sus amantes y el adiós de Teamhair na Rí quedaban tan atrás que parecían pertenecer a otra vida. Desde el mismo instante de la partida, cada guerrero ofrecía su sangre a Angus Hal. La batalla podía costarles la muerte. Pero cada guerrero conocía las reglas. Jamás retarían a los dioses, marchaban convencidos de que les otorgarían una victoria. A veces ganaban, sí. Otras, en cambio, recogían a los muertos y se lamían las heridas. Y jamás retarían a su rey, que estaba por encima de los mismísimos dioses; él, Angus Hal, su señor y al tiempo compañero de armas, el primero en entrar en combate, el que nunca abandonaba su puesto. Angus Hal sonreía. La aparición de Wen lo había descolocado, enfurecido, pero la templanza adquirida con los años lo ayudó a mantenerse en el lugar que le correspondía. En su juventud hubiese arrasado con Damas blancas, Robles Grises y con cualquiera otro que se le hubiese interpuesto. No hubiese dudado en convertir todo Brú na Bóinne en una

enorme hoguera, con la cabeza del jefe Kendrah clavada en una pica en el centro de las llamas. Pero había aprendido bien las lecciones del pasado. Ahora Irvyn, el maldito, no podía imaginarse que él marchaba hacia su territorio con el mayor ejército que había pisado las Tres Islas. La joven Dama le proporcionaba la excusa perfecta. Su ambición le había hecho convocar a las levas antes de conocerla. Las pretensiones de Wen, avaladas por el propio Aldahir, lo alejaban de la triple corona. Pero, aun así, el nuevo escenario le convenía. Y mucho. Podía luchar contra El Blanco sin pasar la prueba del Gran Consejo. Pese a que ya contaba con la complicidad de Roble Gris tras la llegada de Kendrah a Teamhair na Rí, hubiese perdido un tiempo muy valioso con el viaje a Ellan Mannin. Si las cosas iban como esperaba, dejaría su visita para después de la guerra. Con la victoria en la mano, y sólo con pronunciar el nombre de Tautinkom en presencia de su hija, el Consejo de las Tres Islas se rendiría a los pies de su aliado. Sabía de la vanidad de los sabios y conocía sus defectos. Ofrecerles la paz tras ríos de sangre los calmaría por haberse saltado las reglas, y al tiempo le permitiría mantener, como mínimo, su reinado en Erin. Y aún estaba por ver que aquella chiquilla terminase con vida una lucha de hombres. Por eso sonreía, lo inesperado podía ofrecérselo todo. Y eso era exactamente lo que él buscaba, como lo buscaba su enemigo Irvyn desde la infancia. Todo.

\* \* \*

Tras el rey y su escolta cabalgaban Wen y el galo Meriasek. A corta distancia del gran hombre, tal y como había prometido en la choza del druida. Y, como también predijo, no fue tarea difícil pasar desapercibida. La llegada de desconocidos tras su parada en Brú na Bóinne había sido constante. Los mensajeros recorrían la comarca llevando la

noticia de la inminente entrada en combate del monarca. Regueros de hombres y mujeres, armados hasta las pestañas, se iban incorporando a las filas en cuanto los cascos de las monturas retumbaban en sus pueblos o aldeas. Ningún habitante del este de Erin quería fallar a la llamada. Wen se volvió para mirar la retaguardia de la columna serpenteante. No logró verla. Tenía que reconocerlo: jamás había visto un ejército tan numeroso. Ni siquiera cuando su padre e Irvyn El Blanco se enfrentaron en Cathoir Gall. A pesar de que su madre intentó evitar inútilmente que sus ojos viesen lo que sus oídos sí escuchaban, lo recordaba muy bien: la llamada de la muerte.

La presencia de mujeres en las tropas era habitual. Al principio habían luchado para proteger a los suyos en ausencia de los hombres, siempre enfrentados con los clanes vecinos en alguna pelea. Luego guerrearon como uno más. No pocas féminas se habían hecho con la gloria en la batalla y con la fama en las canciones de los bardos. La mujer celta era igual a sus compañeros varones. Así Wen conseguía camuflarse con facilidad; una más que se sumaba a la causa. Nadie se fijó en ella. O casi nadie.

Eileen tenía perfectamente identificada a la corte que rodeaba a Angus Hal. Y allí había alguien a quien no reconocía.

—Buen día para embarcar, ¿no crees?

Wen la miró de reojo, sin molestarse en contestar.

—Tal vez tenga fortuna y no sepas hablar. O te hayan arrancado la lengua, lo que me facilitará las cosas y me agradará mucho más.

La pelirroja clavó una mirada furiosa en aquella insensata. Vestía ropajes finos, impropios de una guerrera o de una escudera. La insensata era noble. Sin duda.

—Te he estado observando.

—¿Y has aprendido algo? —Wen decidió romper su silencio, para que la desconocida mostrase sus intenciones.

—Desde luego. Sé quién eres y lo que pretendes.

Ni el rey ni los de Brú na Bóinne se habrían ido de la lengua tan rápido.

—Lo dudo.

—He visto cómo lo miras, cómo Angus Hal te devuelve el cumplido a escondidas. No se me ha escapado. ¿Crees que eres la primera en abrirle las piernas? ¿Que tú vas a ser distinta a las demás? Deja que te dé un consejo: lárgate ahora que puedes y no te aplastaré como a las demás. Si no, te aseguro que no tendré piedad. A un hombre así no se le camela con buen sexo y tu dulce acento de Alba. Buen sexo lo tiene cada noche y con quien le apetece, aparta tus redes pelirrojas de alguien que te queda tan grande.

—¿Y tú quién eres? Supongo que la jefe de clan de las furcias reales...

—Maldita zorra, no te atrevas a hablarme de ese modo. Soy Eileen, la prima del rey.

—Que seas su prima no empaña tu labor como grandísima furcia —se mofó Wen.

Eileen no estaba acostumbrada a que la ultrajasen y menos en público. Los soldados más cercanos permanecían en silencio, atentos al duelo dialéctico que había iniciado Eileen, que trocó su mueca en un gesto de ira.

—Me parece que no me has entendido...

—Eres tú la que no entiende nada —la interrumpió Wen—. Si se me antoja que Hal meta su verga entre mis piernas, ni tú lo impedirías ni él lo rechazaría. Créeme. —La forastera había acercado lo suficiente su yegua al caballo de Eileen como para que ambas monturas resoplasen al tiempo. Meriasek se removió en su silla, en previsión de problemas—.

Pero busco compañía, y tal vez tú puedas ayudarme, soy nueva por aquí. —La pelirroja se agarró a las crines de su montura con la mano izquierda para inclinarse hacia Eileen. De repente, con la derecha le tiró bruscamente de la melena, y Eileen soltó un quejido. Se acercó a su rostro, le buscó la boca y la besó sin aviso. Se retiró con un provocativo mordisco. La sangre le rodó por la barbilla.

—Me interesas tú, guapa —le soltó la pelirroja, guiñándole un ojo—. Cuando el ejército detenga su marcha, ven a buscarme y te juro que te haré experimentar placeres que nunca has sentido antes. —Al pronunciar esta última frase, le mostró el látigo enrollado en su cintura.

Los guerreros que las rodeaban estallaron en carcajadas, lo que aún irritó más a Eileen. Tiró de las riendas de su caballo con violencia para apartarse de Wen.

—¡Zorra!

—Sí, eso ya me lo habías dicho. Apártate de mi camino y, cuando estemos las dos solas, busca algo más apropiado para susurrarnos a nuestro amigo y a mí. —Y, con fiereza, levantó el látigo para que lo pudiera ver bien.

Los susurros se extendieron con rapidez entre los hombres. El rumor molestó a Meriasek. Que cada noche soñase y callase no quería decir que olvidara el restallido salvaje de aquel látigo.

—¿Meriasek?

—¿Necesitas algo, Wen?

—Nos conviene acercarnos a esa mujer; es amante de Hal y es posible que sepa cuáles serán sus próximos movimientos. Ve tras ella. Además, es atractiva, no te vendrá mal un desahogo.

—Comprendido, te iré informando. —Meriasek hizo volver a su caballo en dirección contraria y cabalgó tras ella. Wen buscó a Hal con la mirada al frente de la columna. Sin el

galo, y sobre todo sin aquella visita inesperada, podría vigilar los pasos de su aliado sin distracciones. Un error y sus planes se vendrían abajo. No lo permitiría.

\* \* \*

Extrañado, Kendrah vio pasar al esbirro de Wen acompañando a Eileen. El caudillo cabalgaba junto a Aldahir Roble Gris, para quien habían habilitado una carreta al partir del poblado. El druida había experimentado cierta mejoría, pero insuficiente para emprender viaje. Y menos un viaje como aquél. Partía de casa, de su hogar, y lo llevaban a la guerra. Había tenido un par de visiones la noche anterior. Había velado y despedido a Nunn, a la que había sepultado en un bosque cercano a la aldea. A ella le hubiese gustado. Lo habían hablado muchas veces. Le horrorizaba el fuego desde que ella misma prendiera la pira funeraria de propios padres y hermanos. Ahora los restos de su amante y amiga descansaban en el mismo lugar en el que se habían amado por primera vez. Toda una vida. La rapidez con la que se desarrollaban los acontecimientos tras la llegada de la Dama Blanca y el rey de Erin le impidieron una despedida más adecuada. Sabía que a ella no le hubiese importado tan fugaz adiós, y que allá donde se encontrase ahora seguiría protegiéndolo. Su reina sin corona. Aldahir deseaba y creía que Nunn se había convertido en su Estrella del Norte, y estaba absolutamente convencido de que habría contemplado las mismas escenas que él mismo durante la falsa calma del sueño. Sus visiones.

La primera lo despertó entre sudores de angustia al poco tiempo de haber caído rendido sobre el lecho. La mezcla de imágenes más que conocidas, idénticas a las recibidas en su visita al túmulo sagrado del Bóinne, con otras que todavía lo

empujaban más hacia el abismo de las sombras, víctima del desconcierto. Y esta vez no había sido necesaria ninguna pócima. Su muerte y Nunn. Sin explicación lógica, y menos con su amante muerta y sepultada. Los cadáveres de miles de guerreros sobre tierras de cosecha, imagen que sí comenzaba a tomar cuerpo con la inminencia del duelo a muerte entre los reyes, espoleados por la Dama Blanca. Ella había estado presente en las profecías originales, la mujer del rostro ensangrentado. Wen era la fuente de las dudas de Aldahir. No sabía interpretar un augurio fiable. No era solamente la muchacha pelirroja quien protagonizaba tales augurios. ¡Ahora eran dos! Dos mujeres con la piel de la cara rasgada y manchada de sangre. Ambas con la mirada fiera y los dientes apretados. Ambas luchando por su vida e intentando clavar su falcata en el corazón de la otra. Y docenas de guerreras peleando a su alrededor, también a muerte y por parejas, en un principio formando un círculo que dejaba a las dos primeras en el justo centro; luego acercándose a ellas, diluyéndolas en una lucha global. Desaparecían entre las guerreras. Y así se esfumaron de las alucinaciones del druida, como engullidas por una niebla que en realidad reinaba en la mente de Aldahir. Hasta que todas interrumpieron la batalla para volverse hacia el único espectador, el hechicero Roble Gris. Ya no eran humanas. Eran animales salvajes que a buen seguro provenían del inframundo, con grandes ojos y bocas horribles, con la mirada inyectada en sangre. Reflejos de la muerte, todas ellas.

Aldahir sintió un escalofrío.

—¿Te encuentras bien?

—Sólo cansado, Kendrah. Sólo cansado.

Volvió a recostarse sobre la paja. La siguiente señal de los dioses no le preocupaba tanto. Agarró con fuerza la bolsita de cuero que colgaba de su cinturón, donde

tamborileaban los frascos que rellenara Nunn. La noche anterior había sido la última que había dormido en su vieja cabaña, jamás volvería a ella, ni a Brú na Bóinne, ni a Erin. Había emprendido la aventura final.

Kendrah lo vigilaba de reojo. Le preocupaba el viejo y le preocupaba todo. Roble Gris trataba de disimular su estado, pero era evidente a ojos de quienes lo conocían. Y además, los acontecimientos... Hacía sólo cuatro jornadas que Kendrah había llegado a Teamhair na Rí con el encargo del druida. No hizo falta convencer a Angus Hal. En cuanto le relató las visiones, dio la orden a sus capitanes e hizo desperezarse a las tropas. Listas para el combate. Era la situación esperada. Angus acudiría a Ellan Mannin, solicitaría formalmente el permiso del Gran Consejo de las Tres Islas, quienes ya estarían informados de antemano, y comenzaría la batalla. Así de simple. Tan sencillo. Sencillo hasta que llegó ella. La mujer más misteriosa que había conocido. Y todo se vino abajo. Los planes del rey y los de Aldahir. Ella había asesinado a Nunn y, sin embargo, Aldahir la respaldaba. Podría cortarse una mano para saber si estaba viviendo un sueño, pero todo aquello era demasiado real. Sus propios guerreros, sus vecinos, se habían unido a las milicias. Avanzaban sin pausa en busca de Irvyn El Blanco. Y salvo un puñado de hombres, entre los miles que cabalgaban o caminaban con ellos, nadie sabía que los comandaba el rey pero que los dirigía ella. Él, Kendrah de Brú na Bóinne, Roble Gris y aquel maldito galo que acababa de ver con Eileen. Un trono en juego, una guerra por hacer, y la sombra de Eileen agazapada tras él. O no volvía vivo de Kernow, o acabaría loco de atar para el resto de sus días.

\* \* \*

—¿Y por qué la sigues si te ha hecho esto?

Eileen, desnuda y todavía sofocada, repasaba todas las cicatrices de la espalda del galo. Podría llevarle un buen rato, porque Meriasek lucía una inigualable colección de heridas, no todas de combate. Ni por accidente.

Él, sentado sobre la hierba, observaba ya tranquilo el paso de la soldadesca. La insaciable sureña lo había dejado baldado, y ella no parecía dispuesta a dejarlo marchar todavía. La prima del rey Hal se sentaba por detrás de él.

—No entiendo que le perdones algo así. Eres un guerrero fuerte y poderoso, las mujeres débiles deberían rendirse a tus deseos.

—Te aseguro que no se lo he perdonado —respondió el hombre justo cuando identificó a Wen, a la que había perdido de vista, remontando la columna de caballería de vanguardia.

—Desconozco los motivos que la han traído hasta aquí —continuó ella mientras lo acariciaba, excitada de nuevo—. Pero, créeme, como no me convenzan la aplastaré como a una araña. Y no hemos empezado demasiado bien.

—La conozco mejor que nadie. Los motivos de Wen sólo le convienen a ella. Siempre es así.

—Hasta que encuentre alguien a su altura. O por encima de ella.

—Es ella la que tiene el auténtico poder.

—¿La admiras? —preguntó Eileen sorprendida, sentándose sobre las rodillas de su amante—. Responde, ¿de verdad la admiras, aunque te trate como a un esclavo?

—Admirar no es la palabra. Le he visto hacer cosas que ni se te pasarían por la imaginación.

—¿Algo como esto? —La mujer se puso en pie, dejando su vulva justo ante la boca de Meriasek—. Dime, Meriasek, ¿cuántas veces te has acostado con ella?

—Jamás.

No le hizo falta ni una palabra más. El tono con el que pronunció aquel «jamás» fue suficiente. Resentimiento. Tal vez odio. Aquello le convenía.

Entonces se agachó, buscando el roce cuerpo a cuerpo, y comenzó a acariciarle el pecho con los pezones mientras lo besaba, provocativa. Le mordió los labios, los lóbulos de las orejas, le ofreció los senos y de nuevo la boca. Posó las rodillas sobre la hierba y sus caderas empezaron a moverse con habilidad, buscando la erección del hombre. La encontró. Y volvió a amarlo a pesar de que él hubiese apostado a que no lo conseguiría.

\* \* \*

El rey levantó el brazo izquierdo. Uno de los capitanes gritó algo indescifrable y, de inmediato, sonó el cuerno. Su sonido grave y profundo alcanzó la retaguardia; el eco hizo que retumbase la tierra que pisaban. Kendrah alentó a su caballo y se aproximó hasta la posición de Angus Hal.

Cientos de soldados siguieron al caudillo de Bóinne hasta alcanzar la cima de un larguísimo montículo que, por tramos, era en realidad una duna de arena. A sus pies se extendía una interminable cala abrigada de los vientos marinos. La vista no alcanzaba el final del majestuoso puerto. En el mar, las aguas mansas, que entonces recibían la caricia de la marea alta sin apenas oleaje, rebosaban de invasores flotantes. Endebles barcos de pesca, otras naves más recias y grandes, y hasta botes con apenas capacidad para media docena de tripulantes lo llenaban todo. Ningún bardo había cantado algo así.

Perplejos, observaban algo que con seguridad se

convertiría en leyenda. Kendrah pensaba, sin temor a equivocarse, que podría atravesar la cala de punta a punta pisando sobre las cubiertas de madera, cuando una voz conocida rompió el silencio a su espalda.

—¡Por los tres dioses! Nunca el mundo ha visto una flota como ésta.

Aldahir Roble Gris avanzaba con dificultad, ayudado por un guardia del rey. También él, curtido en mil aventuras y más experimentado que cualquiera de los presentes, se sentía abrumado por lo que tenía delante.

—Si estuviese en el pellejo de Irvyn El Blanco y sospechase lo que se me viene encima, me echaría a temblar —le respondió Kendrah.

Las huestes reales bajaban hacia la playa, como una legión de hormigas, o eso parecían. Hormigas que ocupaban cada palmo de arena y que se unían a las que ya aguardaban junto a los barcos. Los emisarios de Angus Hal habían cumplido su misión. Aquel inmenso ejército se preparaba para el descanso en su última noche en Isla Esmeralda.

Antes de que se pusiese el sol, las hogueras se extendían por toda la playa. La temperatura era buena y el rey no se molestó en ordenar que desplegasen las tiendas. Quizá quería disfrutar en compañía de los suyos del cielo estrellado, que comenzaba a reinar sobre las aguas plateadas por la luz lunar. Quizá también el monarca se despedía de su isla. A su manera.

—No te equivoques, muchacho —Aldahir posó una mano sobre su hombro—. Hoy asistes a un hecho grandioso, único. Pero Irvyn no rehuiría luchar contra un ejército aún cien veces más numeroso que el nuestro.

—¿Así lo crees?

—Lo sé. La señora del más allá está afilando todas las guadañas de las que dispone. —Hizo una pausa para

sentarse sobre la cresta de la duna y miró a Kendrah fijamente—: Y si no le llegasen, me apiadaría del herrero que tenga que forjárselas. Mi piedad para el fuego y mi piedad para el yunque. —El druida suspiró profundamente—. Ruego a Teutates y a los señores de la noche que guarden algo de su piedad para nosotros. Nos hará falta.

## XXII

### Confesiones

#### MAR DEL NORTE. A UNA NOCHE DE NAVEGACIÓN AL OESTE DE ERIN

**K**alen la agarró de la mano y la obligó a caminar a su lado. Se acomodaron en la tienda de popa, la más próxima a la timonel de la nave. Elvia guardó silencio. Salvo el breve instante en que ella misma había tomado la espadilla, siguiendo la orden de la capitana, nadie la había relevado. Ni Kalen ni ninguna de las muchachas. Cuando se volvía a mirar, ella siempre estaba allí. El druida esperó a que Elvia se sentase primero y luego la imitó, situándose frente a ella. Los separaba apenas un palmo, y la chica sintió que aquellos ojos azules la penetraban. Él vestía la misma túnica que llevaba el día que se conocieron en Brigantia, a los pies de la Torre de Breoghan. O aquella u otra idéntica, pues los bordados se repetían en los ropajes de Kalen.

—Veo que llaman tu atención. Y no es la primera vez, ¿no es cierto? —dijo, acariciando los símbolos de la bocamanga.

—Son bonitos. Cualquiera pensará que son simples

adornos propios de tu casta. Ropajes nobles y más elaborados. Pero, o me equivoco, o encierran algún significado...

—Chica lista. Fíjate bien. —Los recorrió con el dedo índice. Varias espirales. No despertaron especial curiosidad en la montañesa. Demasiado comunes. En apariencia no guardaban relación, ni siquiera estaban unidas por el hilo, que además intercambiaba colores. Pero el dedo iba trazando una figura. Y luego otra—. Constelaciones. ¿Las ves?

Elvia asintió, de repente emocionada, mientras seguía con atención el camino que iba marcando el índice.

—¡Un mapa! Las estrellas proyectan un mapa, ¿verdad? Como la Cadena de Lugh.

—Exacto.

—¿Y a qué lugar pertenece, Kalen?

El druida se rio, divertido.

—No puedo desvelarte mis secretos tan pronto. No podrías encajarlos. Además, por algo se llaman secretos. — La risa se volvió carcajada, rompiendo la tensión creada previamente.

—Ya... —Elvia no parecía muy convencida.

—Puedo decirte que no se trata de un solo lugar; son varios itinerarios diferentes..., y tal vez llegues a necesitarlos.

—Si es así sería conveniente que los conociese, ¿no crees?

—A su debido tiempo los dominarás como la palma de tu mano.

—¿Y si no estás cerca cuando los necesite? —dijo; o no tenía la túnica bordada, pensó.

—Estaré —Kalen zanjó el asunto rotundo.

Elvia acariciaba el tejido. Se imaginaba que todo aquello y lo que representaba se hallaba perfectamente guardado en la mente de Kalen. Si pudiese contemplarlo desde tan cerca como lo hacía ahora, en más ocasiones..., lo memorizaría, o intentaría dibujarlo en un lienzo, o tallarlo en el dorso de su caetra. Pero, ¿cómo hacerlo sin que él se enterase?

—Sé lo que piensas. Hazlo de otra forma. A veces no importa lo que crees que ves, sino lo que hay más allá.

—Lo que no veo.

—Eso es.

Más enigmas y más misterio. Debía recordar aquellas palabras. Empezaba a conocerlo. Le planteaba las preguntas, le daba pistas, pero no le ofrecía soluciones. Quería que ella las encontrase.

—Escucha, Elvia. Hay señales secretas en muchos lugares, y has de aprender a interpretarlas. No siempre estarán al alcance de tu mirada, quizá porque quien nos las deja quiere ocultarlas.

—Comprendo, para que no estén al alcance de cualquiera.

—Quien debe hallarlas las hallará si está a la altura y sabe observar con atención y paciencia. Pero, ojo, solamente si busca donde debe buscar. Encontrarás tus propias señales, y el resto dependerá de ti misma.

—¿Y si las tengo ante mí y no conozco su significado?

—Si es así, no podré ayudarte.

—He de buscar yo sola en el mapa.

—No siempre, aunque sí conviene que sepas hacerlo. Nunca des nada por hecho; cualquier lugar, cualquier objeto puede esconder lo que ansias encontrar. No siempre tendrás una Cadena de Lugh, ¿me comprendes?

—Creo que sí.

—Bien. Fíjate en esta espiral, la has visto antes, pero no sabías qué debías buscar dentro del laberinto. ¿Qué me dices ahora?

La montañesa frunció el ceño, observando con atención.

—¿Una rama...? No. Quizás un asta, la cornamenta de un... De un... —balbuceó.

—Dilo sin miedo, de un ciervo, del mismo ciervo que llevas en la piel. El tuyo es una cría porque eras niña cuando te lo tatuaron, y sin embargo estas astas son de un adulto. Han pasado las estaciones.

—Confiésalo, ¿tú y mi padre os pusisteis de acuerdo en esto, verdad?

—Lo cierto es que no, Elvia. Tú lo viste muchos inviernos antes que yo, aunque no sabías lo que significaba. Ese es uno de tus mapas, sobre tu piel llevas las señales, al igual que yo en el bordado.

—Pero hay algo que no me encaja. Sabes que Tautinkom lo escogió, pero no fue un diseño original.

—Claro, la roca...

—Eso es. Lo tallaron sobre la piedra miles de lunas antes de que nadie lo descubriese. Ni mi padre, ni Crevan Ojo Derecho, ni por supuesto ninguno de nosotros dos.

—¿Y quién dice que no te dejaron las señales hace miles de lunas? Tú misma lo has dicho.

La joven no consiguió articular una respuesta.

—Abre tu mente, Elvia. No creas que los druidas somos simples hechiceros que montan sobre dragones, ven visiones y hablan con los muertos a través del fuego. Eso lo podría hacer cualquiera.

«Cualquiera, cualquiera no...», pensaba ella, pero dejó que Kalen siguiese hablando.

—La señal te estaba esperando, es una huella en la marca de tu destino. Y éste se forjó antes de que tú nacieses. Recuerda el laberinto de tu cervatillo, memoriza cada camino y cada falsa salida. Un día lo necesitarás. Hazme caso, es importante.

—Nuestro destino está escrito en las estrellas, decía mi padre.

—Y acertaba.

—Pues el suyo fue un rotundo fracaso, ya lo sabes.

—Y sin embargo lo aceptó. Tal vez se sacrificó para que el tuyo fuese diferente. —El druida la observaba con atención; la había hecho reflexionar. Ojo Derecho no se había equivocado con ella: podía ser hija de Tautinkom, pero simplemente su estirpe no la capacitaba para afrontar el futuro. Necesitaba algo más. Un corazón y una mente fuera de lo común. Y Elvia parecía tenerlos—. Tal vez su primer sacrificio fuese en Cathoir Gall, tras perder la batalla — concluyó al fin.

—En Cathoir Gall sacrificó a mi hermana, no su destino. Se arrepintió de ello hasta el momento de su muerte. Aquello lo mató lentamente desde que abandonamos Albion.

—O no...

—¿A qué te refieres? —Elvia se revolvió, sin entender.

—Puede que Wen se quedase por algo; también ella tendrá un camino que seguir.

—Maldita la crueldad de los dioses si reservan para dos niñas lo que nos han hecho a nosotras. ¿Por qué estás seguro de que ella sigue con vida? No recuerdo las veces que los mensajeros dijeron a Tautinkom que Irvyn El Blanco la había asesinado.

—¿Y tu padre creyó a los mensajeros?

—Nunca.

—Entonces no tengas dudas. Si algún día eres madre sabrás que hay cosas que sólo tu corazón puede adivinar. Ellos le decían lo que Irvyn ordenaba que dijese.

—Obedecían órdenes. Jugaban con mi vida únicamente por obediencia, ¡por una bolsa!

—Tú lo has dicho.

—Cuando me contaste la tragedia de la bahía de Brigantia, también hablaste de hombres pagados por el enemigo de mi padre. ¿Hasta dónde se extienden las redes de El Blanco?

—Sicarios. También nosotros tenemos nuestros métodos, que al fin y al cabo coinciden bastante con los suyos. Pagamos espías. Nos venden información y suelen estar controlados, pero damos por hecho que ellos también nos marcan los pasos. El problema surge cuando Irvyn consigue captar a un aliado más ambicioso aún. Ocurre muy de vez en cuando, pero, por desgracia, ocurre. Este es uno de esos momentos, y hace tiempo que he dejado de creer en las casualidades.

—¿Quién?

—Tu amigo Tarkum. —El tono irónico de Kalen la molestó.

—No somos amigos. Y sólo faltaría que tuviese que pedirte consejo acerca de los hombres con los que me acuesto. Sabes perfectamente que lo hice para engatusarlo. Objetivo cumplido. Y punto.

—Escucha, Elvia. Yo...

—Además, ¿qué podría sugerirme alguien como tú? —replicó airada—. Tú, con tus aires de grandeza y siempre rodeado por mujeres que se lanzan a tus pies. He visto lo de esta mañana, ¿recuerdas? ¿Qué tienes que decir a eso?

—Lo que no viste es que me acostase con ellas. Sólo

estaba..., observando. Igual que tú.

—Vamos, Kalen. ¿Ni un solo hombre en este maldito barco y crees que me trago cualquier cuento para niñas?

—Supongo que nunca has oído hablar de las guerreras de Morrigan. La diosa de la guerra, reina de los espectros. Ni siquiera en las nanas que te cantaban cuando te arrojaban para que durmieses.

—Carrigan. Me quedaba dormida con facilidad. Las pesadillas me asaltaban más tarde, como me ocurre desde que te conozco. Es decir... Ahora me dirás que tu tripulación está formada por sus hermanas.

—No. Sus hermanas, no. Sus hijas. Descendientes de la estirpe de la propia Morrigan y herederas de su destreza para la guerra. —Al ver que Elvia no lo rebatía, Kalen continuó con sus explicaciones—: Tu propia familia tiene lazos antiguos. Grandes reyes y nobles doncellas, dioses... Si siempre creíste a Tautinkom, ¿por qué no me crees a mí?

En eso, Kalen tenía razón. Había crecido con aquellas historias, quizás exageradas por algún bardo, quizá demasiada leyenda para una mente infantil...

—Está bien. Si vamos a combatir, y supongo que así será si Tarkum está metido en esto, espero al menos que tus chicas sean buenas.

—Las mejores, no lo dudes. Y se pondrán bajo tu mando en cuanto se lo pida.

—En cuanto se lo pidas... —se burló Elvia—. Creo recordar que entre las habilidades de la diosa de la guerra y sus seguidoras no está sólo el esmero en el combate... Eso explica que seas adorado por tanta mujer. Morrigan dominaba las artes amatorias y era capaz de seducir como nadie a hombres o a mujeres; podía llegar a enloquecerlos. ¿O eso también es leyenda...?

—Puede.

—Puede —repitió la montañesa, con sorna—. ¿Puede que sea leyenda o puede que te adore toda una legión de diosas ardientes y lascivas?

—No es... No es lo que parece...

—¡Vaya! Una novedad, ahora es el gran hombre quien balbucea. Si te sonrojas, aplaudiré.

Kalen se dio cuenta de que la muchacha no iba a amilanarse. Otras mujeres se verían impresionadas con su fama y el aura que rodeaba a los hechiceros, pero a Elvia la montañesa no.

—Disfrutabas mirándolas. Admítelo, yo también lo hacía —continuó Elvia, intentando jugar con él—. Igual que disfrutaste en Brigantia cuando yacía sola sobre tu lecho. Estuviste a punto, ¿verdad? Muy cerca de echarte sobre mí. Lo sé. Notaba tu deseo al tiempo que aumentaba el mío. No juegues conmigo, Kalen de Brigantia —se tomó un breve respiro—. Si lo haces, si juegas con quien no debes, te arrepentirás.

—No lo dudo, lo tengo muy claro. No jugaré contigo.

De repente, Elvia sintió la necesidad de salir de aquel barco. Había conseguido que Kalen se pusiera nervioso, pero a su vez ella se sentía agobiada, sofocada.

—Ahora vuelvo —dijo. Necesitaba respirar.

—Pero, ¿qué haces? —Kalen salió tras ella. Ante su sorpresa, la muchacha dejó caer su vestido sobre el mimbres y, completamente desnuda, atravesó la cubierta hasta proa. Navegaban despacio. La tenue luz de las estrellas iluminaba su piel. Presintió que veintidós pares de ojos se clavaban en ella. Acertaba.

—¡Elv...!

Se lanzó al mar.

## COSTA ESTE DE ERIN

Las primeras naves se hicieron a la mar sin esperar al amanecer. Wen optó por ser prudente y no embarcarse en el mismo barco que el rey, pero sí saltó sobre la cubierta del siguiente barco al cortar los cabos. Los marineros no se lo pensaron. En otras circunstancias hubiesen deshecho los nudos de amarre. Esta vez, sin embargo, las expectativas de regresar eran mínimas, y optaron por el hachazo a las cuerdas. De paso, lanzaban su particular mensaje a la muerte: si quería llevárselos a los fondos del averno, ningún guerrero de Erin se escondería.

A la Dama Blanca, cuya identidad permanecía aún intacta, le convenía seguir pasando inadvertida; si exceptuaba a la tal Eileen, desde luego. Se sentó justo por delante de los remeros. No bogaban. El viento era el idóneo para navegar a vela, y aun así permanecían en su puesto por si tenían que pasar a la acción. Aprovechaban la calma para preparar en silencio las armas. Algunos afilaban falcatas y puñales con piedras de canto rodado. Otros preparaban flechas, encajando las plumas de vuelo en los astiles, a los que primero tallaban cortes con un cuchillo. Una vez preparadas, las arrojaban al pasillo central de cubierta, por el que resultaba imposible caminar. Elvia estaba impresionada. Algunas mujeres rellenaban los carcajes o colocaban las flechas concienzudamente en una especie de cestos, que luego agarraban entre dos. Cientos, miles de flechas. Marineros, comerciantes o simples gentes del campo. Ahora todos eran soldados del rey de Erin. Mirase hacia donde mirase, la pelirroja veía barcazas atestadas de guerreros y caballos. Los mozos se esforzaban por sujetar a las monturas y bestias de carga, intentando sin mucho éxito que permaneciesen tranquilas a pesar del balanceo.

En las bancadas de remos se intercalaban hombres y mujeres, como era habitual a las puertas de una batalla. En primera línea, dos pares de guerreros de una corpulencia extraordinaria observaban a la desconocida. Le hacían gestos inequívocos. A nadie le vendría mal un revolcón antes de la pelea, por si era su última oportunidad. Wen se cubrió los cabellos cobrizos con la capucha y miró a otro lado. Bajo los rayos de la luna y la luz de miles de antorchas, observó el veloz avance de la flota. Entonces lo vio. En pie y con las piernas separadas, con una orgullosa mirada al frente, retando a un enemigo que ni siquiera sabía que ya había partido a cazarlo. Ambicioso, abrazado por el costado izquierdo al lobo insignia de su barco y dejando la mano derecha libre para agarrar su espada. Como si esperase saltar por la borda en aquel mismo instante para lanzarse sobre Irvyn El Blanco. Angus Hal tenía sus propios motivos, perseguía su propia venganza. Demasiadas cuentas en su pasado como para fiarse de él. Wen no iba a cometer errores. Ni se fiaba de Hal, aunque sabía que lo tenía comiendo en su mano, ni se fiaba del druida o de su joven caudillo. «¿Dónde andarán Roble Gris y Kendrah de Brú na Bóinne?», se preguntó. No era extraño no haberse encontrado con ellos dada la magnitud de la expedición. Tampoco resultaba excepcional que no viajasen con el rey. Al contrario, hubiese sido de necios embarcar a los tres hombres más importantes de Erin en una misma embarcación. Si ésta naufragaba, los perderían a todos. Y a ella no le convenía perder aliados. Por el momento.

—¿Meriasek? Ya tardabas... —No lo había visto llegar, pero notó su presencia.

—Lo siento, no me resultó sencillo embarcar en la playa.

—Dirás que no fue sencillo dejar las tetas de esa zorra... ¿Qué le sacaste? —Wen decidió ir directa al grano.

—Algo que me resultó extraño; creo que lo encontrarás

de interés. Angus Hal ha enviado a media docena de mensajeros a Cymru. Han partido antes que nosotros desde Brú na Bóinne y, según parece, su intención era llegar a los barcos y partir antes que la flota. Nos llevan ventaja.

—Cierto, es interesante. No me avisaron de ello. ¿Tú escuchaste algo así en la cabaña de Roble Gris?

—Claro que no.

—¿Y qué más te dijo tu amante?

—Por lo visto Irvyn El Blanco mantiene pleitos con los jefes de los clanes de Cymru. Hal lo sabe, y los ha enviado para reclutar mercenarios.

—¿Más soldados? Es imposible que crea que puede perder una guerra con lo que llevamos. Cualquier batalla se alarga o se enreda, pero con semejante número de soldados... O sabe algo del enemigo que yo desconozco o quiere a los guerreros de Cymru para otra misión.

«E intenta evitar que yo me entere», pensaba a continuación.

—Si te parece, seguiré investigando.

—Hazlo. Y, Meriasek...

—¿Sí?

—No le tomes demasiado cariño a Eileen.

## XXIII

### Un rugido en el océano

#### MAR DEL NORTE. AL OESTE DE LAS ISLAS ÁRAINN. ERIN

**N**o encontró el agua del mar tan fría como esperaba. Al saltar con impulso, se zambulló a bastantes pies de profundidad. Cerró los ojos. Como en una ensoñación, vio las caras de sus padres, de su hermana, y por último la de la druidesa Aisling, ¡de vuelta a la vida! La ilusión era tan real que le pareció que la druidesa le hacía señas. La señalaba con un brazo, le sonreía y, justo antes de desaparecer, le envió un beso de mariposa soplando sobre la palma de la mano.

Entonces abrió los ojos. Oscuridad. El aire que había conseguido recoger en sus pulmones comenzaba a escasear. Debía bracear hacia la superficie. Dio un par de fuertes brazadas y dejó que sus piernas hiciesen el resto del trabajo. Y en ese momento las vio a su lado. Al principio sólo las intuyó, como si sus pieles desnudas rozaran la suya. Un par de las guerreras del barco se habían lanzado a por ella y ahora nadaban a su lado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó una de ellas al alcanzar la superficie.

—Desde luego, me hacía falta refrescarme.

La guerrera no pronunció una palabra, pero meneó la cabeza en señal de desaprobación. Mientras, la segunda ya subía por una escala de cuerda que les habían lanzado desde cubierta. El siguiente turno fue para la montañesa, que, una vez sobre los maderos de roble, lo buscó con la mirada. No lo encontró.

—¿No te has movido de aquí?

Kalen la esperaba sentado donde lo había dejado antes de saltar, en la cámara de pieles de popa. Y ella volvió a ocupar exactamente el mismo sitio, frente a él, a dos palmos, pero esta vez desnuda y con múltiples gotas de agua de mar deslizándose por su cuerpo.

—Sí lo hice, pero perseguirte no hubiese cambiado tu obcecación. Ya habías decidido montar tu número de teatro.

Elvia reconoció para sí que llevaba razón, aunque no pensaba admitirlo en voz alta.

—Sigamos donde lo dejamos —dijo Elvia, por el contrario.

—¿No vas a vestirte? Las chicas han traído tu ropa.

«Mira tú qué hacendosas. Recogiendo mi ropa mientras ellas se la quitan», se dijo Elvia con malicia.

—No parece necesario, hace una buena noche. Estaré seca antes de acostarme. ¿Te molesta o te hace sentir incómodo?

—En absoluto, como prefieras...

—Tarkum, háblame de Tarkum. ¿Cómo es posible que el rey Irvyn lo haya reclutado?

—Después de la llegada de tu padre a tierras galaicas, se

establecieron intensas relaciones entre Irvyn El Blanco y muchos nobles de todas las tribus. Ya te conté que resultó sencillo contratar espías, pero necesitaba aliados más poderosos si quería asegurarse de que Tautinkom no regresaría. Los espías siempre le negaron tal posibilidad, y tú sabes lo que opinaba tu padre, pero él no se fiaba. Ni siquiera con Wen como rehén. Por eso algunos de nosotros viajamos a las Tres Islas...

—Vosotros... ¿Tú también, Kalen?

—Así es. Tarkum, el druida Crevan y yo mismo, además de varios jefes de tribu que posiblemente no conozcas. Aunque cada uno lo hizo por diferentes razones.

—Explícate. —Elvia estaba cada vez más intrigada. Aún desnuda, echó la cabeza ligeramente hacia atrás y se escurrió sus cabellos rubios. Kalen no pudo evitar mirarla.

—Tarkum y los caudillos acudieron a la llamada de Irvyn. Los recibió en Cathoir Gall, tratando de impresionarlos con la majestuosidad del círculo mágico y sus piedras azules.

—Además así les mostraba el lugar donde derrotó a mi padre y se hizo con su corona...

—Eso es, pero, a pesar de sus presiones, la mayoría de caudillos se mantuvo fiel a Tautinkom. Algunos incluso se sintieron insultados, e intentaron en varias ocasiones guerrear contra él sin el consentimiento de tu padre. —Así había sido cuando la flota de Brigantia había sido masacrada por traidores pagados con el oro de Irvyn. Ella asintió, comprendiendo—. Al final, Tarkum aceptó sus condiciones, y con él los antiguos señores que servían a su padre, casi todos albiones.

—Pero mi padre murió hace ya varios inviernos. ¿Qué pretende Tarkum ahora? Discúlpame, pero no lo entiendo.

—Al principio, mi cabeza. Ese era el trato. Él mantenía a raya a Tautinkom y a los galaicos, y a cambio Tarkum

obtendría el señorío de todas las tribus de Breoghan. Pretende unificarlas y gobernarlas desde Brigantia, pero yo siempre me he opuesto. Y, de paso, he logrado mantener mi cabeza sobre los hombros. No ha sido sencillo.

Se tomó un respiro antes de continuar:

—Y luego apareciste tú. Los hechiceros de Ynys Mon y Ellan Mannin habían predicho que una hija del rey derrotado se haría con ciertos tesoros. Unos objetos que significaban poder.

—¿¿Cómo??

—Profecías. No intentes comprenderlas, no estás preparada para ello... —contestó él con una mueca—. Confía en mí, le juro que no te engañaré.

—Está bien, os dejaré a vosotros la magia y la brujería. Pero dime, Kalen, ¿qué se supone que debo hacer yo?

—Los tesoros, tenemos dos. Y hay más.

—¿En Erin?

—No estoy del todo seguro. Por eso Ojo Derecho y yo hemos navegado hasta Isla Esmeralda en tres ocasiones. No necesitábamos ver a Irvyn; sabíamos lo que pretendía, y él era consciente de que nos negaríamos. Nos hubiese asesinado. Pero sí buscábamos el consejo de los maestros de Crevan, los druidas más sabios.

—Espera un momento, ¿la druidesa Aisling os acompañó?

—No. Era demasiado joven. Con el tiempo Crevan le explicó lo que nos contaron y Aisling lo aceptó. Ella debía morir y...

—¡Por mí, lo hizo por mí...! —lo interrumpió Elvia con un grito.

—Se sacrificó. Aisling sabía que el futuro de las naciones celtas recaería en tus manos. También lo sabía Ojo Derecho, y también él se sacrificó. Los echo de menos, uno de mis

mejores maestros y mi mejor alumna, pero lo acepto. Sólo espero que no nos defraudes, pues su muerte habría sido inútil.

No era poco el peso que Kalen cargaba sobre sus hombros, nada menos que el destino del mundo y la memoria de sus seres queridos. Elvia sintió vértigo y apretó los puños para calmarse. Recordaba perfectamente las lecciones de su padre sobre las adivinaciones, pero no comprendía por qué era ella la elegida. Y le daba igual que la elección proviniese de los dioses o de los hombres. Respiró hondo y cerró los ojos. Era eso. Su padre había dejado una tarea pendiente. Si tenía que destronar al mismísimo Irvyn El Blanco para honrar a Tautinkom, lo haría. Sin dudar.

—Cuando me hirieron en la ensenada te pregunté por Crevan. Perdí el conocimiento. Luego me dijiste que Tarkum lo había asesinado.

El druida asintió, intentando no apartar la vista de los ojos de Elvia.

—¿Es posible que Tarkum nos esté siguiendo?

—Estoy convencido de ello. Dejé instrucciones en Brigantia, pero se habrá hecho con una nave. Nos persigue.

Elvia tomó una decisión. Su sangre guerrera la impulsaba a enfrentarse al Gran Toro, pero ahora comprendía que aquel viaje a Erin encerraba objetivos más importantes.

—Esos objetos de poder... No sabemos dónde hemos de buscarlos y me imagino que tampoco cuántos son. ¿Al menos sabes para qué nos servirán?

—Sé que cada cual tiene una función y que todos han de presentarse en su conjunto en un único lugar.

La mujer lo apremió con la mirada.

—En el salón del trono de Cathoir Gall.

Allí donde Irvyn El Blanco asesinara a su madre, donde

arrastró el honor de su padre por el suelo ensangrentado, donde la separó de su hermana.

—¿Por qué allí? —su tono se volvió suplicante.

—Sólo hay un hombre sobre la tierra capaz de responder a tu pregunta: el mismo que me contó que Wen seguía con vida; el único que sabe qué hacer con los objetos para evitar la desaparición de todas las naciones.

—¿Quién es?

—Aldahir Roble Gris, el gran guía del Consejo de Sabios de las Tres Islas. Vamos en su busca. Y ruego a los dioses que siga vivo, porque sin él estamos perdidos.

—Si creyese más en ellos, yo misma me uniría a tus plegarias.

Elvia comenzó a sentirse profundamente cansada. No se trataba de un cansancio común, ni el viaje, ni la herida de la pierna, ni siquiera el esfuerzo del remo de aquella jornada. Su mente desfallecía y su cuerpo se dejaba arrastrar. Tantas sensaciones, tantas preguntas, y muchas de ellas todavía sin respuesta... El druida se dio cuenta de su estado.

—Ven, recuéstate aquí. —Se apresuró a extenderle unas pieles. Al rozarla, la notó fría; su cuerpo desnudo sufría escalofríos—. Tiemblas.

—Ha sido un día duro.

—Sí, unos cuantos, si tenemos en cuenta tus aventuras con Crevan antes de conocerme, esa flecha recibida por cortesía de los ártabros... Por no hablar de la valentía que has demostrado hoy. Primero remas cuando aún no estás recuperada, y ahora tu chapuzón a medianoche. No me extraña que tiembles.

—No sé si eres un druida o mi abuela. Deja de preocuparte tanto por mí. —Elvia se encontraba mal. Náuseas y un ligero mareo, además de los condenados

escalofríos. Y la maldita pierna, que no le había dolido durante toda la jornada y ahora parecía despertar de un largo letargo. Cómo le fastidiaba dar la razón a aquel hechicero.

Kalen la ayudó a tumbarse y se acostó a su lado, abrazándola para darle calor. Tiró de las mantas para que sudara lo máximo posible. Su sueño fue plácido y los escalofríos remitieron mientras avanzaba la noche. El druida, sin embargo, no lograba dormir, y tampoco quería hacerlo. Repasaba mentalmente lo sucedido aquel día, y sonreía. No sólo Roble Gris era capaz de resolver ciertos enigmas; él también poseía alguna que otra clave. Pero eso de momento ella no debía saberlo.

\* \* \*

Cuando abrió los párpados, las primeras luces del alba serpenteaban entre las costuras de la piel curtida de la tienda. Amanecía. El movimiento del barco era notablemente mayor que la noche anterior.

Sintió un calor húmedo a la altura de los hombros. Kalen estaba junto a ella. Dudó un segundo, pero casi sin darse cuenta acercó una mano y tomó las del druida, atrayéndolas hacia sus senos. Con el pecho de Kalen pegado a su piel, en silencio, ella continuó explorando. Notaba cómo el corazón del hombre latía desbocado. Buscó entonces el miembro varonil. Allí estaba. Esperándola. Firme. No lo hizo esperar. Sus dedos, experimentados y juguetones, lo apretaron suavemente pero con energía. Y comenzó un ritmo lento, muy, muy lento. Estimulante.

El calor y la humedad se habían extendido con rapidez por todo su cuerpo; también por el de Kalen, una de cuyas manos se recreaba de un pezón a otro, pellizcándolos. La

otra mano, más aventurera, buscaba su vientre, su cadera y sus muslos. Cuando ella ya esperaba que unos dedos imparables la recorrieran, los labios del druida la sorprendieron. La besaba en la nuca. La mordisqueaba luego en el mismo lugar que acababa de besar. Y, después, los labios y la lengua iniciaron un breve recorrido hasta alcanzar el lóbulo de la oreja. Elvia suspiró de placer.

Justo cuando sus bocas se encontraron, la mano olvidada llegó a su puerto. Abrió ligeramente las piernas para acogerla y, excitada, sintió las primeras caricias. Le costó agarrar el corto cabello de Kalen. Le separó la cara un instante y lo miró un segundo, el tiempo justo para deleitarse con el azul de sus ojos. Entonces lo acercó de nuevo hacia sí, mordiéndole el labio inferior con los dientes. Atrapado. «¡Al fin eres mío, Kalen de Brigantia!»

\* \* \*

—¡En pie, cuadrilla de golfas del infierno!

La montañesa no se lo podía creer. El rugido de la capitana los interrumpía... precisamente ahora. El druida parecía tan desconcertado como ella.

—No puede ser...

—La conozco, algo grave ha ocurrido —suspiró él—. De no ser así no gritaría de ese modo.

—Eso espero, porque, como no lo sea, soy capaz de matarla y dejarte sin una de tus guerreras. —Casi no tuvo tiempo de besarlo fugazmente, pues él ya estaba prácticamente vestido.

—¡Despertaos de una vez, hijas de mala madre! ¡Y traed vuestros traseros hasta aquí o los traeré yo a patadas! —La mujer no se andaba con rodeos al dar una orden. Elvia se

vistió a toda prisa, aunque no fue capaz de encontrar sus botas. No le hizo falta salir del improvisado camarote para hacerse una idea de lo que sucedía. El violento balanceo a punto estuvo de arrojarla al suelo, mientras el sonido ensordecedor de un trueno hacía temblar hasta la última astilla del barco.

Cuando Kalen apartó el cortinaje, la escena era aterradora. Las tinieblas perfilaban la figura del druida. «El amanecer ha desaparecido...», se dijo. Un segundo trueno le respondió y la luz que acompañó al relámpago casi la ciego. Una tormenta salvaje se había tragado el alba. Salió descalza tras él.

—¡A popa, y rápido! ¡Y amarraos bien, nadie se baja de mi barco sin mi permiso! —Los truenos, cada vez más frecuentes e intensos, impedían que la escuchasen con claridad.

Elvia la miró un instante que le pareció eterno. Allí estaba ella, firme como una estatua, empapada, con olas increíbles batiendo a su espalda. Como si surgiese del mismo océano. Con la misma mirada desafiante. Como si gobernase sobre él. Se había atado la pierna izquierda y la cintura a un madero, y su brazo diestro permanecía encordado al extremo de la espadilla. ¿Cómo había logrado atarse así ella sola?

El viento y la lluvia reinaban al unísono. Y ninguno de los dos quiso dejar huérfana a la diosa de los mares. Al contrario, parecían competir por enviar aquel barco al fondo del averno. La montañesa sintió que algo le aprisionaba el abdomen. El druida y una guerrera le rodeaban la cintura con una soga bastante gruesa. A continuación se ataron a sí mismos.

Kalen tiró con fuerza de Elvia, acortando el tramo de cuerda y comprobando que el amarre estaba seguro. Él negaba con la cabeza, pero ella no lo entendió. Con un gesto, Kalen la hizo rodear el poste de madera que marcaba el

comienzo de la bancada de remos de estribor varias veces, hasta donde les permitió la longitud de la soga. Eran siete allí, pegados entre sí. Kalen a su derecha. Elvia quedó atrapada mirando hacia la parte delantera del barco, de forma que podía observar casi toda la cubierta. En torno a la base del mástil contó a otras siete tripulantes. Supuso que en la bancada de babor se habrían refugiado el resto de mujeres.

Las olas, cada vez de mayor altitud, los zarandeaban sin ofrecer tregua alguna, mientras el agua del mar se fundía con la lluvia. Tormenta y marea se habían convertido en una única diosa, con permiso de aquel maldito viento huracanado, que ahora soplaba por un costado destrozando la vela, hecha jirones a merced del vendaval caprichoso y obstinado, ahora les sacudía desde el otro flanco. Las tiendas de refugio, los toneles de provisiones y hasta los remos desaparecieron de la cubierta. Los navegantes, aterrorizados, se sentían a merced de los elementos, con los oídos taponados, los ojos deslumbrados y la garganta en carne viva de tanto gritar. El druida se desgañitaba, pero Elvia no llegaba a oírlo. Sus aullidos de terror se habían convertido en una necesidad, en un instinto.

Los dioses no les concedían descanso. Un rayo se estrelló de repente contra el mástil, partiéndolo por la mitad. El enorme madero cayó sobre cubierta, provocando un estruendo que en nada envidiaba a los truenos. Elvia se temió lo peor. Los restos del palo, y la vela y las olas que atravesaban la cubierta, le impedían ver al resto de tripulantes. Ni tampoco a la timonel. Quizás el huracán la hubiese arrancado de cuajo, junto con el madero y su espadilla. Sin embargo, allí estaba. La mujer, capitana y señora de la nave, no estaba dispuesta a entregarla. Ni a entregar las vidas de las que era responsable. No sentía miedo, ni dolor. Medía la altura y trayectoria de las olas, fijaba la proa hacia donde quería llevar el barco, y allí lo

llevaba. Trataba de que se deslizara entre la tormenta, de evitar el choque con las olas asesinas, acariciándolas en vez de plantarles un inútil combate. Giraba el puntal de la espadilla con fuerza casi sobrenatural. Y rezaba a los dioses. Algo o alguien la guiaba y no tenía tiempo para hacerse preguntas. Simplemente tripulaba. Aprovechaba cada cambio del viento, que en ocasiones duraba breves instantes, para cambiar la dirección. Inmediatamente rehacía sus planes y trazaba una nueva ruta. No se rendiría. Y entonces distinguió un azul muy oscuro entre las tinieblas. Frunció el ceño. El arrastre los conducía hacia allí y el azul iba ganando espacio a los negros y grises en el horizonte. Se aproximaban.

Entonces notó algo raro bajo los pies, no la presión del mar, sino un misterioso crujido. Por un momento temió que el fondo del barco se hubiese resquebrajado. Significaría el final. Tampoco podía ser una ballena, o algo peor. Aquello ya lo había sentido antes, aunque en condiciones bien diferentes. Los crujidos se multiplicaron y su corazón se aceleró.

Entonces lo supo. Buscó a su espalda y encontró lo que deseaba. Sólo tuvo que enderezar ligeramente la nave y dirigirla hacia una ola gigantesca que se acercaba por la popa. El viento acompañó la maniobra, y el barco consiguió alcanzar la cresta. Antes las evitaba, jugaba con ellas, pero ahora necesitaba subirse sobre su lomo marino. La ola los acogió en su seno y el casco voló literalmente sobre el océano. Hacia aquel azul.

—¡Vamos!

No pensó ni en la tripulación, ni en ella misma, ni en la línea que separaba la vida de la muerte sobre la que estaba navegando.

—¡Vamos, vamos pequeño!

Esta vez el crujido fue sobrecogedor y le pareció infinito, pero finalmente la ola volvió a su hogar junto a sus

hermanas, encrespadas por una espuma blanquecina y gélida. Y la embarcación cayó al vacío, totalmente escorada hacia babor. Sin control. El estallido fue brutal. Entonces sí tuvo miedo. Conoció lo que era el pánico. Tomó aire con fuerza para llenar sus pulmones y contuvo la respiración todo lo que pudo. Y de pronto... Silencio.

## XXIV

### El acantilado de la muerte

#### FRENTE A LA COSTA DE KERNOW

**A**ldahir Roble Gris no viajaba con el rey, sino en compañía del joven Kendrah en una gran barcaza desprovista de velamen. Los remeros hacían lo que podían, pero resultaba evidente que su velocidad era menor que el de los grandes barcos. Sin mástil y vela era imposible seguir su ritmo. Perfectamente conscientes de ello, los capitanes detenían la navegación de vez en cuando para agrupar a la flota. La invasión debían hacerla por la noche, y aprovechaban las paradas para calcular posiciones y distancias y asegurar la llegada en el momento justo.

Ya cerca de su destino, Angus Hal decidió convocar una reunión. Se adivinaba la costa, e incluso podían divisar algunas hogueras que salpicaban las calas más cercanas. Los vigías de Irvyn. Aun sin esperar un ataque, El Blanco no descuidaba su territorio. Desde luego que habría tomado precauciones, con ello contaba Hal. Por ello hizo llamar no sólo a los capitanes de las naves, sino también a los estrategas militares, a los capitanes de caballería y a los dos norteños de Brú na Bóinne. Ahora discrepaban sobre el mejor

lugar para el desembarco, que por fuerza habrían de ser varios debido a la gran cantidad de naves invasoras. La mayoría había navegado antes por el sur de Kernow y querían evitar las ensenadas más rocosas, prefiriendo las bahías abiertas. Su deber era evitar las sorpresas durante las últimas maniobras; entonces sería el turno de los estrategas, que debían tener prevista cualquier posible reacción del enemigo. Pero el rey quería escuchar más voces que las de los guerreros. Levantó la voz:

—Al fin llegas, Roble Gris. Pensábamos que te perderías la batalla.

—Siento el retraso. Tuvimos problemas con la nave para alcanzaros —contestó éste, omitiendo el empeoramiento de su salud durante la travesía.

\* \* \*

Nunca le habían gustado los viajes por mar. Pero ahora, además, estaba enfermo y sabía perfectamente que se acercaba el final. Quizá si hubiese permanecido en casa, descansando bajo los cuidados de Nunn, podría haber mejorado. Mas ni una cosa ni la otra eran factibles, por lo que intentaba engañar a su cuerpo doblando las dosis de droga.

Kendrah, que le había prometido guardar el secreto, lo miraba con preocupación cuando comenzaban sus convulsiones o mientras se aletargaba tras beber aquellas pócimas misteriosas. La primera noche de navegación había esperado a que el druida se durmiese para, con sumo cuidado, extraer uno de los frascos de su bolsa de cuero. Le había llamado la atención la hoja de roble grabada en el tapón. Estaba pintada de rojo. Destapó el envase y se lo acercó a la nariz con recelo. Se equivocaba. El aroma era

muy agradable y se sintió transportado a un campo lleno de campanillas o artemisa... No fue capaz de identificar el olor. Como el druida seguía profundamente dormido, pensó un buen rato si probaba el líquido o no. No lo hizo. Llevaban a bordo varias ovejas y cabras, y también un par de puercos, en previsión de una campaña larga. Cuando estuvo seguro de que nadie lo veía, atrapó a un cabritillo. El animal baló con alegría en su regazo. Kendrah sonrió antes de obligarlo a beber, apretando con firmeza la mandíbula para que tragase. El cabrito se relamió.

\* \* \*

—¿Kendrah? —Se había quedado dormido y Aldahir lo despertaba—. Kendrah, ¿pero qué has hecho? —le gritó señalando acusadoramente primero el tapón y luego el cabritillo muerto.

—Yo... —No supo qué responder. Se sentía avergonzado y perdido. Si aquello había matado al animal, ¿cómo era posible que el viejo lo utilizase como medicina?

Aldahir adivinó sus pensamientos:

—Recuerda esto, muchacho. No debes jugar con la Madre Naturaleza si ella no te ha otorgado su favor. Lo que puede matarme a mí, a ti puede salvarte la vida.

Tras lo sucedido, el joven caudillo se sintió un traidor. Había fallado a la confianza del druida. No volvería a hacerlo. Por eso, si bien en otras circunstancias hubiese antepuesto la misión y hubiera informando al rey sobre la enfermedad de Roble Gris, le juró a éste que no hablaría. Y mantuvo su promesa aun siendo consejero real.

\* \* \*

Angus Hal otorgaba los turnos de palabra. Escuchaba pacientemente a marinos y soldados, y dejó al druida para el final.

—Dime, amigo mío, ¿tú cómo lo harías?

—Tus hombres tienen razón en muchas de sus apreciaciones. Ellos son guerreros con experiencia y yo sólo un viejo hechicero. Sigue su consejo, envía antes una partida de exploradores.

—Así se hará —aceptó el rey, conforme—. Disponedlo todo, no más de una docena de hombres —ordenó a uno de los miembros de la guardia.

—Angus, aguarda un instante. He de pedirte algo importante. —Este se volvió hacia Roble Gris, preguntándole con la mirada:

—Déjame acompañarlos.

Todos los presentes, algunos de los cuales ya se disponían a abandonar la embarcación, se giraron hacia el druida, primero, y luego hacia el rey, esperando su reacción. Hal se mesaba la barba de un par de jornadas. Dudaba. Demasiado riesgo.

—Sea —respondió al final, no del todo convencido. «Algo trama o algo le preocupa», pensaba.

—Yo voy con él —se apresuró a decir Kendrah.

—Y yo. —Una voz nueva procedente del fondo de la cámara rompió la tensión del momento.

Nadie se había fijado hasta entonces en el encapuchado. Tampoco Kendrah, que se hallaba a pocos pasos.

El desconocido avanzó unos pasos hacia Angus Hal y se retiró la capucha, dejando al descubierto una melena cobriza.

—¡Lo que me faltaba! —rugió el rey llevándose las manos a la cabeza. Pero cuando todos esperaban un ataque de ira, los sorprendió con una carcajada—. A este paso no me hará falta pedir voluntarios para que os acompañen, malditos locos.

## ISLAS ÁRAINN. ERIN

**E**lvia se despertó escuchando el rumor de las olas. Ni rastro de la tormenta. Con sorpresa vio que se encontraba tendida sobre algo seco y suave. Extendió las manos. Arena. ¿Una playa? ¿Dónde estaba? Las preguntas se agolparon en su mente. Kalen, el barco, la cuerda... Se llevó las manos a la cintura. Allí estaba..., pero el cabo había sido cortado con algo de filo doble. Se incorporó de un brinco.

De repente, escuchó gritos y reconoció las primeras voces. La capitana, y Kalen. Pero sólo veía rocas, un océano inmenso de riscos afilados y gigantescos. Peñascos por todas partes, entre los que destacaban pequeñas islas de arena, como la que pisaba. La marea estaba subiendo. Entre las rocas, los restos del naufragio. Maderos astillados, parte del casco empotrado sobre una peña, cajas y barriles destrozados... Seguía oyendo los gritos de Kalen. Intentó llamarlo, pero sólo consiguió arrancar un hilo de voz. Sentía un enorme escozor en la garganta. Notaba sal en la boca, en todo el cuerpo. Trató de avanzar en dirección a la voz del druida. Rodeó algunas rocas, trepó un peñasco para tratar de avistarlos. Nada por el momento, aunque las voces estaban más cerca. Y entonces se encontró con los primeros cuerpos, todos sin vida. La mayoría con horribles mutilaciones. Cerca, junto a una pequeña charca, una de las guerreras se movía. Corrió hacia ella y le tomó el pulso. Muerta. Tenía un fuerte

golpe en la cabeza, un brazo fracturado, la piel morada. Y estaba claro que no respiraba.

—¡Aguanta! —volvió a oír la voz del hombre, que ahora sí entendió.

—Sacadme de aquí, por los dioses —le respondió a lo lejos la capitana.

Elvia rodeó otros dos peñascos que más le parecieron montañas, y saltó sobre las rocas de bajío. Los pies le dolían, lastimados, y notaba escozor y las rozaduras. Si al menos tuviese las malditas botas que no había encontrado en la embarcación...

Al fin dio con ellos. El druida y tres mujeres trataban de socorrer a la capitana, que estaba encajada entre dos peñascos, tan cercanos que apenas dejaban espacio para rescatarla. Tenía el brazo derecho aún atado con cuerda a la madera de la espadilla, y ésta se hallaba hundida en el agua por debajo de su cabeza. Una de las guerreras intentaba cortar el cabo, siguiendo las instrucciones del druida, pero la estrechez del lugar y la cantidad de vueltas que rodeaban brazo y madera le impedían liberar a la prisionera. Mientras, la marea subía. Parecía inevitable que se ahogara en pocos minutos.

La montañesa los miraba horrorizada. Entonces, a su derecha, un objeto llamó su atención y su instinto le hizo abalanzarse a recogerlo. Un hacha, aunque con el mango partido por la mitad.

—¡Elvia! —gritó Kalen al verla llegar. Ella no se detuvo, ni siquiera le respondió. Fue directamente hacia la roca que retenía a la capitana. De constitución más esbelta que el resto, y más liviana, consiguió introducirse en tan justo espacio. Ya dentro del hueco, su primer problema fue sujetarse para no caer sobre ella. Separó las piernas e hizo fuerza con los pies desnudos sobre ambas rocas. Los cortes de la roca y de los moluscos que la cubrían descarnaron su

piel y, aun sin mirar, supo que estaba sangrando. Pero no hizo caso al dolor. Manteniendo con dificultad el equilibrio, se inclinó hacia la capitana. Sólo podía alcanzarla con el brazo derecho, el que sujetaba el hacha. Las dos se miraron.

—Yo no podré, Elvia. Has de cortar tú. —Sus ojos suplicaban. La montañesa abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo que le pedía—. No lo dudes. Prefiero perder un brazo que la vida; siempre me quedará el otro. —Le dedicó una sonrisa.

Elvia cerró los ojos para tomar aliento.

## **COSTA DE KERNOW. AL ESTE DE CARN EUNY**

**O**bservaban el arenal desde un risco elevado, tratando de ocultarse en un terreno poco apropiado, sin vegetación o cualquier otro saliente tras el que cobijarse. Se habían cruzado con varios centinelas a caballo, así que toda precaución resultaba justificada. Irvyn El Blanco no debía conocer su presencia.

Tumbados sobre el pedregoso suelo, Aldahir Roble Gris, Kendrah, Wen y el galo, junto con otros seis hombres del rey, aguardaban pacientemente. Los habían dejado en tierra cuando aún no había despuntado el alba, y toda la jornada habían estado a la busca de los mejores emplazamientos para la arribada de la flota. Aquella playa abierta y un par de calas adyacentes servirían como puerto excepcional. Aldahir ya había enviado a un par de mensajeros hacía un buen rato para que Angus Hal señalase la posición a los capitanes. El día le estaba resultando muy duro, y si no fuese por la ayuda de Kendrah y aquel galo que acompañaba a la Dama Blanca,

no lo hubiese logrado. Le costaba caminar, así que ellos lo transportaban por donde él y su cayado no conseguían avanzar por sí solos.

—Tranquilos, es un buen lugar. —El druida se dirigió al resto de sus compañeros—. No llegarán hasta el anochecer. Descansad. Entonces se librará una batalla que perdurará en la memoria de muchas generaciones.

La única mujer del grupo observaba al hechicero con atención. Le había extrañado su petición de acompañar a la primera expedición de exploradores. A ella le convenía estar cerca. Angus Hal tenía una cita y no fallaría, pero Aldahir era una incógnita permanente. En aquel momento, les había dado la espalda y mantenía la mirada perdida en las nubes bajas que los sobrevolaban. Acariciaba una y otra vez una bolsa de cuero que raramente soltaba. No podía verlo bien porque el anciano estaba de lado, pero le pareció que había bebido algo. Al menos un par de veces. Agachada, caminó por el otero para acercarse al de Brú na Bóinne.

—¿Qué hace?

—Visiones.

—¿Visiones? —se sorprendió la pelirroja—. ¿Aquí? ¿Y cómo lo hará? No es que sea druidesa, ni ganas de serlo, pero no parece el lugar más adecuado.

—Ahora lo sabrás. Pero veas lo que veas, no lo despiertes —le respondió Kendrah.

Dieron varios pasos para acercarse al druida, con sigilo, y permanecieron muy quietos, para no molestarlo. Wen ahora podía verlo todo sin perder detalle. No se había equivocado: el druida bebía. La bolsita escondía algo. Estaban muy cerca, pero podría jurar que no notaba su presencia. Con sumo cuidado y a tientas, Aldahir guardaba los recipientes en su escondrijo. Tensó las tiras y selló el pequeño zurrón. Entonces, abrió los brazos en cruz sobre el suelo y su cuerpo

comenzó a temblar. Convulsionaba. Sufría espasmos que al principio casi pasaban inadvertidos, pero que iban creciendo en intensidad. Giró la cabeza hacia Wen, pero miraba al infinito.

No sólo la pelirroja y Kendrah estaban atentos al druida manteniendo un silencio absoluto. El resto del pequeño grupo también había advertido la inusual agitación del hechicero. El galo Meriasek, con curiosidad. Los guerreros del rey, atemorizados. Aldahir, ajeno a todos ellos, se colocó en cuclillas y luego se arrodilló sobre el suelo. Sus párpados aleteaban sin pausa a gran velocidad. Ladeó la cabeza como si oyese algo extraño, y permaneció así un largo rato, totalmente inmóvil. Después de recostarse y llevarse las manos a la cabeza repetidas veces, los llamó:

—¿Kendrah? ¿Wen? Acercaos...

—¿Cómo te encuentras, viejo amigo? —El norteño recordaba perfectamente las consecuencias de la visita de Roble Gris al túmulo sagrado.

—Créeme, muchacho, mucho mejor que mañana, te lo aseguro. —Su voz sonaba tranquila, serena—. Acercaos más, vamos —les reclamó suplicante—. No quiero que nadie escuche lo que he de decir... Os necesito y sólo puedo confiar en vosotros. Primero tú, muchacho. Has de llevar a Angus Hal instrucciones precisas. Sé que es la segunda vez que te lo pido, y en esta ocasión no podré decirte lo que he visto. Es absolutamente necesario que sea así.

—Por mí no hay problema, pero sabes que él preguntará.

—Hoy ha de confiar en nosotros. ¿Crees que lograrás convencerlo?

—Lo haré —respondió el de Brú na Bóinne con seguridad.

—Bien. En cuanto a ti, Wen... —se volvió hacia la pelirroja, mirándola muy fijamente a los ojos—. También he de pedirte algo que no te agradará...

—Habla.

—No podrás abandonar este lugar. Has de quedarte aquí, conmigo, durante toda la noche hasta el amanecer. Ni siquiera cuando comience la batalla deberás apartarte de mi lado. Tu galo y esos guerreros tendrán que formar un perímetro, para que no nos sorprenda ninguna patrulla enemiga.

—¿Estás seguro de que es lo adecuado? —preguntó la pelirroja.

—Te responderé en cuanto el sol se retire. Entonces tendré la certeza absoluta de que mis augurios se harán realidad. Y, si no es así, necesitaré a un segundo mensajero que vaya tras los pasos de Kendrah. Serás tú. Y ruego a los dioses que no sea necesario.

El rostro de Aldahir adquirió entonces un rictus profundamente serio, de preocupación palpable. Sin embargo, el joven caudillo no se inquietó por sus gestos, sino por su tono de voz. Tras hablarles, el druida se había derrumbado, balbuceaba. Kalen se acordó de Nunn y de Owen cuando lo asistían; y de cómo él mismo le había arrojado agua sobre la cara para despertarlo de un largo letargo de alucinación. En cambio, ahora hablaba pausadamente, con firmeza. Sin muestras de cansancio o inestabilidad. La droga matababras lo hacía inmune...

—Me comprenderéis en cuanto veáis con vuestros ojos lo que ahora no puedo desvelar.

—¿Por qué no puedes hacerlo? —Wen, menos acostumbrada a premoniciones, buscó una explicación racional en los gestos de Kendrah, pero en ellos sólo pudo ver que el joven caudillo confiaba ciegamente en Roble Gris.

—Porque no me está permitido. Juradme ambos que me obedeceréis hasta el final.

—Lo juro —se adelantó el norteño.

—Está bien... También lo juro —masculló ella entre dientes, más recelosa.

—Eso es lo que quería oír. Kendrah, saldrás de inmediato y dirás al rey palabra por palabra lo que vas a escuchar. Palabra por palabra, ¿me has entendido? —Entonces Aldahir bajó mucho el tono de voz, hasta que se convirtió en un susurro que podían descifrar con dificultad. Meriasek se había acercado hasta ellos reptando como una víbora, intentando que nadie se diese cuenta, pero a Aldahir no se le escapó. Aquel galo no era trigo limpio.

## EL ACANTILADO DE LA MUERTE. ISLAS ÁRAINN. ERIN

**E**lvia permanecía con el brazo en alto. Y, en su brazo, el hacha. En su mente se mezclaban las emociones, un «no puedo hacerlo», y un «es necesario que lo haga». Cerró los ojos, suspiró, volvió a abrirlos y la miró. Y golpeó con fuerza.

Por unos instantes el tiempo se detuvo. Impotentes, Kalen y las guerreras contemplaban la escena. Optaron por no decir nada. El hachazo alcanzó su destino y la capitana aulló. Su grito rompió el aire. Elvia contuvo la respiración.

La mujer miró a Elvia entre sollozos, agotada y dolorida. «Gracias», le pareció entender a la montañesa que decían sus labios, aunque no podría asegurarlo.

—Gracias —repitió ahora sí en voz alta.

Elvia contuvo su lamento. Sentía cómo su corazón latía al borde del cataclismo mientras sus lágrimas eran incapaces de salir, aunque le quemaban en los párpados.

—¡Elvia! —la llamó el señor de Brigantia.

Pero ella no lo escuchó. Se volvió de nuevo hacia la capitana, que, libre ya del madero y de las cuerdas, intentaba incorporarse, todavía aturdida. Abrió los brazos hacia ella, intentando abrazarla. Lo había conseguido, había golpeado con el hacha justo en el lugar adecuado, y el brazo de la cautiva había quedado libre. Y, lo más importante, unido a su cuerpo. Elvia no podía creérselo, pero lo cierto es que no se trataba de un sueño. La recién liberada se abalanzó sobre ella, arrastrándola fuera del angosto pasillo de rocas, y la besó en la mejilla. Y entonces sí, entonces Elvia fue capaz de soltar toda la tensión y comenzó a llorar como una niña.

—Dejadla —pidió el druida a sus compañeras.

Dejó fluir sus emociones un buen rato. Se agachó, refugiando el rostro entre las rodillas. Y lloró hasta que se le agotaron las lágrimas.

\* \* \*

Mientras, Kalen y las guerreras se pusieron a buscar a más supervivientes. No las había. Quedaban nueve, incluyéndolo a él mismo y a la montañesa. Ni rastro del resto. Tal vez servían de alimento a las criaturas del mar, tal vez apareciesen con las siguientes mareas, pero no tenían tiempo que perder, y tampoco era aquél un lugar apropiado para un enterramiento o para rendir honores a sus compañeras. El druida dio la orden, y a Elvia no le hizo falta ver para darse cuenta de lo que hacían. El inconfundible olor a carne humana quemada lo inundó todo. Y entonces ella reaccionó.

Se puso en pie enjuagándose los ojos enrojecidos con lo que quedaba de su camisola. Los demás se habían alejado hacia su derecha, para que la dirección del viento no les

echase tan encima el hedor de la pira funeraria. Formaban un corro y se ayudaban a curar las heridas. Una de las mujeres entablillaba a la capitana, quien, a pesar de la intervención de Elvia, tenía fracturados los huesos del brazo y la clavícula. Aun así, no emitió un quejido, ni siquiera cuando su compañera le ató el brazo a la estaca, sujetándola con tiras de cuero.

Cuando se acercó otra de las chicas comenzó a lavarle los pies. Escocía. Y al tiempo aliviaba. Los cortes de las piedras eran superficiales, pero ni ella misma era capaz de contarlos.

—Recojamos todo lo que podamos —habló Kalen—. Armas, las provisiones que hayan quedado entre las rocas y, sobre todo, cuerdas. Necesitaremos todas las cuerdas que encontremos. Busquemos rápido y alejémonos en lo posible de la orilla. No sabemos hasta donde subirá la marea y podría ocasionarnos más problemas. —Se volvió hacia la capitana—: ¿Tienes idea de dónde estamos?

—La tormenta puede haber cambiado el rumbo de nuestra nave por completo. Y el viento... —la mujer frunció el ceño—. Pero es imposible que ya hayamos alcanzado Erin. Apostaría el brazo que me ha salvado tu chica a que nos hemos estrellado contras las malditas Islas Árainn. Creo que Dún Aengus está ahí arriba.

«¿Mi chica? Pero si apenas...», suspiró Kalen para sí, pero entonces dirigió la vista hacia donde señalaba ella, a su espalda. Jamás había visto un acantilado como el que tenía ante sus incrédulos ojos. Un auténtico muro. ¿Cuántos pies de altura podría tener aquel bastardo despiedra?

—Vamos, no hay tiempo que perder. No tardará en caer la noche cerrada —apremió entonces.

Y tanto que no podían distraerse. De poco servirían las antorchas que ya preparaban para prender en cuanto fuesen precisas. Además, como la marea alcanzase la falda de

semejante mole sin que hallasen refugio, estaban perdidos.  
¡Otra vez!

## **COSTA DE KERNOW AL ESTE DE CARN EUNY**

**W**en no se separaba de Roble Gris desde que Kendrah abandonara la patrulla de reconocimiento. Había partido a media tarde y se imaginaba que a aquellas horas ya habría alcanzado el barco del rey. La primera avanzadilla de la flota debía de estar a punto de llegar a la playa. Los guerreros, junto con Meriasek, mantenían la vigilancia a una distancia prudente, lo que permitía a la pelirroja hablar con el druida sin que nadie se entrometiera. Sobre todo, el galo, que se había mostrado excesivamente celoso desde que comenzara la expedición.

—¿Hal hará caso?

—No lo dudes, lo conozco desde que era un jovenzuelo. Sabe que no le fallaré.

—Esa confianza que os profesáis por aquí os acabará costando la vida. A vosotros y a Irvyn El Blanco, si se deja aconsejar por alguien como tú.

—Tal vez.

—¿Tal vez? —sonrió Wen—. En fin, si se matan entre ellos, me facilitarán el trabajo.

Aldahir no respondió. Miraba hacia las estrellas, que ya lucían en la inmensidad del cielo de Kernow.

—¿Qué buscas ahí arriba?

—Respuestas.

—Y necesitarás más dosis de ese brebaje que bebes, me imagino...

—Esta vez no será necesario, hasta tú serás capaz de ver lo mismo que yo. Mis ojos son viejos y están cansados, los tuyos han visto demasiada crueldad y todavía han de aprender.

—¿A qué te refieres?

—Déjame tu mano. Mira hacia allí, justo allí. Si sabes dónde buscar, las respuestas aparecerán ante ti. Observa.

Los dedos de ambas manos, entrelazados, señalaban hacia el este, entre las constelaciones del León y la Madre Osa. No era la primera vez que la Dama Blanca veía una estrella fugaz, y no se impresionó. Pero, al poco, acabó por reconocer que se equivocaba. A cada parpadeo respondía una multitud de estelas luminosas; por docenas, por cientos. Viajaban tan juntas y a tal velocidad, que parecía que colisionasen entre sí. Y probablemente lo hacían.

—Ahí está parte de lo que quería saber. Es una señal y confirma el resto de mis augurios. Las vi ya antes de que se pusiera el sol...

—Pero tú mirabas al suelo...

—No dudes de que ellas, y nosotros, somos parte de un único océano. El más grande de todos, y no me refiero a los mares. El sol, la luna, los inviernos y los veranos, esas constelaciones que ves... Todo está relacionado y tiene una razón de ser lógica y, en ocasiones, predecible.

—No lo dudo, pero es tarde para que aprenda todos tus conocimientos...

—En eso te doy la razón. Has de nacer con ellos, o al menos con el don de ejercitarlos.

—Entonces, ¿sabes lo que ocurrirá mañana? En la batalla...

—Sé lo que debiera ocurrir, pero a veces una sola variable puede cambiar el curso de los acontecimientos. Y eso es lo que me preocupa.

—¿Puedes predecirlo?

—Claro. A su debido tiempo.

—¿Y qué has de hacer?

—Esperar. —Wen abrió la boca para responder, pero no dijo nada. Tendría que haberse imaginado la respuesta—. Descansa, mañana te harán falta las fuerzas.

Aldahir Roble Gris se quedó dormido en cuanto pronunció estas palabras. La mujer prefirió no molestarlo; siguió tumbada, disfrutando de nuevo de la lluvia de estrellas. Repasaba mentalmente lo sucedido en las últimas jornadas y trataba de adivinar qué pasaría por el pensamiento del hechicero. De repente, su instinto la hizo levantarse de un salto. Ruidos a su espalda, desde el mar. Sin pensarlo, reptó de nuevo hacia la cumbre de la loma. Como sombras del inframundo, los barcos se aproximaban a la playa. A remo, imaginó. Espectros negros que varaban en la playa aprovechando la marea alta. Enseguida, más sonidos reconocibles: relinchos de caballo; guerreros desembarcando, quienes, aunque a buen seguro intentaban hacerlo en silencio, su número lo hacía imposible; pasos, algún objeto que se caía o el crujido de la madera de cubierta. Y todo ello ensordecido por el oleaje. Se movían por todas partes con una rapidez endiablada. Descargaban canastos o ánforas, ayudaban a desembarcar a las caballerías, tomaban posiciones entre las rocas o sobre las dunas. La actividad resultaba frenética; cada hormiga sabía cuál era su función dentro del hormiguero y qué puesto debía ocupar. El ejército de Angus Hal se desplegaba sobre territorio enemigo.

Wen buscó a Meriasek con la mirada. Lo localizó a poca distancia a su izquierda, tras los matorrales de monte bajo.

«¿Pero quién...?», pensó. No estaba solo y no se trataba de uno de los soldados de la compañía. Se revolvían. «¡Eileen! Pues sí que se ha dado prisa la maldita zorra...»

—¿Qué tal por aquí?

Había cometido un error. La pelirroja se volvió aferrada a su puñal en una mano y la falcata en la otra. Kendrah le sonreía. Si hubiese sido un enemigo, se encontraría en un serio aprieto. Se reprochó a sí misma su falta de atención.

—Te he asustado —Kendrah seguía sonriendo.

—No digas tonterías. Tus pasos se oyen desde hace un buen rato —mintió ella—. Ahora me explico cómo ha llegado aquí esa mujer.

—¿Eileen? No te preocupes por ella, es inofensiva.

—Ninguna mujer es inofensiva. A tu edad ya deberías saberlo, Kendrah El Invicto —replicó sarcástica—. Y aparte de aprender a acercarte a una presa que te hubiese matado, no te vendría mal mirar hacia atrás para impedir que te siguiesen.

—Olvídate de ella, no será un problema. Veo que ha hecho buenas migas con tu guardaespaldas.

—Por mí como si los dos os acostáis con ella todas las noches. Pero, si nos pone en peligro, dejará de ser un problema para siempre.

Kendrah guardó silencio. No dudaba de que Wen la eliminaría si lo creía necesario. Y, además, tenía razón: aquellos dos se habían liado. Se estaban besando. Aquella mujer lo desconcertaba. En apenas seis días se había acostado con él, en Temhair na Rí, con el rey, con él de nuevo en el bosque y ahora con el recién llegado. A saber con cuántos más. En el fondo, era un ingenuo. Nada más abandonar el barco de Angus Hal, Eileen se le había acercado para hacerle carantoñas. Así había conseguido que la dejase acompañarlo. Cuatro caricias y el deseo de repetir su último

encuentro salvaje. Y, lejos de repetirlo, ya estaba en los brazos de un nuevo amante.

—Espero que no te desconcentres así en medio de una lucha a muerte, o perderás tu fama y tu pellejo —se mofó la mujer.

—Mañana comprobarás tú misma de lo que somos capaces los guerreros de Erin.

—Falta nos hará, porque a estas alturas Irvyn El Blanco habrá sido avisado y estará enviando hacia aquí todo lo que tenga disponible.

—Eso temo yo también. Pero tanto Aldahir como el rey lo tienen previsto. Confiemos en que las precauciones que hemos tomado sean suficientes.

—¿Y Angus Hal? ¿Aceptó las sugerencias del druida de buen grado?

—Totalmente, tal y como nos anticipó Roble Gris. —De repente, Kendrah señaló hacia abajo—. Fíjate, las piezas se empiezan a mover.

Las primeras luces no tardarían en vencer el dominio de la noche. Ahora podían distinguir los movimientos de la flota con mayor facilidad.

—¡Allí! —gritó Wen. Una enorme polvareda se acercaba desde tierra adentro. El ejército enemigo.

—No sé si tendremos suficiente tiempo. —Aldahir se había despertado con el grito. En alerta, se situó junto a ellos. Desde su enclave privilegiado, podían ver sin ser vistos.

La bajamar dejaba al descubierto una ancha playa que no habían podido apreciar hasta ahora. La mayoría de embarcaciones, cientos de ellas, sembraban la arena mojada e incluso los bajíos más próximos. Y aún más barcos estarían desembarcando en calas cercanas. Tal y como el druida había

previsto, los capitanes habían varado sus naves unas contra otras, formando una inmensa barricada. Sonaron los primeros cuernos.

Los pendones amarillos del rey Irvyn asomaron sobre la cordillera que rodeaba la playa. Mientras, los invasores se parapetaban tras la improvisada muralla naval; sus banderas también ondeaban desafiantes. Los provocaban en su propio terreno. No habían hecho aquel viaje por cortesía. Muy al contrario, el viento de la muerte había empujado las velas.

Un segundo cuerno. Los soldados de a pie abrieron sus lilas para dejar paso a varias columnas de caballería. Los oficiales de Irvyn eran conscientes de que los esperaban tras las barricadas, evitando el enfrentamiento en campo abierto. Con suerte, su número sería menor del esperado. Los jinetes ya blandían sus larguísimas lanzas de ataque. Una orden y se lanzarían sin pensarlo contra el ejército de Angus Hal. Las ofensas se pagan con sangre, y pisando su isla mancillaban la tierra de sus antepasados.

Aldahir Roble Gris sonreía complacido. Se habían tragado el anzuelo hasta el fondo de las agallas. Apenas dos centenares de soldados tras la barricada se esforzaban por aparentar lo que no eran. Gritaban enloquecidos, asomaban sus cascos y caetras, corrían enardecidos de un lado a otro, espoleando a los caballos y agitando sus propios pendones de color esmeralda. Había llegado su momento.

—Hasta la próxima, muchachos. Me están esperando.

Antes de que Wen y Kendrah se diesen cuenta de lo que sucedía, el druida ya corría colina abajo como poseído por una fuerza sobrenatural, recogiendo la túnica con una mano para no tropezar y con su cayado en la otra. Corría como muchacho joven y veloz. Kendrah echó un vistazo a donde había estado Aldahir hacía un momento. La inseparable bolsita de cuero, las cintas flojas y desligadas, y un par de los frasquitos de vidrio con la hoja de roble. El

caudillo norteño comprendió.

La pelirroja, sin embargo, no apartó la mirada del druida. Algunas flechas volaron desde las filas de Irvyn intentando detenerlo. Rápidamente, media docena de guerreros de Erin saltaron desde su escondrijo para protegerlo con los escudos. Las caetras atraparon a las saetas y el hombre prosiguió su carrera sin detenerse.

Pero Roble Gris sabía perfectamente lo que dejaba a su espalda y dónde se encontraba. En cuanto creyó que se hallaba fuera del alcance de los arqueros, frenó en seco y retó al enemigo con la mirada. Desconocía si los comandaba el propio Irvyn, aunque lo dudaba, pues estar en el primer enfrentamiento lo consideraría falta de nobleza o una pérdida de tiempo. Antes debía correr la sangre de sus lacayos. Los perros sí acudían a la cita, y ladraban desde las filas arengándose a sí mismos. No tardarían en dejar de ladrar. Les daría su merecido.

## ISLAS ÁRAINN. ERIN

**H**abían pasado la noche acorralados contra el muro o aupados a cualquier risco que los amparase de la subida de la marea, pero siempre bajo una inquietud constante. Ateridos de frío y agarrándose entre sí, tratando de vencer al cansancio y a lo angosto de sus atalayas de roca. Lo de mantenerse secos resultó tarea imposible y, aparte del oleaje, el ruido más común fue el rechinar de dientes. Por fortuna, las últimas olas se habían quedado a escasos pasos del acantilado cuando el refugio de algunos náufragos ya estaba siendo sitiado. La nave había embarrancado. Una vez superada otra prueba más, todavía no se habían enfrentado a su mayor reto. Lo tenían ante sí.

—¿Cuántos pies de altura tendrá este acantilado? — preguntó a Elvia la joven guerrera que le había curado los cortes. Había pasado la noche a su lado, en una pequeña roca con apenas espacio para albergarlas a ambas.

Ahora todas buscaban el calor del sol para secarse las ropas. Y sus cuerpos.

—Imposible calcularlo. Creo que aquellas nubes nos ocultan la cumbre, quizás el viento las arrastre a lo largo de la jornada y podamos ver algo.

—Está claro que, sin el barco, no podremos salir de aquí por mar. Ni siquiera construyendo una balsa con los restos. No sería segura.

—Tampoco podremos vadear los farallones nadando; las olas nos destrozarían.

—Tendremos que escalar.

Se había abierto el debate. Kalen de Brigantia las escuchaba mientras analizaba todas las posibilidades.

—¿Y cómo se supone que lo haremos? —preguntó entonces otra.

Elvia se calzaba unas botas de piel. Eran más amplias que las suyas, pero precisamente por eso podía ponérselas sobre las vendas que envolvían sus pies. Ni siquiera sabía cómo las había encontrado aquella joven en medio del desastre.

—Eso dejádmelo a mí —dijo al fin, poniéndose en pie—, por algo me llaman la montañesa, ¿no os parece? Si nuestro silencioso druida no se opone a ello, claro.

—Desde luego que no. ¿Se te ocurre algo?

—Acércame ese arco que tienes a tus pies, y algunas flechas.

—Aprovéchalas, no hemos encontrado muchas —le pidió el hombre mientras le ofrecía una. Ella ya empuñaba el

arma.

—Tranquilo. De todas formas, o salimos de aquí o te veo pescando caballas con arco. Sería curioso verlo.

La broma logró arrancar alguna risa entre las guerreras. Elvia tensó el arco y clavó sus ojos de ámbar en la pared del precipicio. La primera flecha rasgó el aire, pero su silbido se interrumpió antes de lo esperado. Algunos fragmentos del astil cayeron entre las piedras. La arquera había errado su primer intento. Suspiró y, tras calcular detenidamente la intensidad y dirección del viento, lanzó una segunda. El sonido se prolongaba. Esta vez sí. Había superado el muro.

—Bien, voy a intentarlo. Necesito cuerda, de la que se utiliza con las velas y las maniobras de cubierta. Esa maroma es demasiado gruesa, no me servirá.

Todos, incluyendo a Kalen, se pusieron manos a la obra.

—Y lo más larga que podamos. Atad lo mejor posible los nudos en los extremos, sobre todo los de los trozos más pequeños. Doble nudo en las cuerdas más cortas. —De vez en cuando Elvia miraba hacia el acantilado. No iba a ser fácil—. Tampoco me vendrán mal un par de garfios de los bicheros, y algún arpón, si lo hay. Pero seguid con lo vuestro, yo me encargo de partirles el mango de madera. —Y empezó a golpearlos contra una piedra, para dejarles el largo que deseaba mientras seguía explicando su plan—: Me llevará todo el día, no quiero despeñarme. Empezaré por ahí, justo por la izquierda, luego ya veré. En cuanto encuentre tramos seguros, os iré tirando la cuerda para que me enviéis la maroma. Clon la de más grosor podré reforzarla, para que luego aguante el peso de todos. Si llego a la cima, aguantará.

Se agachó para comprobar el amarre de los nudos, tiró de ambos extremos con fuerza. Sus gestos eran de aprobación a medida que los iba revisando. Y los revisó todos, uno a uno.

—¿Cómo vais? —Las guerreras la miraron. Habían terminado—. Está bien, vamos allá.

—¿Elvia, estás segura de esto? —El druida se acercó a ella—. No tienes por qué arriesgar tu vida.

—¿Ah, no? ¿Y qué otra opción tenemos? Me has hablado de mi destino, y que se esperan de mí cosas importantes. Si aciertas con alguna de tus profecías, entonces no me pasará nada, ¿no crees?

—No es momento para bromas, chiquilla. Además, ni las profecías ni los augurios funcionan de esa forma. No frivolices.

—¡No me llames chiquilla! No me veías como una chiquilla en el barco.

—Elvia, no pretendía...

—Ya, ya sé lo que pretendías. Pero me verás como a una mujer cuando te tire esa maldita cuerda a la cabeza desde allá arriba. —La montañesa se enrollaba los cabos a la espalda mientras hablaba con él—. O tal vez la próxima vez que te muerda los labios. No tengas miedo, no morderé fuerte.

El druida no sabía cómo frenar aquel torrente de reproches, y era evidente que el enfado de la mujer iba en aumento.

—Me dijiste en Brigantia que me enviarías en busca de la muerte. Pues éste es el momento —le recriminó entonces Elvia—. Te veo esta noche. No te canses al subir porque te estaré esperando.

Y sin mediar una palabra más, avanzó hacia la pared de piedra con paso decidido, ante la atónita mirada de las guerreras. Acarició la roca con la mano derecha. A ella sí le hablaría. Como a todas las montañas, aquellas cimas galaicas que había escalado escapándose de su padre. Tautinkom se lo prohibía, como tantas otras actividades impropias de una

chica. Pero ella siempre quiso demostrarle que no era una niña a la que él debía proteger, y siempre encontraba la fórmula para rebelarse contra todas sus prohibiciones.

—Va por ti, padre. —Le dedicó un nuevo mimo a la roca—. Y ahora te toca a ti, querida. Pórtate bien conmigo, necesito conocerte, encontrar tus secretos.

A partir de aquel instante ya no existían ni su padre, ni Kalen, ni siquiera su pasado. O era capaz de vencer o tampoco tendría un futuro. Las esperanzas de los que quedaban abajo se encomendaban a todos los dioses que conocían. A ellos y a la mujer de cabellos rubios a la que no perdían de vista.

## XXV

### La leyenda de Roble Gris

#### KERNOW. AL ESTE DE CARN EUNY

**A**ldahir ordenaba a los guerreros que habían acudido a auxiliarlo que se retirasen. Alguno obedeció sorprendido y a regañadientes, otros de buen grado, dejándolo a su suerte. El druida se arrodilló y posó la cabeza sobre la arena de la playa. Volvía a oír la voz de la tierra.

—¿Otra vez? —La Dama Blanca y Kendrah seguían observándolo desde el promontorio.

Pero en esta ocasión el druida se levantó casi de inmediato. Parecía satisfecho. Elevó el brazo izquierdo hasta la altura de la cabeza y apuntó con su cayado hacia las levas del rey Irvyn. Volvía a retarlos. Señaló con el cayado al flanco izquierdo de las tropas, y fue recorriendo a todo el ejército enemigo, muy lentamente, trazando una línea imaginaria. Repitió el movimiento tres veces, y luego se quedó quieto mirando hacia su derecha. Como si esperase algo.

Inmóvil, mantenía su bastón de druida en alto, amenazador y también tenso, como el brazo que lo sujetaba.

De repente, Roble Gris bajó el cayado y golpeó con él la arena reiteradamente. Podrían haber jurado que cada golpe provocaba un sonido metálico. Imposible. Pero de lo que no tuvieron dudas fue de lo que ocurrió entonces.

Comenzó como una sensación leve, como si les temblasen las piernas. De repente, un estruendo sordo y continuado dio paso a un fortísimo temblor de tierra. Y todo se movió en medio de sacudidas brutales. Los barcos invasores crujían, como si fuesen a convertirse en astillas, y se balanceaban agitados por un mar inexistente. Los caballos, aterrados, desmontaban a sus jinetes para salir al galope en dirección opuesta a la costa. Pasando de la incredulidad al miedo absoluto, muchos soldados, incapaces de mantenerse en pie, se arrojaron al suelo. Mientras, los pocos árboles que había en la zona iban cayendo uno a uno, dejando sus raíces al descubierto y aplastando a más de un guerrero. Los gritos de pánico sustituyeron al estruendo inicial.

—Wen, creo que no estamos seguros aquí. —Meriasek se había acercado a ella, arrastrando por un brazo a Eileen.

—El gallo tiene razón, retirémonos —apuntó Kendrah.

—Espera, ¡mirad al druida! —La pelirroja no podía apartar los ojos de Aldahir. No le preocupaba el peligro ni le interesaba lo que pudiera ocurrir. Toda su atención estaba centrada en él, Roble Gris. Y en su cayado.

—¿Pero qué...?

Mientras el fin del mundo parecía caer sobre sus cabezas, el cayado brillaba. El de Aldahir, como el de todos los druidas de alto rango, había sido labrado con la madera de una encina a la que se le atribuían poderes mágicos. Y por los dioses que habría de tenerlos, pensaba Wen, porque lo que sujetaba ahora el anciano no estaba hecho de madera. Lo que en ese momento Aldahir sujetaba era de un resplandor tan intenso que hacía desviar la mirada. Y ella no había

dejado de vigilarlo ni un solo instante; entonces, ¿cómo era posible? Conocía perfectamente la fama que precedía a Aldahir Roble Gris, y los poderes atribuidos al chiquillo nacido en Alba que había seducido al Consejo en Ynys Môn hasta el punto de convertirlo en el Gran Guía del Consejo de las Tres Islas. Desde niña había desconfiado de las hablaturías y renegado de las leyendas. Hacía oídos sordos a todo aquel que le hablase de brujería o de magia, ya fuese negra o blanca. A los oráculos y los adivinadores, al que embaucaba a niños y ancianos con sus dotes de charlatán. Y ahora, sin embargo, no tenía más remedio que hacerlo y aceptarlo. Aquello no había sido un truco. No existían trucos así. No podían existir. Desconcertada, Wen veía cómo sus creencias se venían abajo, al tiempo que las sacudidas del seísmo seguían postrando de rodillas a miles de hombres. Y allí, en medio de la playa, el druida seguía en pie, inalterable y sabedor de que todos estaban pendientes de él. Atentos a cualquier gesto, a cualquier palabra que pudiese lanzar al viento.

Poco a poco los temblores fueron disminuyendo, hasta desaparecer. También aquel maldito estruendo que dañaba los oídos fue dando paso a un lejano rumor. Un murmullo que crecía desde el mar. Algo se aproximaba. Al darse cuenta de ello, la Dama Blanca miró al horizonte. El oleaje, hasta entonces manso y temeroso, embravecía. No se acercaban nubes de tormenta y soplaba una brisa suave y casi apacible. Sin embargo, Wen no era capaz de contar el número de olas colosales que ahora batían contra las últimas naves varadas, acercándose a la playa a gran velocidad. Perpleja, volvió la vista de nuevo hacia el druida. Aldahir empuñaba el objeto desconocido como si se tratase de una jabalina. Antes de que nadie pudiese anticipar su movimiento, tomó impulso con el brazo y lo lanzó hacia delante. Y aquel objeto avanzó por el aire aumentando su fulgor y el brillo que ya de por sí poseía. Parecía en llamas. Tras un vuelo largo pero veloz, halló su

destino final en el pecho de un capitán enemigo. El golpe resultó terrible y el cuerpo se desplomó a una veintena de pasos. Inmediatamente, con el objeto clavado sobre el esternón, el cadáver comenzó a arder y, en pocos segundos, el fuego alcanzaba varios pies de altura. El cielo se tiñó de un color violáceo.

Roble Gris no se había movido. Mantenía los brazos abiertos en cruz, con las palmas de las manos hacia el suelo. Entonces cerró los brazos frente a su pecho; las palmas enfrentándose entre sí y los dedos separados hasta donde le era posible. La mente de Wen trabajaba con viveza. «Como si dirigiese... ilas olas del océano!», se sorprendió a sí misma.

Y en ese mismo momento una descomunal montaña de agua avanzaba imparable, tragándose y llevándose con ella. Marineros y soldados invasores desaparecieron con ella y, en un segundo, alcanzó al propio Aldahir. También él se desvaneció.

—¡Corred! —Meriasek agarró a su señora por la cintura y la levantó por los aires.

Mientras se alejaban lo más rápido que les permitían sus pies, volvieron la mirada. El mar engullía el otero donde habían estado hacía un instante. Y, por el griterío, estaba causando estragos en las filas, amigas y enemigas. Aquellos que ocupaban los emplazamientos más avanzados no tuvieron una sola oportunidad. La fuerza de la ola los aniquiló. Sus compañeros corrían enloquecidos, tratando de escapar, tropezando algunos entre sí. Unos perecían aprisionados. Otros eran aplastados sin compasión por los restos de las embarcaciones o los troncos arrastrados por la marea asesina.

La mayoría no lo consiguió.

Entonces, como si un terremoto y la crecida inexplicable y salvaje del mar no hubiesen sido suficiente castigo,

sobrevino el grito de guerra:

—¡Al ataque! ¡No dejéis a ninguna de esas ratas con vida! —gritaba Angus Hal.

El grueso de su ejército formaba justo frente a los que escapaban, por detrás de lo que antes era su retaguardia. Durante la noche, y siguiendo las sugerencias del druida, habían abandonado la zona de desembarco para dirigirse hacia el interior. Agazapados en los bosques, habían dejado pasar al enemigo hasta la playa. Sólo un pequeño contingente de poco más de doscientos marineros había permanecido junto a los barcos. Todos habían muerto. Pero ése era el precio que tenía que pagar Angus Hal si quería que los oficiales de Irvyn cayesen en la trampa. Entre la confusión creada por sus hombres caídos y el espectáculo de Roble Gris, había sido muy sencillo rodearlos. Y ahora venían de frente.

Fue una carnicería. Las tropas de Irvyn estaban diezmadas y exhaustas, y sobre todo atenazadas por el pánico. Presa fácil primero para los arqueros, luego para la infantería. Las hojas de Erin se hundían en la carne de su enemigo, que poco pudo hacer para defenderse. Uno a uno cayeron a sus pies. La orden era no hacer prisioneros.

Entre tanto, el rey descansaba a la sombra de un árbol centenario, bebiendo vino directamente de un pellejo. Meditaba sobre lo sucedido, todavía confuso y aturdido.

—Una gran victoria, Hal.

—¡Kendrah! —El caudillo de Brú na Bóinne avanzaba hacia él junto a la Dama Blanca y su perro galo.

Los tres aún empuñaban sus armas y lucían rastros de sangre en la cara y en las ropas. Tras alcanzar lugar seguro, habían dejado a Eileen, que no lograba reaccionar, y se lanzaron al combate. Kendrah había visto por primera vez de lo que era capaz Wen. La pelirroja era muy hábil, e incluso

en ocasiones manejaba espada y arma corta al tiempo con destreza. Se enfrentaba a sus rivales con inteligencia y más fuerza de lo que aparentaba su aspecto físico. Luchaba con valor y agresividad, y no evitaba a ningún enemigo, por muy corpulento o diestro que fuese en el combate. Rápida y escurridiza. Sorprendente. Por su parte, Meriasek era un asesino en serie, un tipo sin escrúpulos que no se distanciaba más de dos pasos de Wen. Le cubría la espalda y de paso arrebatava vidas con la naturalidad del que siega cereales.

—Contadme, ¿qué ha ocurrido ahí abajo?

—Simplemente que vuestro druida sabía de antemano lo que estaba a punto de suceder —respondió Wen.

—¿Y cómo lo ha hecho?

—Eso deberíais explicármelo vosotros.

—Aldahir es poderoso, pero los acontecimientos de hoy superan todo lo que sabíamos o nos habían contado acerca de él.

—¿Es? ¿Crees que está vivo? Lo dudo. Una cosa es que tuviese virtudes mágicas, o al menos inexplicables, y otra muy diferente que fuese un dios —replicó Wen. Kendrah la miraba en silencio. El galo se había alejado, seguramente en busca de Eileen.

—Hasta que vea su cuerpo no lo daré por muerto. Se lo debo. Ahora entiendo por qué quería que me alejase del mar. Hábil como siempre. ¡Qué buen estratega, el muy bribón...!

—Si después de ver todo lo que he visto ese hombre vuelve andando tan tranquilamente, juro que me convierto en druidesa.

—Por mí puedes convertirte en la mismísima víbora de Albion. Aldahir es mi aliado y mi amigo, y si estás viva se lo debes a él. No te olvides de ello, Dama Blanca.

—¿Qué sabes de Irvyn? —Kendrah intervino para frenar

el enfrentamiento verbal. Angus estaba desenchajado y nervioso, y no convenía enfurecerlo.

—Nada de nada. Era de imaginar, muy propio de él.

—Cierto.

—A partir de ahora nos llegarán noticias tuyas. Hablaste de una gran victoria, Kendrah. No lo ha sido. Es obra de un solo hombre y nosotros únicamente hemos rematado su trabajo. Muchos enemigos han muerto ahogados por esa ola; al resto los hemos matado. Pero cometería un error si subestimase a Irvyn El Blanco.

Hal se tomó un respiro para echar otro trago, y la mujer y Kendrah aprovecharon para sentarse a su lado. Wen humedeció un pañuelo en un caldero de agua y comenzó a limpiarse la sangre de la cara.

—Estamos en su reino; éste es su territorio y lo conoce como la palma de la mano. Y me conoce a mí como yo a él. Ningún buen jefe enviaría a todas sus tropas a una primera batalla. Esto es una guerra, asistiremos a muchas más batallas. Podemos pensar lo que queramos de ese hijo de perra, pero es un buen guerrero.

—Estoy de acuerdo contigo, ya lo hemos sufrido en el pasado. Traes al mayor ejército jamás reclutado en Erin, pero ésta es su casa. Sabe dónde esperarnos y dónde plantarnos cara.

—Aciertas. Pensar que partimos con ventaja a pesar de lo sucedido hoy sería estúpido. Si caemos en ello, lo pagaremos caro.

—¿Cuál será tu decisión? —Wen los había estado escuchando atentamente. Prefería dejar que el rey manejase la situación y la estrategia. Intervenir en aquel momento no resultaría práctico, tampoco inteligente.

—Daremos un descanso a los hombres. Un par de días. Hoy ha sido sencillo, pero antes de embarcar los sometimos

a varios días de marcha. A partir de hoy será aún más duro, y el enemigo no se tomará muy bien lo sucedido.

—Eso desde luego. Irvyn te acusará de brujería. Pero estoy de acuerdo, les vendrá bien a los soldados. —Si por ella fuese, iría a por El Blanco sin dilación, pero reconocía que la experiencia de Angus en campañas largas era mayor que la suya.

—Avisaré a mi oficial de guardia para que se encargue de los preparativos. Estableceremos un campamento aquí, pero pondremos centinelas y patrullas de exploradores más allá de Cara Euny. Antes de reemprender la marcha sabremos en qué madriguera se esconde Irvyn. No será fácil llegar hasta él.

—¿No crees que pueda venir a nuestro encuentro?

—Dependerá de si nos ve vulnerables o no. Teniendo en cuenta nuestro número, preferirá que vayamos avanzando por sus tierras. Nos irá tendiendo trampas para igualar fuerzas.

No hizo falta que llamase a su capitán. El hombre, pálido como la nieve y portando un objeto alargado en la mano, se presentaba ante su rey.

—¿Mi señor?

—Habla.

—He encontrado al hechicero. Está muerto.

La pelirroja agachó la cabeza y guardó silencio. Se lo había advertido.

—¿Ahogado o abatido?

—Ahogado, mi señor.

—Mucho mejor, el enemigo no mancilló su cuerpo. ¿Dónde lo tenéis?

—En la orilla. Te llevaré hasta él en cuanto lo ordenes.

—Iremos de inmediato, pero responde, ¿y esa lanza? — señaló lo que el capitán llevaba en la mano.

Según como reflejase la luz del sol, adquiría destellos dorados o más blanquecinos. Sin duda, parecía de un metal precioso. Kendrah se atrevió a tocarla, con sumo cuidado. Le pareció que emanaba calor. El de Brú na Bóinne frunció el ceño. Trataba de recordar antiguas leyendas. Su gesto no pasó desapercibido a Wen.

—La que Aldahir hizo volar hacia el enemigo. Me costó trabajo arrancársela del pecho al guerrero abatido. ¿Nos la quedamos? —preguntó el soldado.

—¡Ni por todo el oro de Erin! ¿No habéis visto lo que ha provocado esta lanza? No es un arma para cualquier hombre. Roble Gris sabía cómo usarla; nosotros no. Resultaría peligroso.

—¿Puedo quedármela yo? —La pelirroja los sorprendió a todos, especialmente a Kendrah. El joven caudillo la miraba fijamente. Angus Hal parecía reflexionar.

—La custodiarás tú, pero bajo una condición: algún día los druidas del Consejo la reclamarán. Entonces te la pediré y me la devolverás sin preguntas. Ellos sabrán qué hacer con ella.

—Trato hecho. —Wen la envolvió con un trozo de manta que cortó con su cuchillo y la dejó junto a sus armas. Allá a donde iba ahora no las necesitaría.

El soldado abrió la marcha; detrás su señor y los comandantes del ejército. Manteniendo la distancia, los siguieron Wen y el de Brú na Bóinne. Muchos guerreros se unieron a la comitiva. No tardaron en llegar.

El cuerpo del druida estaba notablemente magullado. La sangre se había resecado en las heridas. Tenía los ojos abiertos y los labios esbozaban una media sonrisa. Angus Hal se arrodilló ante él. Le alisó los cabellos y la barba,

desenredándolos con sus propios dedos. A su lado, dos comandantes extendían una tela fina, que utilizarían como sudario. Un tercero se agachó junto al rey con una daga en la mano, pero éste negó con la cabeza. Desenfundó su propio puñal y se dispuso a rasgar lo que quedaba de la túnica del druida. Conforme lo desnudaba, iban apareciendo mil y una heridas más, fracturas y moratones. Ninguno de los presentes se explicaba como el cadáver estaba de una pieza. Por el camino habían visto a hombres totalmente destrozados, pero él se mantenía entero y con aquella extraña sonrisa en la boca. Ya completamente desnudo, lo cogió con cuidado y lo dejó sobre el sudario. Con calma, fue envolviendo el cuerpo con la tela, dejando sólo la cabeza fuera de la mortaja. Entonces le puso los dedos sobre los ojos. Decidió no cerrárselos.

—¿Lo incineramos? —preguntó un oficial de la guardia.

—No. Aquella barca, la que flota a tu izquierda —señaló Angus Hal—. Preparadla. Un hombre como éste no se merece las llamas, y no podemos llevarlo al túmulo sagrado de Brú na Bóinne para inhumarlo. No pienso enterrarlo aquí. Se lo entregaremos al mar y que los dioses del averno lo devuelvan a Erin, a Ynys Mon o a su cuna de Alba. ¿Alguien tiene dos monedas?

La Dama Blanca dio un paso al frente con el puño cerrado. Dos piezas de plata. Media docena de guerreros, uno de ellos Hal, habían alzado a Aldahir. Con paso solemne se acercaron a la pequeña embarcación, extrañamente intacta tras la furia de las aguas del inframundo. Allí lo tumbaron y lo rodearon con las flores que otros compañeros habían recogido por las inmediaciones.

—Adelante, Wen —la apremió el rey.

La pelirroja colocó las monedas sobre aquellos ojos que aún parecían albergar vida. En silencio le agradecía su apoyo, que la creyese y la ayudase a convencer a Angus Hal para

que se convirtiese en su aliado. Poco amiga de reconocimientos, aquel hechicero le había demostrado que todo era posible. Para una mujer que daba órdenes a diario, que decidía sobre la vida y la muerte, que decidía el camino por el que marchaba su destino, resultaba complicado escoger las palabras. Y por ello no las pronunció. Se hallaba perdida por primera vez desde hacía mucho tiempo. La Dama Blanca, la implacable, la mujer fuerte que jamás se sometía a la voluntad de nadie, se sentía torpemente emocionada. Atribuyó su torpeza a la falta de costumbre, y se conjuró para que ninguno de los hombres que tenía detrás se enterase de ello. Así que, para evitarlo, se metió en el mar y, tirando del cabo de la barca, la deslizó aguas adentro. La corriente envolvió y recogió la embarcación, y bastó un pequeño empujón de la pelirroja para que comenzara a alejarse.

Wen permaneció en el mar observando el último viaje del Gran Guía. Todos la imitaban, bien desde la orilla, bien desde las colinas.

—Adiós, viejo amigo —se despidió el rey de Erin con lágrimas en los ojos.

Kendrah compartía sus lágrimas. De niño había aprendido a temerlo, a amarlo y a respetarlo. Se despedía a su manera. Enfadado consigo mismo por no poder devolverlo a donde pertenecía. Sorprendido, a la vez, por las acciones de Wen. La misma que había matado a Nunn colocaba ahora las monedas para el barquero a Roble Gris. He ahí su profecía. No había sido su compañera de tantos inviernos, sino aquella que le arrebató el último aliento. Nadie se movió hasta que la barca desapareció del todo, escondida entre el cielo y el mar. El horizonte lucía rojo. Y bajo aquel cielo sanguíneo navegaba Aldahir Roble Gris, el druida más grande de todos los tiempos. El hombre que aquel atardecer se convirtió en leyenda.



## XXVI

### Nuevos territorios, nuevas pasiones

#### CARN EUNY. SUROESTE DE KERNOW

**S**in que nadie lo sospechase, la pareja de amantes descansaba. Eileen, aún sobre él, miraba fijamente a Meriasek para que pudiesen mirarse. Le fascinaban los ojos del galo. Eran misterio puro.

—¿Te encuentras mejor? —Meriasek había acudido a buscarla tras el maremoto y la batalla. Necesitaba alejarse de Wen. Además, ¿no le había pedido que se encargase de Eileen?

—Sí, te debo una.

—No digas eso. Me tendrás aquí siempre que quieras, ¿me oyes? —El galo asintió—. Yo también estoy harta de recibir órdenes. No soy su puta. Soy Eileen de Cathoir Gall y haré lo que me venga en gana.

—Brindaría por ello si tuviese con qué.

—Seguro que hay algún barril de cerveza por ahí, pero no pienso moverme.

—Eres insaciable, ¿lo sabes?

—Claro, ya lo era antes de que llegases con esa estirada. ¿Qué te creías?

Rieron. En aquella choza subterránea no existían ni los míos ni los señores, ni los hechiceros ni la magia negra. La guerra quedaba para el amanecer.

—He conocido a muchas mujeres, pero tú las superas a todas.

—¿Muchas? Ni la mitad que yo, te lo aseguro.

—Te refieres a hombres...

—A ambos. Me gusta probar de todo, ya sabes — respondió ella con picardía.

El gallo soltó una carcajada.

—¿Qué crees que estarán haciendo? —preguntó de pronto.

—¿Quiénes? Ah, claro, mi primo el rey y tu Dama Blanca. Quizá lo mismo que tú y yo, joder como lobos.

—Eso lo dudo. Wen no quiere hombres en su vida.

—Entiendo, me preferiría a mí. Su beso fue excitante, ciertamente.

—No me refiero a eso. He oído que la violaron siendo una niña. No me extrañaría, la he visto rechazar muchas veces. Incluyéndome a mí.

—Como rechace a Angus va a tener un problema. Con él no se atreverá.

—Sí lo hará.

—Ella se lo pierde, es buen amante.

—¿Mejor que yo?

—Me hace falta probarte más..., ya te lo diré. —El gallo volvió a soltar una carcajada—. Lo triste es que cuando salga el sol volveremos a lamerles los pies como perros. Quédate

conmigo, Meriasek.

—¿A qué te refieres? —preguntó intrigado.

—Déjala. Conseguiré que entres en la guardia real, aquí tendrás una mujer para ti solo, siempre que se te antoje.

—Y lo harás acostándote con él, ¿no es así?

—No lo entiendes. Angus Hal se enfrenta a un enemigo poderoso, al único que teme de verdad. Será una guerra cruel y en una batalla... —Su mirada cambió de pronto—. Cualquiera rey puede caer. Uno de los dos no seguirá en pie, porque esta vez se retan a muerte. —Meriasek guardaba silencio y Eileen siguió hablando—: Tengo amistades influyentes en la corte, y mi familia conserva todo su poder. Si mi primo Angus muriese, podría utilizar mis propias armas. ¿Quieres un reino? Te ofrecería su corona sobre una bandeja.

—Pero si apenas me conoces.

—Claro que te conozco. Veo tu ambición y tu odio. Y son idénticos a los míos. Olvida a esa zorra.

—Le debo lealtad —contestó parcamente.

—No lo entiendo. Te humilla, te ha cruzado la piel a latigazos... No le debes nada.

—Aún no ha llegado mi momento.

—¿Por qué?

—Porque un hombre también tiene secretos que ha de llevarse al más allá. Respétalo.

—Está bien... —rezongó la mujer—. ¿Pero qué me dices de Hal? Podrías ayudarme.

—Y a ti, Eileen, ¿qué te hace odiarlo?

—Probablemente lo mismo que a ti con ella: que una vez estuve enamorada de él; que tal vez todavía lo esté, aunque me resista a ello con cada nuevo amanecer y con cada nuevo

ocaso. Y él... Ya lo ves. —Se dio una palmadita en la frente—. Se comporta como un verdugo implacable que me tortura sin cesar. Podría despreciarme mil veces más, o marcarme la piel con un látigo como Wen a ti, y yo seguiría aquí. Así que soy yo la que ha de hacerlo salir o seré suya hasta el fin de mis días. Te das cuenta, ¿Meriasek? Nadie guarda un secreto para siempre. Tú tampoco.

El galo se sentía confuso. O aquella mujer era otra bruja y estaba agotando su paciencia con los hechiceros, o él era un estúpido. Debería matarla. Cortarle la garganta y abandonada para que se desangrase sin que nadie la echase en falta. Pero veía algo en ella, en sus ojos caprichosos y seductores.

—Si no es poder ni gloria, ¿qué es lo que desea este galo misterioso?

—Antes los guerreros buscaban una taza de comida, un lugar donde dormir y el reparto del botín en los saqueos. Yo aspiro a algo así, no soy un tipo complicado. Me gustaría volver a mi pueblo en la Galia con la cabeza alta, que los míos se sientan orgullosos de mí. Mis hermanos son agricultores, al igual que mi padre. Si pudiese hacerles ver que he hecho fortuna... Una fiesta de Beltaine la próxima primavera estaría bien. En mi casa siempre ha sido la más celebrada. Podría invitar a cientos de vecinos de todas las aldeas de la comarca, donar una generosa bolsa de oro a los druidas para que ofrezcan un sacrificio a Belenos, compraría vestidos de color verde para todas las mujeres y les encargaría coronas con la flor del naranjo. Saltaríamos sobre el fuego aspirando el aroma del incienso de lilas y violetas. Los bardos extenderían la noticia: todos en la Galia sabrían que Meriasek El Emigrante ha vuelto y les ofrece hidromiel y comida para llenar sus estómagos. Sabrían que tienen a un nuevo protector.

Eileen lo escuchaba con atención admirada.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó.

—Aquello no era para mí. Necesitaba acción, aventuras. No podía vivir entre cereales y cabras. Quería viajar, enfrentarme a enemigos poderosos como los personajes que temía siendo un niño. El padre de mi padre nos contaba historias al calor de la lumbre. Me pasaba las noches de invierno escuchándolo. Él sí fue un gran guerrero. Combatió con su jefe de clan cuando las tribus galas se enfrentaban entre sí, y jamás perdió una batalla. Lo hirieron, lo torturaron y hasta ahorcaron a parte de su familia, pero nunca se arrodilló ante nadie. Cuando murió el caudillo, su heredero lo premió con un retiro más que merecido. Le concedió la propiedad de las tierras y le encomendó el cuidado de sus reses. Y él, anciano y cansado, accedió. Su mirada seguía reflejando el fuego de la lucha y la sangre, pero fue feliz entre nosotros.

—Y tú te convertiste en un hombre como él...

—Tal vez al principio —Meriasek proseguía su discurso entre ensoñaciones—. Las Tres Islas me ofrecieron las aventuras que estaba buscando, y no dudé en embarcarme y cruzar el mar Celta desde los puertos de Bertaèyn. Hice varias incursiones con grupos de mercenarios, pero creí más rentable establecerme aquí. Primero en Cymru, posteriormente en Erin. Trabajaba solo, ofreciendo mi espada al mejor postor. Así aprendí mi oficio. Era de los mejores, podía escoger a quien servir y a quien matar. Mi precio subía y no tenía escrúpulos para venderme. Hice cosas que avergonzarían a mi abuelo. Me convertí en lo que soy ahora. No soy un loco, pero sí un asesino.

—Escogiste un camino y lo seguiste. No es motivo de vergüenza, sí de reconocimiento.

—¿Tú crees? —preguntó con sarcasmo.

—Yo lo haría, ya lo hago. —Eileen suspiró. Cualquier charla entre ellos derivaba irremediabilmente en la Dama

Blanca. O en Angus Hal—. ¿Y cómo la conociste a ella?

—¿A Wen? Esa es otra historia...

Tenía razón, ella misma estaba cayendo otra vez en la misma piedra.

—Ahora sí tengo sed, iré a buscar algo...

—Espera...

Todavía estaba tumbada sobre él. Le regaló una colección de caricias en aquellos lugares que ya sabía vulnerables. Él la abrazó y le dio la vuelta, besándola desde detrás en la nuca y apartando la melena para abrir paso a su boca. Eileen sonreía satisfecha; sus deseos eran órdenes. Y él no tenía problema en cumplirlas. Se compenetraban con cada movimiento, con cada beso en los labios. Se buscaban, se excitaban. Seguían. Hasta que cayeron rendidos de cansancio, pues ninguno de los dos cedió en su deseo.

## ACANTILADO DE DÚN AENGUS. ISLAS ÁRAINN. ERIN

**E**lvia llevaba un buen rato escalando. Estaba cansada y le dolían las heridas de los pies, pero la pelea con el muro la hacía vibrar.

La primera parte no resultó tan compleja como le había parecido antes de afrontarla. Encontró abundantes huecos sin dificultad, y la roca era consistente, lo que le facilitaba un agarre perfecto. Tuvo suerte: iba palpando pequeñas cavidades, gracias a las que podía tomar un impulso suficiente con la fuerza de sus brazos. Entonces afianzaba la posición de los pies, ya que éstos aguantarían el peso del cuerpo con mayor facilidad. Si el lugar era apropiado, se

pegaba totalmente a la piedra, como si formase parte de ella. Así podía tomarse un descanso cada poco tiempo. Aprovechaba entonces para buscar una grieta profunda en la que pudiese encajar a presión la punta de hierro de un arpón. En cuanto conseguía asegurar la sujeción, que comprobaba con calma y varias veces, anudaba con fuerza. Cada dos o tres arpones, según la distancia, reclamaba la maroma a los de abajo. Les arrojaba entonces un cordel más fino que podría recuperar y disponer así de material más resistente para preparar el ascenso de los demás. Apuntalaba el enclave y a por el siguiente. De vez en cuando sus manos se encontraban con zonas más lisas, y se veía obligada a usar los bicheros para tantear con los garfios allí donde no llegaba. Confiaba su suerte al garfio y se impulsaba con rapidez, por si acaso la madera del mango no era capaz de aguantar su peso.

Habría completado unas tres cuartas partes del ascenso y los obstáculos eran cada vez mayores. La roca era más lisa y ni con la ayuda de los bicheros era capaz de encontrar grietas o cortes en ella. Separó ligeramente la cabeza para mirar hacia arriba. O bajaba hasta el último arpón que había colocado e intentaba desplazarse hacia algún lateral, o se la jugaba. Optó por lo segundo. No existía una montaña invencible, pero sabía que un error la enviaría al vacío. A semejante altura, ni los amarres serían capaces de impedir que se despeñase por el acantilado. Y, si lo eran, el golpe sería muy fuerte. «Ya casi te tengo, querida. Te he respetado, no me falles ahora», susurró.

Se amarró bien por la cintura a un arpón, cogió dos garfios y, tras colocarlos uno en posición inversa al otro, a modo de ancla, los sujetó lo mejor posible con varias lazadas. Dejó caer un buen trozo de cuerda. En su extremo, los garfios estabilizaban el cabo. Entonces, agarrada al arpón de sujeción con una mano, balanceó la cuerda con la otra. Con el primer intento calculó la distancia hasta la cima. Las

siguientes pruebas tampoco consiguieron su objetivo. Los garfios se topaban con tierra o arena y caían de nuevo. Y la mujer volvía a la carga. Al fin la cuerda se tensó. Dio varios tirones con fuerza. Resistiría.

Se desprendió de la atadura de la cintura. Ahora tendría que trepar a pulso. No iba a ser fácil. Por primera vez la asaltaron las dudas. Buscaba con desesperación una grieta para anclar otro arpón, pero la grieta no apareció. Por suerte, cuando el agotamiento desmadejaba ya sus músculos, su mano palpó una piedra de la cima. Tomó un último respiro. Ahora o nunca. Balanceó el cuerpo ligeramente y agarró la otra mano, un nuevo empuje y al fin derrotó a la montaña de piedra.

Se tumbó sobre el suelo. Su corazón latía encabritado y respiraba con dificultad. Las piernas estaban adormiladas, y un cosquilleo le invadía las palmas de sus manos. Abrió los puños, extendiendo y encogiendo los dedos, y recuperó sensibilidad. Se incorporó despacio y miró a su alrededor. Estaba en un poblado. La capitana había acertado. El fuerte de Dún Aengus.

Las chozas se hallaban en pésimo estado, casi todas sin lijado y con la mayoría de sus paredes derruidas. Parecía estar abandonado, pero aun así gritó en busca de ayuda:

—¡Holaaaaa! ¿Hay alguien? —repitió un par de veces.

Nadie respondió a la llamada. Estaba sola. Decidió entonces avisar a sus compañeros. Escogió un par de grandes piedras en las que asegurar la cuerda y se aproximó con sumo cuidado al borde del acantilado. Tumbada boca abajo, los buscaba con la mirada, pero no era capaz de distinguirlos. La altura era demasiada. Más de la que había calculado al comenzar la escalada.

—¡Ya estoy! —gritó entonces, confiando en que el abismo acogería sus palabras.

—¿Elvia...?

—¡Sí! ¿Cómo va la marea? —Empezaba a oscurecer y, aunque lo escuchaba, no podía ver el mar.

—¡Se nos acerca!

—¡Os toca! ¡Subid uno a uno o no resistirá!

Les llevaría un buen rato, así que se sentó a esperar pacientemente. Se preguntó por qué los pobladores locales, si es que los había, habrían abandonado tan magnífico enclave. Se trataba de una aldea grande, rodeada por varias murallas exteriores. Por las piedras en las que había atado la cuerda, parecía que incluso existió en su día un muro defensivo. Tal vez, como el suelo era bastante pedregoso, la tierra no resultase fértil para el cultivo. Tal vez a los pescadores les resultaba demasiado difícil alcanzar el mar. Desde luego, por aquella pared resultaría imposible, debían desplazarse por la costa. Parecía, de hecho, el último reducto en caso de invasión. ¿Estaría habitada el resto de la isla?

De repente, el cabo se movió y la primera guerrera apareció junto a ella, resoplando. Elvia se levantó de inmediato, y la ayudó a desatarse y bajar al suelo el fardo que le habían sujetado a la espalda.

—Dioses, pensé que no iba a llegar jamás. ¿A ti cómo te ha ido?

—Bastante bien; me ha costado al final.

—Dejamos de verte y pensamos varias veces que te habías caído. Estuvimos a punto de enviar a alguien más por si estabas colgada de las cuerdas.

—Menos mal que os equivocasteis. —Elvia le dedicó una sonrisa.

—Aquí tienes tus armas. Kalen las embaló con las mías por si eran necesarias aquí arriba.

—Os lo agradezco, pero ya ves... Como no suframos el

ataque de una horda de fantasmas, no nos harán falta por el momento. —A pesar de sus palabras, se apresuró a recogerlas. Habían encontrado la falcata, el arco y el puñal. En cambio, su caetra y el carcaj se habían perdido entre los farallones o en el fondo del mar. Poco a poco fueron llegando los demás. Todas traían su bulto a la espalda; menos la capitana, quien, con el brazo entablillado, bastante tuvo con no despeñarse. Elvia acudió a auxiliarla mientras las demás recuperaban el aliento. Enseguida Kalen asomó por el borde del precipicio. Era el último. También portaba algunos enseres y provisiones, además de su cayado. Elvia no recordaba haberlo visto entre los objetos recuperados entre las rocas de la orilla. Sorprendida, se dio cuenta de que el bolsón de cuero volvía a estar atado a su cintura. Con todo lo sucedido se había olvidado completamente de él. A buen seguro, tendría las joyas en su interior.

Kalen no aparentaba sufrir cansancio. Permaneció en pie, observando extrañado las ruinas de Dún Aengus.

—Elvia, ¿no has visto a nadie?

—No, la aldea está desierta.

—Curioso. Estuve aquí con Ojo Derecho hace sólo dos primaveras y el poblado estaba vivo.

—¿Qué habrá sucedido?

—Pues no lo sé, pero necesitamos encontrarlos. —Kalen suspiró—. Estamos en una isla y no tengo intención de quedarme a vivir aquí. En cuanto descansen las chicas, enviaremos a algunas a echar un vistazo.

—Ya es casi de noche, improvisaremos antorchas — propuso la montañesa, señalando la hoguera que ya habían encendido, y en torno a la cual se reunían sus compañeras—. Yo he llegado antes y ya he podido descansar. Si quieres iré yo. No creo que la isla sea muy extensa.

—Pero tú has hecho el trabajo duro...

—Míralas. Estoy más fresca, y no me importaría dar un paseo para estirar las piernas.

—De acuerdo, pero yo te acompañaré. Ésta es Inishmore, la isla de mayor superficie en las Arainn, pero tienes razón: no es demasiado grande. Voy a avisarlas y a coger una espada, he perdido la mía.

Elvia aprovechó para encender unas teas. Recogió varias porciones de pescado y carne ahumada y un pellejo de agua, y, usando una tela, la cerró dándole la forma de zurrón. Confiaba en que aguantaría. Por si acaso, se ciñó el cinturón con la espada y la daga; lamentó no llevar también el arco, pero no tenían flechas. Cuando levantó la vista, el druida ya estaba listo.

—Vamos —le dijo.

Atravesaron lo que quedaba del pueblo casi en penumbras, sólo iluminados por ambas antorchas. Nubarrones compactos ocultaban la luna y las llamas proyectaban imágenes sobrecogedoras sobre las paredes que todavía quedaban en pie. Caminaron en silencio. Kalen, que ya conocía el terreno, abría el paso. Dejaron atrás las antiguas cabañas y tres murallas defensivas de considerable altura. En ese punto, Elvia se detuvo.

—Kalen... —musitó.

El de Brigantia se volvió. El fuego iluminó los ojos ambarinos de la montañesa.

—Dime.

Sin una palabra más, se acercó y lo besó.

—Pero... —empezó a decir él, sorprendido.

Lo calló a besos. Primero en los labios, después recorriendo el cuello y la parte del pecho que dejaba a la vista la túnica. Tras varios intentos, logró soltarle el cinturón, y la empuñadura de la espada cayó sobre una losa con un

tintineo. Elvia dejó caer sus ropas. Buscó el fulgor de sus ojos masculinos, iluminados por una luz tenue, procedente de las dos llamas temblorosas. Regresó a su boca, mordiéndola con sensualidad. Continuaban erguidos, desnudos frente a frente, sin que ninguna caricia pudiese olvidarse. Notaban la excitación del otro, escuchaban sus latidos. La primera penetración fue tímida, las posteriores intensas y profundas.

—¡Mmmm! No pares, Kalen.

Los jadeos se entremezclaban con gemidos lascivos. Más intensidad, más calor. Clavó las uñas en la espalda de Kalen.

—¡Agggg! —aulló, enloquecido de placer. Las uñas, que hasta entonces presionaban las nalgas de la montañesa, ahora sólo rozaban su piel.

Nada ni nadie importaba, sólo ellos. Dos amantes bajo el manto de la noche, dos cuerpos todavía unidos.

## **CARN EUNY. SUROESTE DE KERNOW**

**C**omo había propuesto el rey, habían establecido el campamento en el lugar del desembarco. No parecía recomendable desplazar al grueso del ejército tan pronto y en medio de la noche. Lo harían al amanecer, cuando regresaran los exploradores. Habían perdido los barcos, pero gracias a las visiones de Roble Gris el material se había salvaguardado. El bullicio del campamento incomodaba a Hal, por lo que decidió desplazarse hacia Carn Euny, acompañado por unos cuantos guerreros, Wen y Kendrah de Brú na Bóinne. La distancia no era muy grande y los caballos parecían tener prisa por alejarse de la costa.

—Se han ido —informó un soldado a su señor.

Era lo esperado. Una vez puesto al corriente por sus

informadores, Irvyn El Blanco había desalojado el poblado. No podía permitirse un segundo enfrentamiento tan pronto. Debía evaluar al enemigo. Nada más cruzar el despejado murallón de defensa, se dieron cuenta de que el desalojo se había realizado a toda prisa. Habían dejado atrás hogueras encendidas y chimeneas humeando, bastantes reses de ganado, caballos y algunas armas. Hasta un par de asados a medio hacer, que los guardias de Hal engulleron sin pedir permiso.

El pueblo era de dimensiones considerables. Dentro de las murallas, contaba con abundantes espacios abiertos, corrales para animales y rejillas de madera para ahumar pescados. Muchas pieles se secaban al sol, a la espera de ser curtidas. Algunas chozas eran de planta circular u ovalada, similares a las suyas en Erin. Pero lo que les llamó la atención fueron las singulares construcciones con gran parte de su planta bajo tierra. Superaban en número a las habituales. Un par de cavidades excavadas en la tierra harían la función de puerta de entrada y ventilación, y las chimeneas atravesaban la tierra sobre el tejado vegetal hasta alcanzar la superficie. Tenían el aspecto de madrigueras de animales, pensaba Wen. Madrigueras gigantes, eso sí.

El rey, que ya conocía el lugar, se encaminó hacia una de ellas. La pelirroja y Kendrah pisaban sus talones.

—No. —Los detuvo en seco, alzando una mano—. Esta noche no quiero compañía. Me apetece estar solo. Solo y borracho.

Wen miró a Kendrah. Este se encogió de hombros. Tras pensarlo un momento, la mujer creyó que lo mejor era dejarlo en paz. Entró en la choza con dos chicas bien provistas de odres de vino y viandas. La vivienda estaba intacta. El fuego encendido mantenía el calor. Lo primero que hizo fue desvestirse, sin preocuparse de recoger la ropa, y tumbarse desnudo sobre un camastro a medio deshacer.

—¡Maldita sea! —Angus Hal se lamentaba sin que sus acompañantes, también desnudas, le respondieran. Una de ellas le ofreció un pellejo de vino. Hal lo aceptó y ella se quedó sentada a su lado, en silencio.

Con los ojos cerrados, el rey repasaba lo vivido mentalmente. Buscaba explicaciones, pero no las hallaba; intentaba adivinar los pasos de su enemigo, pero no poseía las dotes de Aldahir. De vez en cuando, echaba un trago. Lo echaría de menos, pero ni su recuerdo, ni la Dama Blanca, ni los mismísimos ejércitos del inframundo impedirían que saciase su sed de sangre. Arrebataría su corona a aquel hijo de perra. Costase lo que costase.

Cuando terminó el primer pellejo comenzó a notar el efecto del alcohol. La mujer que se había quedado aparte le acercó más vino, que ella misma le dio a beber. Hal abrió la boca y ella le vertía vino desde la suya. Mientras, su compañera le regalaba un excitante masaje. Se dejó hacer por ellas, aún con los ojos cerrados, lo que aumentaba la sensibilidad. El rey de Erin se quedó dormido con el roce cálido de unos labios de mujer.

## XXVII

### La guarida de Irvyn El Blanco

#### CATHOIR GALL. ALBION

**E**l rey de Albion caminaba en solitario por el complejo sagrado, bajo la vigilancia de aquellos gigantes de mirada acechante. Cuando Irvyn El Blanco ordenaba que lo dejaran solo, quería decir solo. Ni sus más estrechos colaboradores osaban acercarse. Tanto ellos como la guardia respetaban una prudente distancia, sin tener la seguridad de que ésta fuese la suficiente. Lo temían. A él y a uno de sus famosos ataques de ira. Cualquiera que se cruzase en su camino podía pagar muy caro ese simple capricho del azar. Irvyn había levantado su reinado sobre los pilares del terror y la crueldad. Ningún habitante de la isla alzaba su voz. Jamás.

La guardia real había desalojado del recinto a todos los peregrinos y hechiceros. Así, una multitud de curiosos, a la que se habían unido habitantes de la propia Cathoir Gall, se aglomeraban alrededor del foso exterior. Muchos de ellos se habían encaramado al terraplén para contemplar a su rey. Parecía una fiera enjaulada. Mejor dicho, un hombre sediento.

Su sed era insaciable, y no precisamente de agua, vino o

hidromiel. Ese tipo de sed que sentía desde el amanecer.

Habían llegado los mensajeros desde Carn Euny. El bastardo insolente de Angus Hal se había atrevido a poner los pies en su reino. Lo pagaría caro, de eso podía estar seguro. Una cosa eran sus enfrentamientos anteriores, las bravuconadas de dos jóvenes nobles que se resistían a dejar pasar el ardor de la inexperiencia. Pero una invasión era algo bien diferente, una afrenta y una provocación. Aceptaba el reto. Era un reto a muerte. ¡Calmaría su sed bebiendo la sangre de Hal!

Su paseo había comenzado antes del almuerzo, que había rechazado entre gritos y maldiciones. Tenía hambre, pero necesitaba pensar. Había escuchado al último mensajero con toda la paciencia de la que fue capaz. Los inverosímiles relatos, a cada cual más insultante, iban aumentando su furia. El desembarco que ultrajaba sus costas y sus tierras, la actuación presuntuosa de Roble Gris, los seísmos, el maremoto... Apretó los dientes y se mordió los labios hasta sangrar. Tuvo que creer lo increíble. Siempre había pensado que Aldahir era un bufón exhibicionista, un charlatán que se había ganado primero al Gran Consejo y luego al pueblo. No había anciano, hombre, mujer o niño de las Tres Islas que no hubiese oído hablar del druida. Ya en vida se había convertido en leyenda, y no quería imaginarse qué ocurriría en cuanto se extendiesen las canciones sobre su muerte. Porque estaba convencido de ello. Roble Gris había provocado todo aquello con la intención de pasar a la historia como un mártir salvador. Por su vida, que él lo impediría. Esperaba que se pudiese en él más allá junto a su catterva de barbudos correligionarios.

Aun así, tenía que reconocerlo. Había sentido los temblores de la tierra bajo sus pies, y sabía que los soldados recién llegados no mentían ni exageraban. Había visto sus ojos desorbitados, su mirada llena de terror. Eran guerreros curtidos, difícilmente impresionables, y ni uno solo había

podido evitar caer prisionero de una confusión total. Lo que vieron, lo vieron en el campo de batalla, su hábitat natural. Confiaba en sus oficiales y comandantes. El mismo los había adiestrado para construir sus ejércitos a su imagen y semejanza. Combatiendo no cometían errores. Y si afirmaban que la tierra los había derribado y que el mar se había tragado a la mitad de las levas, era verdad. Lo alarmante era que los elementos se habían sublevado en su contra siguiendo las órdenes de Roble Gris. Le desconcertaba que el viejo se hubiese atrevido a utilizar todos sus poderes. Magia negra, sin duda. Renegaba de la nigromancia y los encantamientos, de los mitos y de los dioses, a pesar de reinar precisamente desde allí, desde Cathoir Gall, el centro del universo mágico. Pero que desconfiase de los druidas y su falsa diplomacia, no lo convertía en estúpido. Había asistido en directo a miles de sacrificios, invocaciones y actos de hechicería. Pagaba fuertes sumas en oro a los augures por sus profecías y visiones, y también para esquivar el mal de ojo. Como monarca, era el primero en recibir las novedades astronómicas, asistía a las ceremonias de todos los solsticios. Se hacía ver junto a ellos y procuraba que cada encuentro fuese conocido hasta en el último lugar del reino.

Llevaba ya mucho rato recorriendo obsesivamente el mismo itinerario, que repetía paso a paso. Comenzaba en la Roca de los Sacrificios para continuar siguiendo las Piedras de las Estaciones. Primero pasaba por la situada más al sur y, tras cruzar ante sus tres hermanas, completaba la circunferencia de derecha a izquierda y se detenía un instante ante la Roca Roja. La Piedra del Sacrificio. La miraba con los brazos a la espalda unos segundos, y se encaminaba hacia el gran círculo. El círculo más perfecto y sagrado del universo. No quería entrar en él. Lo rodeaba, esta vez en sentido opuesto. Y vuelta a empezar.

La precipitación no era buena consejera, y andar le ayudaba a encontrar sosiego. Tenía dos opciones: esperar o

atacar. Si optaba por la primera, tendría más tiempo para llamar a sus tropas del oeste, las más cercanas a Cathoir Gall y Carn Euny. Si atacaba, quizá sorprendiese al enemigo. Hal habría tomado precauciones, pero él contaba con una pequeña ventaja y no aprovecharla sería de necios. Atacaría.

Una vez decidido, no podía demorarse. Su rival había dado un paso inesperado al lanzar sus naves contra Kernow. Pero había sido una vez. No habría más. Ahora sería él quien llevara la iniciativa. Echó un último vistazo a las sesenta rocas azules por debajo de los dinteles del gran círculo. Sus aristas brillaban bajo el sol. Quizá los gigantes viajeros de Cymru ya conocían los secretos del destino. Mal aliado tendrían. Irvyn presumía de ser el tipo de hombre al que gusta tallar el futuro con sus propias manos. Y ya llegaba tarde.

Abandonó el recinto sagrado con pasos rápidos, rozando la Roca Roja con los dedos de la mano izquierda. Los guardias tuvieron que apresurarse para alcanzarlo, pues su señor ya sobrepasaba la Piedra del Talón. La muchedumbre seguía observando tras los fosos, atónita. Al poco, sin fiarse del todo todavía, docenas de peregrinos se aventuraron entre los postes que delimitaban el borde interior del terraplén, formando una circunferencia humana. Un anillo más del lugar sagrado. Los mástiles, exactamente cincuenta y seis, tal y como habían sido plantados por sus ancestros, parecían observarlo. Sus cúspides leñosas estaban coronadas por los pendones del rey, cuyo color cambiaba según la estación del año celta. Blancos para el invierno, rojo intenso en verano y ocres en otoño. La primavera avanzaba hacia el calor estival, por lo que cada pendón lucía amarillo. En otros tiempos, no tan lejanos, hubiesen sido verdes. Pero las obsesiones y antojos de Irvyn trocaron el tinte para no coincidir con los de Erin, propios de la Isla Esmeralda. Todos bajo el emblema del dragón negro que Irvyn había importado de Cymru, el territorio más apreciado de entre sus posesiones, allá donde

pasó gran parte de su niñez.

En Cymru aprendió de los mejores maestros y druidas que su padre pagaba, así como el noble arte del combate junto a sus hermanos y hermanas. Amó a la primera mujer. Una mujer bella, de ojos verdes y melena pajiza, ardiente e insaciable. Tras varias jornadas sometido a la pasión de la mujer, que lo doblaba en edad, mató por primera vez. A su marido. Al descubrirse engañado, lo había retado en duelo. Se jugó la vida durante el combate, hasta que logró imponer sus recién aprendidas lecciones. Le arrebató la suya con un certero corte de espada en la yugular, justo por debajo del rostro. Y sintió placer, un deleite inexplicable. Desde entonces había matado a cientos de hombres y mujeres, quizás a miles, y jamás volvió a sentir lo mismo.

Pasado el invierno de Cymru, su padre le había confesado que había pagado a aquella mujer. El muchacho se enfureció al sentirse burlado. Ciego de ira, lo abofeteó hasta el cansancio. Sus hermanas se abalanzaron sobre él, suplicando clemencia para su padre. Irvyn, inconsciente y furioso, se volvió hacia ellas, y ensartó a la primera que se encontró con el filo de la falcata. Sobre el cadáver de su hija, el autor de sus días juró no volver a pronunciar el nombre de otro de sus vástagos. El suyo. Así había comenzado la oscura leyenda de Irvyn El Blanco. Pronto el terror se convertiría en respeto y lealtad enfermiza.

Aquella noche, Irvyn no veló el cadáver ni derramó una lágrima. Se marchó con la viuda y yació con ella hasta la extenuación en el mismo jergón en el que había dormido con su esposo. «Arrepentimiento» le resultaba una palabra desconocida. Tantos inviernos después, seguía sin pronunciarla.

Ahora estaba a punto de volver a vivir aquel placer que sintió al cobrarse su primera víctima. El rey de Erin.

Rodeado por los guardaespaldas, dejó la Avenida que

conducía al río. La misma avenida por la que habían llegado las piedras azules. La misma por la que ahora avanzaban los peregrinos en busca de su meta final, con los pies cansados y la vista clavada en el centro del universo celta. Se internaron en el poblado, que en aquella zona de Cathoir Gall constaba de unos cuatro centenares de cabañas. Una auténtica ciudad que: t («además sumaba las aldeas construidas en torno al perímetro de los círculos sagrados por nobles y reyes que acompañaban a sus súbditos en las peregrinaciones. Las chozas destinadas al rey, que habitualmente ocupaban el centro del poblado, se situaban allí en la parte más alejada de la carretera de losa. Se alejaba así al señor de Cathoir Gall de las siempre molestas procesiones que se sucedían tanto en las horas diurnas como en las nocturnas. Asistía únicamente a las ceremonias importantes. También esa costumbre había cambiado con Irvyn. Los anteriores regentes acudían a cualquier acto al que fuesen reclamados por los druidas. El no. El Blanco les dejó claras sus reglas desde un principio. Él los respetaría si lo dejaban en paz y no le causaban demasiadas molestias. Y a ellos les convenía no hacerlo. Cuando, de tanto en tanto, algún hechicero se atrevía a enfrentarse con él, era discretamente eliminado. Problema resuelto.

La guardia que protegía el pequeño complejo real, compuesto por siete construcciones, abrió paso a su caudillo. Irvyn refunfuñó como único saludo. El soldado, impertérrito, ordenó cerrar filas. En torno a las cabañas se habían dispuesto un par de vallados de afiladas estacas, muchas de ellas adornadas con picas de hierro. Entre ambas vallas un foso sembrado de pozos, trincheras y trampas. Todo ello estaba cubierto por zarzales, que impedirían ver lo que había bajo sus pies a cualquiera que se aventurase por el trecho. Por fuera del vallado exterior, un nuevo foso, doblemente ancho, lo distanciaba del resto del poblado. Miembros de la caballería custodiaban el recinto desde fuera; sólo quedaba

dentro la guardia personal de El Blanco. Éste acostumbraba a usar la choza más pequeña, que en tiempos se utilizaba como salón del trono. Le traía buenos recuerdos. Allí mismo había humillado a Tautinkom. Allí había comenzado su reinado.

La pieza mostraba cambios notables desde entonces. Ya no se utilizaba como salón regio. Había desplazado de su guarida tanto las recepciones oficiales como las juntas con caudillos o embajadores, lo que además agradaba a los druidas. Creían que, con esta medida, el nuevo monarca reconocía su autoridad espiritual, y que incluso le concedía más valor al Consejo de Sabios. Nada más allá de la realidad. Con esta treta, Irvyn El Blanco había conseguido mantenerlos alejados. El mismo trono no fue ajeno al capricho. Su nuevo ocupante decidió entregarlo a los maestros forjadores, que fundieron el hierro y moldearon con él armas para sus soldados. En su lugar se asentó un enorme solio de madera, cuyos tablones se fueron cubriendo con huesos humanos y cráneos reducidos. Era una lástima no haberse quedado con el de Tautinkom, se había repetido en innumerables ocasiones.

—¿Qué ordenáis, mi señor?

El comandante más veterano de la guarnición permanecía en pie ante él. Sentado en el macabro trono, bebía directamente de un ánfora de arcilla cocida. El soldado le ofrecía un vaso tallado en cuerno de buey, pero Irvyn lo rechazó. Las sombras los envolvían. Por las noches se ahogaba la lumbre y la estancia quedaba únicamente iluminada por varias lucernas de barro de llama débil. A pesar de reinar entre tinieblas, El Blanco era capaz de visualizar cada palmo del suelo, cada piedra de las paredes cimentadas con argamasa. Aun cerrando los ojos veía el lugar donde yació el cadáver de la reina, el punto exacto en el que postró a Tautinkom de rodillas. Reconocía cada uno de los muebles y objetos de la choza. Todos excepto el trono

permanecían en idéntico lugar. La gran mesa de banquetes, las sillas que por entonces sí acogían a los nobles, las lanzas adornadas con enseñas de cada comarca insular. Los escudos. Caetras de combate representativas de las tribus, de todos los clanes de las Tres Islas, engalanaban las paredes; algunas de ellas pintadas con los colores de sus caudillos, otras tachonadas con clavos de hierro. Una de las caetras destacaba entre todas. No por su belleza ni por sus ornamentos, tampoco por su procedencia, aunque contasen las leyendas que fueron los propios milesianos quienes la abandonaron en el campo de batalla. Los herederos de los Tuatha dé Danann la habrían trasladado a Cathoir Gall tras las guerras en la isla de Erin. Llamaba la atención por su enorme tamaño, pues sobrepasaba con creces la altura de un hombre de altura media. Cantaban los bardos que fue utilizada en tiempos de Breoghan. Media docena de hombres alzaban sobre el escudo al Gran Rey de los galaicos. ¿Habría sido Miled quien llevó a Erin la caetra de su abuelo? Habladurías. Aunque Irvyn El Blanco sabía que diversos pueblos de más allá del mar del Norte acostumbraban a portar a sus nobles de tal guisa. Más acertadas le parecían otras teorías acerca de su verdadera función: el mero adorno para realzar y distinguir a su poseedor, o la protección estática. Irvyn se decantaba por esta última, y la había mantenido como la había encontrado, justo por detrás del trono. Al menos con aquel armatoste tenía las espaldas cubiertas.

Continuaba en silencio. Se giró sobre el trono para contemplar mejor el escudo. La falta de luminosidad dificultaba su perspectiva. Un sinfín de figuras coloreadas, probablemente de origen galaico, cubrían casi por completo la piel que forraba el armazón de madera. Espirales, serpientes, manadas de ciervos, algunos de ellos copulando, un hombre cazando con lanza, otro que bien podría ser druida por el bastón de mando que portaba, caballos,

puñales, guerreros con espadas o falcatas de gigantescas proporciones... se habían trazado con algún material de color rojizo o anaranjado. Tal vez barro, aunque él siempre bromeaba, asegurando que se trataba de sangre humana. En el centro destacaba un tachón ovalado repujado en bronce. Varias docenas de tachuelas de menor tamaño se esparcían por la superficie circular, sin aparente orden o relación entre ellas. Pero sí tenían algo en común, en todas se podían apreciar marcas profundas y un pequeño orificio perforado en el centro. Como si se hubiese extraído algo a fuerza de puñal o herramienta.

—Escoge tú a los hombres —soltó de repente—. Una decena de grupos, y no más de cuatro o cinco en cada uno. —El comandante permanecía impasible. Su rostro no reflejaba gesto alguno. Conocía bien al Rey, y sabía que perder la paciencia no le aportaría nada sino problemas.

—Iré a buscarlos yo mismo, tengo a los guerreros adecuados —respondió convencido.

—Aguarda sólo un momento, saldré contigo.

Por el tono de su voz, el soldado se dio cuenta de que no sólo lo acompañaría hasta la entrada de la choza. Irvyn El Blanco los conduciría en aquella misión.

Irvyn miraba la hoja de su daga. Cerró el puño en torno al filo y, sin pensárselo, se hizo un corte en la palma de la mano izquierda. Sintió el calor de la sangre y dolor en el corte. Se frotó las manos y, tras separar bien los dedos ensangrentados, se los pasó por la cara, delineando cinco regueros teñidos de odio bermellón.

—Vamos a matar a hombres de Erin. Sígueme.

Abandonaron Cathoir Gall de inmediato. A toda prisa. Irvyn sonreía. O la muerte le reservaba un sitio a su diestra o él se convertiría en su mensajero aquella noche. Oía el roce de las piedras de afilar, escuchaba las carcajadas del

inframundo. El afilador se esmeraba con las guadañas.

## **COSTA ESTE DE ERIN. CERCA DE SLIAB MIS**

**L**a embarcación, de reducidas dimensiones, se balanceaba a merced de una apacible marea. Elvia acogía entre suspiros los movimientos de su amante. Yacían sobre la cubierta, tumbados entre pieles e iluminados por la bóveda estrellada. Una noche preciosa, el cielo despejado y una temperatura agradable. La brisa refrescaba el ardor de sus cuerpos. Kalen la penetraba con ternura. No escatimaban un beso, una caricia o un mordisco. Sin palabras, entre suspiros y jadeos, y escuchando la música de fondo de las olas traviesas. Llevaban un largo rato haciendo el amor. Habían llegado con el sol ocultándose tras las montañas de Erin y ya amanecía de nuevo. El astro rey enviaba sus primeros rayos. Un último beso. La montañesa suspiró con fuerza y hundió la cabellera rubia en el pecho de Kalen. Su destino la esperaba a pocas brazas de la barca, en la orilla de Erin. Ella, a pesar de saberlo, no quería abandonar su madriguera en el regazo de su amante. Quedaban atrás los viajes, la herida, el naufragio... Sólo podía mirar hacia el futuro. Después de salir de Dún Aengus y de seducir al druida por primera vez, siguieron las sendas marcadas por las carretas. La caminata fue corta y el terreno no les resultó demasiado exigente. Un par de hombres salieron a su paso en cuanto localizaron el primer poblado. No eran guerreros. De edad bastante avanzada, parecían pescadores, armados con lanzas y falcatas cortas. Los acompañaron al poblado, desposeído de murallas o protección alguna. El druida llevó la voz cantante. Fue el jefe tribal, también un anciano, el que les narró los

acontecimientos más recientes. Los jóvenes habían sido reclamados al continente, como llamaban los isleños de Inishmore a Erin. El rey estaba en guerra, y por eso habían decidido abandonar el fuerte y volver a habitar las aldeas pesqueras. La noticia, tan inesperada como sorprendente, contrarió visiblemente a Kalen. La situación actual hacía trizas sus planes. Tenía que tomar una decisión enseguida, y necesitaba ayuda. Los nativos se la ofrecieron en cuanto supieron a quién tenían ante sí; prepararon los caballos y un par de carros, y enviaron una partida al fuerte abandonado a rescatar a las guerreras.

El druida y Elvia se acercaron a los embarcaderos. Kalen, asesorado por uno de los marinos más experimentados, optó por un barco pequeño y de fácil manejo, una embarcación de pesca ligera guiada únicamente a vela.

El druida reunió a las mujeres en cuanto llegaron al poblado. Les explicó que la montañesa y él habían de partir lo más rápido posible, y sin compañía. Escucharon alguna que otra protesta, pero la capitana impuso cordura, convenciéndolas de que en su estado, heridas y maltrechas, de poca ayuda servirían. Juró que las guiaría tras los pasos de Kalen en cuanto se hallasen recuperadas y en condiciones para luchar. Llegaría su momento.

Quedarían bajo el cuidado de los ancianos de la aldea, que les facilitarían cuanto necesitasen e incluso reclutarían a algunos hombres de las islas menores para que se sumaran a ellas llegado el momento. La capitana dio consejos a Kalen sobre el manejo de la vela y la espadilla. El druida los aceptó, aunque Elvia se dio cuenta, nada más soltar amarras, de que no era la primera vez que tripulaba un barco como aquél. Sus compañeras y los curiosos de la aldea, entre ellos bastantes niños, los despidieron desde el embarcadero y las rocas cercanas. Tenían el viento a favor, y el mar permanecía sereno. La travesía no ofreció demasiados problemas. La montañesa se sentó junto al druida y le ofreció besos,

abrazos y caricias. Se sintió correspondida y segura entre sus brazos, que jugueteaban con su melena y guiaban el timón. Al poco, Isla Esmeralda apareció en su horizonte, y entonces habían decidido arriar la vela y pasar allí la noche. Ahora Elvia seguía refugiada en el regazo de su amante, recordando aquella madrugada mágica. Deseaba no tener que desembarcar en Erin. Soñaba con lo imposible.

Kalen miraba hacia el sol naciente, sin importarle el daño que aquel resplandor le hacía en los ojos. Le sonreía como si el astro fuese su confidente, el guardián de sus secretos. La montañesa se incorporó ligeramente para darle un beso. Borró así la oscura sonrisa del hombre. Su hombre.

—Te amo, druida.

—Y yo. Y siento tener que decirlo... Ha sido una noche inolvidable y me gustaría que los dioses nos regalasen más tiempo, pero...

—Pero hay que hacerlo. Lo sé —murmuró Elvia—. Vamos, desembarquemos.

—Tendremos muchas oportunidades para estar juntos.

—¿Me lo prometes?

## **CARN EUNY. SUROESTE DE KERNOW**

**E**l jefe de clan de Brú na Bóinne abrió el desvencijado portón. Buscaba cobijo en las cuevas después de la negativa del rey, que aquella noche había preferido entregarse a la soledad. O eso era lo que había dicho. Wen lo acompañaba. No tenía ni idea de dónde se había metido Meriasek desde que terminaron de luchar en la playa, aunque se imaginaba qué faldas rondaba. Encendieron fuego en el

hogar. Mientras Kendrah preparaba algo para cenar, la pelirroja acariciaba el envoltorio de su lanza.

—Recuerda que prometiste devolverla —dijo el norteño, revolviendo con un cucharón un caldo improvisado. El líquido borboteaba en una pequeña marmita; las llamas crepitaban.

—No me olvido. —Ella sonreía. Claro que lo recordaba. No separaba los ojos de la manta que la cubría. Ni siquiera cuando Kendrah, después de servir caldo en dos tazas de barro, le ofreció la primera.

—Toma, está caliente y se te va a caer al suelo.

Comieron en silencio. Kendrah recogió las tazas y las cucharas. Wen no se movió. No era una pieza propia de la vida cotidiana de una familia, seguramente se utilizaba para reuniones o algo parecido, pero sería un lugar apropiado para dormir. Salió de la casa para buscar unas pieles en su montura y las tendió cerca de la fogata. Habría para los dos. El cansancio comenzaba a vencerlo, los párpados pesaban demasiado. De espaldas a Wen, por si acaso daba la media vuelta, se desvistió para deslizarse entre las pieles.

—Nos conocemos hace poco, pero si me hubiesen dicho que una lanza te embrujaría, jamás lo hubiera creído.

—No me ha... —Wen se dio cuenta entonces de que se había acostado.

—Yo sé de quién es, ¿y tú?

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, sorprendida.

—La lanza, hablo de la lanza.

—Era de Aldahir. Lo que no me explico es cómo logró esconderla en su cayado. Quiero decir, dentro de él. En la playa desprendió la madera golpeándola contra la arena. Tenía entendido que son de encina.

—Así es. Los bastones de los druidas de mayor rango se tallan en madera de encina. Una encina muy especial,

mágica.

—Interesante. —Wen lo invitó a seguir hablando mediante un gesto. Se acercó a él y se sentó en el suelo a su lado.

La Dama Blanca parecía interesarse al fin por la magia y la hechicería. Había recibido una buena lección, y, por qué no admitirlo, él también.

—Se cortan las ramas adecuadas y las dejan en aceites durante siete otoños —continuó tras un breve silencio—. Creo que en ánforas de gran altura, pero no estoy seguro de ello. Las limpian y las transportan a Ynys Môn.

—¿Desde dónde? ¿Tú sabes en qué lugar crece esa encina?

—Nadie lo sabe con exactitud, salvo los druidas que ingresan en el Gran Consejo. Me han contado más de cien versiones, y ninguna de ellas parece creíble. En Brú na Bóinne se cree que los dioses la habían plantado en las Islas de Insi Orc. Una ubicación muy apropiada, porque allí hay más de un centenar de islas e islotes.

—Lo sé, viví un tiempo en Alba. Me parece poco probable —Wen negó con la cabeza.

—Cierto. Durante una fiesta del Samhain, Nunn nos confesó que no era cierto. Ya sabes, la mujer que...

—Que asesinó —acabó la frase sin un atisbo de arrepentimiento en sus ojos.

—Ella conocía a Roble Gris mejor que nadie. Tal vez guardase el secreto sobre el verdadero emplazamiento, pero nunca nos lo desveló.

—Al menos sabemos que no es Insi Orc. Ya es algo —se rio la pelirroja.

Kendrah se sintió desconcertado. Aquella mujer también sabía bromear.

—Cuentan que sólo hay tres ebanistas que saben labrar esas ramas. También han de ser druidas. Si alguno muere, los demás adiestran a un nuevo aspirante. Así sus secretos siguen a salvo. Ese cayado era de Roble Gris, pero la lanza no lo era.

—¿Cómo dices? —le cortó con un grito Wen.

—Es la lanza de Lugh —espetó Kendrah con media sonrisa ante la estupefacción de Wen, cuya mente se veía asaltada por muchos otros interrogantes—. Habrás visto que no tiene la forma de un tridente, o cinco puntas como nos contaban, pero sí hemos visto su verdadero poder. El fuego, su rugido, las órdenes que recibía de Aldahir...

—Aparte de ti, y lógicamente los sabios del Consejo, ¿quién más lo sabe? —lo cortó, nerviosa.

—Si te refieres a Angus Hal, él no. Y no debe saberlo.

—Por eso dejó que me la llevase... De conocer su existencia, la habría utilizado contra Irvyn El Blanco.

—Desde luego que lo hubiese intentado, pero usarla ya es otro tema. Cualquiera que pudiese manejarla se convertiría en un dios.

—Aldahir podía. Hubiese unificado a los reinos — reflexionaba la pelirroja en voz alta. Ella, que siempre había renegado de todas aquellas creencias, que consideraba de ignorantes y de campesinos, no podía negar la evidencia. Había sido real.

—Pero ésas no eran sus pretensiones, Wen. Los druidas, y más los de su casta, se consagran a una vida muy diferente a la nuestra. No se dejan seducir por las ambiciones personales, y la riqueza no les motiva en absoluto. Puedo asegurarte que Roble Gris se tomaba muy en serio sus votos.

—Te creo. Me quedó claro que no hubiese intervenido si no hubiera creído firmemente lo que le conté en su cabaña. El cuerpo de su amante todavía estaba caliente y, sin

embargo, me apoyó.

—Cualquier hombre hubiera clamado venganza de inmediato, se hubiera lanzado a tu cuello sin importarle que lo matases. Y tú lo hubieses hecho. Pero él se limitó a quedarse sentado en el banco de madera...

—Hay algo de Hal que no entiendo. Cualquier niño de las Tres Islas ha oído hablar de la lanza del dios del fuego, ¿cómo es posible que no la haya reconocido?

—Tú tampoco la reconociste. Ni siquiera habías contemplado esa posibilidad hasta que te nombré a Lugh.

—Duele admitirlo, pero tienes razón.

—Ni tú ni Hal. Ninguno de esos guerreros, tampoco el enemigo. Y es comprensible: todos estáis en trance, cegados y temerosos ante lo desconocido. La ceguera no sólo os impide ver. Os impide pensar.

—Pero se darán cuenta, alguien ha de sospecharlo tarde o temprano...

—Claro, pero será demasiado tarde.

—Y aunque nadie lo hiciese... —Wen volvió a interrumpirlo—, no creo que existan demasiadas armas capaces de gobernar la tierra y el mar a su antojo. Un momento, ¿por qué has dicho «demasiado tarde»?

—Tanto Angus como Irvyn El Blanco tienen entre ceja y ceja matarse. No pensarán en otra cosa. Y si lo hacen nos encargaremos de hacerla desaparecer. No debe caer en sus manos. Pase lo que pase.

—Pero tú eres súbdito de Angus Hal y caudillo de uno de los pueblos más importantes de todo Erin. ¿No se lo dirás?

—Te repito que no debe saberlo. No se enterará por mis labios, Aldahir no me lo perdonaría. Ni él ni Irvyn sabrían usarla, pero no les sería complicado encontrar a alguien que pueda hacerlo.

—¿Un druida?

—No todos son tan honorables como él. Tal vez no consigan el apoyo del Gran Consejo, pero no me fío de los aspirantes más jóvenes. Muchos druidas iniciados compiten por un puesto de consejero, y muy pocos lo lograrán. Algunos no encajan bien la derrota, y éstos son los que más me preocupan. Si uno o varios de ellos entrasen al servicio de los reyes, podría resultar catastrófico.

—Entiendo. Al principio no tendrán las facultades de Aldahir, pero con el tiempo podrían adquirir suficientes conocimientos, ¿verdad?

—Eso me temo.

—¡Y entonces podrían utilizar la lanza! —Wen pensaba a toda velocidad. No se lo podía decir a Kendrah, pero tenía que conseguir contactar con alguno de ellos. A no ser...—. Kendrah, ¿tú conoces los secretos de la lanza?

—Verás, no es tan sencillo como ordenarle que vuele y luego regrese. Y no es suficiente poseerla para ganar batallas. —Kendrah desvió la mirada hacia las llamas.

—Me lo imagino, pero algo habrás escuchado, a Aldahir o a Nunn —insistió ella.

—El viejo era muy reservado para ciertas cuestiones; quizá lo mencionase una noche, pero... Yo también he sido ingenuo, probablemente más que ninguno de vosotros. Toda la vida viéndolo con su bastón y jamás sospeché nada.

La estaba evitando. Dejaba las frases abiertas y seguía sin querer cruzar los ojos con los suyos. «Algo sabe», pensó Wen, e inmediatamente preguntó:

—¿Y por qué confías en mí? No es que fuese muy amable contigo en Brú na Bóinne.

—No tiene importancia. Llegaste con objetivos que cumplir y yo era parte del decorado. Olvídalo, yo ya lo he

hecho y no soy de los que guarda rencor.

—Te debo una disculpa —murmuró Wen mientras escogía bien sus palabras para intentar sonsacarle. Tendría que ser hábil.

—No me debes nada.

—Empieza a hacer frío. Estas cuevas son poco acogedoras, ¿no te parece? Gélidas. —Fingió un escalofrío, buscando asiento frente a él para que no pudiese desviar la mirada de nuevo. Ahora tenía toda su atención.

—Dime una cosa, Kendrah: aunque demuestras esa confianza en mí, la cual te agradezco, sabes que Angus Hal y yo nos hemos aliado. ¿No tienes miedo a que el futuro me obligue a contar con él? Si un día le contase esta conversación...

—Ese día Angus me consideraría un traidor, y tendría toda la razón. Ordenaría a sus guardaespaldas que me arrancasen la piel a tiras para colgarlas al sol. Pero no lo vas a hacer —afirmó con convicción—. A ti te importa un cuerno si uno mata al otro, o si se matan los dos. Hasta te conviene que caigan los dos pájaros con una sola flecha. También Irvyn, no sólo Hal. Te allanaría el camino hacia sus coronas.

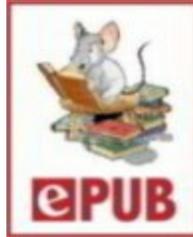
—¿Y si fuese el rey el que me traicionase a mí? Me gustaría contar con tu ayuda, estar segura de que lograrías situar la lanza en nuestro lado del tablero —susurró Wen entonces, bajando el tono de voz como si alguien pudiese escucharlos.

El de Brú na Bóinne se tomó un respiro antes de responder. También él debería ser hábil ante un futuro más que inquietante. La irrupción de la pelirroja añadía más dudas, más incógnitas a aquel escenario endiablado.

—Me tendrás a tu lado... Traeré al hechicero idóneo para inclinar la balanza. Tienes mi palabra...

La Dama Blanca sonreía satisfecha. Él se guardó su

sonrisa, pero pensaba en silencio.



## XXVIII

### El paso de Erin

#### COSTA ESTE DE ERIN. CERCA DE SLIAB MIS

**A** ferrados a un par de remos y con la resaca favorable de la pleamar, consiguieron varar la barca en un arenal angosto y pedregoso. La mujer se ocupó de preparar los pertrechos y víveres que les habían proporcionado los isleños, envolviéndolos en trozos de piel que podrían portar a la espalda. Repartió el peso en el suyo para poder acomodar también las armas y la caetra. Si el trayecto era largo, mejor así que portar la espada en el cinturón y el escudo en la mano. Dejó que Kalen colocara a su gusto su falcata y su cayado. Mientras, el druida había prendido fuego para inutilizar la embarcación. Los mimbres y la madera de roble crujían, al tiempo que las pieles y sebos se iban derritiendo, consumidos por el calor. Poco quedaba de ella cuando emprendieron la marcha.

Caminaban en silencio. Aunque el de Brigantia ya hubiese estado por allí, no lo había recorrido a pie y tampoco sabía con quién podía encontrarse. Elvia notaba su tensión y

también desplegaba sus cinco sentidos. De vez en cuando se adelantaba para susurrarle alguna palabra de ánimo, e incluso tomaba la delantera si él le indicaba la dirección. Así iban cuando sintió un ruido casi imperceptible. Se volvió hacia Kalen, quien no parecía haberse dado cuenta. Decidió no alertarlo y seguir caminando tranquilamente, aunque permanecía atenta a los sonidos que acompañaban sus pasos. El roce con una rama, una pisada sobre las hojas seguida de un crujido.

—¡Elvia...!

La montañesa echó a correr como un gamo hacia el árbol más cercano; el druida salió tras ella con la espada desenvainada. Cuando llegó a su lado, tenía arrinconado a un hombre con la espalda pegada a un tronco. Le presionaba el pecho con el puñal, justo a la altura del corazón. Las piernas del hombre, enjuto y con la cabeza rasurada, temblaban, como si el miedo no pudiese mantenerlo en pie. La misma sensación dibujaba su rostro. Aquella mujer lo había cogido por sorpresa.

Elvia lo cacheó sin contemplaciones.

—No va armado —informó al druida—. ¿Por qué nos sigues?

—Recogía setas de temporada y vi el humo de vuestra barca desde el bosque. No es un lugar frecuentado, y me extrañó. —Le suplicaba con la mirada y Elvia aflojó la daga. Se notó un poco más aliviado y volvió a hablar—: Cuando pasasteis por delante de mí me di cuenta de que sois extranjeros. Así que decidí seguiros. En mal momento, pues está claro que no lo hice demasiado bien.

—No eres soldado, ¿verdad?

—En los ejércitos del rey no quieren a hombres como yo. —Alzó el brazo izquierdo y la manga de la camisa cayó por su antebrazo hasta el codo. Les enseñó un muñón cicatrizado

desde hacía tiempo. Al verlo, la mujer retiró su arma y la enfundó en la vaina de cuero. Se retiró un par de pasos.

—¿Cómo la perdiste? —Fue Kalen quien tomó la palabra.

El desconocido se acariciaba donde un día estuvo su otra mano.

—Podría decirnos que fue en combate, que me la amputaron tras luchar en las levas reales con valentía. O que el enemigo me torturó cruelmente hasta que logré escaparme. Serían explicaciones honorables, pero falsas. No hay nada honorable tras una mentira —suspiró con tristeza—. Lo cierto es que la perdí en mi poblado. Varios vecinos ayudábamos a levantar un carro de vacas al que se le había partido el eje. No calculamos bien el peso y volvió a caer, atrapándonos debajo. Dos muchachos murieron y yo... Nuestro druida hizo lo que pudo, al menos consiguió que desapareciesen aquellos terribles dolores. —Entonces señaló hacia el de Brigantia—. ¿Tú también lo eres, verdad? Un druida...

La pregunta sorprendió a los dos extranjeros y el hombre dibujó una sonrisa.

—Lo soy, ¿cómo lo sabes?

—Se nota en tus ojos. Cuando uno pierde alguna de sus facultades, las demás se acrecientan. Eso dicen los hombres sabios, aunque yo lo considero un triste consuelo. Preferiría que me devolviesen la mano. Volver a acariciar a mi esposa con ella y deslizar mis dedos sobre la piel de su cara. —Las lágrimas asomaron en unos ojos afligidos por la amargura.

—Hombres sabios. ¿Conoces a muchos druidas?

—Lo cierto es que sí, aunque todos han partido hacia Teamhair na Rí y Brú na Bóinne. Aldahir Roble Gris los convocó y...

—¡Aldahir! —Kalen reaccionó nada más oír aquel nombre.

—¿Lo conocéis? —preguntó el manco.

—No —mintió Kalen—. Pero Roble Gris es toda una leyenda más allá de los mares.

—Claro. Aldahir se convertirá en el hechicero más grande de la historia. Supongo que ya lo es ahora. —Se encogió de hombros con un gracioso gesto.

—Así que los llamó...

—Perdonad, no me daba cuenta de que sois forasteros y no sabéis las últimas noticias. Estamos en guerra. —Los forasteros, como él les había llamado, decidieron callar su paso por las Islas Árainn y que ya estaban al corriente—. Eso es lo que iba a deciros: los hechiceros han acudido a la llamada de Roble Gris. Y los soldados, a la del rey Angus Hal. No sabemos nada de ninguno de ellos desde hace varias jornadas.

—¿Tampoco si ha sido Irvyn El Blanco el que ha invadido Erin?

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento. Pero si así fuese, espero que El Blanco se pudra en el inframundo cuando los nuestros lo decapiten. Angus Hal le hará pagar la ofensa: paseará su cabeza ensartada en una pica por toda la isla.

—Así sea. —Kalen se imaginaba, conociendo la forma de ser del viejo Aldahir, que probablemente se encontrasen en Brú na Bóinne—. ¿Podrías proporcionarnos caballos? He de acudir a su encuentro.

—Acompañadme hasta la aldea. Tengo sólo un par de yeguas para trabajar las tierras, no son gran cosa...

—Servirán, te las pagaremos a buen precio.

La montañesa, que había permanecido callada, se preguntó con qué pensaba pagarle. No llevaban ni una sola moneda encima, y tampoco oro.

—Eso seguro. —La carcajada del manco resultó contagiosa—. Si no, no te las llevarás. Decidme, ¿de dónde venís?

—De Brigantia. ¿Sabes dónde está?

—Ni idea, jamás he salido de esta comarca. Supongo que más allá del mar Celta. Un día de éstos iré remando hasta allí si me consideras digno de ser tu invitado. —El hombre se echó a reír de nuevo.

«Nos ha tocado el gracioso», pensó la mujer, que los seguía a poca distancia.

—Serás bienvenido y te gustará. Las tierras de los galaicos se parecen mucho a la Isla Esmeralda.

—Ningún lugar es comparable a Erin, aunque seguro que me sentiría a gusto entre los tuyos. La chica, ¿son todas tan hermosas como ella? —preguntó en voz baja, intentando en vano que Elvia no lo escuchase.

—Las más bellas.

—¿Es tu esposa? —La buscaba con la mirada, con los ojos inyectados de lujuria.

—No.

—Mucho mejor. —El hombre volvió a reír al notar lo cortante de la respuesta.

Habían llegado. Su cabaña se encontraba por fuera de la muralla del poblado. No era la única choza. Varias construcciones, con seguridad propiedad de agricultores y ganaderos, salteaban un paisaje de campos sembrados y cercas para ganado. La visión extrañó a la montañesa, más acostumbrada a los castros galaicos y a pueblos guerreros, habitualmente protegidos por varias líneas de defensa. Kalen, sin embargo, sabía perfectamente que la costa oeste de Erin no había sufrido tanta guerra como otras zonas. Salvo pequeños escarceos tribales, y por supuesto las primeras

invasiones ya lejanas en el tiempo, la comarca seguía disfrutando de cierta tranquilidad.

Una mujer salió de la choza. Miró a los extranjeros con desconfianza. Se acercó al hombre para besarlo en la mejilla, pero no dijo palabra alguna. Ni siquiera un saludo de cortesía.

—Trae las yeguas, yo iré a buscar víveres y agua para nuestros invitados.

La mujer lanzó un gruñido de protesta antes de encaminarse hacia un destartalado establo construido con troncos. Elvia la siguió, escuchando como refunfuñaba entre dientes. Recibió las riendas de sus manos, pero ni una voz de sus labios. Por el contrario, en cuanto vio que los animales acompañaban a la rubia sin problema, le dio la espalda y echó a andar hacia una plantación de hortalizas, donde empezó a arrancar malas hierbas. La montañesa le lanzó un último vistazo. Extraña mujer. De inmediato, comenzó a preparar las monturas, olvidándose de ella, mientras esperaba la vuelta de Kalen, que había entrado con el hombre en la choza.

—Escúchame, amigo —le pidió Kalen—, y no alces la voz, no quiero que nadie se entere de nuestra conversación.

Recibió un gesto afirmativo como respuesta. El manco lo escuchaba intrigado.

—¿Hacia dónde se encuentran las montañas de Sliab Mis? No estoy seguro de nuestra posición.

—¿Te diriges hacia allí?

—¡Yo hago las preguntas! —gritó Kalen, dejando clavado al hombre y olvidándose él mismo de la prudencia que le había exigido.

—A media jornada hacia el este. Os indicaré el camino, es sencillo llegar a las montañas sagradas.

—Necesito que vayas tú, que lleves un mensaje en mi nombre. ¿Puedes hacerlo?

—Sabes que no es un lugar muy popular, ¿verdad? No acostumbramos a acercarnos demasiado.

—Lo sé. Pero, créeme, la recompensa merece la pena.

—Eres un hombre misterioso, druida. Y estoy seguro de que sabes quién vive allí.

—Es a ella a quien llevarás el mensaje.

\* \* \*

La montañesa esperaba inquieta junto a las yeguas. Los dos hombres llevaban un buen rato dentro de la choza. Había oído el grito de Kalen, pero se obligó a no entrar si el druida no la reclamaba. El manco salió primero.

—Tenías razón, tus animales no son gran cosa —comentó el druida acercándose a la montura que Elvia había equipado para él. Desató una cinta para coger su cayado y con sumo cuidado depositó el bastón sobre la hierba.

—¿Me dejas tu daga, Elvia?

Se la entregó por la empuñadura. Notó una sensación extraña mientras la hoja se le escapaba de la mano, rozándole la piel pero sin llegar a cortarla. Un escalofrío recorrió su brazo.

Kalen, agachado ante el cayado, marcó la madera con el filo del arma. Una minúscula muesca, y luego descargó un golpe seco y atinado. Recogió entonces el fragmento de madera, de media cuarta de largo, y devolvió el arma a su atónita dueña.

—Toma, ahí tienes tu premio. —El manco lo atrapó en el aire. Este ya montaba sobre su animal, al igual que la mujer

de cabellos rubios, que observaba cómo el hombre mordisqueaba la madera. El inconfundible brillo del oro apareció entre sus dientes.

—Tened buen viaje, extranjeros.

Sin contestar, azuzaron a las yeguas para que emprendiesen el trote. A sus espaldas quedaba un hombre feliz.

—¿Sorprendida? —sonrió Kalen.

—Creo que sorprenderme a tu lado me hará perder el tiempo. Curiosidad, más bien. Tu cayado, ¿es todo de...? Ya sabes, ¿de oro?

—Es un secreto. Ya has visto demasiado, y si te respondo tendría que matarte después —bromeó él.

—Pero es imposible... Yo misma lo he agarrado; pesaría más de lo que pesa.

—No tienes en cuenta la habilidad de nuestros orfebres y ebanistas.

—Ya —respondió ella, poco convencida— ¿Y en la choza? Te oí gritar...

—Nada importante.

—Kalen, ¿estás bien?

—Mejor que nunca. —Y zanjó la conversación lanzándole un beso y adelantando a su yegua.

\* \* \*

Cabalgaban haciendo descansos cada poco tiempo, pues las yeguas no estaban acostumbradas a la monta. El druida no quería detener el viaje para comprar otras monturas y se apartaba de las sendas que podrían estar más transitadas o

vigiladas. En un par de ocasiones oyeron cascos de caballos. Buscaron donde esconderse, y dejaron pasar a los jinetes sin llamar su atención. Kalen iba callado y pensativo, aunque de vez en cuando respondía a la montañesa, que se esforzaba en mantener una conversación. Elvia se imaginaba que pensaba en la guerra, en los reyes enfrentados, en aquel hechicero al que llamaban Roble Gris... Le había comentado que se dirigían a Brú na Bóinne. Tautinkom hablaba a menudo de sus visitas al gran túmulo, de las fiestas de Beltaine que habían vivido allí. La de la primavera era su fiesta preferida, también la de su hermana. Su madre les adornaba el pelo con las mismas guirnaldas que lucía ella, pero las niñas preferían jugar con Tautinkom a los soldados. Se ensuciaban los vestidos y aparecían sin flores, y su madre, siempre paciente, volvía a arreglarlas una y otra vez. Wen solía cantar con los bardos a la luz de las hogueras, pero ella se acurrucaba entre sus padres y miraba las estrellas hasta que se quedaba dormida. La voz de Wen entonando leyendas mágicas, las caricias de mamá y hasta el aroma del hidromiel de Tautinkom. Añoraba la niñez que le había sido arrebatada por un tirano, pero tenía miedo. Miedo a encontrarse con su hermana, y más aún todavía a no encontrársela.

Se detuvieron al anochecer. Iba a ser una noche oscura y, además, una de las yeguas cojeaba; necesitaba un respiro. Se encontraron una laguna bordeada por pastos para ganado, donde varias vacas de enorme cornamenta observaban a los intrusos. Elvia acercó las yeguas al agua. No hacía frío. Estaba sudada y el polvo de los senderos se había quedado prendado entre sus ropas. Se lavó las manos y el rostro y decidió meterse en al agua.

El druida, que descansaba tendido a pocos pasos de la orilla, alcanzó el zurrón para echar atrás la cabeza, colocándolo entre la hierba y los hombros, y la miró. Elvia nadaba y, cada poco, tomaba un descanso. Al cabo de un

rato, se volvió hacia la orilla.

—¿Vienes? —le preguntó.

Kalen acudió raudo a la propuesta, y ella, tan ansiosa como su amante, lo recibió con pasión. Se amaron hasta caer vencidos por el cansancio y la noche.

\* \* \*

El relinchar de los animales los arrancó de su sueño. La montañesa fue la primera en reaccionar. Algo no iba bien. Las yeguas relinchaban con desespero. Se irguió y, apenas cubierta con una manta, echó a andar, descalza y empuñando la falcata. Una de las yeguas, la que cojeaba el día anterior, permanecía tendida en el suelo. Su compañera no se separaba de su lado y la lamía con ternura. Elvia examinó la pata. La herida había sangrado bastante y el fluido, ya reseco, tenía un color oscuro. El olor resultaba desagradable, y los insectos se cebaban como vampiros con la herida abierta. El animal movía la cabeza desesperadamente. No parecía capaz de mover el resto del cuerpo y cada poco sufría un espasmo. El druida llegó justo cuando la joven hundía su hoja.

—No sufrirás más, preciosa.

\* \* \*

Salvaron la distancia restante hasta Brú na Bóinne compartiendo montura. Se iban turnando a pie todo lo posible, con temor de que la única yegua que les quedaba también reventase. Sólo en los tramos más llanos montaban los dos. Era entonces cuando Elvia aprovechaba para seguir

deleitando al druida con sus travesuras. Si guiaba ella, atraía las manos de Kalen por debajo de sus ropas, dejando que la recorriese a su antojo. Si intercambiaban posiciones, la montañesa daba rienda suelta a su deseo desbordado, y el jinete tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no caerse del animal. Entre carcajadas y juegos unas horas más tarde llegaron a su destino.

—Algo va mal —dijo el druida mientras desmontaba. Tenían el enorme poblado a la vista. Su gran seña de identidad, el túmulo sagrado, más a la izquierda.

—¿Por qué lo dices, Kalen?

—Fíjate bien. Brú na Bóinne no es una aldea cualquiera. Es el mayor centro de población junto con Teamhair na Rí más hacia el sur. Salvo aquellos centinelas... —los señalaba con una mano—, nadie lo defiende. En otro momento ya nos hubiesen detenido las patrullas antes de llegar. Y más teniendo en cuenta la presencia del rey. Esperaba que hubieran acampado a los ejércitos por la entrada oeste, pero no veo pendones ni estandartes. ¡No están aquí!

—¿Qué habrá ocurrido? —Elvia contestó nerviosa, preocupada también.

—Entremos.

Lo hicieron a pie y con paso lento. En cuanto detectaron su presencia, los guardias se acercaron a caballo.

—¿Quién va?

—Soy Kalen de Brigantia. Necesito ver a Roble Gris de inmediato.

El gesto del soldado al oír un nombre tan familiar no presagiaba una buena noticia. Era muy joven, igual que el resto de miembros de la escolta; tal vez no tuvieran más de doce o trece primavera; demasiado jóvenes para tal responsabilidad, pensó Kalen.

—Me temo que el druida ya no te espera, a menos que lo haga desde el más allá.

—¿A qué te refieres, muchacho? ¡Y te aconsejo que hables de Aldahir con más respeto!

El enfado del extranjero desconcertó al soldado, que se mesaba la incipiente pelusilla del mentón. Visiblemente nervioso, trataba de escoger bien las palabras:

—Aldahir Roble Gris ha muerto. Hace unas jornadas, en Carn Euny...

El desconcierto se apoderó de Kalen. No podía ser. ¿Cómo ha ocurrido? ¿Y qué hacía el viejo en Carn Euny? Demasiados interrogantes. Elvia lo miraba consternada, recordando que Kalen había dicho que el hechicero era su última esperanza para recuperar a su hermana.

—Continúa, no te detengas.

—Un mensajero trajo la noticia hace dos noches, casi de madrugada. Pero no sabría decirte cuándo ni cómo sucedió, no me dejaron entrar en la cabaña de reuniones. El soldado del rey venía directamente desde Kernow, y sólo quiso hablar con los ancianos.

—¿Y vuestro caudillo?

—El jefe Kendrah también se ha ido con Angus Hal. Las batallas no se libran en suelo de Erin. —Kalen suspiró. Era de imaginar que Hal habría reclutado a todo hombre o mujer capaz de empuñar las armas—. Sí puedo decirte que Roble Gris murió combatiendo, y también que no recibiremos su cuerpo. Aun así, los ancianos decidieron en asamblea ordenar el duelo hasta el Samhain. Algún druida de Temhair na Rí confirmó su decisión, o al menos eso me han explicado esta misma mañana.

—El rey, ¿sabes si continúa combatiendo en la península de Kernow?

—Lo siento, no estoy seguro de ello. Me han nombrado oficial sólo tras la partida de mis tíos y hermanos, y supongo que todavía no confían en mí como para ofrecirme todos los detalles. —Kalen asintió, pensando que, más que desconfiar del muchacho, no le proporcionarían una información tan delicada—. Pero creo que sé quién puede ayudarte. A falta de hechiceros, en el poblado se ha reunido el consejo de ancianos. Uno de ellos es hermanastro de mi madre. Trataré de convencerlo.

—Bien. Lo esperaremos en la cabaña de Aldahir, si no hay inconveniente en ello.

—Yo no me opondré, y no creo que al viejo le importase.

—Te aseguro que no. Él me conocía muy bien y yo le profesaba un gran respeto. Estoy tan triste por su muerte como tú, muchacho, pero en este momento no hay tiempo para lamentaciones.

Kalen había adivinado el desánimo por el tono de voz y los gestos del soldado. De pronto, se acordó de Nunn. Estaría destrozada.

—Llevaré al anciano hasta la choza. ¿Sabrás llegar?

—Sin problema, conozco el camino.

—De todas formas ordenaré que te escolten. ¡Tú y tú...!  
—Señaló a otros dos jovenzuelos que parecían tan inexpertos como él—. Acompañad al forastero y a su acompañante. Nadie debe molestarlos hasta que yo llegue.

Brú na Bóinne respiraba como un poblado fantasma. Silencio. Todos los habitantes, excepto los miembros de las patrullas, se hallaban recluidos en sus hogares. El aroma de la muerte.

\* \* \*

—¿Nunn?

El druida y Elvia, acompañados por los dos soldados, habían llegado a la morada del Gran Guía. Kalen abrió la puerta y entró sin pedir permiso. La montañesa cerró tras de sí.

Estaban solos. Todo parecía en su sitio. Ordenado, limpio, tal y como lo recordaba. Salvo un detalle. Se acercó al camastro y examinó detenidamente el suelo. Habían esparcido arena sobre el suelo de la pieza. Se arrodilló y comenzó a removerla con las manos. ¡Sangre seca! Habían arrastrado un cuerpo. «¡Dioses!», pensó.

La puerta crujió y la montañesa se volvió desenvainando la espada. El oficial que los había recibido ayudaba a un anciano que se movía con dificultad. De estatura extremadamente baja y con la espalda encorvada, había perdido ya todo el cabello, aunque lucía una espléndida barba plateada que sujetaba cada dos dedos con una cinta de tela verde anudada con lazos.

—Veo que ya lo sabes... —dijo el anciano, mientras intentaba acomodarse en el banco de madera tallada. El guerrero se había retirado.

—¿Quién la ha asesinado? —preguntó Kalen directamente, descartando cualquier otra opción. Nadie en su sano juicio se atrevería a atacar a la amante de Aldahir en su propia morada si no era para matarla.

—Una mujer desconocida. Jamás había puesto los pies en Brú na Bóinne antes, y ojalá no lo hubiese hecho nunca.

El druida reflexionaba en silencio. Desconocida o no, había entrado en aquella cabaña sabiendo perfectamente quién vivía allí. Y Nunn no era su objetivo. El anciano interrumpió sus razonamientos:

—Lo más extraño es que Roble Gris se marchó con ella.

Quiero decir... Con la asesina de Nunn.

—¿Lo secuestró?

—No me has entendido. Aldahir salió por su propio pie. No lo forzaron. Todos se fueron con ella. El rey, el caudillo Kendrah, las levas...

—¿Partió con ellos hacia Kernow? ¿Como si no hubiese ocurrido nada?

—Exacto.

Algo no encajaba. Tras reunirse allí, Angus Hal y Aldahir habían decidido invadir Carn Euny por algún motivo que se le escapaba. No había sido Irvyn El Blanco el que atacara Erin primero, lo que hubiera resultado más predecible. Tuvo que obligarles alguna razón de peso, pero aquélla no era la pieza que le faltaba.

Esa mujer. Llega a Brú na Bóinne, entra en la casa del druida más importante de las Tres Islas y asesina a su amante. Apostaría a que en su presencia. Luego sale tranquilamente, ¿y se marcha con ellos a la guerra? De locos.

—¿Y no sabéis nada de ella? —Kalen tuvo una idea—. Su nombre, o de dónde procedía...

—Me comentaron que Kendrah se refería a ella como la Dama Blanca.

Ahora sí encajaba todo. El semblante de Kalen palideció, pero se guardó bien de que Elvia descubriese su reacción. Tenía que haber sido Wen. No había otra opción.

—¿Estás seguro? Tal vez un nombre similar... Podrían haberse confundido.

—Soy viejo, mis ojos ven mal y casi no puedo moverme, pero aún no he perdido ni el oído ni la memoria. Lo recuerdo perfectamente: dijeron La Dama Blanca. ¿La conoces?

—Kalen, ¿quién es? —La montañesa, que hasta entonces escuchaba atentamente, los interrumpió.

—No tengo el placer, y tampoco creo que conocerla lo fuese. Es la cabecilla de un clan de criminales. Se cuentan cosas inverosímiles, yo diría espantosas.

Tanto Elvia como el anciano tenían los ojos clavados en él.

—Sus asesinatos se cuentan por cientos, muchos precedidos de torturas y actos abominables —siseó el druida, consciente de que estaba urdiendo su red—. Ha ordenado masacres e incluso violaciones; pueblos enteros han caído bajo su cuchillo. Nunca deja que trascienda su identidad, pero no dudéis que está detrás de las mayores traiciones de la historia reciente. Allá donde ofrezcan una bolsa de oro, la encontraréis. Y, si no es ella, será alguno de los miembros de su manada. La Loba Blanca, así deberían llamarla. Lleva la venganza en la sangre y sólo se deja ver cuando huele la muerte.

—Kalen... —trató de intervenir Elvia.

Pero él aún no estaba dispuesto a dejar de actuar. Era consciente de que estaba exagerando, pero algunos detalles eran rigurosamente ciertos. Había llamado poderosamente la atención de Elvia, y eso era precisamente lo que pretendía. Era el momento; necesitaba confundirla, desconcertarla. Y que no olvidara sus palabras nunca.

—Los hechiceros juran que ha participado en rituales secretos, jugando con la magia oscura como una niña con su muñeca. Sus seguidores se suicidan si son apresados y jamás han desvelado la situación de su guarida. Un lugar infernal, el inframundo en la tierra. Devoran carne humana y adornan la cama de su reina con los huesos de sus víctimas. No respeta a los nobles, ni a los reyes, y ya lo habéis visto, tampoco al Consejo de Sabios. Ha matado a la compañera del Gran Guía, y precisamente aquí, en su propia casa. Un sacrilegio que no le importa lo más mínimo. ¿Habéis oído hablar de algún hombre o mujer que se lave la cara con

sangre? ¿O que se acueste con hombres muertos? Ella lo ha hecho. Según lo que se cuenta tiene más de cien inviernos, pero el aspecto de una niña. Nigromancia oscura, estoy seguro. Nació al norte de la Galia, pero nadie sabe concretar el lugar, se habrá criado entre tribus salvajes y sin escrúpulos ni honor. Es un monstruo.

En cuanto finalizó su turbador relato, se hizo un silencio prolongado. Kalen observaba a Elvia. Lo había logrado: se lo había tragado. El anzuelo perfecto.

—Pero, Kalen, si esa malnacida es así, ¿qué hace Angus Hal con ella? Me parece increíble que acepte sus servicios para derrotar a El Blanco. Se convierte en un hombre sin honor. Y te lo dice alguien que odia a Irvyn...

Kalen escondió una sonrisa. La razón y los sentimientos de la montañesa caminaban por donde él quería.

—E incluso Aldahir. Siento que haya muerto, pero no me explico cómo admitió a la Dama Blanca a su lado. Y no solamente por el asesinato de su esposa, o amante, o lo que fuese. Si era conocedor de todas esas historias, ¿tú lo entiendes? Porque yo no.

—Buena pregunta, pero me temo que no se me ocurre una explicación convincente. Tú misma podrás preguntarle si nos cruzamos con ella.

Y vaya que se la cruzarían, de eso estaba seguro. Dos jornadas antes se imaginaba que Wen estaría en Sliab Mis, adonde había enviado al hombre manco. No recibiría su mensaje, pero ya no importaba. Tampoco sabía por qué se había entrometido en los asuntos del rey y de Aldahir, pero lo cierto es que convenía a sus propios planes. Si los dioses lo habían decidido así, cuanto antes mejor.

—¿Preguntarle? Cualquiera que se la encuentre debería matarla. Si el destino me obligase a hacerlo, lo haría.

—¿No me has escuchado? Si la mitad de lo que cuentan

es cierto...

—Ni el mejor fabulador se inventaría semejante sarta de barbaridades. Si son ciertas, puedo asegurarte que a un espectro se le ajusticia del mismo modo que a los mortales: atravesándole las entrañas con una falcata y cortándole la cabeza.

—No sabía que hubieses decapitado espectros.

—Todavía no, pero a éste le tengo ganas aunque no nos hayan presentado formalmente. Vamos, no puedo creerme que Kalen de Brigantia acepte la existencia de una harpía llegada del inframundo. Será la peor criminal entre mil generaciones, pero no es más que eso: una vulgar asesina.

—Admiro muchas cosas de ti, Elvia. Lo sabes. Entre ellas tu valentía, pero no confundas el valor con la insolencia. Buscar un enfrentamiento con la Dama Blanca sería temerario por tu parte.

Al druida le costaba esconder su regocijo, aun cuando era consciente de que, ahora más que nunca, tendría que obrar con cautela.

—Como tú decías, si nos la cruzamos. Tal vez se haya ahogado en el mar del Norte...—prosiguió Elvia.

—Lo dudo, pero iremos a comprobarlo.

—Estoy de acuerdo. Vayamos. Con Dama Blanca o sin ella, no vinimos a Erin de paseo, ¿recuerdas?

—Perfectamente. Te dije que te enviaría en busca de la muerte, y parece que no tardaré en cumplir mi promesa.

—¿Y mi hermana? —La tristeza apareció en su mirada.

—Me temo que sin Roble Gris no será fácil dar con ella —mintió de nuevo.

—Tal vez le haya dicho algo al rey o ese caudillo antes de morir... —Elvia se aferraba a un clavo ardiendo.

—Es posible, pero antes hemos de encontrarlos.

Tenía razón otra vez. No iba a ser fácil, pero era imprescindible dejar a un lado a Wen por el momento. Elvia suspiró.

—Han cambiado algunas cosas desde que la Torre de Breoghan fue testigo de tus palabras. Tú y yo...

—Eso es cierto, ni el más hábil de los augures podría predecirlo —contestó serio, pero ocultando de nuevo su regocijo. El más hábil era él mismo. El señor de Brigantia, el hombre que posee las claves.

La montañesa acarició la mejilla de su amante y lo besó, sin pensar en la presencia del anciano norteño.

—Espíritus aparte, ¿me acompañas?

—Hasta la muerte, hechicero.

—Sea entonces, Elvia, hija de Tautinkom. Nos vamos a Carn Euny.

## XXIX

### Contragolpe

#### KERNOW. AL ESTE DE CARN EUNY

**E**n cuanto vio las proporciones de los campamentos costeros, Irvyn fue consciente de la magnitud de la invasión. Angus Hal podría ser muchas cosas, pero no era un temerario. Había reunido a un ejército enorme, mayor de lo que podía calcular.

«Mejor así», masculló El Blanco para sí. Mayor épica para su victoria cuanto más poderoso fuese el adversario. La oscuridad también le favorecía.

A su llegada, las nubes habían escondido por completo a la luna y las tinieblas rendían pleitesía a su señor isleño. Como era su costumbre, fue con los exploradores en la primera aproximación. ¿Para qué confiar en los ojos de otro cuando los suyos habían visto más batallas que nadie? El ejército enemigo aún no había logrado establecer una mínima defensa. «Lógico», reflexionó. No venían a establecer colonia alguna, sino a intentar arrasar su territorio. Estaba claro que su rival disfrutaba de un breve descanso justo antes de lanzarse en su busca nada más viese la luz el nuevo día. Eso mismo haría él.

Salvo por algún lamento de dolor y los lloros de los heridos, el silencio iba ganando terreno sobre el improvisado campamento. Y a Irvyn no le convenía aquel tipo de silencio. Intentó identificar la madriguera de Hal, sin suerte. No distinguió un lugar más custodiado de lo habitual. Tampoco a ningún miembro de la guardia. Lástima. Lo dejaría en manos del azar. Sus oficiales habían cumplido las órdenes a la perfección. El Blanco no alcanzaba a ver a todos sus hombres, pero sabía que estaban exactamente donde debían. Con una pequeña distancia de varios pasos entre grupo y grupo, medio millar de asesinos aguardaba con impaciencia. Aunque sólo media docena de caudillos había podido seguirle el paso, todos sabían que aquel día el rey acudía al crepúsculo de la muerte con la cara marcada. El rumor se hizo murmullo, y éste se convirtió en un oleaje de cortes y rostros pintados con sangre y odio. Todos ellos dispuestos a morir, todos anhelando matar.

Cuando las nubes dejaron entrever un breve claro de luna, el rey miró a izquierda y derecha. Dos de sus lugartenientes más veteranos casi le suplicaban con la mirada entrar en acción, dos pares de ojos entre cinco regueros de un rojo intenso. Clavados en él, atentos a cualquier gesto. Asintió un par de veces, moviendo ligeramente la cabeza. La señal.

—No debemos mostrar descortesía, se merecen una bienvenida digna de los mismísimos dioses —murmulló con voz casi inaudible. No lo oyeron, pero su señal fue más que suficiente.

Se lanzaron sobre el ejército de Erin. En otras ocasiones hubiesen gritado como diablos del inframundo para sembrar el pánico, pero su rey lo había prohibido expresamente. Eran fantasmas. Ésa era su misión: llegar hasta el enemigo como si fuesen espectros y eliminar al mayor número de ellos con la mayor rapidez posible. El Blanco corría, resoplando como un toro herido en su orgullo. Únicamente los guerreros más

jóvenes conseguían rebasarlo en carrera. Llevaban armas ligeras, dagas o cuchillos, y falcatas de hoja corta.

De nada sirvieron las escasas y sorprendidas voces de alarma. Los filos enemigos acudieron veloces, sin que los muy desdichados centinelas anticipasen su presencia. Ya descansaban con las gargantas cortadas o los cráneos destrozados, cuando la horda traspasaba su línea a toda velocidad. El propio Irvyn arrebató una antorcha al primer guerrero del que dio cuenta. Las lenguas de fuego prendían con rapidez en las tiendas y la maleza. Sus hombres actuaban sin piedad. Escogían a sus víctimas entre los que dormían, incluso entre los heridos, evitando a los que ahora sí comenzaban a reaccionar con el bullicio. Muchos se desperezaban pasando del sueño reparador a la muerte eterna. Y, tal como llegaron, desaparecieron. Como fantasmas. Eso sí, enviando antes a cientos de aquellos extranjeros a reunirse con sus antepasados.

Irvyn, al tiempo que corría en retirada, calculaba el resultado obtenido. Habría sufrido muy pocas bajas entre los suyos. Ellos, más. Cuando la carrera se lo permitía, echaba algún que otro vistazo hacia atrás. Gritos y humo, llamas y alaridos. Si el maldito Angus Hal no había muerto en semejante carnicería, lo que era poco probable y hasta le hubiese defraudado, ya no contaba con un tercio de sus tropas. Como mínimo. Había ordenado en el pasado más de una acción similar, había entrenado a sus guerreros para hacerlo, pero jamás había logrado una matanza tan atroz. El enemigo tardaría toda una jornada en contabilizar sus bajas. Un interminable reguero de compañeros de armas mutilados e inhabilitados. La mayoría de los heridos fallecerían durante los días siguientes. Tampoco les darían tregua las infecciones. Los galenos que no hubiesen sido pasados a cuchillo podrían atender como mucho a una décima parte. El resto quedaba condenado a morir en las playas de Kernow.

El destacamento de Irvyn El Blanco llegó al lugar donde

habían dejado sus monturas, suficientemente lejos como para no dar la alerta. La estrategia había resultado acertada, aunque la distancia era considerable y las dos carreras, añadidas al ataque, los habían agotado. Irvyn echó un vistazo. No había errado en sus suposiciones iniciales: muy pocas bajas. Apenas medio centenar de animales cabalgaban sin jinete. Ahora debían cabalgar a Cathoir Gall a toda velocidad. Si Angus Hal quería sorpresas, con sorpresas se toparía. Una tras otra. Ya pensaba en las siguientes jugadas. Su caballo, en el límite de sus fuerzas, relinchaba con tal intensidad, que podía ser escuchado desde cualquier rincón del bosque. Fue entonces cuando otro sonido enmudeció al animal. Un cuerno enemigo. El Blanco sonreía.

## **COSTA ESTE DE ERIN. CERCA DE SLIAB MIS**

**D**espués de recoger apresuradamente varios objetos que habían pertenecido a Aldahir, Kalen abandonó la cabaña. Quería preparar la partida lo antes posible. Prometió a Elvia que volvería pronto, y ella aprovechó su ausencia para curiosear. Se detuvo en primer lugar ante la mesa de trabajo de Roble Gris. Todo guardaba un orden perfecto. Hojas secas y raíces de plantas, ramilletes de flores que todavía no se habían marchitado, cuchillos y otras herramientas que no supo identificar, frascos de vidrio y tarros con líquidos o sustancias viscosas. Le llamó la atención un pequeño sello forjado en hierro que representaba una hoja de roble. Varios de los frascos más pequeños se habían marcado con el sello candente. El interior de la silueta, tatuada a fuego, se había cubierto completamente con pintura roja. Elvia no se atrevió a tocar nada. «¿Qué se

habría llevado Kalen de allí?»», pensaba.

No halló armas, ni siquiera una simple daga. O Aldahir no las utilizaba —el caso de Kalen no era muy común entre los druidas— o se las había llevado consigo. Las túnicas y otras vestimentas, tanto de hombre como de mujer, estaban perfectamente dobladas, como si sus dueños estuviesen a punto de entrar por la puerta. Las de mujer, más sencillas que las túnicas del druida, seguramente fueron propiedad de la tal Nunn. Ojeó de nuevo el rastro de sangre que había descubierto su compañero. Asesinada en su propia morada. Un triste final.

Aquellas paredes escondían muchos secretos. No sólo en las horas finales de Nunn. También el pasado y vivencias de un hombre con tanto poder e influencia como el Gran Guía de las Tres Islas. De repente, la montañesa encontró algo que la hizo olvidarse del mundo por unos instantes: una enorme tina de madera. No sólo pensó y encendió la hoguera para calentar agua. Le daría una buena sorpresa a Kalen. Cuando la tina rebosaba de agua caliente, se introdujo en ella desnuda. Placer de dioses. Clavó su mirada en la puerta, deseando desesperadamente que él volviese. Su mente, cautiva de deseo y de los recientes encuentros entre ambos, se entregaba día y noche a su amante. Era eso lo que sentía, estaba convencida. Lo amaba.

Kalen no regresaba. Al fin, se vio obligada a salir y a abrigarse con una manta de lana, que le resultó pesada e incómoda. Tras un buen rato sentada sobre el jergón, comenzó a preocuparse. Hasta que la preocupación se volvió ansiedad. No aguantaba más. Ni los picores de la manta ni la espera.

Su salida sorprendió a los soldados que custodiaban la cabaña. Uno de ellos se le acercó desperezándose.

—¿Necesitas algo, mi señora? Tengo órdenes...

—Ahora doy yo las órdenes, ¿de acuerdo? Llévame ante

tu superior y, por los dioses, no hace falta que me escoltéis todos como si fuese una reina. —Atajó así la intención del grupo, que ya se disponía a seguirla.

El improvisado consejo se detuvo en cuanto la vieron acercarse. Se dirigían hacia el túmulo sagrado, donde los aguardaba el resto de lugareños de mayor edad. Cada noche rendían un homenaje al que había sido su druida, guía y amigo. Media docena de mujeres encabezaba la pequeña columna. Elvia supuso que se trataba de nobles, o tal vez parientes de Aldahir.

—¿No os acompaña el druida Kalen? Creía que había ido a buscarte —se dirigió directamente al anciano con el que habían estado hablando, cuyos ojos reflejaban desconcierto.

Se miraban unos a otros confundidos, boquiabiertos. Elvia gruñó por dentro. Algo los atenazaba, no querían hablar. Parecían tener miedo. Y entonces se decidió. Se plantó ante los oficiales, jugando con la hoja de la falcata dentro de su vaina, separando ligeramente las piernas, con actitud amenazante. La confusión general se tornó en perplejidad. Cualquier guerrero experimentado hubiese reaccionado con rapidez. Y ella lo sabía. Pero los oficiales eran demasiado jóvenes y, aun en evidente minoría, jugaba con ventaja. Uno de los mozos desenfundó la espada.

—¡No lo intentes... ! —rugió con altivez. El eco habría retumbado en las entrañas del túmulo de Brú na Bóinne—. ¡Si lo haces, morirás!

El muchacho, que había avanzado para intentar cortar el paso, se detuvo bruscamente y trastabilló. En otras circunstancias hubiese arrancado una carcajada a Elvia, pero no estaba de humor.

—Mi señora... —Una voz suave la paralizó un instante y se giró hacia su izquierda. Una muchacha de larga melena, morena y trenzada, le sonreía con rostro amable. Se había adelantado un par de pasos, abriéndose un hueco entre el

grupo de mujeres. Su vestimenta se hallaba visiblemente raída, por lo que Elvia descartó que perteneciese a un linaje noble. La apremió con un gesto.

—Yo te llevaré con él si dejas que mis vecinos continúen su camino hacia el túmulo sagrado. Todavía guardamos duelo, como bien sabes...

—Lo sé. Siento haber interrumpido vuestras obligaciones. —Elvia enfundó la hoja en su funda de cuero—. Continudad, os lo ruego.

Obedecieron. Sólo la joven se quedó a su lado mientras la procesión se internaba bajo la cúpula.

—Te sigo, eres mi Estrella del Norte esta noche.

\* \* \*

La mujer la guió por las callejas de la ciudad sagrada de Erin. Su andar era lento, parsimonioso, y a la montañesa se le antojaba desesperante. De vez en cuando lanzaba una mirada inocente hacia la extranjera con el rabillo del ojo. Elvia lo notaba, y su inquietud se incrementaba a medida que el paseo se alargaba. Dejaron atrás docenas de chozas, no sabría decir cuántas. De repente, sin previo aviso, su guía se detuvo ante la puerta de una cabaña. Una simple choza, sin nada que la hiciese especial o la diferenciase de las que la rodeaban. Una voz desconocida se oía en el interior. No era la del druida. Una voz de mujer. Recitaba versos, o tal vez cantaba. Sí, cantaba. El cántico no le resultó familiar.

—¿Quién vive aquí? —susurró con tono tembloroso.

La muchacha agachó la cabeza y sus mejillas se ruborizaron. Tragó saliva.

—¿Acaso te importa su nombre? Es una furcia. La que

más odiamos y a la que más envidiamos. —Alzó la voz—. No me importaría que la degollases ahí mismo, yo misma le prendería fuego a su maldita choza. —La mirada de la mujer chispeaba al cruzarse con los ojos ambarinos de Elvia—. ¡Con ella dentro!

Volvió a agachar la cabeza, y sin decir nada más, salió corriendo en dirección opuesta a la que habían seguido para llegar hasta allí. Su trenza color azabache se balanceaba con furia hasta que desapareció de la vista.

La forastera se quedó sola. Confusa. Al fin apretó los dientes, los puños y la vaina de su falcata, y agarró la cortina de mimbre de la entrada. Tras cerrar un instante los ojos, apartó el mimbre de izquierda a derecha para hacerse hueco. Y entró.

—¡Maldito hijo de perra!

## CARN EUNY. KERNOW

**U**n escalofrío recorrió a Angus Hal. Algo no iba bien en la costa. El soberano de la Isla Esmeralda había dormido profundamente y, tal y como prometiera, completamente ebrio. El lejano estruendo del cuerno lo despertó con violencia. El desvelo dio paso a los interrogantes y a una tremenda resaca. A su lado, las dos muchachas seguían dormidas. Rechazadas por su señor, habían optado por entregarse al vino y la una a la otra. Hal se levantó tambaleándose. Le estallaba la cabeza, pero buscó su espada con rapidez. El alboroto iba en aumento en el exterior.

Acompañados por el guardia de mayor rango, Wen y el caudillo de Brú na Bóinne entraron en la choza. La mujer hizo un gesto de disgusto. No le agradaban aquellas edificaciones

casi subterráneas. Se sentía más incómoda bajo tierra que con la desnudez de Angus Hal.

—¿Qué ha ocurrido? —La voz bronca reflejaba el estado del señor de Erin.

—Vimos a un par de jinetes de camino hacia aquí —contestó la pelirroja—. Heridos y con muy mal aspecto. El rey Irvyn ha atacado el campamento.

—Me temo lo peor... Kendrah, ¿puedes adelantarte tú? Ahora mismo voy para escuchar el informe. —A la orden, ¿quieres...?

—Yo lo haré —interrumpió Wen, desconcertando a los dos guerreros—. Te acompaño, Kendrah.

Pocas palabras hicieron falta para que los mensajeros relatasen su recién vivida pesadilla. Una pesadilla muy real. El Blanco les había asestado un primer mazado demoledor. «Una reacción rápida y contundente. Un rival a su altura», pensó Wen. Angus Hal, que ya se había incorporado al grupo, pensaba lo mismo. La mujer, Kendrah y una multitud de curiosos, la mayoría pertenecientes a su escolta personal, rodeaban a los mensajeros.

—Es suficiente —zanjó el rey—. Reagrupemos a los ejércitos y sigamos con la misión. Tenemos que atrapar a esa víbora.

—Estoy de acuerdo, tu enemigo irá soltando veneno en pequeñas dosis. ¿No te parece, norteño? —Wen buscó a Kendrah con la mirada. Este seguía debatiéndose entre lo ocurrido al anocheecer y la derrota que acababan de vivir. Sin embargo, ella exhibía fortaleza y determinación, y por momentos parecía... Parecía que estaba tomando el mando.

—Volvamos a la costa. —Todos miraron a Wen con admiración—. ¡De inmediato! Ya la habéis escuchado. Recoged sólo lo que hemos traído con nosotros. Nos vamos. —Hal dudó si incendiar Carn Euny y reducirla a cenizas.

Quizá conviniese utilizar aquel enclave en el futuro. Por si acaso, esta vez tendría que asegurarlo mejor de lo que lo había hecho en las playas. Comenzó a repartir las órdenes mientras los caudillos preparaban la partida.

Kendrah agarró de un brazo a Wen para apartarla un poco.

—¿Qué sucede?

—Sólo quería asegurarme de que te encuentras bien. Pareces nerviosa.

Wen le respondió con una carcajada. Un par de besos y la libertad de unas manos de mujer, y ya había caído en su trampa. Le había arrancado la promesa deseada, pero el caudillo norteño aún tenía que demostrar que podía resultarle valioso. Las piezas debían moverse a su antojo; si no, resultaban prescindibles. El galo Meriasek podía dar buena fe de su forma de actuar. Y en primera persona. Wen se encontró pensando que era extraño que aún no hubiese aparecido.

—Oye, Kendrah, ¿sabes algo de Meriasek?

## XXX

### La piel del druida

#### BRÚ NA BÓINNE. ERIN

**L**a canción se apagó como la última llama del invierno. Elvia todavía sujetaba el mimbre tejido que custodiaba la entrada. Aquella mujer la miraba. Su puño derecho, cerrado con fuerza, a punto estuvo de arrancar el cortinaje. Aún resonaba, formando ya parte de piedra y madera, el «maldito hijo de perra» de la montañesa.

—Bienvenida, Elvia.

Elvia trató de no mostrar sorpresa. Conocía su nombre. Sintió que le invadía la ira, al tiempo que clavó la mirada en aquella provocadora sonrisa. La muchacha, que no tenía más de veinte inviernos, lejos de sentirse intimidada por la recién llegada visitante, continuaba a lo suyo. Ahorrajadas sobre Kalen, que permanecía inmóvil, le acariciaba la espalda con los dedos. A horcajadas y sin ropa alguna, por supuesto. De la ira pasó al odio. Un instinto animal de matar a los amantes para luego entregarlos a la manada se apoderó de ella. En aquel instante, poco le importaría que los osos los despedazasen a dentelladas. O que las aves carroñeras se atragantasen hasta morir también, tras darse un festín con

las putrefactas tripas del traidor y su ramera.

—¿Te apetece acompañarnos? Acércate —La joven le lanzó un beso.

Elvia no podía articular palabra. ¡Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero no era capaz de decir nada! Sus piernas temblaban, como lo hacían sus manos y su corazón. Buscaba y no encontraba. Se preguntaba y no hallaba respuestas.

—Disfrutarías, estoy segura —se rio entonces la otra—. O al menos me harías disfrutar a mí, porque tu amante no me ha dejado satisfecha... Es una lástima, un hombre tan apuesto y viril...

«¿Pero qué...?», pensó Elvia irritada. «Y el muy canalla ni siquiera habla para defenderse, o para disculparse o para lo que sea... ¡Por los dioses! Lo voy a despellejar.»

La ramera se levantó entonces, dejando al druida acostado en la misma posición, y se acercó a la joven forastera, contoneando su escultural cuerpo. Se detuvo tan cerca, que Elvia notaba su respiración. Desprendía un aroma penetrante e intenso, pero no supo distinguir el olor.

—Tranquila, no le he hecho nada que él no quisiera —sonrió a una Elvia cada vez más enfadada—. Sólo es trabajo, y puedes estar segura de que cobraré un buen precio por éste.

—¿Y qué pretendes? ¿Que te lo pague yo? —estalló la montañesa al fin, pensando en partirle la boca.

—No me has entendido. No lo he tocado. No como estás imaginando, y ahora te hablo totalmente en serio. —Su gesto se había vuelto serio, casi solemne.

—¿Pero...?

—Pero sí que quiero mi bolsa de oro. Dormiré allí. —Señaló hacia un jergón desvencijado—. Estoy cansada, no hagáis demasiado ruido. Y, rubita... —hizo una pausa para

mirarla fijamente a los ojos—, hubiese sido un placer... Tú te lo pierdes, seguramente no volverás a tener una oportunidad como ésta. Pasa una buena noche. —Y, sin más, le dio la espalda.

¡Maldita ramera engreída! La montañesa pensó que estaba dentro del laberinto de un mal sueño. Ojalá estuviera soñando, pero, por desgracia, seguía muy despierta. Cerró los párpados un momento, inspiró profundamente y avanzó hacia Kalen, que seguía inmóvil. Elvia dudó, y luego se asustó. Kalen parecía petrificado como una estatua derribada por el viento. ¿Dormía o estaba...?

—¡Kalen!

—Te dije que no hicieses ruido. Quiero dormir, me lo he ganado —rezongó la otra mujer desde el lecho.

—¡Cállate o juro que te quito la vida ahora mismo! —Y, mientras soltaba la atronadora amenaza, sacudió a su amante con fuerza. Respiró aliviada. El corazón latía y el pecho respiraba, aunque muy suavemente. Enseguida notó leves movimientos en sus brazos. Estaba vivo. «Oh, por un instante había pensado...», se dijo aún confusa. Kalen estaba tan aletargado que no reaccionó a las bofetadas de Elvia, que no estaba segura de si su estado era inconsciente o drogado. Lo volvió a acostar con cuidado sobre su lado izquierdo. Al retirarse, la vaina de la espalda que colgaba de su cinto tropezó con algo. Se giró con rapidez. Lo tenía. Uno de los envases de Roble Gris. No cabía la menor duda: estaba adornado con una hoja lobulada y carmesí. Y el tapón mostraba las marcas inconfundibles de una mordedura. Kalen debía de haberlo arrancado con los dientes. Unos pasos más allá, los añicos de otro frasquito. No los había visto al entrar. «Pero, ¿cuántas de éstas te has bebido, Kalen?» Droga, sin duda. Pero, ¿por qué razón? La montañesa trataba de encajar las piezas, los efectos del fármaco, su duración y qué ocurriría una vez se despertase. Aparte de llevarse la paliza

de su vida.

Y esa mujer allí... Descartó ese pensamiento. Se estaba comportando como una niñata celosa y malcriada. Debía olvidarse de sus celos y su rabia para poder pensar con lucidez.

—¡Estoy ciega! —exclamó.

—Podrías estar muda, rubita. Despiértalo y follad, a ver si así dejas de gritar y me quedo tranquila.

Elvia no se molestó en contestar. Se abalanzaba ya de nuevo sobre el druida, tratando de explicarse cómo no había caído antes... ¡La cadena de Lugh! Allí estaba, cerca del hombro derecho. Tendría que haberse fijado, conocía aquel cuerpo muy bien. Aquella ramera lo había tatuado. Reconoció la cadena de constelaciones de la que le había oído hablar en Brigantia. Estrellas similares a las de las camisas de Kalen, pero ahora marcadas para siempre sobre la piel de su espalda. De mayor tamaño, eso sí. Y más atractivo. «¡Maldito sea! Céntrate, Elvia», se dijo. «Este cabrón te está mintiendo.» Las estrellas destacaban con un color azul muy intenso, y el conjunto se hallaba salpicado por pequeñas gotas de sangre debido al poco tiempo transcurrido. Aquella ramera sabía lo que hacía. Recordaba, que de niña, Tautinkom le secaba las gotitas mientras un hombre le contorneaba el laberinto y el cervatillo. Jamás había vuelto a ver aquel hombre, pero estaba segura de que era un druida de la tribu de los zoelas. Sus propios tatuajes, atuendo y complementos de oro, lo habían delatado ante los ojos de la niña que lo miraba asustada. Una niña pequeña que aguantó el dolor agarrando la mano a su padre. Un druida, todo un guerrero galaico, también debería haberlo hecho.

Su mente repasaba las conversaciones con Kalen. Las series de estrellas, los mapas, su propia marca en la piel. Si su tatuaje tenía un significado, seguro que el de él también. Y más si representaba la cadena de Lugh.

Repasó con la mirada el entorno. Aparte de las ropas, vio su espada y el cayado, otro par de frasquitos, éstos todavía intactos, y los cuencos y punzones que había utilizado la chica. Cuatro cuencos, que demostraban el secreto de la mujer, la mezcla de los distintos colorantes utilizados para lograr el azul resultante. Ella roncaba. Por la intensidad de sus ronquidos, no daba la impresión de que le importase lo más mínimo mantener sus secretos como artista. Volvió a mirar la espalda de Kalen, y esta vez para posar suavemente los dedos sobre las estrellas azuladas. Le temblaron. La montañesa rodeó cada silueta, sintiendo el pequeño alzado en la carne del druida. En un descuido, presionó un poco más fuerte.

—Ay... —El druida se quejó y, al tiempo, se retorció en el lecho.

Elvia no pudo resistirlo, y volvió a presionar. Kalen soltó un segundo lamento, esta vez más pronunciado. Si fuese otra mujer, se tomaría una primera venganza mientras estaba todavía adormilado, pero ella se enorgullecía de ir siempre de frente, de mirar a la cara cuando tenía algo que reprochar. Ya fuese al autor de sus días tras el trauma de su infancia, o a aquel engréido galaico, la montañesa prefería el cuerpo a cuerpo y la verdad cristalina de una mirada. De todos modos, necesitaba despertarlo. Y cuanto antes.

Antes de entrar en la choza había visto un pozo de agua. Tomó un recipiente de la choza y salió dando largas zancadas. Metió un brazo. Estaba helada. Perfecto.

—¡Yaaaa...!

No tuvo piedad. Los alaridos de Kalen iban en aumento a medida que la montañesa le iba echando un balde tras otro. Media docena de paseos hasta el pozo, y media docena de respuestas anegadas de insultos y gritos.

—¿Es que... quieres...? —Kalen se tomó un respiro, tenía seca la garganta como si hubiese tragado arena—.

¿Quieres... ahogarme? —completó su frase con esfuerzo. El druida, sin reflejos, y todavía incapaz de razonar, estaba sorprendido por la potencia del narcótico de Aldahir.

Elvia no la vio llegar. La ramera había decidido levantarse y estaba tras ella. Si pensaba dormir apaciblemente, estaba claro que aquélla no era su noche. Se situó junto a Kalen, agachada y desnuda, como queriendo protegerlo de la loca muchacha. Elvia le echó una mirada amenazante. Mensaje recibido.

—Ya que a ti te sobra la ropa, al menos sí puedes servir de ayuda. Venga, guapa. —Elvia le señaló la vestimenta del galaico—. Si encontraste la forma de sacársela, seguro que sabes hacer lo contrario. La ramera obedeció sin alzar la mirada. La ironía de la montañesa sugería peligro. Le pareció una guerrera. No tentaría a la suerte. Se limitó a vestir a Kalen con dificultad, ya que aún permanecía paralizado y no era capaz de valerse solo. Luego lo sentó en un banco tallado en piedra y, como tampoco era capaz de estar solo, lo sujetó por un brazo.

Mientras tanto, Elvia atravesaba todo Brú na Bóinne a la carrera, en dirección al túmulo. Pensaba a la misma velocidad que corría, y no tenía tiempo que perder. Lo más sensato era dejar para otro momento el ajuste de cuentas con el druida, que desde luego no dejaría pasar, y no olvidar que se libraba una guerra en la otra Gran Isla. Debía reaccionar inmediatamente. El pulso entre Angus Hal e Irvyn El Blanco no aguardaría a que resolviese sus problemas sentimentales. Si el de Brigantia no estaba en condiciones, ella tomaría las riendas. No era la hija de un pastor de cabras, sino la hija de un rey. Y actuaría como tal.

Llegó al túmulo sagrado justo cuando finalizaban los rituales. La procesión abandonaba el lugar con evidentes síntomas de emoción. Tras informar brevemente al anciano acerca de sus planes, solicitó ayuda al joven oficial para

preparar la partida. Con sorpresa Elvia se dio cuenta de que el muchacho mostraba talento para el mando y eficacia en sus decisiones. Lo había juzgado mal. Ordenó la búsqueda de monturas rápidas para cada uno de los extranjeros y que se les aprovisionase con víveres y ropa de abrigo. Dos jinetes cabalgaban ya hacia la costa con la misión de hacerse con una nave en Ahaglaslim, mientras el oficial se esforzaba en sujetar a Kalen al caballo, quien, pese a protestar e insultar, acabó atado sobre su montura. Elvia contuvo la risa; aún tenía un asunto pendiente.

—Veo que te has vestido.

—Aquí hace más frío que en la cabaña. Este maldito viento. —El tono de la ramera era más dulce, la soberbia se había tornado en temor.

—Ya.

—Te juro que decía la verdad, no hicimos nada... Él solamente quería que le hiciese el tatuaje. ¡Lo juro!

—Te creo. Pero quiero hacerte unas preguntas y que las respondas con sinceridad. Si mientes, lo sabré. La mujer asintió con un gesto.

—He observado tu trabajo; es un dibujo complejo y tú no te lo has inventado. Ya había visto antes algo similar, aunque no logro identificarlo. ¿Cómo te lo propuso?

—Lo traía en una piel curtida. Me preguntó si podía reproducirlo, y no dudé en aceptar el encargo.

—¿La conservas? —Elvia tembló. ¿De dónde la habría sacado Kalen?

—No. Copió el dibujo sobre la arena del suelo, advirtiéndome de que no pisase o borrara el modelo hasta que hubiese terminado. Luego hizo un rollo con la piel y la quemó en la hoguera.

—¿La quemó? —La montañesa no daba crédito. Estaba

claro que Kalen no quería dejar rastro alguno.

—Eso es. No hice preguntas, me puse cómoda, y comencé enseguida.

—¿Y tú siempre trabajas sin ropa? Me refiero a este tipo de trabajos, no al resto. —Le clavó sus ojos de ámbar, pero la mujer supo encajar el reproche:

—Lleva bastante tiempo y debía terminarlo en una única sesión. Me advirtió que tendría que marcharse pronto. Es cansado y la ropa resulta un incordio. Y... —interrumpió su frase como solicitando permiso.

—Continúa.

—No te voy a engañar. Es un hombre muy apuesto, y por el precio que acordamos esperaba hacerle un regalo especial. No tengo muchas ocasiones para elegir a los hombres con los que me acuesto, ya sabes... pero se tomó esos frascos... —dijo en voz baja, y agachó la cabeza.

—Los frascos de Aldahir... ¿Sabes cuántos tenía?

—No. Tal vez seis o siete, y derramó el contenido de uno de ellos cuando ya no fue consciente de lo que hacía. Hablaba como si estuviese soñando. Me costó que no se moviese para poder trabajar.

—¿Recuerdas lo que decía?

—Palabras sueltas. No lo entendía y supuse que eran alucinaciones o que hablaba en lenguas desconocidas.

—Entiendo.

—Pero sí que repetía algo...

La montañesa la urgió con la mirada.

—Hablabas de Cathoir Gall, se lo oí nombrar al menos en cuatro ocasiones.

—¿Estás segura? —Elvia abrió los ojos. No podía ser. Su peor pesadilla.

—Tal vez fuesen más.

—No me refiero a eso, Cathoir Gall...

—Tengo buena memoria. ¿Conoces ese lugar?

—Demasiado bien. ¿Algo más? Cualquier detalle que te pareciese importante en ese momento.

—No, lo siento... —respondió consternada al ver la ansiedad de la montañesa.

—No es tu problema. Créeme, ya me has ayudado.

Si hasta entonces creía que Kalen sólo tenía en mente acudir cuanto antes al campo de batalla, ahora sabía que, por alguna razón, había fijado su destino más al norte. En aquella maldita villa regia y sagrada. Tal vez pretendía hacerlo evitando a Angus Hal y a Irvyn El Blanco, aunque le parecía extraño, como también le sorprendía que no quisiese seguir los pasos de aquella misteriosa dama.

—Aguarda un momento —ordenó a la ramera. Le dio la espalda, evitando que la otra mujer la viese mientras recogía el bastón del druida. Desenvainó la daga corta y posó el filo sobre una de las marcas del cayado. Se lo había ganado. Desplazó la daga hasta la siguiente marca y apretó con fuerza. La madera cedió y quitó la corteza con la daga. Ahora sí la mujer la miraba, pero no con codicia. Muy al contrario, descubrió una mirada de esperanza, un par de lágrimas que imploraban una oportunidad. Ojalá la encontrase lejos de allí y de la vida que la había arrastrado hasta entonces. Aunque ése ya no era problema suyo.

—Sigue mi consejo. Márchate de Brú na Bóinne y no regreses jamás. Esto te ayudará.

Elvia montó con prisa y arreó a su caballo, arrastrando por las correas al de Kalen y a los dos de refresco. Se despidió del joven oficial con una leve inclinación de cabeza. Su destino no estaba escrito en Ahaglaslim, ni tampoco en la península de Kernow. Había fijado su rumbo mucho más allá.

Sólo el hombre que poseía las claves tendría el honor de seguirla. Ahora sí tenía claro que no sería ella la que siguiese los pasos de Kalen. Estaba decidida a cambiar los papeles. Quizá se creyese un dios, y quizá lo fuese en la siguiente vida, pero Elvia escogía a sus dioses y el druida, en aquel preciso instante, no era más que parte del equipaje. Un equipaje que comenzaba a espabilarse y protestaba demasiado.

## **CARN EUNY. PENÍNSULA DE KERNOW**

**L**a voz de Wen resonaba por todo el poblado, pero Meriasek y su amante la desafiaban desde su madriguera.

—Me encanta que te reclame a gritos —le confesó Eileen entre suspiros.

—¿Por qué...? —El gallo, en pie en medio de la choza, la balanceaba sobre su miembro erecto sólo con la fuerza de sus músculos. Llevaban horas y horas fornicando sin apenas descanso. Lo justo para tomar aliento, estimularse el uno al otro de nuevo, y seguir.

—Porque tu Dama Blanca chilla en tu busca, pero soy yo quien te posee. Y me gusta. Me gusta arrebatarle lo que considera suyo.

—No soy suyo, ¿me oyes? ¡No soy suyo! Agggg... — Meriasek sintió un dolor intenso cuando su amante apretó más de la cuenta las cicatrices de los latigazos. De esa forma Eileen lo provocaba; le recordaba quien lo torturaba de placer y quien lo hacía de una forma diferente.

—Pues salgamos. Callemos como perros, pero actuemos por nuestra cuenta. —Se agarró a los hombros de Meriasek,

para tomar más impulso y aumentar el contoneo.

—Lo haré.

—¿Lo juras?

—A estas alturas no necesitarás juramentos, ¿no? — Agarró los glúteos de la muchacha y apretó con fuerza, arrancándole un chillido.

Eileen no respondió; su orgasmo estaba a punto de llegar.

Un nuevo grito devolvió a los amantes a la realidad.

—¡Maldito galo!

## **AHAGLASLIM. COSTA ESTE DE ERIN**

**K**alen se movía como una anguila. Se encontraban lo bastante cerca del mar como para escuchar las olas.

El viaje no había sido precisamente un agradable paseo por la campiña de Erin. Ajena a las protestas del druida, Elvia no había detenido la marcha ni siquiera para cambiar de caballos. Los dos sementales de Brú na Bóinne no podían compararse a sus anteriores monturas; habían aguantado la cabalgada, a la amazona y a su inmóvil acompañante sin problema alguno.

Kalen pensaba que el viaje habría calmado a la montañesa. Eso pensaba. Se había celado como una mocosa tras sorprenderlo en la cabaña. Se lo explicaría todo y harían las paces. Entonces podría continuar con sus planes. La pócima de Roble Gris había causado el efecto deseado y el trance que había vivido mientras la mujer lo tatuaba confirmaba todos sus augurios. Hasta el último. El futuro de las Tres Islas estaba a punto de cambiar. Para siempre. Sin

embargo, en cuanto se acercaron al puerto, Elvia desveló sus verdaderas intenciones. Y no se ajustaban exactamente a lo que él estaba pensando.

Al menos, lo liberó y pudo bajarse del caballo, pero su recién recuperada libertad duró un suspiro. Juraría que le había propinado un golpe en la cabeza. Estaba... Se hallaba colgado de un árbol. Boca abajo. A escasos dos palmos del suelo, que casi rozaba con el cabello. Sentía un dolor intenso en los tobillos, por donde lo había amarrado con una cuerda, y comenzaba a notar mareos. Se sentía totalmente aturdido.

—Bájame, Elvia. ¿Es que te has vuelto loca?

—Quizá sí, quizá no... —respondió ella, posándole la punta de la daga sobre el párpado izquierdo—. Casi apostarí a que eres el único demente que respira en toda esta comarca. Aunque buscarse durante mil inviernos, no encontraría a otro hombre más zoquete que tú. —Cambió la daga de ojo lentamente. Él temblaba, aunque Elvia se daba cuenta de que intentaba evitarlo—. Me río de tu fama de hechicero. Si tus adoradores galaicos pudiesen verte ahora mismo...

Elvia volvía a sentirse irritada. Y pensar que su aura mística la había embobado nada más llegar con Ojo Derecho a la Torre de Brigantia. Desde entonces había enloquecido por él. El druida salvador. Se avergonzaba de sí misma; y de su inocencia.

No se anduvo con contemplaciones y le arrancó la camisa con furia, dejándola hecha jirones.

—¡Elvia...!

—¡Cállate! Sólo si te callas te soltaré. Quiero averiguar algo.

Ya la conocía lo suficiente como para saber que hablaba en serio y, resignado, optó por dejarla curiosear. Cuanto antes comenzase, antes se daría cuenta de que no podría

penetrar en su mente jamás.

La montañesa se situó detrás de él. Después de arrodillarse para visualizarla mejor, volvió a pasear sus dedos por el azul de la cadena de Lugh. En la cabaña la había identificado, pero ahora sí podía dedicar más tiempo a analizar los detalles. El tatuaje escondía algo. Aún no sabía qué. Ya había demasiados secretos: las joyas de sus ancestros, que guardaba con mimo desde tierras galaicas y que no habían perdido en el naufragio por milagro divino; druidas y druidesas muertos; otro que la engañaba; la Dama Blanca; los malditos tatuajes... y hasta un cayado de oro. «No quiero pensar en qué será lo siguiente», se dijo. Era una locura. «Aunque sí tengo algo claro: ningún hombre o mujer bajo las estrellas me impedirá ajustar cuentas con el verdugo de mi padre, Tautinkom. Y voy a encontrar a mi hermana, si los dioses están de mi parte, por una vez en su vida.» Trató de concentrarse. Se había alejado del presente, y se dio cuenta de que acariciaba al de Brigantia sin siquiera mirar su tatuaje. Sus ojos se perdían en el bosque. Parpadeó un par de veces y meneó la cabeza, como si despertase de una alucinación. La parte donde se habían dibujado las estrellas se había inflamado más desde que partieran de la ciudad sagrada. Todas aquellas estrellas azuladas descansaban sobre un firmamento de piel enrojecida y extremadamente sensible. Las constelaciones se sucedían a lo largo de la cadena, aunque ahora se fijó en que había algo diferente. En las bocamangas de las ropas de Kalen, sobre todo en las más finas, aquéllas que utilizaba cuando se habían conocido, las estrellas habían sido bordadas en un plano vertical. Sin embargo, en el tatuaje se expandían en una representación más global y perfecta. Fue entonces cuando la muchacha se dio cuenta de un detalle aún más interesante. Algunos de los astros tintados destacaban con un tono de azul ligeramente más claro, casi imperceptible. Al principio pensó que la artista habría terminado los primeros cuencos, sin conseguir

el mismo colorante para las sucesivas mezclas. Pero también podía no ser casual... Hizo un esfuerzo por recordar. Las estrellas del color más atenuado delineaban el llamado Triángulo de los Veranos. La constelación de Lira ocupaba ahora la zona lumbar derecha del druida, más o menos por donde tendría el riñón. Más hacia la izquierda, El Águila, cuyas estrellas centrales reptaban por las vértebras de la columna. El Cisne, al que otros pueblos celtas denominaban Cruz del Norte o Cruz Norteña, completaba el área triangular justo en pleno omóplato diestro. Las demás constelaciones lucían el azul más oscuro... Salvo una. Salvo El Arquero. Ésta también tenía un tono más apagado, incluso más que en el triángulo. Si el trío mágico tenía un matiz más parecido al de la flor de lavanda, El Arquero adquiría el tono de las apreciadas piedras de aguamarina.

«Pero, ¿qué puede significar todo esto?», se preguntaba una y otra vez. Kalen le había contado que los objetos sagrados y los mapas guardaban una relación íntima. «¿Qué pretende ocultar? ¿O es que quiere mostrar algo?» Elvia se veía envuelta en un mar de incógnitas. Sobrecogida, se sentía incapaz de resolver el misterio, y estaba segura de que no sería capaz de arrancar a Kalen sus secretos, ni torturándolo, y su corazón aún no estaba muy seguro de poder hacerlo. Él hablaba una y otra vez del destino, y Elvia, una vez más, decidió dejarse llevar por sus caprichos. ¿Qué podía perder? Como mucho, la vida.

## XXXI

### Tira y afloja

#### COSTA ESTE DE KERNOW

**S**i bien los mensajeros habían descrito fielmente el desastre, el rey Angus Hal ya podía dar fe por él mismo. Difícil escoger entre la conveniencia de contar primero a los heridos o a los que navegaban hacia el más allá. Optó por no distraerse con cifras en las que no hallaría ni consuelo ni soluciones. Trataba de pensar qué haría si estuviese en la piel de su rival. Aun así, él era el invasor, sus pendones verdes eran los que habían invadido aquel territorio, y si El Blanco esperaba que se detuviese para velar a los muertos, se equivocaba. Su obligación era atacar. Y sabía cómo hacerlo.

Los secuaces de Irvyn acecharían detrás de cada roca de Albion, atacarían desde los lugares más insospechados. Como el águila que caza a un ratón. La rapaz se iba a atragantar. Cuando derribase al águila en pleno vuelo, y sobre su propio nido, le arrancaría las plumas una a una y las repartiría por cada dolmen de las Tres Islas. Se reservaría la más hermosa, y no como trofeo, sino para enviarla de inmediato a Brú na Bóinne, al túmulo sagrado, en el que

jamás descansarían los restos de Aldahir Roble Gris. Se lo pensó un instante, él mismo haría la ofrenda en la cámara sagrada. Llevaría la cabeza de su enemigo como recuerdo al druida más sabio que había conocido la historia de las naciones celtas.

Urgía sustituir a los comandantes fallecidos, así que escogió entre los mejores oficiales de la guardia. No podía confiar su suerte a guerreros que no fuesen de su entorno más próximo, por mucha experiencia que atesorasen. Dividiría su ejército en tres columnas y daría el mando de una de ellas a Kendrah El Invicto, al que acompañaría la Dama Blanca. La enigmática mujer de cabellos cobrizos había dado muestras de su valía, y sobre todo de su ambición. Pero una cosa era aliarse con ella y otra muy diferente dejar que comandase a sus levas. Las tres formaciones se alineaban ante Hal. A su izquierda, la encabezada por el caudillo Kendrah. A su lado, Wen miraba de reojo al galo que, tras su larga desaparición, le guardaba de nuevo las espaldas. Junto a él, Eileen. Verla le había sorprendido. Mal negocio había hecho el galo buscándose una amante como aquélla. La traición corría por sus venas, y si de algo sabía Wen era de traiciones. Y encima distraía al galo, algo que no podía permitirse. «Me encargaré de ella en cuanto pueda», se dijo.

—¡Escuchadme! —La voz de Angus Hal tronó, y los caballos relincharon—. Vamos a atacar formando un tridente. — Hasta el último escudero miraba fijamente al rey—. No estoy dispuesto a esperar a que el enemigo se nos eche encima, y menos en un terreno que conoce mucho mejor que nosotros. Avanzaremos hacia él sin dar un solo paso atrás.

Wen prestaba atención a la arenga de Hal. Le hubiese gustado que contase con su consejo, pero comprendía que tenía que mantener una imagen ante sus soldados.

—Nos dividiremos en tres y dejaremos atrás Cara Euny —continuó el rey—. Se defenderán como fieras heridas, pero

hemos de llegar al Círculo de los Gigantes. Él sabe que vamos hacia allí, pero no nos detendrá. Cuando consigamos superar todas sus trampas, tendrá dos opciones: enfrentarse a mí o huir. Ni los dioses saben lo que hará ese hijo de perra, pero quiero estar seguro de cortar cualquier posible escapatoria por si elige la segunda alternativa. Al fin y al cabo, es un cobarde.

Kendrah, que conocía bien al rey, se dio cuenta de que el hombre fruncía el ceño. Algo no le convencía en su propio discurso.

—Los exploradores me han informado de que Irvyn acumula más tropas en la costa sur. Por ahí avanzaréis vosotros. —Señaló hacia la columna que tenía a su derecha, comandada por un general llamado Avon, un guerrero experimentado al que conocía desde la niñez. Siempre había estado a su lado, tanto en la corte como en combate, y por esa razón lo había elegido para el mayor sacrificio. Quizá su último servicio—. Necesito pedir algo.

La atención de las tropas se veía acompañada de un silencio sobrecogedor.

—Sois menos hombres, ¡pero sois guerreros y guerreras de Erin! Aguantaréis sus embestidas, destrozaráis su moral y, sobre todo... —hizo una breve pausa, sin dejar de mirar a sus hombres—, impediréis que sus generales acudan a la llamada de su rey. No deben reagruparse en Cathoir Gall, suceda lo que suceda. ¿Estáis conmigo?

Imitando el gesto del veterano Avon, los miembros de su destacamento respondieron con un golpe de puño sobre la coraza. Estaban con él.

—Yo avanzaré por el centro de la península de Kernow hasta el mismo corazón de la comarca, para que él me vea. Allí se llevará el primer golpe, y sabrá que voy en serio.

La Dama Blanca estaba sorprendida, y hasta molesta,

ante aquel discurso majadero. Desvelaba su plan en público, ante todo el ejército. Irvyn podía haber infiltrado espías entre las levas... Aquello era una locura. Los dos estaban locos. «¡Esperaba un poco más de sensatez por parte de Hal!», gruñó.

—Kendrah de Brú na Bóinne se encargará del frente de lanza por la franja norte. Así impedirá que esa víbora pueda escaparse cuando le pongamos las cosas difíciles. Si le vence la cobardía de siempre, intentará refugiarse en las tierras del norte de Albion, o incluso pedir asilo a los clanes de Alba. Ese paso tiene que quedar cortado. Contarás con levas de refuerzo de Cymru, Kendrah. Recibieron mi aviso antes de partir de Erin. Te estarán aguardando. ¿De acuerdo?

Kendrah asintió. Ninguno de los capitanes iba a oponerse. Wen se vio entonces sorprendida. «¡Para eso quería Hal a los de Cymru! Ya lo había planeado por entonces. Increíble. Lo había subestimado...».

—¡Hacia el este! —fue la última orden del rey.

El ejército, partido en tres, comenzó a moverse en cuanto el caballo de Hal viró para colocarse al frente, desenvainó la falcata de combate y saludó a ambos flancos. Detuvo un instante la mirada en la Dama Blanca. «Llega mi momento. Pero también el tuyo, maldita hechicera», se dijo. Wen le devolvió el gesto.

\* \* \*

El flanco izquierdo avanzaba a mayor velocidad y no tardaron en dejar atrás a los otros dos grupos. El rey se internaba en un pequeño robledal y la tercera columna hacía un buen rato que se había perdido de vista en el horizonte. Kendrah llevaba consigo a los guerreros más

experimentados, junto con las mejores monturas entre las supervivientes. Serían unos seiscientos, todos a caballo. La infantería se había dividido entre el ala real y la que asaltaría la costa sur de la península. Todo parecía indicar que la estrategia diseñada por Angus permitiría que el mayor grupo de caballería tuviese más libertad de movimientos. O eso creía el caudillo, pues el monarca en ningún momento le había dado indicaciones al respecto.

—¿Es siempre así?

—¿A qué te refieres, Wen?

—Así de imprevisible. —Wen se calló los otros adjetivos que vinieron a su mente.

—Me temo que sí, pero que no te confundan sus maneras. Suele acertar, y casi siempre se lleva la victoria.

—¿Casi siempre? Es un consuelo.

Un murmullo interrumpió la conversación. Se volvieron y vieron cómo, a su espalda, se acercaban los pendones verdes, abriéndose paso entre los jinetes.

—Pues creo que tu rey ya se ha arrepentido —espetó la pelirroja.

Al poco Angus Hal se plantó ante ellos y, sin bajarse de su caballo, un bayo bastante panzudo, les ordenó:

—Acompañadme —dijo, al tiempo que detenía el avance de Meriasek con un gesto—. Sólo tu señora y el comandante. Si te necesito, te haré llamar.

Meriasek, contrariado, se hizo a un lado para dejarles pasar. La mirada de Wen se cargó de furia.

—Te lo dije —susurró una voz sobre su oído derecho—. Tenemos que deshacernos de ella.

—Y de tu primo, el gran hombre.

—De todos —respondió Eileen, esbozando una sonrisa

traicionera.

—Acerquémonos, quiero escuchar de qué hablan.

—La guardia te lo impedirá. Déjalos, que hablen de lo que les venga en gana.

—Si no son muchos...

—Meriasek, claro que son muchos, es la guardia real. No seas imbécil.

El gallo lanzó una patada a su yegua que, sorprendida, le devolvió una coza al tiempo que relinchaba.

\* \* \*

Cuando creyó que estaba lo suficientemente alejado de ojos y oídos curiosos, Angus Hal detuvo a su montura. Inmediatamente reclamó la atención de sus acompañantes.

—Bien, ahora decidamos qué es lo que vamos a hacer realmente.

## **PUERTO DE AHAGLASLIM. ESTE DE ERIN**

**L**os enviados del joven oficial de Brú na Bóinne esperaban, ya impacientes por la tardanza, sobre el principal embarcadero del puerto. Los forasteros, después de atar a los caballos y recoger sus pertenencias, caminaban sobre los tabloncillos carcomidos por el salitre. Una extraña embarcación se bamboleaba sobre la superficie marina, empujada por el suave oleaje contra el muelle. Era estrecha y muy alargada, seguramente con el doble de eslora que la de su anterior

singladura. En su interior, un anciano enjuto y de piel curtida jugueteaba con una enorme caracola de mar entre las manos.

—Gracias por todo. Pagadle, no lo necesitaremos —dijo el druida, alargando tres piezas de oro a uno de los soldados.

El marinero negó con la cabeza.

—Trata de convencerlo, si puedes; yo ya lo he intentado. Regresamos a casa.

Kalen dudó, pero la montañesa optó por subir sus pertrechos a bordo.

—Buen viaje —se despidió del soldado—. Te compro el barco, no volverás a verlo. Seré capaz de guiarlo, y si no te parece un precio justo...

El hombre volvió a negar con la cabeza, pero no se molestó en discutir mientras preparaba las maniobras para soltar los amarres. Ni una palabra. Elvia los observaba divertida. Kalen todavía sobre los tablones, con el rostro marcado por la incredulidad; el marino ajeno a todo, a lo suyo. El de Brigantia cedió al fin, y arrojó la espada y el cayado al interior de la embarcación. Elvia se fijó en el cayado. «Con tanta compra se quedará sin él. Tal vez sea capaz de hacerlo crecer otra vez con el poder de la encina mágica», pensó. Y sonrió.

Su mente era un mar de dudas, dudas más oscuras que las olas que surcaban, dejando atrás el precioso verde esmeralda de Erin. La embarcación partía cuando el ocaso comenzaba a reinar sobre el horizonte. Se sentó en medio de la nave, bajo las velas y sobre varios sacos de lino. El druida se hallaba recostado sobre el mimbres de proa, y el capitán a su espalda, manejando la espadilla y el cordaje del velamen. Elvia jamás había visto lonas tan grandes. El pequeño barco alcanzó enseguida una gran velocidad. Ahora entendía por qué el lobo de mar no quería deshacerse de él. Lo miró.

Seguía sin pronunciar una palabra. Nada, igual de mudo que el druida. Su piel curtida y morena no se debía sólo a la rudeza del trabajo y a la brisa marina; debía de ser extranjero, y de tierras lejanas. «Por eso no habla» pensó. «Tal vez nos entiende, pero no lo suficiente como para mantener una conversación.» Tampoco el druida iba a ser un buen compañero de viaje. Elvia pensaba en las anteriores travesías, en sus ojos, en sus besos..., en lo que creyó amor. Aún no comprendía cómo la había engañado, cómo se había dejado seducir por él. Se sentía confundida, especialmente porque si cerraba los ojos aún lo deseaba. Maldita sea. Lo amaba, lo añoraba. Pero la había traicionado, y aún no sabía por qué. Dudaba de todo. Hasta de si realmente aquello había sido una traición. Se había ido a hacerse un tatuaje. Pero tendría que haber confiado en ella y contárselo. Tal vez también la engañara con sus sentimientos. Hasta en eso podía haber mentido. Más y más preguntas se acumulaban en su cabeza, y no era capaz de responder ninguna. Él le había hecho creer en el destino. Quizá los designios de los dioses habían reservado una misión también para el hechicero y no podía revelársela. O tal vez buscara una explicación en el mapa, en la cadena de Lugh. Por eso había bebido las pócimas de Aldahir, para entrar en trance y encontrar las respuestas. Tantas conjeturas y tan poca certeza, Elvia se sentía estúpida. Su instinto nunca le había fallado, pero ahora debía escoger entre el instinto y los sentimientos enfrentados. Cerró los ojos unos segundos. Al abrirlos, había tomado una decisión: desterraría ambas vías y actuaría con la mente. Con inteligencia.

\* \* \*

El druida seguía tumbado en la proa. Con los ojos cerrados, se tocaba la parte posterior del cráneo. Al menos

ya no sangraba. Cuando Elvia se había decidido a liberarlo al fin, no se anduvo con miramientos. Cortó de un tajo la cuerda y lo dejó caer como un fardo. Se llevó un buen coscorrón, además de un buen número de cortes en el cuero cabelludo, hombros y brazos como recuerdo. Pero estaba justo donde tenía que estar. En una embarcación, navegando hacia Kernow. Con ella. Ya se tranquilizaría cuando se le enfriasen los celos. No tardarían en arribar. Decidió intentar dormir. En cuanto pisase las tierras de El Blanco, le haría falta hasta el último ápice de fuerza, además de tener alerta todos los sentidos. Y se confesaba cansado.

Llevaba consigo todo lo que necesitaba. El torques de Miled, que había salvado su preciosa aprendiz Aisling, el carnero alado de los cáporos, su cayado, al que también reservaba un papel importante. Y a Elvia, la hija de Tautinkom, que completaría el círculo perfecto. Junto a su otra hija.

## **KERNOW. AL SUR DE CARN EUNY**

**A**von era un tipo feliz. Cabalgaba hacia una batalla con un futuro nada halagüeño y, cuando otros se amedrentarían, él sentía orgullo. Muchos inviernos al servicio del rey, varias guerras, las cicatrices de los combates... Y ahora comandaba una parte de las tropas reales. Angus Hal depositaba su confianza en él, y por los dioses que no le fallaría.

Pero había quien tenía claro que, en contra de tantas estúpidas leyendas, los dioses no se alzan con las victorias. Y precisamente esperaba la llegada del nuevo general de Hal para enseñarle una primera lección. La última, si jugaba bien sus opciones.

\* \* \*

Los guerreros de Irvyn se agolpaban como hienas a ambos lados de la senda. Ocultos por el monte bajo, y con los rostros tiznados de ceniza, aguardaban a que las antorchas se aproximaran. El Blanco daba las últimas indicaciones a sus hombres. Había descartado utilizar a los arqueros. La oscuridad era ya total y la colocación de sus filas podía convertirse en un cruce siniestro de flechas amigas. Ni los más diestros serían capaces de acertar el blanco, y no se podía permitir diezmar a los suyos. Pero sí podía hacer un intento, y así lo había ordenado.

—Ahora. —La orden de Irvyn se transmitía de hombre a hombre, en un murmullo constante.

En cuanto la vanguardia de la columna alcanzó el punto deseado, dos teas se encendieron a ambos márgenes, lo suficientemente alejadas para no ser confundidas con las del invasor y, enseguida, fueron arrojadas sobre sendos montones de paja seca. Prendieron de inmediato. Avon, que cabalgaba tras los exploradores junto a sus recién nombrados oficiales, reaccionó de golpe:

—¡Emboscada...!

No hubo tiempo para que las caetras hiciesen su trabajo. Viajaban en las monturas de los jinetes o amarradas a las espaldas de la infantería. Cientos de soldados cayeron muertos o heridos bajo la andanada de flechas. Lo que vino entonces se sucedió con similar rapidez: las filas del comandante Avon se vieron envueltas de enemigos, a los que consiguieron frenar con el cuerpo a cuerpo. Los atacantes buscaron un primer envite, y a continuación se ocultaron de nuevo. Avon no tardó en comprender. Habían atacado por la derecha. Mientras aún decidían si se reagrupaban o los

perseguían, un inesperado griterío avanzó desde su izquierda. Irvyn El Blanco acompañaba ahora a sus hombres. Corría tan rápido como ellos, gritaba a pleno pulmón y pocos pasos le hicieron falta para segar media docena vidas. De repente, ordenó el repliegue, y los suyos obedecieron inmediatamente de forma ordenada.

Turno de nuevo para la primera horda, que atacó sin piedad con estocadas calculadas. Avon tenía un corte profundo en una pierna. Ya a pie, al igual que sus soldados, no había conseguido parar el golpe de una traicionera falcata, pero no era momento para quejarse. Voceaba sus órdenes con suficiente energía como para que se escuchase en toda el área de combate. Al fin consiguió que el grueso de la tropa se agrupase, espalda con espalda y con los escudos por delante. La defensa se organizaba con eficacia, a pesar de la debilidad. Mientras, el rey Irvyn dosificaba los ataques de sus dos puntas de lanza, enviándolas regularmente, sin pausa, entre una embestida y la siguiente.

Antes de que naciesen las primeras luces del alba, habían reducido el contingente de Avon a aproximadamente la mitad de sus efectivos. Objetivo cumplido. Aunque Irvyn no estaba del todo satisfecho. Los vencerían, pero aguantarían al menos media jornada más. Y ahora que había mayor claridad, ya sabía que Angus Hal no estaba allí. Lo habían engañado con los pendones de color esmeralda. El de Erin había dividido a su ejército. «Hábil, ha sido muy hábil», gruñía por dentro. Con toda seguridad ya habría rebasado Carn Euny cuando él comenzaba la lucha, y ahora estaría acercándose a los ejércitos que protegían Cathoir Gall. No tenía tiempo que perder. Calculó el destacamento necesario para acabar con el enemigo que quedaba, e impartió instrucciones para que los oficiales al mando prolongasen la misma estrategia. Debían morir todos.

Avon, que ya había recibido otro par de caricias del enemigo, avistó los pendones amarillos. Irvyn abandonaba la

lucha. Había cumplido su misión. Moriría, morirían todos, pero le habían regalado a su señor un tiempo precioso.

—¡Guerreros de Erin, salgamos de esta ratonera!

Sus soldados, heridos y agotados, siguieron a su comandante y se lanzaron contra las picas y las hojas ensangrentadas. Ahora eran ellos los que gritaban como bestias, corriendo hacia ambos flancos sin orden alguno. Derramaron sus últimas gotas de sangre en tierra hostil y lejos del hogar, pero lo hicieron con la cabeza alta y con orgullo. Con honor.

## **KERNOW. A MEDIO CAMINO ENTRE CARN EUNY Y CATHOIR GALL**

**L**os exploradores regresaban al galope. Algún caballo los seguía sin su jinete. El rey los esperaba sentado sobre la hierba. Distría su ansiedad tallando un triskel en una madera de unos cuatro dedos de ancho. La sujetaba en la palma de la mano izquierda y esculpía con un pequeño cuchillo muy estilizado. Su herramienta secreta, perfecta para una afición que su abuelo paterno le había enseñado de niño. El anciano la había forjado con sus propias manos, fundiendo el metal al rojo vivo para darle forma con el mazo sobre un yunque de piedra. Su nieto, el pequeño Angus, contemplaba orgulloso el trabajo del artesano de la familia. Incluso lo había ayudado a clavetear la madera de nogal cuando le añadieron el estrecho mango que ahora acariciaba. Guardaba celosamente cientos de tallas y esculturas en la gran cabaña de Teamhair na Rí y, de vez en cuando, regalaba alguna a súbditos u oficiales de confianza. Muchas moradas de la colina de los Reyes lucían con honor su obra.

Trabajar la madera lo tranquilizaba tanto en momentos complicados como en tiempos de paz. Esos tiempos se habían terminado. Para siempre.

En esta ocasión había elegido para el triskel un círculo de perros entrelazados. Se había hecho con la pieza de madera en el barco que lo llevó desde Erin a Kernow, y comenzó a esculpir a bordo. Casi lo tenía terminado. Los tres perros representaban el mundo de los soldados. Su mundo, al fin y al cabo. Ni las obligaciones como monarca, ni el tedio de la corte habían conseguido secar su sangre guerrera. La misma que volvía a hervir desde que recibió la visita de Kendrah el Invicto en Teamhair na Rí. Los pueblos celtas adiestraban a sus perros desde cachorros para cazar, pero también para combatir. Creían que el animal, por su incomparable valor y lealtad, guiaría a su amo en la noche de la muerte, después de haberlo acompañado en la batalla y en la vida. Hal echaba de menos a su rehala. Él mismo ayudaba a las perras a parir, limpiaba a los cachorros, les daba de comer cada noche y se los llevaba de caza o simplemente a pasear. Del adiestramiento de combate se encargaba un viejo oficial retirado, que casi había perdido la vista. La rehala contaba con dos docenas de perros antes de partir. Tal vez a su regreso la familia hubiese aumentado, pues dos hembras estaban en celo. Claro que los añoraba. Sopló sobre la superficie todavía ruda de la talla, provocando que las virutas y el serrín planeasen en suspensión.

—Mi señor...

—Te escucho, muchacho, te escucho... —El jefe de exploradores se había acercado para informar, truncando sus reconfortantes pensamientos. Angus guardó cuidadosamente el cuchillo en su funda de cuero oscuro—. Nunca he visto un ejército tan numeroso. —La voz enojada del soldado reflejaba su preocupación.

—Es lo esperado. ¿Qué crees que se encontraría el

enemigo si fuese él quien atacase Erin?

—Es cierto, los estaríamos esperando con todo lo que tuviésemos a mano. El grueso de las tropas se asienta en los dos valles que nos encontraremos en nuestro avance. No pude ir más allá sin poner en peligro a mis hombres.

—Entonces tendremos que apartarlos de ahí. Se interponen en nuestro camino. Dime, ¿has visto estandartes amarillos? Ya sabes, los del dragón negro.

—No. El Blanco no está con ellos.

Le agradó la respuesta. Quizás había conseguido despistarlo con su maniobra de distracción. O podía estar en la última línea defensiva, en el mismo Cathoir Gall, para dirigir desde allí a sus ejércitos. O, por el contrario... Angus Hal hizo un gesto de preocupación. Si Irvyn había advertido que las tropas de Erin se dividían en tres grupos y no dirigía al contingente principal, estaría hostigando a una de las otras dos. Rogó a los dioses que se hubiese decantado por el flanco sur, y no por la caballería de Kendrah.

## CATHOIR GALL

Cuatro sombras se internaban con sigilo entre las sombras de la noche por las casas de los peregrinos. Traspasar las numerosas atalayas de vigilancia no había supuesto demasiado problema. Eso sí, habían dejado a tres centinelas reuniéndose con sus antepasados, y a otros tantos atados de pies y manos. La guardia no había hecho sonar los cuernos para dar la señal de alerta. Sin embargo, varias patrullas a caballo recorrían Cathoir Gall buscando a los agresores. Cabalgaban en grupos de seis entre los Grandes Círculos y la Avenida, y luego se dividían para peinar las

calles del poblado. Agachados tras una carreta de paja, los recién llegados dejaron pasar al último grupo de jinetes. Necesitaban cobijo cuanto antes. Uno de ellos, despojándose de las armas y la coraza, se aproximó a la entrada de una enorme edificación. No estaba custodiada. Miró hacia ambos lados y se decidió a llamar.

—¿Qué se os ofrece a estas horas? —Una mujer de mediana edad apareció con una lucerna en la mano.

—Buscamos alojamiento. Venimos de lejos y estamos cansados.

—Ya... —respondió ella, desconfiada. Alargó la mirada por detrás del corpachón del forastero. Lo acompañaban dos mujeres y otro hombre.

—Mi hermana está enferma, y nuestro druida nos ha enviado para que asista a las ceremonias. Pero no conocemos a nadie aquí.

Por su acento y aspecto, era evidente que el hombre no había nacido en las Tres Islas.

—¿De dónde vienes?

—Soy de Bertaèyn. Partimos hace tres semanas.

—Bertaèyn, ivaya! Hay muchos paisanos vuestros por aquí estos días. Los sanadores han atendido a varios enfermos.

—Me encantará saludarlos en cuanto amanezca, tal vez pertenezcan a clanes que conozca. —El extranjero forzó una amplia sonrisa para ganarse la confianza de la mujer. ^—No podemos alojaros aquí, ves por qué, ¿verdad? —Abrió un poco el portón de madera para que él pudiese echar un vistazo—. Pero mi madre dispone de una cabaña pequeña que ha quedado vacía esta misma mañana.

—Servirá y te estaré muy agradecido. ¿Está muy lejos?

—Espérame un momento.

La mujer volvió al interior cerrando el portón tras de sí.

—Acompañadme —les dijo cuando salió de nuevo, ahora con un par de teas. Ofreció una al forastero con el que había hablado y las encendieron con la llama de la lucerna.

Él caminó a su lado, sonriéndole. Imposible no soñar a la luz de las antorchas.

—Es ésta. Pasad y acomodaos, hablaré con mi madre por la mañana. Llegaré a un acuerdo con vosotros.

—Fantástico. Seguro que es así, si es tan sensible como tú... —El forastero le apartó algunos cabellos que le caían sobre el rostro. Ella se sonrojó—. ¿Te apetece quedarte conmigo?

—Pues... Creo que no me echarán de menos, pero... —tartamudeó.

—Vamos, no te lo pienses. —Y el hombre le guiñó un ojo—. O te arrepentirás.

Mientras seguía acariciando su melena, se acercó suavemente y le regaló un beso abrasador. Mientras, la mano libre empezó a explorar sus caderas, y a continuación sus nalgas. Más que besarse, se devoraban, incapaces de separarse. La mano recorrió la espalda en sentido ascendente y se fue hacia los senos, cuyos pezones respondieron de inmediato. Ella tembló, excitada. El miembro viril la empujó, aún prisionero. Tras la sorpresa inicial, la mujer sonrió y comenzó a llevar la iniciativa. Lo deseaba dentro. Sintió caricias en la piel del cuello, justo donde antes la había mordido. Cada roce sobre la piel aumentaba su lascivia. Del cuello a los pezones hambrientos, y de nuevo al cuello mientras la besaba en los labios, en el mentón, en el lóbulo de una oreja. Sintió que los dedos presionaban sobre su nuez. El placer aumentó. Más presión, y entonces ella cambió la mirada. El hombre la apartó, sujetándola por la garganta y oprimiendo hasta cortarle casi totalmente la

respiración. Intentó zafarse, golpeando la cara del extranjero con los puños, clavándole las uñas. Pero se iba quedando sin fuerzas. Sus párpados se cerraban, el aire ya no llegaba a su cerebro. La agonía fue corta, un rápido y preciso giro, y todos los huesos de la nuca se fracturaron. El cuerpo, aún entre espasmos, yacía a los pies del galo. Wen, Kendrah y Eileen lo miraban fijamente.

—Me desharé de ella por la mañana.

—Muy inteligente. ¿Y qué le dirás a su madre? —replicó la pelirroja, con cara de evidente enojo.

—Que nos trajo hasta aquí y se marchó enseguida. Ya se nos ocurrirá algo.

—Llamará a los guardias, Meriasek. Aunque sea para que busquen a su hija.

—Pues me desharé también de ella. ¿No querías un escondrijo?

El galo la retaba con la mirada. Mientras, Eileen lo abrazaba por la cintura. Wen lo pensó un instante, pero decidió no perder el tiempo. No le sobraba. Ya habría tiempo. Se volvió hacia el sorprendido Kendrah y los dejó a su aire.

—¿La ves? Te lo dije, te mereces a alguien mejor que a esa zorra.

—No es el momento, Eileen.

—¿Cómo que no es el momento? Ah, ya entiendo, sí lo era para que lo pasases bien con tu amiguita. —Y, diciendo esto, propinó una patada al cuerpo de la mujer.

—¡Pero si la he matado!

—Desde luego, después de haberla manoseado bien... Y de que ella te manosease a ti.

—Ha sido un día largo, no tengo ganas de más jaleo. — Meriasek intentó zanjar el asunto.

Extendió una manta de lana sobre una cama de hierba seca. Eileen, indignada, se tumbó sobre él y comenzó a propinarle un sinfín de golpes allá donde el galo no era capaz de esquivarla. Hasta que la agarró con fuerza por los antebrazos y la inmovilizó. Ella, furiosa, se lanzó hacia su hombro y lo mordió. La sangre manaba, y la mujer la lamía y la intercambiaba por los besos de su amante. Así, y sólo así, lo perdonaría.

Kendrah se debatía entre el estupor por los acontecimientos recientes y la envidia que le causaban aquellos dos revolcándose en la misma estancia que ellos. No entendía a Eileen. Volvía a su vida, y casi por capricho luego intentaba arrasarla. Cuando ella estaba cerca de conseguirlo, habían llegado Wen y su guardaespaldas, y entonces Eileen se tiró al cuello del galo. Sin olvidar que era amante de su primo el rey. Mejor olvidar a aquella mujer.

Wen no los miraba. Con la mirada fija, enlazaba ideas en su mente. No podía desviarse de su objetivo. Debía reconocer que su aliado Angus Hal no era un mal estratega. Muy al contrario. Su decisión de dividir a las tropas había funcionado, al menos para ellos, pues El Blanco había descuidado las rutas del norte de Kernow. Con toda seguridad, Irvyn concentraba a sus fuerzas en los bastiones meridionales, donde suponía que los de Erin atacarían para lograr un pasillo entre Carn Euny y la capital. Y acertaba, pero sólo en parte. Hal le había hecho tragarse el anzuelo. Tal y como Angus había anticipado, Kendrah y sus hombres sólo se cruzaron con patrullas pequeñas que no ofrecieron resistencia. Cuando el ejército de Erin llegó a Cathoir Gall, se encontraron sus puertas abiertas de par en par. Hubiesen podido tomar el enclave fácilmente, pero su conquista no formaba parte del plan. Al menos por el momento. El ejército siguió su camino para dejar ciegas las posibles vías de escape. Si Hal era capaz de provocar que El Blanco se retirara hacia Cathoir Gall, el monarca de Albion se

encontraría con una desagradable sorpresa a su espalda. Y una segunda en su propia madriguera. La caballería había dejado a cuatro embajadores muy especiales en la ciudad de los Grandes Círculos. Gracias a la astucia de Wen y la obediencia enfermiza del galo, habían conseguido sortear los obstáculos e internarse en el poblado. Habían estudiado los cambios de guardia, el número de los centinelas y el recinto. Wen memorizaba cada detalle y cada cuadrícula de terreno. Así estuvieron durante más de media jornada. Todo lo vieron, hasta el ir y venir de druidas y sacerdotisas. Una legión de túnicas nobles que correteaba sin pausa entre los gigantes azules y las chozas, entre la avenida ceremonial y algún nuevo grupo de peregrinos, que no paraban de llegar. Cientos de miles de personas se aglomeraban por allí.

Ella dio la orden. Y nadie la contradijo. Entre Meriasek y el de Brú na Bóinne, que se reveló como un buen guerrero, se deshicieron de los centinelas que se acercaban demasiado. Dejaron a un lado los círculos sagrados y avanzaron con rapidez. La Dama Blanca miró de soslayo al pasar junto a la Piedra del Sacrificio. Un hechicero oficiaba sobre el gran altar, justo ante los cinco dólmenes y una docena de muchachas desnudas de cintura para arriba. Lucernas de gran tamaño adornaban los dinteles de los gigantes azules. No le dio tiempo a saber qué estaban haciendo. Las patrullas los buscaban y ellos las evitaban. Ahora que los peregrinos se retiraban era el momento oportuno para buscar alojamiento como si fuesen un grupo más. Fue entonces cuando Meriasek decidió probar suerte en el gran edificio. Los dioses pudieron haber salvado a la mujer que acudió a la llamada de auxilio. Pudieron sacrificar a otra de sus fieles, pero escogieron a la infeliz cuyo cuerpo yacía ahora sin vida entre una pareja que fornicaba entre jadeos infatigables y otra que permanecía en absoluto silencio. Fue el caudillo de Brú quien se armó de valor para hablar, interrumpiendo los pensamientos de la diosa de cabellos cobrizos. Le gustase o

no, comenzaba a verla así. Como una auténtica diosa.

—Wen, ¿qué crees que vio el galo? Ya sabes, en aquella gigantesca cabaña...

—No sabes qué es, ¿verdad?

El de Erin negó con la cabeza. Jamás había oído hablar de un edificio de semejantes dimensiones incrustado bajo la superficie de la tierra. Una cosa eran las pequeñas chozas de Carn Euny que utilizaban los lugareños como morada, muy similares a las de diversas zonas de su isla y otras comarcas, pero aquello era algo diferente.

—Es un sanatorio. Por eso nuestra anfitriona no dejó pasar a Meriasek.

—¿Un sanatorio? No sé si comprendo a qué te refieres. — La expresión de Kendrah reflejaba sus dudas.

—Oí hablar de este lugar cuando era niña. Algunas comadres de Cataibh contaban que habían peregrinado hasta aquí —mintió, recordando cuando, de pequeña, había estado allí, en compañía de aquel padre cuyo nombre no quería pronunciar. Con aquella familia que un día fue la suya—. Por eso viene tanta gente —continuó— desde todos los confines de las fronteras celtas. El poder de los druidas sanadores extiende su fama hasta los desiertos de más allá del mar del Sur, y también al norte de Bertaèyn, en los territorios de las civilizaciones antiguas. Cuentan, que hace tiempo, llegaron a Cathoir Gall tribus que habitan en los hielos perpetuos. ¿Te has fijado en su longitud? El edificio se divide en dos partes diferenciadas; si no te curan en la antesala pasas a la siguiente.

No eran necesarias más explicaciones. Se decía que allí se preparaba a los cadáveres, que incluso separaban la carne de los huesos. Una última morada antes de viajar hacia el inframundo, o hacia el lugar prometido y soñado, aquél en el que aguardan los ancestros. Sólo el espíritu embarcaría en la

nave para emprender la travesía. El cuerpo terrenal era inhumado en cuanto salía del edificio. En la comarca de Cathoir Gall las costumbres eran diferentes; no mantenían el rito de incinerar los restos y recogerlos en una urna.

—Es increíble. Ahora entiendo el porqué de tanta leyenda. Lo terrible es que sea un tirano como Irvyn el que gobierne desde un enclave tan importante.

—Precisamente por eso. Desde aquí puede controlar a las órdenes drúidicas y, a través de ellas, al Gran Consejo.

—Siendo así... Lástima que no tengamos a Roble Gris con nosotros.

—Sí, su ayuda nos resultaría valiosísima ahora.

—Tanto a nosotros como a Angus Hal... ¿Cómo le irá?

—Me imagino que se le estará viniendo el mundo encima. Si hemos llegado hasta la casa de Irvyn con tanta facilidad, es porque ya se están viendo las caras.

—Y El Blanco lucha en su tierra. Aquí es todavía más peligroso.

—Aciertas, Kendrah. Confiemos en tu rey; y, si él no es capaz de resolverlo, quedamos nosotros.

Ésa era la jugada final de Hal. Si él fallaba, su aliada aguardaba al enemigo justo donde éste no podría imaginárselo. Dentro de su cubil. Jamás temería un aguijonazo en sus propias entrañas.

## XXXII

### Enfrentados

**A**ngus Hal había llegado a temer que su máximo enemigo se hubiese lanzado contra las tropas a caballo de Kendrah y Wen, pero el amanecer despejó las incógnitas. El sol se disponía a ejercer su reinado.

Durante la noche, una horda comandada por el propio Irvyn se había sumado a su ejército por detrás. Habían llegado desde el sur, lo que tranquilizó definitivamente a Hal. Eso significaba que la Dama Blanca ya estaba en Cathoir Gall. El soberano de Erin tenía ante sí un campo de batalla digno de cualquier leyenda. Dos auténticas mareas compuestas por miles de guerreros, separados por una franja de unos doscientos pasos, se retaban con una calma que comenzaba a ser incómoda. Tras la planicie, en la que se ordenaban perfectamente las filas de infantería y arqueros, y las columnas montadas de ambos bandos, un hombre a caballo le devolvía la mirada. Allí estaba él. Los pendones amarillos blasonados bajo el emblema del dragón de Cymru, los mismos que el jefe de exploradores no había conseguido localizar durante la jornada anterior, desafiaban al viento del suroeste. Si los dioses estaban del lado de los soldados de Erin, El Blanco no llegaría a ordenar que se sustituyesen los

actuales estandartes por los rojos que lucía durante las estaciones de verano.

Un ave rapaz que Angus no supo identificar planeó sobre la llanura. La miró. «Quién pudiese ver lo que ella. Sería de gran ayuda saber qué ocultan en la retaguardia», pensó. Los espías estaban intentando infiltrarse, y alguno tal vez lo lograra, pero resultaría casi imposible que enviaran informes cuando la batalla comenzara. Fuerzas igualadas. La tensión se cortaba con un filo demasiado delgado, y sólo quedaba un único detalle: quién daría la primera orden.

Como en muchas batallas, la orden la propició el azar. Un soldado del ejército de Irvyn se agachó para ajustarse las calzas. Al hacerlo, su lanza rozó la espada que colgaba del cinto de un compañero. Un ronco sonido metálico resonó en el aire. Desde las filas de Erin, otro guerrero demasiado joven respondió con un silbido. Alguien debió de entenderlo como la señal que esperaba, y a su vez hizo sonar un cuerno. Ya estaba hecho. Todos los *carnyx* imitaron al primero, emitiendo un sonido atronador. Al instante, miles de guerreros corrían como fieras hambrientas, chillando y rogando a los dioses no caer bajo una flecha antes de matar a un enemigo. Sus piernas los guiaban, pues sus ojos sólo buscaban un único objetivo: el rostro del hombre al que habían escogido para arrebatarse la vida.

El choque fue salvaje. Brutal. Los aullidos se unieron al sonido inconfundible del cuerpo a cuerpo. Sólo el que ha combatido así, sintiendo la respiración de sus rivales, conoce ese eco tan característico. Las primeras heridas, las primeras muertes. Celtas regando con su sangre la tierra celta. La madre tierra. Las gargantas que antes gritaban para infundir temor, ahora lo hacían impregnadas de dolor y angustia. Los golpes y cortes se sucedían entre espadazos y embestidas con las lanzas de asalto. Los que caían se encomendaban a sus caetras para no ser rematados por la furia enemiga, al tiempo que intentaban derribar a algún guerrero aun desde

el suelo. Mejor morir llevándose a alguien por delante, más honor para su clan. El esfuerzo de la carrera y la exaltación de los primeros lances dio paso al cansancio. Esa fatiga que el soldado soporta con honor, con una locura ciega que arrastra hasta el límite. O más allá, si es preciso o se lo ordenan. Ni un paso atrás. Ni unos ni otros. Rendirse no es una opción.

Irvyn y Angus Hal se vigilaban desde la distancia, atentos a cada gesto y al movimiento de sus tropas. La infantería luchaba ya en campo abierto, y Hal se había visto obligado a reforzar el frente con jinetes un par de veces. Al menos había logrado frenar el empuje constante del enemigo sobre el centro de su horda. Mientras, El Blanco intentaba que la cuña formada por sus soldados más diestros partiese en dos el tablero enemigo. Entonces cargaría con un tercio de la caballería y conseguiría una pequeña ventaja. Pero los de Erin resistían con tesón. Sus muchachos eran rechazados una y otra vez cuando ya estaban a punto de lograrlo. Ambos ejércitos dosificaban los refuerzos, aunque sólo Irvyn conservaba a parte de su caballería. Los jinetes sujetaban impacientes a sus caballos, que también olían la sangre. Angus Hal sabía que necesitaba igualar fuerzas. Envío a varias docenas de arqueros para que se situaran tras el flanco derecho. El viento les era favorable y, aunque la distancia era grande, las flechas de Erin cayeron al fin sobre la caballería rival. Los jinetes caídos impedían el paso a la siguiente columna, y aquéllos que se mantenían en sus monturas intentaban arrastrar a los animales.

De repente, un arquero se arrancó un jirón de la manga y lo envolvió con mimo en torno a la punta de una flecha. Miró a su alrededor. Le vendría bien una antorcha, pero todavía brillaba el sol y nadie sostenía fuego alguno. Sí encontró los rescoldos de una hoguera donde los soldados enemigos habrían velado armas la noche anterior. Aún humeaba. No dudó en arrojarse al suelo, ajeno a la batalla

que se libraba en toda la llanura, y se puso a soplar. Sus compañeros lo miraron anonadados. Al poco, gracias a la insistencia del arquero, la llama, muy débil entre las brasas, consiguió tomar cuerpo. Entonces, éste se levantó, y tras prender la tela sobre su flecha, tensó el arco. El proyectil ardiente cayó justo donde el soldado pretendía, entre los caballos que habían sido derribados. La hierba seca hizo el resto del trabajo. Los tercios de Irvyn, envueltos en una auténtica cortina de fuego, intentaron huir. La retirada, sin orden alguno, provocaba más bajas. Los animales, presos del pánico, embestían y relinchaban como bestias del inframundo, llevándose consigo a sus jinetes. El monarca de Albion gritaba fuera de sí. Sus aullidos se perdían en la llanura, mientras el ala derecha de su ejército se debilitaba a pasos agigantados.

Angus Hal lo vio claro. No había tiempo que perder. Apremió a la yegua, desenfundó la falcata y cabalgó hacia los arqueros. Tal era su ansiedad, que desmontó todavía en marcha. Cayó con violencia, golpeándose con una roca. Rugió de dolor, pero no podía detenerse para quejarse. Tampoco para que los galenos o los sanadores le mirasen aquella maldita pierna. Era o ahora o nunca. Su guardia personal se había lanzado al galope tras el señor de Erin y, cansados de esperar su turno, atacaban ahora como una manada de lobos. Aullaban. Su rey repartía rechazos con la falcata, y la hoja hacía estragos en cuanto algún guerrero enemigo se cruzaba con él. Ellos, orgullosos de servir a su lado, blandían con orgullo sus armas en nombre de la Isla Esmeralda. En menor número, y sobre una tierra hostil y desconocida, heridos y agotados, pero con el corazón latiendo desbocado. La gloria les esperaba. Y rugían. Esta vez no contarían con los hechizos de Aldahir Roble Gris, pero tampoco les harían falta. Aquella jornada, eran los guerreros de Erin los que hacían temblar el suelo bajo sus pies.

Pero no iba a ser fácil. Irvyn no estaba dispuesto a

perder una vara más de territorio. La batalla, que comenzaba a adquirir tintes épicos, colmaba su paciencia. Desde su posición, en lo más alto de la loma, había seguido atentamente los movimientos de Hal y sus hombres. Y, por supuesto, él también tenía arqueros.

—¡Allí, no dejéis a uno en pie! —vociferó.

La tormenta de flechas siguió la dirección que ordenaba el señor de Albion. Miles de astiles rasgaron el viento. Los de Erin los oyeron, pero no tuvieron tiempo de reaccionar. Los miembros de la guardia real buscaron desesperadamente caetras con las que proteger a su comandante. Un par de ellos se sacrificaron. Se convirtieron en escudos humanos que interceptaron las flechas dirigidas a Angus. Las cortantes puntas penetraban con asombrosa facilidad en la carne, y los que no habían muerto todavía recibieron un daño inesperado. También Angus, y en la misma pierna que ya le sangraba antes. No pudo contener el alarido de dolor cuando la flecha le atravesó el muslo. Un segundo después, una auténtica muralla de escudos lo cubría sin dejar un solo hueco. Tarde. Se agachó para examinar la herida. Las plumas que coronaban el astil estaban cerca del orificio de entrada, pero el remate puntiagudo había salido por la parte trasera del músculo, junto con el resto de la fina varilla de madera. Podía aguantar el dolor, pero no caminar. Se convertiría en un estorbo más que en una ayuda.

—¡Sacadme de aquí! —ordenó furioso al tiempo que partía el astil.

El muro de caetras fue retrocediendo paso a paso. Primero logró quedar a suficiente distancia como para no ser blanco de los arqueros. Luego, para resistir las embestidas de la infantería enemiga, que, intuyendo a quien protegían, intentaba doblegarlos. Un grupo de jinetes acudió en su auxilio. Irvyn gruñó. «¡El mismo cobarde de siempre!» Angus Hal se había salvado y ya volvía a dar órdenes desde la

retaguardia. Mientras, El Blanco se había centrado en atraparlo, había descuidado el frente principal, donde los guerreros de Erin lograban resultados considerables. Avanzaban con rapidez por la misma zona que el arquero convirtiera antes en un infierno de llamas. Con parte de los caballos volviendo sobre sus grupas entre relinchos de pavor y el resto interrumpiendo el avance, las fuerzas se igualaron. Aún con los restos de hierba humeando, los lanceros saltaron sobre las monturas caídas e hicieron blanco fácil sobre los jinetes. Corrieron como el viento, porque la temperatura del suelo les quemaba las botas de piel. Algunos se llevarían quemaduras importantes como recuerdo, pero al menos aquel tercio de la caballería quedaba fuera de combate. La victoria era suya.

\* \* \*

—¡Mira hacia allí! —Hal señalaba precisamente ese flanco a uno de sus lugartenientes—. El ala izquierda. Os necesito allí, pero sólo soldados a pie; los caballos no querrán intervenir al sentir el calor. Reforzaos las botas y las piernas. —Su oficial asentía—. ¿Cómo lo ves?

—Si los lanceros lo consiguieron, nosotros también. El fuego ya se está apagando. ¡Por Erin! —gritó, y corrió en busca de su compañía.

—Por Erin, muchacho. Por Erin —respondió el monarca cuando el joven oficial ya no podía escucharle.

Gimió. La pierna le latía. No era la primera herida que sufría en una batalla. Gracias a ello podía abstraerse del dolor. Pero sólo de vez en cuando. Tuvo que pedir ayuda para sentarse sobre la hierba. La carne abrasaba por dentro. Tenía que sacar la madera como fuese. A su lado descansaba un guerrero veterano antes de volver a reincorporarse al

combate. Junto a él, sus armas. Estiró el brazo para alcanzar el carcaj. Extrajo una flecha y utilizó su cuchillo de talla para cortar la punta y la parte emplumada. Luego pulió los cortes y no se lo pensó: introdujo la varilla por la parte anterior del muslo y empujó hasta que la madera clavada salió. Sólo entonces llamó a un soldado:

—Escúchame. En cuanto tire de ella, sangrará bastante y perderé el conocimiento. Has de vendar el muslo muy fuerte, ¿de acuerdo? Aprieta todo lo que puedas.

—Entendido, mi señor.

—Luego llama a un druida o a un sanador, y dile que dejé órdenes precisas para que me despierte cueste lo que cueste. Vamos allá...

Agarró el astil partido y ensangrentado que sobresalía por la parte de atrás de su pierna. Mordió el otro trozo de la flecha y tiró sin vacilar. Se quedó sin sentido en el acto. El soldado cumplió su parte, trajo vendas limpias y envolvió lo mejor que pudo el muslo herido. Dejó al rey custodiado por miembros de su guardia y salió a la carrera en busca de alguien que pudiese ayudarlo.

\* \* \*

Irvyn El Blanco no lo veía claro. La situación se torcía. Los de Erin conseguían tomar posiciones que ya creía suyas. Era consciente de que todas las batallas viven circunstancias e instantes decisivos. En ocasiones a causa del azar, en otras por la estrategia, y a veces un giro inesperado provocaba una reacción encadenada en favor de uno u otro bando. Necesitaba algo así, pero no sabía cómo provocarlo. Irvyn estaba furioso. Estaba a punto de gritar una orden cuando se oyó un extraño clamor a lo lejos. Se puso en pie tomando

precauciones, pues varias flechas habían caído a poca distancia, y asomó la cabeza entre las caetras. Entonces los vio.

Dos centenares de jinetes arrasaban el último bastión logrado por el enemigo, dos lomas sin ningún tipo de vegetación. Pensaba en los creones de Argyle, pero lo descartó. Era imposible que los de Alba hubiesen conseguido llegar a Kernow en tan pocas jornadas. Había enviado a una docena de mensajeros con un comunicado claro y conciso: el señor de Breatainn Mhòr reclamaba su presencia, invocando los lazos que establecían su alianza. Llevaban caballos de refresco, así que ya debían haber llegado. Pero no hubo tiempo para que los caudillos creones organizaran sus tropas y se presentasen en el campo de batalla. Sin embargo, aquel tercio de caballería seguía sembrando el caos. Una vez rotas las líneas, las seguían hostigando por la espalda, consiguiendo rápidos y devastadores resultados. Doscientos soldados de caballería no parecían un gran número, pero su aportación podía ser definitiva. El ejército enemigo estaba cansado y acumulaba ya miles de bajas. Los guerreros de Hal presenciaban la escena, desconcertados. La llegada de aquel maldito grupo quebraba todos sus esquemas. Ahora se debatían entre mantener la vanguardia o guardar los flancos que creían ya conquistados. Y no se podían permitir escoger. Todo o nada.

Las tropas de Irvyn recibieron un viento de alivio. La aparición de los desconocidos inclinaba la balanza, y sacaron fuerzas de flaqueza para presionar aún más a los aturdidos hombres de la Isla Esmeralda.

\* \* \*

El guerrero regresó con un galeno, tal y como el rey le

había ordenado. No le resultó tarea sencilla. Buscó primero a un druida, pero o los habían matado o se escondían como comadreas. Tuvo que conformarse. El hombre se puso manos a la obra de inmediato. Aseguró la venda que el soldado había improvisado, limpió la sangre seca y examinó los ojos de Hal. Tenía que calcular bien la dosis que habría de tomar. Los soldados de Hal miraban con curiosidad.

—Mirad al frente, muchachos. No me gustaría estar en vuestro pellejo si vuelven a herirlo las flechas. Yo me encargo de él.

Obedecieron al curandero. Y mantuvieron el ojo avizor por la cuenta que les traía. Angus Hal no tardó en reaccionar, y al poco abrió los ojos e intentó moverse, aún bastante mareado. Su sanador guardaba ya entonces con recelo las hierbas que había utilizado.

—¿Mejor? —preguntó al monarca.

—No del todo. ¿Puedes darme agua? —Le acercó un pequeño pellejo.

—Aún es pronto. Espera un poco y te sentirás mejor.

—Lo sé, no es la primera vez —balbuceó Hal—. ¿Quién eres?

El hombre, doblando las telas con las que lo había limpiado, masculló algo entre dientes.

—No te oigo, y no puedo incorporarme todavía. Acércate tú.

El galeno le devolvió una amplia sonrisa y se agachó para hablarle al oído:

—Soy tu peor pesadilla. Me envía la muerte.

Hal intentó reaccionar, pero parte de su cuerpo todavía no le obedecía. Inclinado sobre el monarca, el galeno ocultaba sus movimientos a los guerreros. Un segundo después, con la mano derecha clavó un punzón en la vena

yugular, mientras con la zurda le tapaba la boca. Todo terminó muy rápido.

—Dejadlo descansar otro rato y llamadme. Aún no está bien dispuesto.

Uno de los guardias asintió con la cabeza. El rey seguía inconsciente.

\* \* \*

El Blanco seguía los movimientos de sus hombres con entusiasmo, pero cautivo de una sensación que no le gustaba. La curiosidad. Odiaba no saber y, aunque la situación le favorecía, también le incomodaba. En ese momento un lancero a caballo atravesaba a un arquero adversario. Se fijó en sus ropas, y no pudo evitar un gesto de asombro. Sin duda, eran ártabros. Aquéllos eran los colores de su aliado galaico. Tanto la vestimenta como las caetras lo confirmaban. ¡Imposible! No sabía cómo, ni dónde, pero el Gran Toro había llegado al campo de batalla.

—iTarkum! ¿Dónde te escondes, canalla? —murmuró.

—Justo a tu espalda, mi señor.

Irvyn reaccionó desenfundando la espada. Su corazón latía desbocado. Tarkum había aparecido como un espectro. Tendría que renovar a su guardia personal para mejorar la seguridad.

—iHijo de siete perras! No podías haber escogido un momento mejor.

—Ya lo veo, estabas empezando a pasarlo mal ahí abajo.

—Me duele reconocerlo, pero ese malnacido es duro.

—No volverá a ser un problema.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de enviarlo a pescar salmones junto a todos los dioses de Erin. Ahora mismo sus ancestros lo estarán saludando.

Irvyn esbozó una sonrisa nerviosa.

—Pero sus hombres aún combaten... —empezó a decir.

—Todavía no lo saben. No tardarán en descubrir que no duermo.

El Blanco guardó silencio. Experimentaba una sensación agridulce. Le hubiese gustado ser él quien eliminase a Hal en persona, pero le alegraba su muerte. Por supuesto que se alegraba. Ya se encargaría de sacrificar a sus familiares y parientes, y hasta a sus rameras, si es que las tenía.

—¿Cómo lo has hecho?

—No creerás que voy a revelarte mis secretos. —El ártabro se reía con sonoras carcajadas—. Si resulta sencillo llegar hasta ti, también lo fue acercarse a él sin que desconfiasen sus hombres. Olvídalo, es historia.

—Vaya, vaya, esto cambia las cosas.

Un cuerno sonó, seguido de otros muchos. Los guerreros de Erin ya habían descubierto que su rey había sido asesinado. El eco se extendió por el valle, consiguiendo por igual que se derramasen lágrimas y se lanzasen gritos de júbilo al aire.

—Tienes un enemigo menos, pero la batalla continúa. Irvyn, escúchame, estás en peligro.

—¿Pero qué dices? Se rendirán... —Irvyn sonreía. Los gritos de sus hombres lo contagiaban.

—No lo harán. Presta atención, y después, si sigues pensando lo mismo, ya tendrás tiempo de celebrarlo. —Ahora sí que Tarkum consiguió la atención del rey. No por sus palabras, sino por el gesto serio que mantenía su rostro.

Tarkum acababa de matar a Angus de Teamhair na Rí y, sin embargo, seguía preocupado por algo.

—¿Qué ocurre, amigo?

—No estoy aquí porque intuyese que tenías problemas. No soy adivino como esos malditos barbudos, ni falta que me hace. Pero mantuve la vigilancia sobre la hija de Tautinkom, tal y como me pediste. Crevan Ojo Derecho la puso en contacto con Kalen. Se me escaparon en una ensenada cerca de Brigantia. Maldita sea. Tardé varias jornadas en encontrar una nave adecuada hasta que pude perseguirlos por el mar del Norte. Nos llevaban demasiada ventaja, así que cuando la proa avistaba las Tres Islas tuve que decidir qué rumbo tomar. Dudé entre Isla Esmeralda y Kernow. Como no sabía a dónde se dirigían ellos, decidí desembarcar más al norte y venir a tu encuentro. Lo hicimos cerca de Ynys Mon, en la bahía de las Golondrinas. —Tarkum hizo una pausa y miró fijamente a Irvyn.

—La conozco, los nativos la llaman Cemlym.

—Envié hombres a comprar caballos y, sin descansar, avanzamos hacia el interior. Nos encontramos a los creones. Un oficial de Argyle me informó de tu situación. Los dejé atrás. Se mueven con más soldados que nosotros y llevan su ritmo; nosotros podíamos desplazarnos más rápido. No me esperaba más sorpresas hasta llegar a Cathoir Gall, pero me equivocaba.

—Continúa —lo apremió Irvyn, impaciente ante el nuevo respiro que se tomaba Tarkum.

—Poco faltó para meternos en la boca del lobo. Si no es por mis exploradores, aparecemos en el mismo centro de un destacamento de Hal. Supongo que ahora mismo estarán esperando a los creones. Serán unos quinientos, tal vez más, pues los acompañan soldados de Cymru. Habrán salido a su encuentro. Nosotros conseguimos evitarlos desviándonos hacia el este. No me convenía esa pelea y prefería venir a tu

encuentro sin hacer paradas.

—¡Hal dividió a sus tropas! ¡Bastardo cobarde! Y ha llamado a sus aliados de Cymru... Antes de comenzar esta batalla, tuve que enfrentarme a otra parte de su ejército al sur de Carn Euny. Y ahora sabemos que también envió guerreros a las rutas norteñas... —¿Qué pretendía el muy canalla? Irvyn gruñó. Menos mal que El Toro se había deshecho de él—. ¿Crees que intenta atacar Cathoir Gall?

—Probablemente. No creo que embarcase a toda esa cantidad de soldados para pelearse sólo contigo.

—Parece que esta vez sí había encontrado el valor que nunca antes había demostrado. ¡Quería arrebatarme el trono! ¡A mí!

—Y eso no es todo. Mientras rodeábamos a la caballería de Erin, envié a mis espías a hacerles una visita. Trajeron de vuelta dos nombres, y no van a ser de tu agrado —le advirtió.

—¿Cuáles?

—Kendrah de Brú na Bóinne y la Dama Blanca.

—¿La Dama Blanca? ¿La otra hija de Tautinkom? —Ivryn se sintió abrumado por la información. ¿Pero qué demonios hacía con los caudillos de Erin? ¿Y con el ejército real? Algo tendría que ver Roble Gris con aquello, pensaba. Sus ojos amenazaban con salirse de las órbitas y escupía mientras gritaba—: ¡Tenía que haberla matado cuando era una niña! La envié a Cataibh y cometí el peor error de mi vida. Esa zorra se escapó y por todas las comarcas comenzaron a farfullar patrañas sobre esa Dama Blanca. ¡Ilusos! Regento un pueblo de viejas y mocosos ilusos. ¡Y con su hermanita en camino! Lo que me faltaba... No me extrañaría que se estén bebiendo mi vino sentadas en el trono de Cathoir Gall, ¡en mi trono! Sí que me la has jugado bien, viejo Hal. ¡Maldita sea tu estirpe! Pero daré con ellas. Las atraparé. Y las veré

desangrándose en el mismo suelo que la furcia de su madre. ¡Muertas, las quiero muertas! ¡Las degollaré como tenía que haber hecho con su padre! Ojalá no hubiese hecho caso al Consejo, tendría que haber eliminado de paso a ese atajo de brujos y hechiceros...

—Tranquilízate, debes pensar con claridad. —Con estas palabras el ártabro intentaba contener la ira que se apoderaba del señor de Albion. Los cuernos de combate de Erin acudieron en su ayuda.

—¿Qué es eso? —rugió El Blanco, callando entonces y mirando alrededor.

—Te advertí de que no se rendirían. Angus Hal era tan buen estratega como lo eres tú, y habrá dejado órdenes a los comandantes. Pero él está muerto, y tú no. Has de regresar a Cathoir Gall antes de que sea demasiado tarde.

—Tienes razón. Vámonos de este maldito valle. Busquemos a esas zorras.

Tarkum respiró al ver el cambio de actitud del monarca. Menos mal que su odio a las hijas de Tautinkom superaba con creces a su rivalidad con Erin. A fin de cuentas, el trono que sí estaba vacante era el de la propia Isla Esmeralda.

Los escoltas acercaron los caballos e Irvyn El Blanco montó sobre una yegua castaña. Dedicó una última mirada hacia el campo de batalla. Las tropas de Erin cargaban de nuevo. Le dolía no llevarse la cabeza de Hal como trofeo para el salón del trono. Se sentía frustrado. El destino le había privado del antojo, pero no se atrevería a arrebatarse los dos siguientes. Su sangre clamaba venganza.

Los dos jinetes, escoltados por la guardia, abandonaron aquel valle de muerte. Sobre el campo de batalla los guerreros seguían luchando cuerpo a cuerpo. Exhaustos y heridos. No quedaba nadie que no lo estuviese. Los de Erin vieron cómo se alejaban los estandartes del enemigo, e

hicieron sonar un cuerno. Llamaba al último esfuerzo, aunque sonaba triste. Tras descubrir el asesinato del rey, la guardia había enviado aviso a los generales, que por unanimidad decidieron continuar con el plan establecido por su señor. Los otros dos contingentes continuaban con la misión sin saber nada de lo allí ocurrido, por lo que no podían fallarles. No fallarían ni a sus compañeros de armas ni a la memoria de Angus Hal.

Un poco más allá del campo de batalla, un druida solitario apilaba leña para preparar el lecho. En su zurrón, un único objeto: una vasija de barro que recogería los restos y cenizas de Hal. Así había establecido su voluntad, como fiel convencido de la cultura de urnas de su pueblo. El druida se convertiría en custodio de la vasija hasta que su señor descansase eternamente en la colina de los Reyes. Los soldados no tardarían en traer el cuerpo. Media docena de miembros de su guardia y un druida serían los últimos en rendir honores al señor de la Isla Esmeralda. ¡El rey ha muerto, viva el rey!

## XXXIII

### Encuentros y reencuentros

#### CATHOIR GALL. ALBIÓN

**N**i la travesía desde Ahaglaslim a las costas de la Gran Isla, ni la posterior y endiablada cabalgada habían favorecido que Kalen volviese a hablar con ella. Aún a caballo, Elvia admiraba sobrecogida la grandeza del Círculo de los Gigantes. Recordaba perfectamente que había estado allí de pequeña, tal vez en el lugar exacto en el que ahora desmontaba. Recordaba que había vivido una larga temporada en Cathoir Gall con sus padres y su hermana. Las obligaciones de Tautinkom así lo impusieron. Y, por supuesto, era capaz de identificar el maldito lugar que marcó a fuego y sangre el resto de su existencia. Cómo no recordar. Las chozas reales y el salón del trono se hallaban en el lado opuesto del conjunto ceremonial. Su cuerpo se estremeció. Volvió a mirar los gigantes azules: de ellos sí que no guardaba el mismo recuerdo. La mirada de una niña no había sido capaz de adivinar la dimensión real de una obra como aquélla, única y sagrada. Pero los ojos de la actual mujer sí podían distinguir entre la herencia de su pasado y la indudable importancia de su futuro. Y ahora era el momento

de olvidar ambos, pasado y futuro. Sólo existía el presente inmenso que se postraba a sus pies.

La montañesa se volvió hacia Kalen, pero sólo estaba su montura. Le costó localizarlo entre tanta gente, pero al fin lo vio. Caminaba tranquilamente hacia el gran círculo, como un peregrino más. Agarró por las correas al otro caballo y apremió al suyo, pero la cantidad de caminantes era tal, que le resultó imposible seguir montando. Decidió seguir a pie. Tras atar a los caballos en unos postes junto a la Piedra del Talón, recogió sus valiosas mercancías. El druida lo había dejado todo allí. Elvia pensó que era incomprensible. ¿Había perdido la cabeza y no recordaba lo que ocultaban en los bolsones de cuero? Se los ató a la espalda, dejando únicamente las caetras con los caballos. No convenía fiar todo a la suerte, y menos con los ejércitos combatiendo en las proximidades de Carn Euny.

Avanzaba lentamente entre la multitud. Un druida guiaba a un grupo muy numeroso hacia la entrada custodiada por la Piedra del Sacrificio y sus dos hermanas. Optó por rodear el perímetro por su izquierda. En su camino, pudo ver a varios hombres en torno al altar. El sol la molestaba, pero uno de ellos parecía Kalen. Dejó atrás la primera piedra exterior y optó por la siguiente, entrando al círculo justo por el punto en el que la puesta de sol y la salida de la luna habrían de cruzarse durante los solsticios invernales. Entonces se detuvo en seco. El de Brigantia, sin ropa de cintura para arriba, apuntaba con el brazo derecho hacia el dintel del gigante que guardaba las espaldas a la Roca del Altar. «¿Pero qué demonios hace...?», se sorprendió Elvia. A su lado, los hombres portaban pértigas de madera de un largo considerable. Kalen cogió una. Enfilaron al menos una docena hacia el dintel pétreo y comenzaron a empujar. El de Brigantia dirigía las maniobras, gritando en un idioma que Elvia no supo identificar. Tal vez jerga druídica. Sin embargo, la piedra no se movía.

—¡Todos al tiempo! —Kalen volvió a gritar.

Ahora sí entendió sus palabras. El grupo volvió a intentarlo. Todos, Kalen incluido, tenían la espalda llena de enormes tatuajes. Ya no chillaba únicamente el galaico; los demás lo acompañaban para infundir ánimo al que tenían al lado. La enorme roca cincelada se movió ligeramente, emitiendo un sordo rugido. El silencio en los alrededores fue inmediato. Y la piedra quedó encajada. Perfecta. En el lugar que le correspondía y no ocupaba.

Mientras ella se había sumergido en el océano de sus recuerdos, el druida había visto algo que no estaba en su sitio. Aquella piedra no mantenía una alineación correcta. Descartó la fuerza del viento, pero quizá se debiese a aquellos terremotos que cantaban los bardos sobre la hazaña de Roble Gris. La última sorpresa del viejo Aldahir antes de caer sobre la arena de Kernow. Una mano de mujer lo sorprendió por su espalda y le acarició la cintura. Kalen no reconoció el tacto de los dedos, pero aun así supo de quién eran. Y por ello sonrió.

\* \* \*

La sangre de Elvia se le heló en las venas. Una muchacha de cabellos cobrizos se había acercado al druida. Y ahora lo abrazaba por la espalda, examinando de cerca su tatuaje, recorriéndolo con las yemas de los dedos.

«Pero..., ¿quién narices...?», pensó, furiosa.

\* \* \*

—¡La cadena de Lugh...! —exclamó Wen, asombrada.

Al despuntar el alba, harta de los juegos sexuales de la parejita y del acoso de Kendrah, había decidido arriesgarse y salir a reconocer el terreno. Sola, a pesar de la insistencia del caudillo de Brú na Bóinne en acompañarla. Un rápido recorrido le ayudaría a memorizar los puntos estratégicos. Sin darse cuenta había llegado a la construcción sagrada. Justo en el momento en el que había aparecido aquel druida.

—Pocos hombres o mujeres sabrían identificarla con tanta exactitud. Es fácil confundirla con otras constelaciones.

La mujer seguía agarrándolo por la cadera.

—Créeme, conoces a pocas mujeres como yo. Me atrevería a asegurar que a ninguna —sentenció. Entonces se separó de él, dejando que se diese la vuelta.

Kendrah clavó sobre ella sus ojos azules.

—¿Y tú eres...? Aguarda, deja que adivine. Te llaman Wen, ¿verdad?

Wen le sostuvo la mirada. Sólo cuando se aseguró de que los otros hombres se alejaban lo suficiente, respondió:

—Aciertas, hechicero, así lo quisieron mis padres.

—Tus padres. Tu padre... —Kalen hizo una pausa deliberada.

—Aunque también se me conoce por algún otro nombre —continuó ella.

—Curioso destino el que guió a la hija de Tautinkom a convertirse en la Dama Blanca.

Wen se mostró desconcertada. Nadie sabía aquello. Y aquel druida no era más que un desconocido.

—¡Elvia, hija de Tautinkom! ¡Acércate! —gritó el de Brigantia sin dejarla reaccionar.

—Hijo de perra —farfulló Wen entre dientes, ante el regocijo de Kalen.

—¡Elvia, hija de Tautinkom! ¡Tu hermana está aquí! — gritó de nuevo el hombre.

La montañesa detuvo su avance. Una lágrima cayó por su mejilla. Su hermana. Allí. Al fin. El rostro de Elvia se iluminó con una sonrisa. Deseaba abrazarla, tocar su cara tantos inviernos después.

Los rayos de sol arrancaban destellos verdes de la Piedra del Altar, y Elvia entrecerró los ojos para ver mejor. Mientras, la Dama Blanca desenvainaba su falcata. «Vaya, mira por dónde, la primera ocasión para ajustar cuentas con el pasado.

«Bien está, aunque no sea en el orden que hubiese preferido», se dijo.

—¿Hermana? Yo... —Elvia arrojó el bolsón de cuero junto al altar.

—¿Tú...? ¡Tú y yo no somos hermanas! —aulló Wen con rabia.

La pelirroja lanzó una primera estocada que a punto estuvo de alcanzar a la recién llegada, totalmente desprevenida y confusa. Sus reflejos la salvaron. En el último instante había visto el brillo del metal, y se había dejado caer con rapidez hacia atrás.

—¿Pero qué...?

—¡Levántate, Elvia! ¿Te llamabas así, verdad? No quiero rematarte en el suelo, pero... ¡O te pones en pie o lo haré! — Todo el odio que Wen había acumulado durante tantas estaciones salía a la luz. La mujer apretaba los dientes con una furia incontenible.

El instinto de Elvia hizo que alargara la mano. Notó algo conocido y lo agarró. Sin pensarlo, saltó con agilidad, empuñando la espada de Kalen. A tiempo de rechazar un par de estocadas.

—¡Así me gusta! ¿Quién te ha enseñado a luchar? ¿El viejo? —Los gritos de Wen se escuchaban a distancia.

Un buen número de curiosos, entre ellos los que habían ayudado al druida con las pértigas y algunos guardias, se habían concentrado ya en torno al Círculo Sagrado. Pero nadie se atrevía a intervenir. Probablemente luchaban por aquel hombre. ¡Que los dioses decidiesen su suerte!

—Si padre estuviese aquí...

—¡Es una lástima! ¡También lo mataría! ¡Pero allí abajo, en la maldita Piedra del Sacrificio! —Wen atacaba con una sucesión rapidísima de estocadas, que Elvia a duras penas lograba detener—. ¡Eso es lo que hizo, sacrificar mi vida y regalarte la tuya!

—¡No es cierto! ¡Fuiste tú la que escogiste! —chilló Elvia mientras trataba de contraatacar. No quería herirla, aunque tenía la suficiente experiencia para saber que Wen no intentaba lo mismo. En verdad quería matarla.

—¿Y qué querías que hiciese una mocosa de mi edad? ¡Dime...! —Wen volvió a mover su falcata. El antebrazo izquierdo de Elvia sangró de repente, justo por debajo del tatuaje del cervatillo. Un corte limpio. Se revolvió y acertó a su hermana en el abdomen. El desgarró en la ropa dejó al descubierto la herida, apenas una incisión en la piel.

—Siempre pensé que lo hiciste por amor... Por mí y por nuestro padre.

—¿Por amor? ¡Si hubiese sabido lo que me esperaba...!

Wen trataba de aniquilar a lo que quedaba de su antigua familia. Combatían sin descanso, las hojas chocaban con gran estruendo. Habían comenzado junto al altar. Ahora danzaban bajo los gigantes azules que, impasibles, también soportaban algún que otro impacto. Entre estocadas y saltos llegaron hasta las columnas dinteladas del Gran Círculo. La pelirroja, que siempre llevaba la iniciativa, obligaba a

retroceder a Elvia, que iba esquivando las columnas como podía. Centraba su atención en los veloces movimientos de la falcata, por lo que apostaba su inexistente visión trasera al buen tiento de la mano que dejaba libre. Hacía un rato que ya no hablaban, y el cansancio comenzaba a castigarlas. Wen, con la frente empapada en sudor y los cabellos cobrizos tapándole los ojos, atacaba sin pausa. De repente, la mano de la montañesa no identificó un pequeño desnivel en el suelo, y Elvia perdió el equilibrio. De rodillas, se defendió como pudo de la embestida de Wen. Su espada, que era la del druida, más ancha y de mayor longitud de lo habitual, le permitió cubrirse. Con la suya no hubiese resistido. Aun así, se sabía perdida. Apoyada sobre su espalda, se aferraba a la espada con ambas manos para soportar los golpes. De vez en cuando conseguía soltar alguna patada que le otorgaba un ligero respiro. Wen ya olía la muerte, ya la veía venir, y sólo pensaba en cómo iba a hacerlo. No le importaba quién era, ni qué sangre corría por sus venas. Quería matarla. Lo necesitaba.

Extenuada, Elvia cometió un error. Era el fin. Había luchado bien, pero terminaría con ella sin el mínimo atisbo de arrepentimiento. El brazo diestro de la montañesa había dejado un hueco. La pelirroja separó las piernas y alzó la falcata sobre su cabeza para descargar un último mandoble con ambas manos.

—¡No, Wen! ¡No..., te lo ruego! —Elvia intentó levantar su hoja con un rápido giro. Demasiado tarde.

—¡Al fin eres mía... ! —gritó Wen clamando venganza. Las súplicas no la salvarían, ni siquiera los dioses.

El filo de la hoja ya descendía sobre la cabeza de Elvia cuando el cayado de Kalen se interpuso en su trayectoria.

—¿Pero qué haces, maldito hechicero?

La pelirroja, enfurecida, trataba de sobrepasar el cayado, pero el de Brigantia la mantenía inmóvil. Dio un golpe tras

otro sobre el bastón, pero resultó inútil. De repente, se quedó quieta. Sorprendida, miraba el cayado. Tras tantas sacudidas, ni siquiera tenía un corte.

—Déjala, Wen. Este no es el momento, créeme —dijo Kalen con calma.

La montañesa había aprovechado la distracción para rodar sobre sí misma. Ya en pie, se mantenía a la defensiva, con la espada en alto en dirección a su hermana.

—¿El momento? Explícate, y por tu bien di algo coherente... —Wen resoplaba tras el esfuerzo.

—Lo sé porque lo he visto, he visto tu futuro. ¿No esperabas a un druida después de la muerte de Aldahir? Aquí lo tienes: soy Kalen de Brigantia, y vengo a ofrecerte el trono de las Tres Islas.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —le espetó con sorna. Pero bajó el arma y lo miró. Había escuchado aquel nombre antes: Kalen de Brigantia. Y entonces recordó. ¡Sinéad! La anciana Sinéad le había hablado de aquel hombre. Lo había llamado «el hombre que posee las claves». «Dioses, maldita sea», se dijo, y entonces volvió a hablar—: ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Kalen, me llamo Kalen.

Elvia permanecía atónita. Atenta a la conversación, se preguntaba qué rayos hacía el druida. Al menos había conseguido frenar a Wen. Y ella seguía viva.

—Deja tu arma y escucha lo que he de contarte —continuó él.

El gesto de su rostro la delataba. Estaba confusa. Por una parte la asaltaba la curiosidad, por otra las ganas de sacárselo del medio y matar al fin a su hermana. Dudó por un instante, pero luego arrojó la falcata al suelo. Quedó clavada en la tierra.

—Sé que me arrepentiré. Lo sé —miró fijamente al druida—. Pero habla.

—Aquí no. Hay cosas que ella no debe saber —le replicó él, volviéndose hacia la montañesa, que los miraba boquiabierta—. Y me temo que vuestra disputa no ha terminado hoy...

—En eso sí aciertas, hechicero. Y tú, no te vayas muy lejos, ¿me oyes? Volveré para matarte, quiero que lleves un mensaje en persona a tu padre.

—Nuestro padre... —musitó Elvia en voz baja, consciente de que ya no la oían. Se iban. Sollozando, se dejó caer sobre la hierba. Apoyó la espalda en el Altar. Le transmitía un calor sofocante, pero no se separó de la roca; la necesitaba para apoyarse. Agachó la cabeza y la melena, totalmente enmarañada, le cayó sobre el rostro. Apretaba los párpados, tratando inútilmente de no llorar. ¿Pero qué había hecho? ¿A qué dios había ofendido para merecer aquello? ¿A Wen la odiaba. Toda una vida deseando encontrarla. Un hombre al que había fiado su suerte, su futuro y hasta su corazón. Y Wen se lo llevaba todo camino de la Avenida, sus sentimientos, los tesoros que protegía desde que había partido de Brigantia, su alma... Y a Kalen. Deseó que Wen la hubiera matado. Entonces todo habría terminado. Acarició la empuñadura de la daga y se decidió. Tomó aire y, con los ojos cerrados, apretó la hoja contra su piel. A la altura del corazón. Un último pensamiento para Tautinkom, y para su madre. Y, aunque le doliese, también para ella. Para la hermana que estaba a punto de dejar en la tierra de los vivos, a pesar de que a ella no fuese a importarle.

\* \* \*

El grupo de curiosos que había presenciado la lucha entre

las dos mujeres miraba ahora cómo aquella desdichada estaba a punto de quitarse la vida. Si la muchacha decidía tomar el último camino, nadie tenía derecho a interponerse entre ella y los dioses. Poco a poco, se fueron dando la vuelta para dejarla a solas. Ya abandonaban el círculo exterior cuando un hombre apareció a la carrera, derribando sin miramientos a dos mujeres que se encontró en su camino. Las miradas del grupo se volvieron de nuevo hacia el Altar.

La montañesa sintió una mano que le agarraba con fuerza la muñeca. Abrió el puño y dejó caer la daga.

—¡Así no! ¡Ésta no es la muerte que te mereces!

Reconoció la voz... Abrió los ojos y miró a Tarkum entre las lágrimas y los cabellos enredados.

—¿Qué...?

Sin tiempo de completar su pregunta, cayó al suelo. El señor de los ártabros y los albiones le había propinado un espeluznante puñetazo en pleno rostro. Perdió la consciencia.

\* \* \*

Ninguno de los dos dijo una palabra durante el camino. El druida se dejaba guiar. Portaba a la espalda el bolsón con los objetos sagrados, y su cayado en la mano izquierda. Wen reflexionaba sobre lo acontecido, intentando calmarse y pensar con claridad. Estaba fuera de sí. Y no le gustaba. En un momento así debía tenerlo todo bajo control. Abrió la puerta de la cabaña donde había hecho noche con sus acompañantes. Meriasek se había deshecho del cadáver de su anfitriona.

—¡Fuera!

—Wen, ¿quién es...? —preguntó Kendrah.

—¡He dicho que todos fuera! —repitió, aún más alto.

Sólo el de Brú na Bóinne se atrevió a cruzar la mirada con ella. Se encontró con unos ojos coléricos. La pelirroja estaba realmente enfurecida. Soltó el cinturón que sostenía la falcata, y los arrojó con violencia contra la pared de piedra.

Se volvió hacia el druida, que permanecía inmóvil en un lateral de la estancia. Los ojos azules del galaico la observaban con altanería. Con descaro.

—¡Vamos a dejar las cosas claras desde el principio!

—Estoy de acuerdo. Pero no hace falta que grites, estamos solos —replicó él con insolencia.

—No estoy aquí para jugar, hechicero. Eso ya lo he hecho ahí fuera y has impedido que ganase la partida. —Sin que el druida reaccionase, asomó un puñal que llevaba entre las ropas y lo posó con ligereza sobre su camisa de lino.

Eran ahora los zafiros de Wen los que atravesaban al hombre. Pero éste no mostraba signo alguno de temor. Ni siquiera con la hoja paseándose sobre su pecho, con la única separación del fino tejido. Mantenía una calma asombrosa, que la exasperó todavía más.

No fue capaz de contenerse más. Con un corte limpio, rajó la tela de la camisola de arriba abajo. Detuvo el puñal en el cinturón de cuero. Se acercó un paso más a Kalen para que pudiese sentir su respiración, manteniendo el puñal contra el cinto. Él no se inmutó. Entonces, con la mano que tenía libre lo agarró por el cuello y, atrayéndolo hacia su boca, le mordió el labio inferior a traición y con brusquedad. Kalen soltó un gruñido. «Por fin se queja», se dijo Wen. Y, sin dudarlo, se decidió... dar un segundo tajo, todavía más enérgico, con el que seccionó el cuero. Sólo entonces sus dientes soltaron a la presa. El druida se pasó la lengua por el labio herido para chupar la sangre. Con prudencia, Kalen

acercó una mano y acarició la muñeca de la pelirroja. Consiguió que soltase la daga, que cayó al suelo. Le agarró la otra muñeca y le sujetó ambas manos tras las nalgas. Wen no protestó. Lo miraba, ya más calmada. Le fue sacando la ropa a tirones. La obligó a arrodillarse de espaldas a él y, aún inmovilizada, la penetró con fuerza. Ella sintió rabia, pero también placer. Hubiese podido matarlo, y no lo hizo. Hubiese podido torturarlo, y tampoco fue capaz. Cymru y los augurios de su mentora Sinéad habían venido a su mente. Él seguía penetrándola, y aunque lo intentaba, ella no conseguía darse la vuelta. Hacía tanto tiempo... Le lanzó un par de patadas, pero él no se inmutó. Quería volverse para no recordar las violaciones de Cataibh, pero Kalen se lo impedía. Se revolvía como una loba, chillaba, pero tenía muy claro que no soltaría ni una palabra. Menos una lágrima. Sin previo aviso, el druida la volteó bruscamente, dejándola sobre el suelo y boca arriba. Intentó alcanzarlo y darle varias bofetadas, pero las manos del hombre las intuían y las frenaban en el aire.

—Tranquila, todavía no somos enemigos —le dijo, tratando de apaciguarla, mientras intentaba separarle las piernas. En cuanto lo consiguió, le soltó las muñecas. Bajó hacia su sexo y empezó a lamerlo, mientras Wen intentaba vengarse y lo golpeaba. El druida sintió los golpes, pero tampoco entonces se inmutó.

Kalen dejó momentáneamente el clítoris que ya tenía a su merced, y se colocó en una posición más cómoda. Ella lo recibió a mordiscos. Esta vez no lo sorprendió como al comienzo, y el hombre se los devolvió. Y volvió a penetrarla. El druida jadeaba. Su amante lo provocaba más y más, inclinándose sobre él y ofreciéndole los senos, escondidos tras la lujuria de sus cabellos cobrizos. Los movimientos pélvicos trocaban de dirección a capricho. Sin poder evitarlo, Wen comenzaba a acompasar sus movimientos con los de él, y entonces el druida salió de ella y se centró de nuevo en su

sexo, ahora no sólo con la lengua, sino también con los dientes. Y estalló el orgasmo y ella suspiró, con el corazón al borde del colapso. El druida tampoco esperó más. La joven empujó el pecho de Kalen, para que éste se colocara a su lado. Extendió las manos y comenzó a acariciarlo suavemente con las uñas. De repente, al encontrar la piel inflamada sobre el tatuaje, se paró. Parecía reciente. Kalen alargó un brazo y, sin que ella supiese de dónde lo había sacado, le mostró un pequeño envase transparente. Contenía un líquido rosado y lo coronaba un tapón marcado con una hoja de color rojo.

—¿Quieres? Es un viejo truco de Aldahir. Te gustará.

Ella negó con la cabeza. La pelirroja seguía sin hablar, tal y como se había prometido. Allí tenía la explicación para el aguante y la fogosidad de su amante.

—Y, ahora que estás más tranquila, hablemos.

Wen notó un estremecimiento. «¿Pero qué se cree este canalla? ¿Que me puede aplacar con sus artes eróticas o que me puede manipular con sexo? Pues se equivoca de raíz, esté o no drogado con la pócima de un hechicero», pensó furiosa de nuevo. Le acarició la espalda una vez más. Pero le clavó las uñas con ganas, arrastrándolas como si fuesen garras.

—¡Ahhhhh! ¡Por los dioses, Wen!

—No me digas que te encomiendas al más allá si tus amantes te ponen en aprietos —habló al fin ella. Kalen intentaba soltarse para intentar verse las marcas que a buen seguro le había dejado, pero las piernas de la mujer lo abrazaban implacables.

—Tenías razón, cada vez me siento más calmada —se burló—. Continúa, así nos vamos conociendo mejor.

—Me necesitas, Wen.

—¿Ah sí? Por el momento no vas mal, pero en el futuro

tendrás que demostrar que tienes otros talentos.

—Si eres la Dama Blanca...

—Lo soy, y tú también lo sabes. No lo dudarás ahora...

—Claro que no. Quería decir que la Dama Blanca ya sabe cómo ha de reclamar el trono, ¿verdad?

—Como lo hizo Irvyn ante Tautinkom, con la fuerza de las espadas.

—Así lograrás el poder y, sí, sentarte en ese trono, pero no gobernarás a tu pueblo, porque cometerás los mismos errores que El Blanco.

Ahora sí consiguió intrigarla y, mientras cambiaban de postura, la ayudó a recordar todo lo sucedido en el salón del trono.

—Explícate, no sé a dónde quieres llegar —repuso ella tras su discurso mientras se ponía de nuevo sobre él.

—Él impuso su victoria, sin respetar ni las tradiciones ni al Consejo de las Tres Islas. Si haces como él, te temerán, igual que a él, pero sólo lograrás el respeto de algunas tribus. Tal vez las de Albion y parte de los clanes de Alba, pero no el de las otras islas. Erin volverá a negar la legitimidad al reinado.

—Un momento... —Wen tenía que pensar y no lograba concentrarse.

Lo cabalgó. Sin pausa. La mirada del druida suplicaba clemencia, pero ella no daba tregua. Sus cabellos cobrizos se apelmazaban por el sudor y cada palmo de su piel reflejaba el ardor que la consumía. Pero no se detuvo. Movía la pelvis y las caderas con un compás enloquecido. Lo miró. Kalen intentaba domar su éxtasis, pero ya se le escapaban las riendas, sus músculos adquirían una tremenda tensión. Ella no descansaba, no ofrecía un instante de respiro. Seguía. Y no se detuvo hasta que el orgasmo la hizo tambalearse y

caer rendida sobre el pecho de su amante. El druida la acompañó con un último empujón incontenible y abrasador. Ni siquiera encontró resuello para gritar de placer.

La pelirroja resoplaba, intentando controlar los latidos y aspirar frescura hacia sus pulmones. Le costó un buen rato recuperarse. Cuando al fin se levantó, los párpados del druida se movían a gran velocidad. «Como las alas de una mariposa», pensó ella. También sus dientes castañeteaban sin cesar.

—¡Maldita pócima! —gruñó Wen.

Se levantó y buscó agua por toda la estancia. La halló en un caldero de cobre. Empapó los jirones de la camisa del druida y los escurrió sobre su frente. De vez en cuando le acercaba la tela mojada a los labios. Poco a poco, reaccionó. Parecía revivir.

—Estoy bien, déjalo ya —dijo él al fin, mesándose el cabello. Luego se frotó los ojos.

—Todavía no estás recuperado. Eres druida, y mayorcito para saber con qué puedes jugar y con qué no.

—Ya...

—¿Te has provocado un trance, verdad?

—Así es. Aprendes rápido... Te vendrá muy bien en el futuro.

—¿Por qué querías que yo también lo tomase?

—Para que pudieses ver lo que yo he visto.

—¿Y qué has visto?

—A una mujer sentada en el trono de Irvyn. Creo que eres tú, pero no estoy del todo seguro. Aún estoy confuso. Además...

—Habla, ¿algo más?

—Mi muerte.

Wen, pensando bien qué decir ante aquello, prolongó su silencio.

—¿Cuándo? —preguntó poco después.

—Tampoco lo sé. Las ensoñaciones vienen y van; son eso, sueños, imágenes que luego es necesario interpretar. Podría dar con su clave esta misma noche o dentro de varias lunas. Necesitaría la experiencia de Roble Gris, pues éstas eran sus hierbas.

—Por desgracia no puede acompañarnos.

—No te preocupes. Mi muerte no tendrá importancia. Pero sí tenemos a una reina en busca de su corona. Tú. —La miró fijamente.

—Antes me hablabas del Consejo y de las tradiciones. Era muy niña cuando El Blanco venció a Tautinkom. No recuerdo nada. Bastante tuve con mi familia.

—Tu padre... —Kalen parecía disculparse haciendo una pausa—. Tautinkom hubiese respetado las tradiciones, las costumbres de las naciones celtas. Sin embargo, su enemigo se creyó un dios, y no un rey. Los ritos ancestrales deben seguirse. Sólo así te ganarás de verdad esa corona. Si lo haces, el Consejo de las Tres Islas se pondrá de rodillas a tus pies.

—Rituales —replicó la mujer con evidente apatía.

—Exacto. Una vez en el salón del trono es necesario el uso de ciertos objetos. Tesoros sagrados que Irvyn El Blanco despreció una y otra vez. Después de su victoria, fueron enviados a diferentes territorios para evitar que él los destruyese.

—¿Quién los tiene?

—Yo —respondió el druida con toda tranquilidad—. Los verás cuando sea el momento, no antes.

—Vaya, eres un pozo de sorpresas...

—Has de tener claro que no son simples joyas, son elementos de poder. Verdadero poder —remarcó Kalen con rudeza.

—¡Como la lanza de Lugh!

—Eso es, ¿conoces la leyenda?

—Desde luego —respondió ella, sin decir nada más.

—Cada una tiene una función específica —continuó Kalen. No dejaba de mirarla. Mentía, pensaba. Sabía más de lo que decía—, y todas juntas cierran un círculo. Si se utilizan bien, será tan perfecto como los de ahí fuera. Si se hace un uso incorrecto, no conseguirás el trono.

—Y tú... conoces sus secretos y sabes cómo utilizarlos, ¿me equivoco?

—Por eso estoy aquí, y para eso me tendrás a tu lado. Quizás esta misma noche seas la reina de las Tres Islas. ¿Sabrás ganártelo?

—Apuesta tu vida.

—No hay tiempo que perder. Ayúdame a levantarme.

—Vaya druida guerrero que me han enviado los dioses. Vas a tener que curtirte. En todos los aspectos —dijo con sorna, sonriendo, mientras buscaba las ropas de ambos.

Se sentía confundida. Durante la última media jornada no había actuado como solía hacerlo la Dama Blanca. Media jornada antes no se hubiese acostado con un druida desconocido, y tampoco hubiese aceptado sus propuestas. Pondría de rodillas a los miembros del Gran Consejo. Eso sí, bajo tortura. Y, desde luego, Elvia no seguiría respirando.

—Antes de salir, he de pedirte algo, hechicero.

—Hazlo.

—Nunca vuelvas a pronunciar el nombre de mi hermana. Jamás.

—Tienes mi palabra, ni siquiera cuando le arrebatas la vida. Y espero ser testigo cuando eso suceda.

Estaban preparados. El druida había repuesto su vestimenta con un juego nuevo que llevaba en el bolsón de cuero, que había sujetado fuertemente a su espalda, bien protegido. El cayado en su mano diestra, y la espada colgando del cinturón. Wen también estrenaba ropajes: una túnica larga con capucha, como las que solía vestir en Sliab Mis. Sin cinturón para la falcata, pues se había echado un carcaj a la espalda, donde, aparte de llevar las flechas, envainaba perfectamente su espada. También sobre la espalda, su arco preferido. Se echó la capucha sobre la rojiza cabellera.

\* \* \*

La estaban esperando. La Dama Blanca salía de la choza acompañada por el desconocido galaico. Kendrah de Brú na Bóinne, con la lanza oculta bajo una tela gruesa; Meriasek en pie, junto a Eileen, y, justo a su lado, una sorpresa: sus compañeras de Sliab Mis, las seis que habían sobrevivido desde su partida de Cataibh. «¡Kayley, Cinnia...!», empezó a decir. Estaban todas allí, en Cathoir Gall, y hasta se habían traído a Oisin. El perro, que, como siempre, gruñía junto al galo, corrió al ver a su ama para lamerle las manos. Ella le acarició la cabeza.

—¿Pero cómo...?

—Yo las he avisado —respondió el de Brigantia.

Aún tendría que demostrarle si era el hombre que poseía las claves, pero por el momento había conseguido sorprender a la Dama Blanca.

## POZO OESTE. CATHOIR GALL

**L**a montañesa recobró el sentido. Algo no iba bien. Se dio cuenta de inmediato de que tenía las manos atadas y una venda sobre los ojos. Oía sólo zumbidos y un eco lejano, y se sentía como flotando, aún mareada. Pero había algo más. Estaba suspendida sobre el vacío. Una segunda cuerda le apretaba la cintura. La estaban bajando. El zumbido se diluía a medida que aumentaba el eco, y una sensación de vértigo comenzaba a invadirla. Por fortuna, enseguida tocó el suelo. Una roca fría, gélida y terriblemente húmeda. Entonces recordó.

—iTarkum! —Su grito resonó con fuerza.

—Te aconsejo que no chilles, querida Elvia. O te volverás loca —le susurró el ártabro, provocándole un buen sobresalto, pues no había percibido su presencia—. Aunque, pensándolo bien, te volverás loca de todas formas. Y ése sí es el tipo de muerte que te mereces.

La besó en los labios un par de veces, sin que Elvia pudiera evitarlo. Le dolía la sien. Recordó que le había dado un puñetazo en el Círculo Sagrado. Se tragó el dolor, y cuando se acercó de nuevo para besarla entre risas, le sacudió un formidable cabezazo. Él gritó, y Elvia volvió a sentir un martillo en los oídos.

—iMe has partido la nariz, maldita furcia! —rugió, mientras escupía sangre por la nariz.

—Quiero que te lleves un buen recuerdo de mí —replicó Elvia.

—iEspero que te pudras lentamente! ¡Subidme! —Y se despidió de ella sacudiéndole una patada en el vientre.

Elvia comenzó a moverse con rapidez, intentando liberar

sus ataduras. Una delgada cuerda y una correa de cuero le apretaban las muñecas; la herida escocía pero trataba de abrir el hueco suficiente. Si a ella la habían bajado y ahora subían al Toro, seguro que la iban a dejar confinada en una cueva, o un pozo.

Notó que las cuerdas comenzaban a ceder. Un poco más y lo tendría. Lo consiguió justo a tiempo para ver como una losa cubría la entrada del pozo. Había demasiados pies de altura. El último rastro de luz se esfumaba con lentitud mientras la losa cubría la oscuridad. El eco. Ahora podía echarse las manos a los oídos y atenuarlo. Aquella oscuridad, profunda y fría como... Como la muerte.

## COMPLEJO REAL. CATHOIR GALL

**S**orprendido, el oficial de la guardia se acercó a una mujer encapuchada. Aunque muchos de sus compañeros habían sido reclamados al frente, todavía quedaban dos docenas de guerreros de élite custodiando las cabañas destinadas al rey. La desconocida se había plantado en el único sendero de acceso, ante la barrera del vallado exterior. Si hubiese dispuesto de tiempo y soldados, Wen habría atacado a la vieja usanza. Tenía que reconocer que el bastión era formidable: fosos entre los vallados y por fuera de ellos, estacas de hierro y madera. Pero el tiempo era lo único de lo que no disponía, por lo que decidió acortar el asedio a su manera. Además, sin la presencia de su principal residente, un ataque al complejo real perdía toda la gracia.

—¿Qué deseas, mujer?

—El rey ha ordenado llamarme.

—¿Y tú eres...? —El oficial, que había acudido al reclamo

de los centinelas, la miraba con curiosidad. Conocía a todas las rameras que frecuentaban a Irvyn, al menos a las que lo hacían últimamente. Quizás ésta fuese nueva. El Blanco tenía buen gusto; aunque bajo una capucha se intuía un rostro muy bello. La figura que marcaba la túnica también llamaba la atención. El viejo aullaría de nuevo.

—No creo que debas saber mi nombre.

Sí supo cómo se clavaba su puñal. Se lo clavó entre las costillas, perforándole un pulmón. Sólo tuvo tiempo de mirar su herida y el arma antes de desplomarse. Los dos soldados que lo escoltaban cayeron bajo las flechas. A los gritos de alarma siguió la carrera del pequeño grupo invasor. Un hombre le lanzó a Wen un arco con su carcaj. Los atrapó en el aire. En un abrir y cerrar de ojos lanzaba flechas sobre los componentes de la segunda línea de defensa, facilitando la carga que encabezaba Meriasek. Tres más cayeron fulminados por los silbantes proyectiles. Sólo Eileen, que no era una guerrera hábil aunque portase una falcata corta, se había quedado con ella. No opusieron una gran resistencia. La guarida de El Blanco quedó bajo su dominio.

La destreza del gallo y, sobre todo, la de las guerreras sorprendió a Kendrah, que combatía al lado del druida. Tampoco era habitual que un hechicero tomase las armas en un cuerpo a cuerpo. Nada era normal desde que había emprendido su viaje a Teamhair na Rí. Antes, incluso, tampoco; no se le olvidaban las circunstancias de la muerte de Connel en el lugar sagrado de Kealkil, ni los posteriores augurios de Aldahir Roble Gris. Todos se estaban cumpliendo. Sólo uno faltaba para completar su profecía, y quien sabía si la noche cercana sería testigo de ella...

—¡Meriasek! Ve a buscar a los druidas, sólo a los de mayor rango. Busca en el gran edificio que visitamos al llegar. Si no me equivoco, allí encontrarás a algún miembro del Gran Consejo. ¡Chicas, acompañadlo! —ordenó Wen.

Un par de guerreras salieron tras él, que ya corría como un gamo hacia el poblado.

Dos pares de ojos observaban cómo los tres forasteros salían del complejo real.

—¿Serás capaz de llevarme ahí dentro?

—Eres el rey, pero no me ofendas. Tres guerreros y un atajo de mujeres no serán capaces de detener a este galaico.

## **POZO OESTE. CATHOIR GALL**

**L**as tinieblas lo envolvían todo, y también habían penetrado en el corazón de la montañesa. La falta de aire hacía pesado el respirar y sabía que no aguantaría mucho tiempo. Los párpados le pesaban cada vez más; se adormilaba, pero dormirse se convertiría en su fin. Preferiría morir luchando, aunque fuese a manos de su hermana, y no enterrada en un maldito agujero. Pedir auxilio no le serviría de nada, el eco devolvería su llamada. Y Tarkum habría dejado a alguien al cuidado de la losa. La sacarían de allí momificada. Se recostó, desesperada. Nada podía hacer más que esperar y afrontar su muerte con el valor que le había faltado aquella misma mañana. No fue Tarkum, fue ella la que no fue capaz de clavar la daga. No encontró las agallas para suicidarse con honor. Después de ver el odio reflejado en los ojos azules de Wen y la posterior traición de Kalen, ningún dios podría exigirle responsabilidades. Su final no sería épico, ni se narraría en las leyendas cantadas por los bardos. La hija pequeña de Tautinkom decidió rendirse y dejarse ir.

## COMPLEJO REAL. CATHOIR GALL

—¿Pero qué hacen esos locos? —Irvyn mantenía la vigilancia. Mientras, el ártabro distribuía a los soldados de la guardia en torno al complejo. Contaban con pocos hombres, sólo los que traían con ellos desde el valle, para no llamar la atención de los invasores. Tenía que reconquistar su bastión y arrancar las entrañas a aquella mujer con aires de espíritu sagrado.

Los extranjeros, pues estaba convencido de que ninguno de ellos era nativo de Albion, volvían a la residencia regia acompañados por una docena de druidas. Reconoció a algunos de ellos.

—Bienvenidos —los recibió Kalen dentro de la choza. Los ancianos lo miraron atentamente. Vestía como un druida. Era demasiado joven, y casi seguro de procedencia galaica, pero tenía que pertenecer a su casta. Ningún hombre en su sano juicio se atrevería a lucir las ropas de un druida sin haber sido ordenado.

—Tú nos has reclamado. ¿Quién eres y qué precisas del Gran Consejo de las Tres Islas? —habló el más anciano de todos.

—Soy Kalen de Brigantia, ordenado en tierras de los ártabros y discípulo de Crevan Ojo Derecho.

—¿Conoce Aldahir Roble Gris que te hallas entre nosotros?

—No. Lamentablemente, Roble Gris murió en un arrenal de Kernow antes de que yo arribase a la costa. —Un murmullo se extendió entre los druidas.

—¿Cómo es posible? No se nos ha informado de ello.

—Murió enfrentándose a los ejércitos del soberano de Cathoir Gall y...

—¡Silencio! —El viejo sorprendió a Kalen—. Cathoir Gall no tiene soberano. Tal vez otros pueblos, pero aquí sólo reinan los dioses y los hombres.

—Mis disculpas. Irvyn trató de impedir que el rey de Erin llegase hasta aquí.

—Él y Angus Hal ya eran enemigos antes. Entonces, ¿por qué el maestro Aldahir mediaría en tal disputa?

—Porque quería que ella llegase a este salón real —Kalen se apartó para que pudieran ver a Wen.

—¡La Dama Blanca! —coreó al unísono el grupo de voces.

—Acertáis. Wen, hija de Tautinkom... La Dama Blanca.

El rumor se extendió en la choza, y el anciano dio la espalda a Kalen y Wen para deliberar con sus compañeros. Mientras, todos la miraban de reojo. La mujer deslumbraba por su belleza; sus cabellos cobrizos destacaban sobre la túnica inmaculada.

—Y viene a reclamar su corona...

## **POZO OESTE. CATHOIR GALL**

¿Y a se encontraba a las puertas del inframundo? Igual de oscuro que antes. Elvia, a pesar de sus esfuerzos, se había quedado dormida. Se despertó excitada, bloqueada por el esfuerzo de sus pulmones. Al menos aún estaba viva. Notó algo, una ligera corriente, un silbido lejano. Estaría sufriendo alucinaciones. Se quedó inmóvil. Algo le soplabá en la nuca. Algo. Palpó a su alrededor con cuidado. Encontró algo alargado, y lo acercó. El olor resultaba repugnante. Lo tiró, y siguió explorando a ciegas. Más objetos. «¡Huesos!», tembló. Tarkum la había enterrado en una maldita fosa

común. Buscó la pared. Piedras apiladas que formaban muros, y por lo que había visto antes, de gran altura. Estaba muy húmeda, probablemente por las filtraciones de la tierra. Se puso en pie y comenzó a caminar apoyando las manos en la pared. Si el pozo era circular estaba perdida, pero tenía que encontrar la entrada de la corriente de aire. A cada pisada respondía el crujido de las osamentas que aplastaba, y de vez en cuando algo rodaba a sus pies. «Calaveras», susurró para sí.

Juraría que avanzaba por un pasillo. Quizá no fuese una excavación cerrada y se abriese a algún tipo de galería. De repente, se golpeó en la cabeza. Sintió un dolor punzante. El pozo allí era más bajo. A partir de entonces, elevó una de sus manos para no perder la referencia del muro que llevaba a su izquierda. Otro desnivel. Tuvo que agacharse más, hasta arrodillarse. Al cabo de un rato, tuvo que gatear. Ahora era capaz de alcanzar ambos tabiques de piedra si extendía los brazos. Se detuvo y buscó con las manos sobre su cabeza. Madera. Un túnel, aquello era un túnel, y tenía la sensación de que cada vez respiraba mejor, pese a que cada vez gozaba de menos espacio. Se acercaba a algún lugar...

Se topó de frente con un tercer muro. Lo palpó con desesperación. Totalmente tapiado. Volvió unos pasos hacia atrás y se detuvo. Podía oír el mismo silbido de antes. Sonaba a su derecha. Giró el cuerpo con cuidado y volvió a palpar. Otra tapia. «¡Dioses, es un maldito laberinto!» Agotada y presa del pánico, se sentó, apoyando la espalda contra las piedras. Dejó caer el brazo a su lado y entonces algo le rasgó la piel de la muñeca. Dio un respingo. Esta vez algo de gran tamaño. Lo tocó con cuidado. Parecía la cornamenta de un animal. Nerviosa, volvió a tocarse el brazo y soltó una carcajada histérica. Ya no le importaba el eco. El ciervo y el laberinto. Respiró con fuerza, como si pudiese atrapar todo el aire que contenía el corredor. «¡Hay una salida!», murmuró sonriente. Bendijo a su padre y a Ojo

Derecho mientras recordaba una a una las palabras de Kalen: «Recuerda el laberinto de tu cervatillo, memoriza cada camino y cada falsa salida. Un día lo necesitarás. Hazme caso, es un detalle de gran importancia». Los túneles, las paredes tapiadas, todo estaba allí. Tatuado en su brazo. No podía verlo, pero se lo había aprendido de memoria. «Si me sitúo, si consigo saber en qué punto del laberinto estoy... Piensa, Elvia. Piensa», se dijo. Decidió hacer un par de pruebas volviendo sobre sus pasos. Si era capaz de fijar una salida por su derecha y otra por su izquierda, centraría el mapa en su mente. No se equivocó. Entró en un túnel aún de menor altura. Pero ya no le importaba, reptaba como una serpiente, segura de que la cervatilla volvería a ver la luz de la luna.

## **SALÓN DEL TRONO. CATHOIR GALL**

**E**l de Brigantia debatía con los druidas del consejo. Conocía los ritos de oídas, sólo por los relatos de Roble Gris. Mientras Kalen proseguía las negociaciones, Wen acariciaba la gran caetra que protegía el trono. Le resultaba inevitable no caer en los recuerdos. Aquel trono había sido fabricado con huesos humanos. Le propinó una palada y lo derribó, pero no era suficiente. Vio un hacha a su derecha. Sin dar tiempo a nada, el juguete de Irvyn pasó a la historia. Todos los presentes la miraban, pero nadie se atrevió a reprochárselo.

Kayley vigilaba por una pequeña hendidura que había abierto entre dos troncos con su cuchillo. Fue la primera en avisar:

—¡A las armas, van a atacarnos!

Un estruendoso impacto derribó varias piedras y maderos en la parte opuesta a la entrada. Tarkum fue el primero en entrar. Refugiado tras dos escudos, recibió una docena de flechas que se incrustaron en la madera. La maniobra del ártabro permitió la entrada a más guerreros, que trataban de acoplar una barricada con sus caetras. La propia Wen, armada con su arco lanzaba saetas sin pausa, encontrando los huecos que necesitaba. Sus compañeras, diestras arqueras, la imitaban, cubriéndola a ella, y pronto rebajaron el número de atacantes a la mitad. Aunque también ellos respondían al ataque.

Un soldado de Irvyn se aupó a la barricada. Lanzó una jabalina contra Wen. El hombre perdió la vida, pero su lanza se clavó en la cabeza de una de las guerreras. Su sangre salpicó a Wen, que, inmersa en el combate, ni siquiera se dio cuenta.

Kendrah permanecía agachado. Ni él ni Meriasek tenían arco, así que se turnaban para atacar con la espada por encima de los escudos enemigos. Él sí se fijó en la guerrera. Y se estremeció. La mujer con el rostro ensangrentado. La tercera profecía de Aldahir. Tarkum perdió la paciencia. Con un aullido, arrojó el escudo y se puso al frente de los guerreros que quedaban en pie. Hizo honor a su nombre. Ni los cortes, ni los impactos de flecha eran capaces de frenarlo. El Gran Toro se deshizo con facilidad de cuantos encontraba a su paso, un par de mujeres y varios ancianos barbudos.

—¡Malditos seáis! —gritó.

La espada de Meriasek lo detuvo en seco. Le acariciaba el cuello. Tarkum resopló. El galo volvió la mirada hacia su señora, solicitando permiso. Ella movió levemente la cabeza y Meriasek sajó la garganta del ártabro de un solo corte profundo y preciso. El Gran Toro se desplomó sobre el suelo, a los pies de la pelirroja.

Al verlo, el resto de guerreros de Irvyn, sabiéndose

vencidos, arrojaron las armas.

—¿Y El Blanco? ¡Maldito cobarde, ni siquiera ha entrado en su choza! —gritó Wen, limpiándose algo que la molestaba en la cara—. ¡Meriasek, búscalo y tráemelo antes de que intente escapar!

El galo se disponía a obedecer la orden, pero no fue necesario.

—Aquí lo tienes, hermana.

## XXXIV

### Una corona, dos reinas

#### SALÓN REAL DE CATHOIR GALL. ALBION

**E**l arco de Wen apuntaba a la recién llegada, que sujetaba por la melena al rey Irvyn. Lo mantenía arrodillado a duras penas. El Blanco comenzó a reírse, con síntomas evidentes de haber perdido el juicio. Su risa de hiena se convirtió en una carcajada soez. Meriasek volvió a pedir permiso, pero esta vez le fue denegado.

—Soy un hombre afortunado. Las dos niñas de Tautinkom en el mismo lugar donde asesiné a su esposa. ¡A vuestra madre!

Oisin enseñaba los dientes a un palmo de su cara.

—Eres el único al que respeto, maldito bastardo —bramó Irvyn dirigiéndose al perro—. ¡Maldita zorra! —Wen le había lanzado una primera flecha, que lo alcanzó en una rodilla.

—No eras tan valiente cuando te violé en aquel rincón, ¿recuerdas? Pero ya eras toda una mujercita. ¡Zorraaaaaaaa! —aulló aún más fuerte. Una segunda flecha se clavó en la otra rodilla. Wen ya preparaba otro tiro.

—Por entonces no te llamaban la Dama Blanca. Bonito

nombre. ¿Lo adoptaste en Cataibh? Se cuenta que te convertiste en ramera, y en una de las mejores. —Wen le atravesó entonces el antebrazo izquierdo. La flecha rozó a la montañesa, que seguía sujetando al hombre.

—Has colmado mi paciencia, sacadlo de aquí. Te ajusticiaremos al amanecer. ¡Soltarás tu veneno bajo el sol, hijo de perra! —ordenó Wen a gritos. No iba a gastar más flechas.

Kayley y Cinnia, aunque heridas, se ofrecieron voluntarias para custodiarlo. La primera buscó los ojos de su señora. Wen comprendió. Les había hecho una promesa en Sliab Mis. No había podido cumplir su palabra, a su pesar, pero sí podría darles una satisfacción a las chicas...

—Meriasek, acompáñalas y vigila a esa rata por mí.

El galo la miró con reproche.

—Estaré bien. Obedece como lo has hecho siempre, mi fiel Meriasek.

Y obedeció. Eileen, que se había mantenido apartada, apuró el paso para salir detrás del galo. Oisín se unió al cortejo, moviendo la cola alegremente.

—Y ahora, continuemos donde lo habíamos dejado — Kalen alzó la voz entonces y se dirigió al centro del salón.

—Todavía tenemos una misión que cumplir. Os aconsejo a ambas que abandonéis las armas. Los sabios no permitirán más derramamiento de sangre. Y yo tampoco lo haré —habló con autoridad—. Si tenéis cuentas pendientes, resolvedlas a partir de esta noche.

Rogó a los druidas que se acercasen. Los que aún quedaban en pie dieron un paso adelante.

\* \* \*

Muchos curiosos se habían acercado a la cabaña regia, alarmados por el fragor de la lucha. Vieron con regocijo cómo Irvyn El Blanco era escoltado, herido y atado mientras abandonaba la choza desde la que había reinado. Algunos hombres incluso se atrevieron a entrar y ayudaron a retirar los cadáveres del salón del trono. El último en salir, con los pies por delante, fue el Gran Toro, ante la atenta mirada de Elvia. No lo echaría de menos.

—Comencemos la ceremonia —elijo el sabio más anciano, tomando el relevo al de Brigantia.

## **CÍRCULO DE LOS GIGANTES. CATHOIR GALL**

**C**innia arrastraba la yegua sobre la que llevaban a Irvyn. La guiaba hacia la Piedra del Sacrificio. Se había convertido en un peso muerto tras las heridas infligidas por la Dama Blanca. Kayley caminaba tras la montura, junto al galo y Eileen.

—Sabes, Meriasek...

—¿Es necesario que hables?

—Te gustará lo que voy a contarte. —El galo rezongó—. Las cosas no han salido tan mal. Wen se convertirá en reina y nosotras hemos estado pensando desde que os fuisteis de Sliab Mis. Te castigó por nuestra culpa, y yo al menos me siento culpable.

Cinnia, que había llegado ya a la Piedra Roja, ató la yegua a un poste de madera.

—La verdad es que ningún hombre nos ha hecho

disfrutar tanto como lo has hecho tú —dijo entonces, uniéndose a la conversación—. A veces eras un poco duro, pero realmente tienes esa fortaleza tan... salvaje.

El galo no daba crédito, mientras Eileen comenzaba a sentir cómo se incendiaban sus mejillas.

—¿Y si lo hacemos por última vez? Tampoco tendría por qué ser la última. Vamos, por los viejos tiempos. Tu amiga puede acompañarnos, si quiere.

Kayley se acercó a Eileen y la besó en los labios. Meriasek, complacido, se dejó hacer. Cinnia dejó caer sus ropas y luego lo ayudó a él, se sentó sobre sus rodillas y comenzó a moverse con sensualidad. El galo fue incapaz de evitar una viciosa sonrisa.

—Mejor que mueras sonriendo —le murmuró al oído. Y, antes de que Meriasek pudiese reaccionar, le asestó una puñalada en el pecho. La mujer se levantó.

A su vez, Kayley, ignorando los chillidos de Eileen, recogió del suelo la falcata del galo y se la ensartó en el vientre. Después le escupió a la cara.

—El primer sacrificio en la Piedra Roja. Un cerdo menos para este invierno.

El galo aún respiraba cuando las norteñas le dieron la espalda. Sería una muerte lenta. Se dieron un beso cómplice y se sentaron a unos pasos de la yegua y su carga. Por la mañana le tocaría a aquel otro hijo de perra.

—Vaya, si hasta me había olvidado de ti —Cinnia sonrió.

Eileen, secándose las lágrimas, se acercaba a ellas con el miedo clavado en su cuerpo.

—No tenemos nada contra ti, puedes marcharte en paz.

—¿Y mis ropas?

—No te harán falta. Tenemos una noche agradable, ¿no te parece? Además, tú eres una auténtica zorra de Erin,

¿para qué quieres vestidos con lo hermosa que eres?

Eileen decidió no tentar más a la suerte, y ajena a las risas a sus espaldas, comenzó a caminar hacia el poblado. Se vengaría, desde luego que lo haría. Algún día.

## CATHOIR GALL. SALÓN DEL TRONO

—**W**en, hija primogénita de Tautinkom, señora de la montaña sagrada de Sliab Mis, ¿estás dispuesta a enfrentarte a las pruebas? ¿A aceptar las normas del Consejo de las Tres Islas y asumir el trono?

—Lo estoy.

—¿Aceptarás la corona?

—Sí. Es mía por derecho y por sangre.

—Entonces los dioses decidirán por nosotros. Todo hombre y mujer presente en este salón será testigo de cuanto aquí ocurra.

El anciano se dio la vuelta y buscó a Elvia entre los habitantes de Cathoir Gall. Se amontonaban contra las paredes, y junto a las entradas. Al fin la encontró. Escondida entre la multitud, en un sitio privilegiado, y con una vía de escape, por si las emociones de la jornada aún no habían terminado.

—¿Quién tiene en su poder el camero alado de los cáporos?

Kalen se aproximó al orador sosteniéndolo con la mano derecha. La luz de las antorchas refulgía sobre la joya dorada.

—¿Y el torques de Miled, de la estirpe de Breoghan y

padre de los milesianos?

—También soy yo quien lo trae ante vosotros. —Levantó entonces la mano izquierda, que hasta entonces había mantenido oculta a su espalda. El fulgor fue tan fuerte, que incluso parecía ensombrecer al carnero cáporo.

Si los lugareños miraban atónitos la escena, la montañesa no se creía lo que estaba viendo. Ella había salvado aquellos objetos, y no Kalen. Ella los había tenido en sus manos y los había custodiado hasta llegar a Cathoir Gall. O soñaba, o seguía perdida en el mismísimo corazón del laberinto. ¿Acaso no había sido ella la que arrebatara la joya a Tarkum? ¿Y la que rescató el torques tras el triste final de Aisling? Apretó los puños y miró con odio al druida. Él, consciente de ello, no le devolvió la mirada.

—Kalen de Brigantia, al que llaman «el hombre que posee las claves», te cedo el honor para que hables y actúes como delegado de este consejo. Haz tú los honores.

El aludido, con el pecho henchido de orgullo, reclamó a su lado a la Dama Blanca. Wen se acercó lentamente. La túnica y el rostro mostraban restos de sangre. Había decidido no cambiarse otra vez ni lavarse la piel. Sus guerreras se habían dejado la vida por ella, y ése era su homenaje.

El galaico avanzó hacia el gran escudo, que casi alcanzaba su altura, y lo acarició con suavidad, como si fuese a hablarle. En realidad repasaba los dibujos y las marcas. Nada podía fallar ya. Posó las joyas sobre el suelo y cogió el hacha ensangrentada que allí había. Tras limpiarla con su manga, la alzó ante la caetra. Sus gestos, deliberadamente pausados, resultaban amenazadores. De repente, descargó un fuerte golpe con la parte roma del contrafilo, provocando que el tachón central de bronce cayese al suelo rodando. Los ancianos rogaban silencio ante el murmullo general.

El hueco ovalado de la caetra dio luz a dos siluetas perfectamente talladas y pulidas.

Al verlas, Kendrah de Brú na Bóinne no pudo evitar una media sonrisa. Aquello hubiese hecho gracia a Angus Hal, tan aficionado a dar forma a la madera con su pequeño cuchillo. Pero el rey de Erin había muerto. Y todos allí lo sabían, pues los guerreros de Irvyn apresados tras el ataque a la choza habían relatado los sucesos del valle. «Descansa eternamente, viejo amigo. He cumplido tus órdenes», pensó.

Kalen recogió las piezas y las engarzó en el lugar que las había estado aguardando tantos siglos. El carnero en el centro del óvalo, y el torques de Miled a su alrededor. Encajaban perfectamente.

El rugido de un trueno hizo temblar la cabaña, y el pánico se hizo con ellos. No habían sentido llegar la tormenta. Los curiosos se agolpaban entre sí; los druidas sonreían. Momentos antes no se vislumbraba ni una sola nube en el cielo...

—Acércate, Wen, tienes que ver esto. —La pelirroja obedeció—. No pierdas el tiempo con los grabados; son galaicos, pero no son nuestro objetivo. Estas tachuelas, ¿las ves?

—Claro, ¿qué simbolizan?

—Tienes que fijarte en el conjunto; todas ellas forman un mapa estelar. La cadena de Lugh.

Elvia se sobresaltó. ¡El tatuaje! Kalen se había tatuado en la espalda el mapa de aquel enigmático escudo. Al final quizás el druida sí poseía alguna que otra clave, y a ella... A ella la había utilizado para llegar hasta su hermana. «¡Maldito traidor y embustero!», pensó haciendo un esfuerzo por no ir a por él. Todo había sido falso desde el día que lo conoció junto a Crevan en la Torre de Breoghan. Parecía que hubiesen pasado mil inviernos desde entonces, aunque lo único que se había helado era su corazón. Ciada palabra, cada mentira... «Soy estúpida», se dijo mientras dirigía la mirada al suelo.

—Ahora céntrale en esta zona —continuaba el de Brigantia—. A esta constelación la llaman Cruz del Norte, pero nosotros la llamamos El Cisne...

—¡Lo veo! —exclamó Wen, que había adivinado el contorno de la constelación tras posar la mano sobre la de Kalen, quila guiaba por el mapa.

—Eso es. Las leyendas cuentan que una dama, la elegida, podría adoptar la forma de algunos animales, entre ellos un cisne blanco.

Elvia, que seguía muy atenta las palabras del druida, ya había agotado su capacidad para sorprenderse. Los observaba en silencio.

—Volvamos a fijarnos en las tachuelas de esta constelación. Mira, todas ellas tienen una hendidura. Se creía que los Tuatha dé Danann arrancaron las piedras preciosas que habían engastado los orfebres milesianos. Pero esas piedras nunca estuvieron ahí, sólo las hendiduras vacías. Una de ellas que diseñada para acoger un objeto de poder, al igual que el torques y el carnero con alas. Y ha de ser ésta... —Señaló con el índice—: La estrella que reina desde el centro de la constelación de El Cisne.

—Pero, Kalen, dices que nos hace falta otra joya, y tú no tienes más...

—Puede que no sea una joya. ¿Recuerdas qué representa el conjunto del mapa?

—La cadena de... ¡La lanza! ¡La lanza del dios Lugh! —clamó Wen.

—Eso es. Has de acertarle a siete pasos de la caetra. ¿Te ves capaz de hacerlo?

—Desde luego que sí —respondió la pelirroja, que ya contaba los pasos—. ¡Kendrah!

El de Brú na Bóinne ya había destapado la lanza. Con

sumo cuidado la arrojó a Wen, quien, con destreza, la atrapó en el aire.

—Siete pasos, ¿verdad, Kalen?

—Exactos. —El druida sonreía augurando el desenlace.

La Dama Blanca se apartó un mechón que le caía sobre la frente y apuntó. El rugido fue ensordecedor. La lanza se hundió justo en el blanco, y la madera comenzó a humear. Los asistentes gritaron.

Ahora era Kalen el que se hallaba desconcertado. Su rostro palideció y un sudor frío le recorría las manos. Wen había lanzado la Lanza de Lugh, ¡la verdadera! De ahí el sonido del trueno y aquel humo azulado. Pero si era así..., ¿qué escondía su propio cayado? Porque, hasta ese preciso instante, hubiese entregado la vida jurando que la lanza siempre había estado en su interior. Si la Dama Blanca había acertado en la diana con el arma del señor del sol y de la luz, entonces ¿por qué la caetra no respondía con el efecto que se esperaba de ella? No comprendía nada. Wen le preguntaba con la mirada. No se le ocurrió otra cosa que golpear su bastón contra el suelo. Y sonó el tercer trueno.

Kalen se aterrorizó. Con manos temblorosas recogió el cayado y, consciente de que todas las miradas se posaban sobre él, comenzó a arrancar la madera con un cuchillo. Las piezas de oro iban cayendo, fragmentos de la misma longitud y peso que las que había utilizado en el pasado, hasta que llegó a la parte superior. El listón áureo era demasiado largo. Siguió arañando la madera con el cuchillo. Y entonces vio lo que era: una flecha de oro macizo.

Se dejó caer al suelo de rodillas, llorando. Wen se agachó a su lado.

—¿Qué ocurre, Kalen?

—Jamás pensé que diría esto, pero no lo sé... —hizo una pausa antes de gritar a los cuatro vientos—: ¡No sé lo que

ocurre!

Elvia seguía mirándolos. Ahora no era capaz de oírlos. Un anciano se acercó a ella. Su mirada serena le regaló una hermosa sonrisa. Sus ojos le suplicaban. «¡Está bien...!», le susurró ella.

—Parece que el hombre que posee las claves se ha quedado sin ellas —Elvia alzó la voz.

Wen se levantó. No así Kalen, que continuaba postrado y desolado. Hablaba sin parar para sí mismo, farfullando frases indescifrables y vocablos en un dialecto desconocido. Elvia recogió la flecha y pidió un arco. Para su sorpresa, Wen alargó un brazo para ofrecerle el suyo. Sin mirarla, Elvia colocó la flecha de oro, tensó y lanzó. No hubo rugido ni trueno, sólo el crujido de la madera al recibir el impacto. La caetra cayó al suelo sobre su parte convexa, con el interior hacia arriba. Y en ese momento sí se hizo un silencio largo y tenso. Las dos hijas de Tautinkom se miraban fijamente. Se buscaban, se retaban. Entre el ámbar y los zafiros, iban y venían las sensaciones, los recuerdos, el amor olvidado y el odio. El anciano se unió a ellas arrastrando su cojera.

—Elvia, ¿cómo lo has hecho? —preguntó.

—Desde que conozco a Kalen de Brigantia supe que regresaría a este salón. Aunque aún no comprendo muchos de sus actos, y dudo que pueda explicármelos, me ha enseñado como un maestro. He tratado de ser buena alumna —tomó aire antes de continuar—: Él me inició en el conocimiento de las estrellas y sus constelaciones. A lo largo de nuestros viajes hubo una que siempre marcó mi camino, aunque yo lo desconociese hasta hoy mismo. El Arquero. —«No te preocupes, no desvelaré lo del tatuaje, Kalen», pensó, mirando al hombre—. Así que apunté al corazón del Arquero. Sólo tenía que acertar.

—Y por fortuna lo has hecho. Tuyo es el trono de las Tres Islas, Elvia, hija de Tautinkom.

El sabio se volvió hacia sus compañeros del Consejo, que asentían con la cabeza. La Dama Blanca agachó la cabeza.

—¡Preparadlo! Voltead la caetra de los milesianos y alzadla sobre algo que la mantenga firme.

Media docena de hombres y mujeres se pusieron manos a la obra.

Elvia se acercó a su hermana y con un dulce gesto le cogió la barbilla.

—¿Recuerdas lo que sucedió en este mismo lugar? Irvyn humilló a nuestro padre, y yo no quiero humillarte a ti.

—No te preocupes, lo he hecho yo misma. Ve a ese trono y siéntate en él. Es tu destino —replicó Wen.

—Desde que me marché con padre, hay una frase que me repito a diario. Cada noche. Una que pronunciaste tú.

—¿Cuál? —La pelirroja se sentía derrotada, sin fuerzas—. —No tengas miedo, mi vida. Wen está aquí. Eso me dijiste.

—Intentaba tranquilizarte, yo también tenía miedo. Pero tú te ofreciste a quedarte antes que yo, y El Blanco quería su trofeo.

—Entregaría mi vida ahora mismo si pudiese cambiar el pasado y todo lo que ocurrió en la tuya. Pero no puedo hacerlo.

—No podrías ni con magia negra. Nadie puede cambiar lo que he hecho, ni siquiera los hechiceros más poderosos. Ya es tarde para arrepentirme.

—Y no debes hacerlo. Pero sí se pueden cambiar algunas cosas, Wen.

Pero Wen no la comprendía, no sabía qué le quería decir. Ella, la Dama Blanca, se sentía ofuscada y dolida. Humillada. La mujer que hubiese matado a su hermana, a sus propios hijos de haberlos tenido, ahora estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Anciano! —La montañesa reclamó al sabio consejero, que ya preparaba la ceremonia.

—Dime, noble dama.

—Mío es el derecho a reinar, pero también a renunciar al trono que correspondía a mi padre.

—¡Pero, mi señora...!

—Está decidido. Wen, mi hermana, es la primogénita de Tautinkom, y es ella la que ocupará el trono de las Tres Islas. ¿Alguna objeción?

El silencio volvió a adueñarse del lugar y Elvia agarró la mano de su hermana y caminó con ella hacia la caetra. Como lo habían hecho tantas y tantas veces por las praderas de la campiña.

La montañesa limpió la cara a Wen con la tela de su propio vestido, eliminando la sangre que aún le salpicaba la piel. Ésta la miraba sin articular palabra.

Kendrah de Brú na Bóinne sostenía una sencilla corona de oro. Los orfebres habían dispuesto un par de cordones gruesos, rodeados por otros más livianos. El aro lucía rodeado por veinte hojas de roble, también talladas en oro. El anciano posó su mano sobre la corona.

—¿Puedo hacerlo yo? —los interrumpió Elvia.

El anciano asintió. Tras sonreír a Wen, se la ajustó bien en torno a sus cabellos cobrizos. La Dama Blanca le devolvió la sonrisa. Una lágrima solitaria se escapó de su prisión.

—¡Las Tres Islas ya tienen a su reina!

Cuenta la leyenda que dos damas nobles llegaron a Cathoir Gall. Ninguna de las dos hizo ondear sus pendones, pues ninguna logró una victoria. Cantan los bardos que el corazón de las Tres Islas lloró aquella noche. Dicen las estrellas que una Dama Blanca reinó en paz, después de hallar la paz en sí misma.

## Nota del autor

Esto es una novela. Una novela de ficción y aventuras.

La Historia me ofrece los escenarios que necesito. Otros los sitúo allí donde no llegan los historiadores y sólo lo hacen los arqueólogos o la leyenda. Y, como novelista, utilizo la libertad que me ofrece la imaginación y no las fechas encorsetadas. Identidad, personajes o evidentes anacronismos no son más que un ardid literario con el que pretendo hacer gala de dicha libertad, sin la que no entiendo el hecho de contar historias. Pero la Historia, claro, está presente:

Los *keltoi*: los celtas. El vocablo *keltoi* parece provenir de las lenguas mesopotámicas.

Los restos arqueológicos de Santa Eulalia de Bóveda, Lugo, son de origen prerromano. Fue consagrada por los sacerdotes de Roma a la diosa Cibeles en el siglo III, y posteriormente utilizada por los seguidores de Prisciliano. Fue cristianizada bajo la advocación de santa Eulalia y se conserva en la actualidad.

Los cáporos, o *cápori*, integraban una tribu de la Galicia prerromana, de la que tomaron su nombre. Sus territorios se

extendían entre las actuales ciudades de Santiago de Compostela y Lugo, llegando hacia el norte hasta la comarca de A Terra Chá (Vilalba, Lugo).

El río Navia nace en Pedrafita do Cebreiro, Lugo, y desemboca en el Cantábrico, en el concejo asturiano que comparte nombre con el propio río. La mitología celta atribuye su nombre a la diosa Nabia o Navia, «la señora del agua y de los ríos».

Gran parte de dibujos, diseños e incluso tatuajes que describo a lo largo de la novela se inspiran en siluetas talladas sobre roca en el Parque Arqueológico de Arte Rupestre de Campolameiro, Pontevedra. Toda la extensión del PAAR está salpicada por petroglifos tallados, con una datación aproximada sobre el 3.<sup>er</sup> y 2.<sup>o</sup> milenios a. C. (el periodo abarcaría las edades del Cobre y el Bronce).

Para las diferentes joyas, piezas de orfebrería o torques, utilizo como modelo varias de las conservadas en el Museo Provincial de Lugo, integrado en la Red Museística dependiente de la Excma. Diputación Provincial. Entre ellas las que provienen de la colección de D. Álvaro Gil Varela, como es singular el caso del «carnero alado de Ribadeo», una fascinante pieza que en un principio se creyó elaborada en época prerromana (siglo IV a. C.), pero que nuevas investigaciones sitúan incluso en fechas posteriores al siglo XIII. Aun así, por su hermosura y originalidad casi mágica, he querido mantenerla en esta época tan anterior. Mi gratitud a los trabajadores y responsables del museo, y mi invitación a visitarlo a todo aquel que no lo conozca todavía.

Para la partida de la expedición galaica a Erin (Irlanda),

necesitaba un lugar especial. Gracias a Martín Seco García por encontrarlo y enviarme una fotografía del Arenal da Arbosa, lugar de Figueiroa, Arteixo. Esa fotografía es una de las muchas recogidas en el libro *O mar de Arteixo e os seus naufraxios* («El mar de Arteixo y sus naufragios»), de Xabier Maceiras, a quien extiendo mi agradecimiento.

Hace unos años, durante la presentación de *Las hijas del César* en la Feria del Libro de A Coruña, el escritor Ignacio Bermúdez de Castro y la directora del Museo de Bellas Artes, Ángeles Penas Truque, me pidieron que convirtiese a la ciudad herculina en escenario de una de mis novelas. Espero que disfruten con la Brigantia que he soñado para ellos, para los coruñeses, y para todos los lectores.

Bertaèyn es la denominación gaélica para la Bretaña francesa. Posteriormente será conocida como Armórica (*La guerra de las Galias*, Julio César).

Los clanes o tribus se identificaban con animales, algunos incluso mitológicos. Así, los cateni (Cataibh, Alba, Escocia) veneraban a la serpiente, o los creones de Argyle al dragón.

El Samhain, o Samaín, marca el comienzo del año celta: el sol pierde fuerza y la luz disminuye, la naturaleza «crece» con mayor lentitud. La noche que da la bienvenida al 1 de noviembre (fiesta católica de Todos los Santos; Halloween para el mundo anglosajón) era en la antigüedad la noche del «señor de la muerte», la que abría la puerta con el más allá y los seres queridos ya desaparecidos. La línea que separa a vivos y muertos se hace más fina.

La fiesta celta se asocia a la invocación del fuego, el verdadero protagonista. En Irlanda se encendía una hoguera en el centro del poblado y cada familia se acercaba a recogerla para trasladarla a su propio hogar. Tendían que mantener la llama viva todo el invierno para ganar el favor de los dioses.

En Samhain se unieron el dios Dagda y la diosa Morrigan, señora de los espectros, que dio a su amante indicaciones precisas para vencer a sus rivales, los fantasmas de las hordas enemigas. Según la leyenda, Dagda y Morrigan se conocieron cuando ella se bañaba en un río; allí mismo se amaron, «el lecho del amor», como cuenta el libro de las invasiones o *Leabhar Gabhala*. Según la leyenda, los milesianos, o hijos de Milé (Mil, Miled...), llegaron a Irlanda desde la actual Galicia durante la quinta invasión para enfrentarse a los semidioses que la gobernaban, los Tuatha dé Danann (cuarta invasión), gobernantes mitológicos a los que se les atribuyen poderes divinos en las leyendas irlandesas e incluso en las posteriores anglosajonas.

Miled era nieto de Breogán (Breoghan). En una mañana clara ambos suben a la torre-faro de Brigantia (A Coruña) y Miled afirma ver Irlanda (Erin), como ya lo habían hecho años atrás sus tíos Ith y Bile, dos de los hijos de Breogán. Su abuelo anima a Miled a conquistar Irlanda y a vengar a su tío Ith, quien antaño intentara la misma hazaña volviendo la expedición con su cadáver.

El *Leabhar Gabhala* recoge las batallas entre los milesianos y los Tuatha dé Danann en las montañas sagradas de Sliab Mis (en la actualidad Slieve Mish Mountains, condado de Kerry, suroeste de Irlanda).

Beltaine es la fiesta de la primavera celta. Se celebraría sobre el 1 de mayo e inicia la «mitad iluminada del año, el retorno de la vegetación tras el periodo iniciado en el Samaín». Entre otros festejos, se elegía a la «reina de la primavera» y se hacía pasar al ganado entre las hogueras prendidas por los druidas. Este «fuego luminoso» libraría al animal de la enfermedad. Se honra al dios Beleños.

Lugh: dios celta del sol y de la luz, la tierra, las artes y los oficios. Sus armas eran la lanza mágica de cinco puntas; según otras fuentes, tres o incluso una sola punta, capaz de rugir y de lanzar fuego al enemigo, la onda y el arco (según la leyenda el «arco iris»). La lanza de Lugh nunca fallaba su objetivo y siempre volvía a manos de quien la lanzaba, propiciando una victoria segura por estar cargada de una terrible fuerza destructora.

A la Vía Láctea se le llamaba «la cadena de Lugh». Se creía que era un buen augur y que se hacía acompañar por cuervos, y el vuelo de éstos le indicaría la ubicación de las ciudades que se iban edificar: Lugo (Galicia), Lugones (Asturias), Lyon (Francia) o Leiden (Holanda).

A Lugh se le considera el padre del héroe irlandés Cuchulainn y se le honra en la fiesta de la Lughnasad (la «asamblea de Lugh»), que coincidiría con el 1 de agosto. Durante la Lughnasad se recordaría al dios de la luz, pidiendo paz y agradeciendo las primeras cosechas a la Madre Tierra, mediante competiciones deportivas con luchas de espadas y tiro con arco, formación de torres de fuego, etc.

Esus es, según la mitología celta, uno de los integrantes

de la «tríada de los señores de la noche». Junto a Esus, «señor de los árboles y los bosques», estaría compuesta por Teutates (Tutatis), «el guerrero», y Taranis, «dios del rayo y las tormentas».

Las leyendas relatan cómo, para aplacar la ira de «los señores de la noche» (la tríada: Teutates, Taranis y Esus), se ajusticiaba a los elegidos en un sacrificio siguiendo tres rituales diferentes.

Y, hablando de Taranis, en su versión del siglo XXI, mi agradecimiento a Txus Patón y Jesús López Caldeiro por su buen consejo y apoyo inquebrantable.

Beleños era el dios de la luz y el fuego. Compañero de Sirona, diosa de la luz de luna, también denominada «la sanadora» por sus especiales poderes curativos. La luz brillante de Beleños y la lunar de Sirona se complementaban para ofrecer fertilidad al resto de las deidades y a los pueblos celtas.

Morrigan o Carrigan: la diosa celta de la guerra, de la vida y de la muerte, la «gran reina de los espectros». Las leyendas aseguran que infundía valor a los guerreros combatiendo hombro a hombro con ellos, como un igual. En ocasiones utilizaba su magia para convertirse en corneja (algunos relatos irlandeses hablan de cuervo) y se alzaba sobre el campo de batalla, de forma que veía los movimientos de las tropas enemigas y se adelantaba a sus estrategias. Se hacía acompañar por otras mujeres, en ocasiones otras diosas, si las batallas eran importantes; otras veces, por escuderos o mujeres soldado de su propia escolta.

También se la conoce por los nombres familiares de Carrie o Morrighu.

Según constatan los hallazgos arqueológicos, eran comunes entre los celtas los juegos de mesa. Algunos eran similares a juegos de estrategia actuales, como el ajedrez. Los defensores y atacantes tendrían como objetivo la captura de una de las piezas, un dios, una diosa, hechiceros o el rey, que estarían protegidos por sus paladines. Los tableros podían ser de piedra o, más habitualmente, de madera. Las piezas, desde simples piedras lisas a otras más elaboradas, tallaban la figura que se quisiese representar, y siempre atendiendo a su jerarquía tanto en el juego como fuera de él. Se han encontrado también piezas fundidas en materiales nobles, como el oro o la plata, aunque lo más común son minerales que ya de por sí ofrecían creencias a la mitología celta: cuarzo rosa, ámbar, amatista, ópalo, jade, aguamarina...

Las Islas Aran integran un archipiélago al oeste de la República de Irlanda. Pertenecen al condado de Galway y distan unas nueve millas de la costa (14,5 km). El puerto de Kilronan es actualmente el pueblo más habitado del archipiélago.

Dún Aengus es un fuerte de la Edad de Bronce (1100 a. C.) situado en Inishmore, la mayor de las Islas Aran.

El archipiélago de las Oreadas se sitúa al norte de Escocia. Su capital administrativa es Kirkwall, ciudad situada en la isla de mayor superficie, Mainland. El resto del archipiélago lo componen casi un centenar de islas, veinte de ellas habitadas. Insi Orc, o Arcaibh, «islas de los cerdos o

jabalíes», fueron conocidas tras la invasión vikinga como «islas de las focas» por una confusión fonética: Orc por Orkn (foca para los nórdicos).

La mítica Tara, «la colina de los Reyes», está cerca del río Boyne, en el condado de Meath, provincia de Leinster, Irlanda (Erin). En esta colina se coronaba a los reyes de Irlanda y se considera un lugar espiritual, mágico y religioso desde la antigüedad, aparte de ser centro de poder asociado a los monarcas.

En la actualidad se conservan en Tara numerosos restos arqueológicos y construcciones. La Piedra del Destino, el Montículo de los Rehenes o La Sala del Banquete son fuente de numerosas leyendas irlandesas. Teamhair na Rí (su denominación gaélica) no era sólo ese centro de poder, una especie de «corte real», sino también un lugar mágico asociado al más allá y una de sus «puertas de entrada».

Las *blue stones* (o piedras azules), que las leyendas atribuyen a los gigantes constructores, fueron talladas en bloques de cinco toneladas en las cuevas de Pembroke, Gales. Luego fueron transportadas a lo largo de 237 millas (casi 400 kilómetros) hasta la llanura de Salisbury, donde se alza Stonehenge. Se utilizó el transporte marino, fluvial y por tierra en la segunda fase de construcción del monumento, que se calcula fue sobre el 2550 a. C. Se las asocia al color azul (*blue*) por el tono que adquieren bajo el agua de lluvia.

A la «Piedra del sacrificio» se la denominaba también la Roca Roja, o la roca de la sangre, debido a su color y a su textura. Dicha apariencia se debe a su alto contenido en hierro (óxido ferroso).

La Piedra del Altar o «el Altar» preside desde su interior el complejo de Stonehenge, custodiada por los trilitos (cinco dólmenes de tres piedras: dos jambas más su correspondiente «techo» o dintel), y los círculos concéntricos de piedras «azules» (interior) y «sarsen» (círculo exterior). El altar se alinea hacia el noreste con «la piedra del talón», por donde sale el sol en el solsticio de verano, y que proyectará su sombra precisamente sobre el altar en una línea recta. La composición del altar es rica en aluminio, por lo que bajo los destellos del sol adquiere reflejos de color verde.

El 9 de septiembre del 2014 vio la luz, durante el Festival Británico de Ciencia de Birmingham, el Proyecto Paisajes Ocultos de Stonehenge, un estudio de más de cuatro años que abarca 12 km<sup>2</sup> a su alrededor. El estudio, realizado por la Universidad de Birmingham en colaboración con el Instituto Ludwig Boltzmann (Austria), utilizó técnicas de georradar y magnetómetros de última generación, lo que ha permitido trazar un mapa digital de toda la zona con la posición cartografiada de sus descubrimientos. Entre ellos, diecisiete construcciones hasta ahora desconocidas, docenas de enterramientos, una veintena de fosos rituales y un enorme *superhenge* en Durrington Walls, a 3 km de Stonehenge.

Destaca también un edificio de más de 30 m de largo, que probablemente se utilizó para preparar cadáveres y posteriormente inhumarlos, así como las conclusiones acerca del «enigma del Triángulo», con dos pozos, este y oeste, alineados con el monumento de Stonehenge formando un triángulo casi perfecto, con evidentes connotaciones astrológicas: El pozo oeste marcaría el amanecer del día del solsticio de verano; el pozo este, en cambio, el atardecer y la

puesta de sol del mismo día.

La importancia del proyecto y sus conclusiones, y la grandiosidad de los nuevos descubrimientos, harán necesarios nuevos estudios de todo el entorno, aldeas, monumentos religiosos, funerarios y curativos, todos ellos datados en la misma época (3000-2500 a. C.) de construcción de lo que, hasta el citado 9 de septiembre de 2014, conocíamos como Stonehenge.

## Agradecimientos

A Marta Rivera de la Cruz, Carmen Posadas, Juan Gómez-Jurado, Manel Loureiro, Fran Narla y X.M. Prado-Antúnez. Escritores y amigos, maestros.

A Ángeles Aguilera, que plantó la semilla original de esta historia, a la que he entregado cinco años de mi vida.

A Daniel Fernández, el alma de esta editorial, por confiar y apostar por *Juego de reinas*. Es un honor representar a Edhasa y lo asumo con ilusión y responsabilidad. A Penélope Acero, su corazón, mi editora. Por su trabajo incansable, su apoyo y su visión, siempre acertada.

A Déborah Albardonedo, mi agente y Estrella de Norte literaria, por devolverme al camino cuyo rastro había olvidado.

A las que hoy se denominan «Naciones Celtas», por mantener vivas las mágicas costumbres de nuestros antepasados. Esa magia perdurará a través de los siglos.

La sangre que corre por mis venas necesita amistad. Ya he nombrado a alguno de esos amigos que no se escogen, de los que aparecen justo en el momento adecuado de una vida. Unos están a tu lado cuando saltas de la cuna y te echas a andar; otros se van posando como las gotas de rocío, refrescando tus pasos y tu camino. A Juan y Martín Lema, Marcos Vázquez y Marcos Díaz, Ángel de la Cruz, María Arochena, Manuel Cristóbal, Pedro y Brais Revaldería, Alfonso y Fiacro Orol, Javier Muñoz. Todos habéis caminado a mi

lado, todos seguís haciéndolo. A Isabel Moyer, Cristina Vázquez y Clara Gutiérrez, también vosotras me ayudáis a dar pasos, también vosotras dejáis huellas en la senda.

Dejo para el final a quienes más acarician el corazón. A mi familia, con ellos he llegado hasta aquí. Faltan algunos, varios se han ido mientras escribía las páginas que el lector acaba de leer. Pero han visto la luz dos nuevos diamantes para dar más valor al tesoro: Vega e Isabel, bienvenidas. Junto a Laura y Arturo dais sentido a muchas de las cosas y personas que amo.

Pablo Núñez  
@PabloNunezGlez

***HOC HIC MYSTERIUM FIDEI FIRMITER  
PROFITEMUR.***

**(«Aquí, con fe firme, confesamos este  
misterio.»)**

**Lema presente en el actual escudo de la ciudad  
de Lugo.**

**Fin**

*Escaneo y corrección del doc original:*

PEABODY & LTC



*Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)*



## **ADVERTENCIA**

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

## **RECOMENDACIÓN**

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

## **AGRADECIMIENTO A ESCRITORES**

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

## **PETICIÓN**

Libros digitales a precios razonables.





**ePUB**

**БНВ**

